



LOS MUERTOS  
NO ACEPTAN  
PREGUNTAS

ANTONIA ROMERO

LOS MUERTOS NO ACEPTAN  
PREGUNTAS

Antonia Romero

©Antonia Romero, 2014

Todos los derechos reservados. Bajo sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo

públicos.

[Twitter](#)

[Facebook](#)

[Blog](#)

# Contenido

I

Orgullo y prejuicio

II

Vivir para gozar

III

Corrientes ocultas

IV

El sueño eterno

V

Sospecha

VI

Laura

VII

El bosque petrificado

VIII

Cumbres borrascosas

IX

La heredera

X

Un corazón en peligro

XI

Intermezzo

XII

La sombra de una duda

XIII

La carta

XIV

Luz de gas

XV

Retorno al abismo

XVI

A través del espejo

XVII

Vieja amistad

XVIII

Casablanca

XIX

Encadenados

XX

Noche y día

XXI

Tú y yo

XXII

Carta de una  
desconocida

Está tumbada mirando al techo de madera. El aroma de lilas que Remedios añade al agua de fregar lo invade todo. Tiene las manos sobre el regazo y piensa que con aquel vestido blanco podrían enterrarla. Le gustaría que aquella fuese su tumba, aquel desván silencioso y lleno de recuerdos. Se traga su amargura y su tristeza mezclada con el sabor salado de las lágrimas. Es la primera vez que llora desde entonces.

Echará de menos a Remedios.

Ella la conoce desde que era una niña. Sonríe al recordar cómo la regañaba por bajar sentada a lo amazona sobre la barandilla de la escalera. «Le estoy sacando brillo al pasamanos», decía la niña tratando de sortear el enfado de la mujer.

Un ruido en la escalera. Aguanta la respiración sin moverse mientras gime en un susurro: «No, por favor». Después de unos angustiosos segundos vuelve a respirar tranquila.

Se limpia las lágrimas, se quita el vestido y lo cambia por una falda azul y un suéter blanco de cuello alto. Abre el baúl más alejado, el que trajo su madre de París, y contempla la caja en la que guardaba el vestido. Los recuerdos la sacuden amenazando con minar su determinación.

Saca el diario que había escondido debajo de la caja, arranca la última hoja y se sienta en el suelo con el bolígrafo en la mano. El papel la mira con

desprecio, retándola a cubrirlo de mentiras. Tiene miedo. No le quedan fuerzas para decirles la verdad, ni siquiera puede mantenerse erguida frente a ellos. Por eso ha arrancado la última página de la historia que durante meses escribió en aquel cuaderno.

Le tiembla la mano cuando acerca el bolígrafo a la blanca superficie.

*«Si lees esta carta es que estoy muerta...»*

# I

## Orgullo y prejuicio

«—Espero que disfrute, Srta. Bingley, y que aprenda a lanzar sus flechas con mayor precisión»  
(Elizabeth, *Orgullo y prejuicio*, 1940)

—¿A qué hora estarás? —  
Nela hablaba por teléfono con su padre mientras recogía los platos de la comida.

—Si todo va bien estaré allí a las ocho. Ni se te ocurra llegar tarde. Espérame en la puerta y no entres hasta que yo llegue. Después cenaremos algo por ahí.

Rodrigo colgó sin despedirse y Nela dejó el teléfono sobre el bufete.

—¿Ya has acabado de hablar?

—Clara volvía de la cocina y se encargó de recoger lo que quedaba en la mesa.

—Sí, ya hemos terminado, ha sido una conversación corta. Él

habla y yo escucho —dijo Nela entrando en la cocina seguida por su amiga.

—Bueno entonces sigo contándote. ¿Te acuerdas de la profesora de canto de la que te hablé el otro día?

—¿Cómo no iba a acordarme?  
—dijo Nela pensando que su amiga no hablaba de otra cosa desde hacía días.

—Pues me ha llamado esta mañana, dice que tengo muchas posibilidades, que mi voz es clara y

limpia y mi tono muy alto.

—¿Entonces te ha aceptado?

—¡Sí! ¡Estoy tan feliz! —Se puso a dar vueltas en la cocina, saltando y dando palmas como las focas—. Es el sueño de mi vida. ¡Lo he conseguido!

Nela sonreía pensando en todas las cosas que había querido hacer Clara en su vida: actriz, concertista de guitarra, modelo de pies... Hacía seis meses que descubrió su verdadera vocación, quería ser cantante y se iba a

preparar para participar en uno de esos concursos de la tele que descubrían nuevos talentos. Menos mal que, aparte de soñar, se ganaba la vida trabajando como secretaria de dirección.

—Me alegro mucho. ¿Te vienes a casa de Jaime? Así podrás decírselo. —Nela no pudo evitar cierta ironía en su tono.

—Como si a él le importara un pito. Pasa de él, anda —suplicó.

—Quiere enseñarme algo que ha compuesto.

—Lo que Jaime tendría que hacer es buscarse un novio y dejarnos en paz.

—No seas mala, Clara. — Cogió una chaqueta fina por si luego refrescaba—. ¿Vienes, o no?

—Ese tío es un rollo, no me apetece aguantarle a él y a sus serenatas. ¡Siempre está reclamando tu atención!

—Me imagino que cuando tú ganes ese concurso querrás que vaya a ovacionarte.

—No me compares con él,

Jaime es un egoísta.

—Le dice la sartén al cazo: «apártate, que me tiznas». —Nela no podía dejar de reírse ante la cara de enfado que tenía su amiga.

Salieron del piso de Clara y se pararon delante del portal.

—¿Por qué siempre estás de su parte?

—Eso no es cierto, Clara, yo no estoy de parte de nadie. Lo que estoy es en medio de los dos. Y estoy un poco cansada, la verdad.

—¿En serio vas a ir luego a

esa exposición con tu padre? —dijo Clara ignorando el comentario.

—No me lo preguntes más veces, Clara.

—Está bien —dijo yendo en dirección contraria a Nela—. Entonces, mañana te llamo.

Aparcó el coche y subió caminando la calle, amplia y despejada, que la llevaría a la casa de su amigo. Aquel era uno de sus paseos favoritos. La familia de

Jaime vivía cerca de la montaña y el paisaje, en esa época del año, era especialmente hermoso. Había pintado muchas veces el otoño en ese paisaje. Pero entonces había una figura en el cuadro que jamás volvió a pintar.

La avenida estaba dibujada por un largo recorrido de moreras, que en aquella época lucían aún sus grandes hojas de un verde intenso. Al final de la calle, había una encina centenaria y la enorme maceta de cemento que la rodeaba

hacía las veces de banco para sentarse. Allí encontró a su abuela, con las manos cruzadas en el regazo y sonriendo, como siempre.

—Mamanela, ¿qué haces aquí? —Se sentó junto a ella—. La gente va a pensar que estoy loca...

—¿Qué gente, hija?

Nela sonrió, sabía que no habría nadie.

—Voy a casa de Jaime —dijo Nela al tiempo que doblaba una pierna y se sentaba sobre ella.

—Se te van a torcer las

piernas —le dijo la anciana.

—Siempre me has dicho lo mismo, incluso de pequeña me dabas con el palo de la escoba, y ya ves, no se me han torcido.

—Cuando llegues a mi edad y te duelan las articulaciones, te acordarás de lo que te decía tu abuela. —Empezó a doblar y desdoblar el pico de su mandil negro a cuadros, como hacía siempre—. ¿Sabes a quién he visto?

—No tengo ni idea.

—A tu padre.

Abrió los ojos como platos.

—Tranquila, no te asustes, solo quería que te diera un mensaje.

—¿Tú a mí? —Nela no entendía nada.

—Pues claro, prenda. Dice que cuando recibas la llamada, vayas donde te quieren.

—Abuela, me estás asustando. ¿Rodrigo está muerto?

—No has de tener miedo de nada, cariño. El miedo es el mayor enemigo de la cordura. —Hizo una pausa—. Y mi hijo está muy vivo.

Nela no dijo nada. No quería decirle a su abuela que el miedo también puede salvarte.

—Abuela, ¿puedo preguntarte algo?

—Pregunta lo que quieras, prenda —lo dijo sonriendo con sorna. Nunca había respondido a sus preguntas.

—¿Qué hacéis todo el tiempo?

—¿Tiempo? ¿Qué tiempo, hija? —Le dio unas palmaditas en la mano y se fue.

Ella se quedó sentada bajo el árbol un rato más, contemplando a la gente que pasaba. Aquel había sido siempre un lugar seguro.

Un sonriente y estrafalario muchacho le abrió la puerta.

—¡Hombre, Nela! ¡Cuánto tiempo esperándote! ¿Te acuerdas de que quería enseñarte una nueva composición? Pues ya la puedes conseguir en iTunes. Es un exitazo. Supongo que necesitarás agua y víveres, después de tan largo

camino. —Hizo un gesto como si la estrangulase—. Anda, pasa, que un día me va a dar un infarto esperándote.

—Perdona, chico, me entretuve con... —Se quitó la chaqueta y la tiró encima del montón de ropa que Jaime tenía en la cama—. ¿Tu madre ha emigrado a las Bahamas?

—Le he prohibido que entre en mi habitación. Me corta la inspiración con la aspiradora y el plumero.

—Pues espero que acabes pronto tu obra maestra o tendremos que sacarte de aquí con una pala. Bueno, venga, enséñame eso que has compuesto.

—Tranquila, que no es una canción de amor.

—Pues quizá deberías abrir nuevos horizontes —dijo con ironía sabiendo que él captaba perfectamente la intención.

Jaime se sentó al piano y colocó los dedos sobre el teclado, suavemente. Los dejó allí quietos

unos segundos como hacía siempre antes de tocar. Nela era una fan incondicional de su talento. Observó a su amigo con cariño. Jaime siempre fue un chico especial, un niño sensible que igual te daba una patada en la espinilla, que te escribía un poema. Ahora era un joven alto, desgarrado, con dedos finos y huesudos que, al moverse por encima de las teclas, se convertían en suaves y delicados. Se concentró en esas manos y se dejó llevar por la

música. La pieza se iniciaba con una melodía lánguida y triste que hablaba de soledad y abandono. Más tarde un elemento estremecedor entraba en juego y la música se volvía apasionada. Poco a poco la languidez volvía a la composición para acabar en una sublime y callada melodía a una mano.

Jaime se volvió a mirarla.

—Eres genial —dijo admirada y se levantó para darle un sonoro beso en la mejilla—.

Cuando seas un famoso compositor, espero que te acuerdes de mí y me des entradas gratis para tus conciertos. Así podré ponerme trajes con lentejuelas y zapatos de vértigo.

—Haré algo mejor, te convertiré en mi manager y en tus ratos libres, que serán muy pocos, podrás seguir haciendo esos garabatos que tanto te gustan.

—Qué capullo eres —dijo dándole un golpecito en el brazo—. ¿No me vas a invitar a tomar nada?

—¿Quieres tomar *nada*? —

dijo Jaime saliendo de la habitación.

—Huy, ¡qué gracioso!

La cocina era un lugar deseado en aquella casa que ahora solo estaba habitada por Jaime y sus padres.

—Antes me has dicho que te habías encontrado con alguien.

—A ver si adivinas.

Nela se sirvió un vaso de batido de fresa mientras Jaime se ponía un refresco.

—Con Clara, seguro, a la que habrás invitado a venir como haces siempre, y te habrá dicho que no, porque soy un muermo.

—Sí y no. He comido en casa de Clara y está entusiasmada con aquella profesora de canto, ¿te acuerdas?

—¿La rusa?

—Esa. La ha aceptado en su clase.

—Cómo no, presentando la tarjeta de visita. —Hizo un gesto significativo con los dedos—. Don

Paganini a su disposición.

—Mira que eres malo.

—Mira que eres tonta.

—Clara canta bien.

—Y es una gran actriz y una concertista de guitarra excelente. Esta chica lo tiene todo. —Se inclinó y tocó la punta de la nariz de su amiga—. Excepto talento.

—Pues ella está feliz, que es lo que cuenta en esta vida —dijo Nela después de rascarse la nariz.

—La felicidad de los idiotas.

—Bueno, Jaime, ya vale. —

Le hizo un gesto muy seria, ante lo cual el otro se echó a reír.

—De acuerdo, pero si no ha sido con Clara...

—He visto a mi abuela.

Jaime la miró fijamente.

—Así que Mamanela ha venido de visita—. Bebió un trago de su refresco y se sentó.

—Ha pasado algo rarísimo. —Nela frunció el ceño al recordarlo—. Me ha dado un mensaje de mi padre.

Jaime frunció el ceño.

—Pero si has quedado con él para ir a ver una exposición. ¿No era más sencillo que te lo diese él mismo?

—Por eso he pensado que se había muerto.

—¡Pues menuda pérdida para la Humanidad! —dijo Jaime arrugando la nariz.

—¡No seas burro!

—De todos modos, que hable con personas vivas no es tan extraño, porque tú estás viva, ¿no? —dijo Jaime.

Nela le lanzó una mirada asesina.

—¿No te cansarás nunca de hacer broma con esto?

—Asúmelo, la gente, en general, no va por ahí hablando con fantasmas —siguió, ignorando la mirada de su amiga—. Los dos sabemos que tú eres un caso especial. Vamos, de esos casos especiales que hay en Sant Boi <sup>[1]</sup>.

—Es imposible hablar contigo en serio.

—Tranquila, yo siempre

guardaré tu secreto. Hicimos un trato: tú me prometiste que tu abuela y compañía no me harían una visita y yo no le diría a nadie que tengo una amiga que está para que la encierren. ¿Y cuál era ese mensaje? —preguntó haciendo un gesto de disculpa.

—Que vaya donde me quieren.

—Pues vaya mensaje de mierda. Es una manera muy gilipollas de decirte que te vayas a otra parte, porque lo que es él...

—Sigo pensando que ha sido muy misteriosa —dijo pensativa.

—¡Vaya! Eso sí que es una novedad. ¡Un fantasma misterioso! —Jaime soltó una carcajada—. Dejemos el tema, si no te importa, que tengo noticias succulentas.

Nela movió un poco la cabeza y prestó atención a su amigo.

—Debo darme prisa en explicártelo, porque si no me espabilo te enteras en el mercado. El gilipollas de mi hermano Carlos se separa.

—Pero ¿qué dices? ¡No me lo puedo creer! —Nela se echó las manos a la cabeza—. Si está casado con la mujer más maravillosa del planeta, el mayor ejemplar de arpía que he conocido en mi vida. ¿Qué ha podido ocurrir para que tu inteligentísimo y perfecto hermano se haya dado cuenta al fin y la haya dejado?

—No, si ha sido ella la que le ha plantado. —Jaime se encogió de hombros—. Parece que ha encontrado otro espécimen mejor

que él. Lo que es seguro es que mi hermano se va a venir a vivir con nosotros una temporada. Según mi madre, necesita calor familiar. Para mí que quiere alguien que le planche las camisas.

—Vaya, qué suerte para ti — Nela le dio unas palmaditas en la espalda—, un hermano para compartir batallitas...

—Con los años te estás volviendo una bruja, ¿lo sabías?

—Después de ese comentario, no me queda otro remedio que

marcharme. —Nela se levantó estirando sus pantalones y sonrió—. Voy a esa exposición de la sala Marick...

—No entiendo por qué vas con él. —Jaime se puso serio.

—Quiere darme algo de mi madre. —Se encogió de hombros—. Estaremos en un lugar público...

—Si quiere darte algo puede enviártelo por mensajero, no hace falta que te moleste con su presencia.

Se hizo un silencio durante el

cual ambos escucharon muchas cosas del otro. Después Jaime se levantó y la cogió de los hombros para acompañarla a la puerta. Al salir al jardín, Nela se quedó un rato contemplando el enorme abeto que daba sombra a la mesa de piedra, su lugar favorito desde que era una niña.

—¿Te he dicho cuánto me gusta ese árbol? —preguntó, apoyándose en él.

—Muchas veces —sonrió Jaime—. Incluso de palabra.

Sabía que entre el abeto y Nela había algo especial. De pequeños había llegado a sentir celos de aquel árbol al que la niña se abrazaba sin pudor pidiéndole consuelo cuando estaba triste. Intuía que aquel tronco conocía más historias que él, que las sabía todas.

—¿Sabes de qué me estaba acordando? —dijo Jaime—. Del día que mi padre terminó de hacer la mesa de piedra. Cuando llegaste, él te dijo: «Siéntate, Nela, te estábamos esperando para que

hicieses los honores». Entonces tú te sentaste y dijiste muy resabida: «Qué feliz debe ser esta mesa con la suerte que le ha tocado. Me gustaría ser ella». Mis padres se quedaron de pasta de boniato. Teníamos nueve años, ¿te acuerdas?

Nela negó con la cabeza y sonrió.

—Yo decía muchas tonterías.  
—Se metió las manos en los bolsillos y se dirigió hacia la puerta  
—. Bueno, me voy. Tengo que coger el coche y como pille

caravana no llego.

Antes de salir por la puerta, se volvió a su amigo y le puso una mano en el hombro.

—Tu música es excelente, Jaime. Lástima que prefieras trabajar en tu otra profesión.

Le dio un beso en la mejilla.

—El sábado, cuando vengas a casa, tráeme el libro del que me hablaste el otro día.

Llegó a la Sala Marick a las

ocho y cinco suplicando mentalmente que su padre se retrasara un poco, no quería tener una bronca en la puerta. Respiró aliviada al ver que no estaba y miró hacia dentro. Había bastante gente. Sabía muy poco del pintor, firmaba sus cuadros como Reverter y había nacido en Castelldefels, aunque ahora vivía en Barcelona.

Nicolás Reverter se hallaba en esos momentos explicando algo a los visitantes, que se habían congregado junto a las dos mesas

con copas de cava situadas al fondo de la sala. Tenía una frondosa barba y gesticulaba mucho. Nela deseaba entrar, quería escuchar al autor, pero tenía que esperar a su padre. Así que se apartó de la puerta para no entorpecer el paso y esperó.

Las explicaciones acabaron y la gente comenzó a deambular por la sala, libremente. Pasaban cinco minutos de las ocho y media cuando aceptó la evidencia: su padre le había dado plantón. Miró hacia

dentro de nuevo y encogiéndose de hombros decidió que al menos aprovecharía la tarde.

La Sala Marick era una de las más importantes de Barcelona. Estaba situada en L'Eixample y combinaba exposiciones de artistas noveles con otros ya consagrados. Era una sala espaciosa con columnas en el centro. Nela empezó la visita por el lado contrario, como hacía siempre, le gustaba ver las exposiciones del final al principio. Su padre diría que lo hacía por

llevar la contraria, movida por su complejo de inferioridad. Pero se equivocaba. Ella creía que el presente explicaba el pasado, que solían dejarse para el final las mejores obras, cuando el ojo ya está preparado para entender al artista. Y si añadimos a todo esto el hecho de que no le gustaba que le dijese por dónde tenía que ir, tendremos la explicación lógica a un comportamiento ilógico. Otra cosa que le gustaba era escuchar los comentarios de la gente que asistía

a las exposiciones. Jaime decía que en el fondo era una cotilla y que su irrefrenable deseo de saber lo que pensaban los demás escondía su necesidad de agradar.

Cuando iba por la mitad de la exposición ya se había hecho una idea del autor. Era un pintor formidable, capaz de pintar sin pasión ni entusiasmo; hacía unos cuadros técnicamente impecables, pero carentes por completo de sensibilidad. A veces tenía la sensación de estar mirando lienzos

en blanco, otras le parecía estar viendo una falsificación de un buen cuadro. Hasta que llegó a la mitad del pasillo. Allí había colgado el retrato de una mujer, una anciana sentada en una mecedora. Sus ojos taladraron a Nela hasta hacerla contener la respiración. La expresión del rostro era estremecedora; un rostro lleno de arrugas bajo el que se adivinaba la juventud de otro tiempo. Sus ojos contenían la mirada de alguien preso en un cuerpo viejo y acabado

que miraba, desde dentro, con una mirada limpia e infantil. Se quedó largo rato contemplando extasiada ese cuadro. Si por ella fuese, la exposición se habría reducido a ese único lienzo. Quizá por eso su desprecio fue creciendo al continuar con el resto de los cuadros. ¿Cómo podía un pintor ser capaz de pintar un cuadro como aquel y atreverse a hacer una exposición con tanto arte de gran almacén?

Siguió caminando y se detuvo

al llegar a un grupito de gente muy bien vestida que disertaba sobre la obra del autor, concretamente ante un cuadro de un paisaje de mar, con casita incluida, que a Nela le pareció de libro de texto. El grupito estaba formado por tres mujeres de edad respetable y aspecto impecable que parecían recién salidas de un salón de belleza. Las acompañaban tres hombres, dos de unos cincuenta años, también impecables, si no fuese porque uno de ellos llevaba un horrible

peluquín que provocaba cierta repugnancia. No entendía por qué se empeñaban algunos hombres en colocarse esos horribles gatos en la cabeza. Sin duda, estaban mucho más atractivos sin eso. Cualquiera mujer preferiría una cabeza natural antes que un felpudo móvil. Ambos hombres contemplaban el cuadro, hombro con hombro, y no hacían más que asentir con la cabeza ante los comentarios femeninos. El tercer acompañante masculino parecía tan aburrido que llegó a

bostezar sin disimulo en dos ocasiones. Aparentaba unos cuarenta años y parecía más bien estar, como ella misma, contemplando el espectáculo en lugar de la obra.

—Es realmente magnífico — dijo el que parecía el mayor del grupo.

—Es un pintor muy importante. Leí que el mes pasado expuso en el West Chelsea, en New York. —El comentario del hombre del gato fue recibido con singular

alborozo.

—Por supuesto —dijo una de las mujeres sujetándose la barbilla en un gesto de inteligencia—. Este cuadro en concreto es excelente. Los colores tienen una textura y amplitud de espectro perfectos. Casi puedo escuchar las olas...

Las palabras pugnaban por salir de su boca y apretaba los labios en un intento absurdo de contenerlas. Si había algo irrefrenable en Nela, eran las palabras. De niña, su padre había

intentado de muchas maneras enseñarle que las palabras nunca debían ser libres, y que no ser capaz de controlarlas podía ser muy peligroso. Ella notaba cómo subían desde la garganta y rápidamente se las tragaba; pero como si fuesen un vomitivo el estómago las devolvía con fuerza a su boca y, antes de que pudiera tapársela, ya habían salido. Nela miró a su alrededor buscando con la mirada y localizó al autor en la rotonda atendiendo a algunos visitantes con mucho entusiasmo. Se

percató de que era especialmente afectuoso, lo cual no era muy habitual en un artista, y se alegró de ver la distancia que los separaba, no quería herirle.

—Y no me negarán que pinta de un modo tan real, que parece que estamos ante una fotografía de calendario —lo dijo en voz alta y con cara de asombro.

—Tiene usted razón —la apoyó el del peluquín, quizá esa es la palabra que describiría al autor: «realismo».

—Es fabuloso —continuaba Nela, suavemente—. Ese montón de colores... ¿y se han fijado en los árboles? Ese verde en las hojas. ¡Increíble! —Las mujeres miraron a Nela con suspicacia—. Cuando iba al colegio, soñaba con llegar a pintar así, tal cual. Claro que entonces yo solo tenía diez años, pero estoy segura de que a mi profesora le hubiese encantado este encuadre tan perfecto.

El hombre aburrido se acercó a Nela, observando atentamente el

lienzo.

—¿Y qué me dice de los perros? Tan perfectos que no les falta ni un detalle. Nadie podría confundirlos con ovejas, ¿no cree? Es impresionante.

Las personas que formaban el grupo se acercaron entre ellas instintivamente incómodas y violentas. Nela sabía que se estaba comportando como una maleducada y le sorprendió que aquel hombre la apoyara en su maldad. No era su estilo ir a una exposición a

ridiculizar al artista, pero aquella pequeña travesura resultaba inofensiva y le ayudaba a conjurar el mal humor que la desfachatez de su padre le había causado. Tenía un mal día y la irritaba ver que un pintor reconocido mundialmente podía permitirse el lujo de exponer unos cuadros tan mediocres.

—Es una de las exposiciones más técnicas que he visto nunca — dijo Nela en un tono más bajo.

—¿Considera eso un halago?  
—El hombre seguía mirando al

cuadro y cuando Nela se volvió hacia él percibió algo extraño en su mirada que hizo que se sintiera incómoda—. ¿Qué me dice de la emoción y el sentimiento de la obra? ¿Qué me dice del alma del autor? —Se volvió hacia ella y la miró fijamente.

Nela le sostuvo la mirada. Se sintió avergonzada al pensar que podía ser un buen amigo del pintor y quizá le había ofendido. O incluso... Se volvió hacia el que ella había convertido en artista, que

seguía en la rotonda atendiendo a todo aquel que se acercaba. Notó cómo el calor le subía por la garganta y estuvo segura de que se había puesto roja como un tomate. Se alegró de que su padre no estuviese allí, habría aprovechado su bochorno para ridiculizarla.

—¿Le ocurre algo? No irá a decirme que no tiene ningún otro comentario que hacer a esta obra tan... ¿mediocre?

—Hay un cuadro —susurró Nela.

Con un suave gesto indicó al hombre que la siguiera y se dirigió hasta el cuadro de la anciana.

—Yo creo que aquí hay alma y emoción —dijo tratando de sonar humilde, y enseguida se vio de nuevo captada por aquellos ojos—. Ella es la que nos observa, nosotros somos la exposición.

El hombre miró pensativo la imagen de la anciana. Después se volvió hacia Nela y le tendió la mano.

—Nicolás      Reverter      —se

presentó—, encantado de hablar con alguien tan entendido en arte.

Con una enigmática sonrisa se alejó dirigiéndose al lugar donde el joven de la barba seguía con sus atenciones a los visitantes. Nela sintió su mirada en la nuca mientras salía de allí. Ya en la calle soltó el aire de golpe, tenía que quitarse esa manía absurda de contener la respiración.

## II

### Vivir para gozar

«—Creías que iba a ceder, siempre  
crees que  
los demás han de ceder, pues yo no,  
esta noche, no... »

(Linda, *Vivir para gozar*, 1938)

Metió la llave, la giró y escuchó el ruido del motor al ponerse en marcha. Se incorporó a la lenta circulación de la ciudad y

una sonrisa serena se dibujó en su rostro. Volvía a casa dejando atrás a su padre y la sombra con la que lo cubría todo.

Tenía dieciocho años cuando salió de la casa de Rodrigo Cabanyes con lo puesto y una pequeña maleta que tenía preparada desde muchos meses antes. Primero vivió en habitaciones alquiladas porque los trabajos que encontraba no daban para mucho. Se hartó de comer conservas y sándwiches entre semana, porque los fines de

semana la madre de Jaime se encargaba de alimentarla como era debido. Le costó mucho que aceptaran su decisión de no vivir con ellos, pero ella sabía que era mejor así, no estaba preparada para vivir en familia. Estudiaba todas las horas que era capaz de arrancarle al día y dormía tan solo lo suficiente para no caer fulminada.

Cuando consiguió ahorrar un dinero lo gastó en una vieja y destartalada casita en la que no podría vivir más de una persona.

Había trabajado mucho para poder conseguir un lugar en el que se encontrase a gusto. Era traductora de inglés y trabajaba desde casa, cobraba por trabajo realizado, no estaba en nómina, pero tenía clientes fijos, empresas privadas y alguna pública. Su especialidad era el lenguaje técnico, manuales y documentos que traducía del inglés al castellano y al catalán. Era un trabajo que le gustaba y en el que tenía mucha libertad. Estaba bien pagado y le permitía manejar su

horario respetando los tiempos de entrega, de modo que podía dedicarse a lo que realmente le interesaba: la pintura.

Buscó en los pueblos que rodean Barcelona, porque la única cosa que tenía clara era que quería una casita en un pueblo. Caminó mucho y su ilusión aguantó desplantes monetarios, de localización, de espacio... Hasta que la encontró. Era una casita muy pequeña y desangelada y no tuvo ninguna duda de que era lo que

había estado buscando. Contaba solo con cuarenta metros de vivienda, pero la buhardilla y el jardín de unos veinte metros la convencieron de que era lo que ella necesitaba.

Tuvo que trabajar duro para acondicionarla; era antigua y estaba deshabitada desde hacía años. Con la ayuda de Jaime, su hermano Alejandro y Guillermo, el padre de ambos, tiraron todos los tabiques que se podían tirar y deshicieron la estructura original que contaba con

un diseño antiguo: dos habitaciones, comedor, cocina y baño. Todas las puertas batientes fueron sustituidas por correderas y esto, unido a que eligió muebles claros, dio mayor sensación de amplitud. Hicieron solo una habitación. Abrieron la cocina al salón y la separaron por un muro de media altura sobre el cual puso un tablero de encimera que hacía las veces de mesa. La zona del salón contaba con un lugar de descanso donde se hallaba el sofá de dos plazas, delante del cual

había una pequeña mesa, y un rincón de lectura situado junto a la puerta de salida al jardín. Dicha puerta estaba enmarcada por una gran librería repleta de libros. El aseo con ducha y un cuartito para la lavadora y la plancha eran el resto de estancias de la casa.

Junto al cuarto de planchado, se hallaba la empinada escalera que subía a la buhardilla. Recubiertas las paredes y el suelo de madera, tenía dos grandes ventanas en el techo que llenaban de luz toda la

habitación. Había instalado aire acondicionado que mantenía la casa fresca y evitaba que se estropeasen las pinturas que se esparcían por todos lados. Dos caballetes de diferente anchura y altura sostenían sendos lienzos, uno acabado y en proceso de secado y otro apenas comenzando a mancharse. Todas las paredes estaban cubiertas con cuadros y el suelo sustentaba gran cantidad de lienzos. En un lado se encontraba una mesa de unos tres metros de largo por dos de ancho

dividida en dos partes. La mayor parte de la superficie estaba repleta de objetos relacionados con la pintura. Pero había un espacio, justo debajo de una de las ventanas, en el que se hallaba el ordenador que le servía como herramienta en sus traducciones. La zona de trabajo estaba ordenada y despejada, completamente diferenciada del resto.

Lo que le costó más trabajo recuperar fue el jardín, que estaba totalmente abandonado. Contrató a

un jardinero por recomendación del padre de Jaime y trabajaron, codo con codo, hasta darle las condiciones necesarias para poder plantar un olivo y un naranjo y colocar una zona de césped. También plantó dos rosales y unas margaritas. En el porche colocó una mesa, dos sillas de ratán y una tumbona de lona amarilla. La casa estaba rodeada por un seto de dos metros que se apoyaba en una verja de la misma altura y que la protegía de las indiscretas miradas de los

paseantes. Y la entrada se hacía a través de una puerta de forja, escogida especialmente por Guillermo.

Se miró en el espejo retrovisor y se arrepintió de no haberse puesto al menos un poco de rímel. Además de borde, fea. Aunque, si lo pensaba bien, seguro que para Reverter el hecho de que fuese hecha un adefesio debió ser gratificante. No le gustaba maquillarse. Tenía grabado en la mente el ritual que seguía su madre

cuando ella era una niña. «No me mires aún, decía». «¿Por qué?», le preguntaba ella. «Porque esta ya no soy yo». Sus facciones pequeñas y rosadas seguían dándole el aspecto de una niña. El pelo era lo único de lo que estaba verdaderamente orgullosa: abundante, sedoso y de un negro azulado. Sonrió y se encogió de hombros, de algún modo aún tenía abuela.

Las nubes se deslizaban

lentamente por encima de los tejados. Solo se oía el canto de los pájaros y el rumor lejano del mar. Estaba sentada con el libro de Jaime en las manos. Algo en el texto la llevó lejos de allí. ¿Cuántas personas habían sobrevivido a enfermedades, guerras y catástrofes haciendo posible que ella existiese? ¿Cuántas personas no existirán jamás después de que la rama de un árbol se quiebre y alguien muera? ¿A cuántas personas se les niega el derecho a la vida tras la muerte de

un niño? ¿Cuántas muertes la siguen? Sintió frío, ese frío que viene de dentro, de un lugar imposible de calentar con el calor del fuego. El sol le molestaba para seguir leyendo y recordó que había dejado sus gafas en el coche aparcado frente a la puerta.

Al principio no le vio, solo se fijó en uno de los dos niños, el que jugaba a su alrededor, saltando y corriendo. Parecía querer jugar con el otro niño que se aferraba a las piernas del hombre con el que

hablaba. Por la familiaridad y el evidente afecto con que se trataban asumió que eran familia. El pintor charlaba relajado y de vez en cuando brindaba un gesto cariñoso a uno de los niños. Siempre al mismo. Parapetada tras su coche, les observó a sus anchas. Era un hombre atractivo: pelo claro, metro noventa, complexión atlética y, por si todo eso no bastase, desplegaba una seguridad inquietante. El otro hombre, de características similares, parecía feliz en su

compañía. El niño agarrado a él tendría unos cinco años y no demostraba tener ganas de jugar con el otro, que seguía con su actividad aparentemente ignorado por todos. El pequeño al que todos ignoraban, detuvo su carrera y la saludó. Ella correspondió a su gesto y en ese momento Nicolás Reverter la descubrió. El niño se puso muy serio cuando el pintor cruzó la carretera que los separaba.

—Hola. —Al llegar junto a ella se quitó las gafas de sol y le

tendió la mano.

—Hola. ¡Qué casualidad! —

Nela trató de sonar natural.

—Pues sí. ¿Vives aquí?

—Sí, aquí mismo. —Señaló la casa—. Desde hace dos años.

—Es un pueblo tranquilo y agradable, quizá es lo que necesita un pintor para recuperar el talento

Ella percibió su sarcasmo como un reproche y él sonrió disfrutando de su evidente incomodidad.

—Iba a dar un paseo con mi

hermano e Iván, mi sobrino. Suelo venir a menudo. La antigua casa de mis padres es muy grande y ahora solo viven ellos dos —dijo señalando a su hermano.

—Me gustaría disculparme por lo que ocurrió en la exposición —dijo Nela de pronto—. Estuvo muy mal.

—Hombre, no te voy a negar que no fuiste muy indulgente conmigo, pero si no estuviese acostumbrado a las críticas estaría listo.

—No soy crítico de arte. Mi opinión importa bien poco.

—¿Te gusta la pintura?

—Mucho.

—Siento que mi exposición no estuviese a la altura. Espero que la próxima vez haya más suerte.

—¿Te apetece un café? —

Nela se acercó a la puerta de su casa.

—Quizá otro día.

Hizo un gesto de saludo y se alejó. Ella le observó durante unos segundos mientras volvía con su

familia. Nicolás Reverter se giró y Nela se apresuró a entrar en la casa.

Abrió la nevera y empezó a prepararse una ensalada. Tarareaba una melodía que había escuchado en algún sitio y se le había quedado en la cabeza. Al levantar la vista, allí estaba. Emitía una divertida risita y la miraba fijamente. Nela comprendió. Allí parado en medio de su salón, la puerta de la terraza cerrada...

—Hola. —Dejó el cuchillo y

el tomate que estaba cortando, pero no se movió.

El niño la miraba, pero no decía nada. A veces era así. Nela se acercó a él y, sentándose en el sofá, dio unos golpecitos para indicarle que se sentara con ella. El pequeño lo hizo en silencio. Nela sabía que no podía tocarle, por eso no movió ni un músculo a pesar de que aquella criatura tan pequeña apelase a su instinto de protección. Se preguntaba qué le habría pasado y también qué hacía allí, pero

después de tantos años sabía que ellos venían, hacían o decían lo que querían y después se marchaban. No respondían preguntas, ni aceptaban peticiones, así que se mantuvo inmóvil y callada, esperando.

El niño estudió cada uno de los objetos que Nela tenía por el salón: las esferas de diferentes maderas y tamaños colocadas sobre la mesa, su colección de mariposas de cristal dentro de la pequeña vitrina que había colgado como un

cuadro en la pared, la estantería abarrotada de libros, los palillos chinos de distintos restaurantes colocados en un jarrón también chino. Luego la miró con atención, parecía estar averiguando quién era ella. Se levantó del sofá, se acercó a la pared y señaló el retrato. Fue la primera cosa que Nela colocó cuando acabaron las obras en la casa. El niño señaló la pintura y después a él mismo.

—¿Quieres que te haga un retrato?

No contestó, cogió un lápiz y un cuaderno de dibujo que había en una de las estanterías de la librería y escribió algo. Dejó el cuaderno en la mesita de centro y se apartó. Nela se acercó para ver qué había escrito y leyó: Javier. Cuando volvió a mirar, ya no estaba. Se levantó y fue a la cocina a continuar con la ensalada, mientras se preguntaba por qué aquellos ojos le resultaban tan familiares.

Jaime se despertó con dolor de cabeza. Casualmente se acordó de su hermano y de la nohcecita que le había dado. Seguro que ahora Carlos estaba dormido como un ceporro, en cambio él tenía que levantarse para ir a trabajar sin haber podido dormir más que... Miró el reloj.

—¡Dos horas! ¡Seré capullo!  
—Se levantó refunfuñando.

Después de darse una ducha se sintió mejor. Cuando bajaba hacia la cocina un inconfundible

aroma le devolvió la sonrisa.

—¡Rosquillas! —dijo deleitándose con el olor—. ¿Qué haces levantada tan temprano?

Su madre le dio un sonoro beso en la mejilla y le indicó la mesa en la que había colocado una enorme fuente de rosquillas y dos tazas de café con leche.

—Esta madrugada me he levantado a beber agua y me he encontrado a tu hermano sentado en el sofá, con la lámpara de la mesita encendida y la cara bañada en

lágrimas. —Se sentó junto a él—. Ahora se está duchando.

—Estuve con él hasta las cuatro en su habitación y cuando le dejé estaba tranquilo. —La verdad es que al final de la charla se estaba durmiendo y no podía juzgar razonablemente el estado de su hermano.

—Tú y tu perspicacia —dijo su madre limpiándose las manos en una servilleta—. Seguramente estaba hecho polvo y tú tenías un sueño que no te aguantabas, así que

te dijiste «ya está bien» y te fuiste a dormir. ¿Me equivoco?

Jaime puso cara de inocente.

—Me habría quedado todo el tiempo del mundo... si hubiese resistido. Pero ya sabes que mis neuronas tienen una capacidad relativa para soportar el exceso de ego.

Su madre le sacudió un sopapo que le pilló de refilón y Jaime se zampó otra rosquilla entera para consolarse.

—Bueno, ahora en serio, está

fastidiado —dijo acabándose lo que tenía en la boca—. No me imaginaba que se lo iba a tomar tan mal. Al final va a resultar que tiene sentimientos que no están relacionados con una cuenta corriente.

—Tienes muy mala opinión de tu hermano. Él está muy enamorado de su mujer.

—Ya. Por eso la ponía a parir cada vez que hablaba de ella.

—Es su carácter. Lo hace con todo el mundo, pero eso no

significa que no nos quiera.

—No, si sentimientos tiene. Por ejemplo, siente un amor desmesurado por sí mismo. — Cogió otra rosquilla y miró a su madre fijamente—. Mamá, mi hermano está sufriendo, lo admito. No sé si es su orgullo o si realmente siente algún aprecio por esa víbora que tiene por mujer. Si quieres darme pena, lo siento, pero no lo vas a conseguir. Tiene lo que se ha buscado. Su mujer le ha dejado porque estaba enrollada con

un amigo suyo desde hacía un año y ha estado esperando a tenerlo todo bien atado. ¿Pero sabes de lo que hablaba todo el rato? De que el otro tiene más dinero que él. Se siente humillado, avergonzado y menospreciado. Él, él, él.

Su madre movía la cabeza.

—Eres muy duro, Jaime. Tú hermano tiene muchas cosas buenas.

—Mamá, las ranas son verdes y viscosas, si fuesen peludas y con garras serían osos. No quieras cambiar las cosas para que sean

como tú quieres. Las cosas son como son. Y tu hijo Carlos es un mamón egoísta.

—Algún día vas a tener que contarme qué te pasa a ti con tu hermano.

—No, mamá. Esas cosas no se les cuentan a las madres. —Se levantó—. No puedo entretenerme más, que llego tarde.

—Si eso ocurre, dímelo para apuntarlo en el calendario, sería la primera vez.

Se acercó a su hijo y le

acarició el pelo con cariño.

—No te preocupes por Carlos, se recuperará —dijo él suavizando el tono—. Estando en casa no hay mal que se resista.

Cuando ya estaba en la puerta, se detuvo. Al parecer había olvidado algo.

—Ah, por cierto, me encantaría que esto de las rosquillas lo repitas alguna vez, pero para hablar de algo más agradable.

Salió de casa y subió a su coche, al que no le iría mal una buena limpieza general. Jaime era periodista, trabajaba en un periódico de Barcelona desde hacía tres años. No esperaba demasiado a nivel profesional, no era ambicioso en ese aspecto. Solo quería un sueldo a final de mes y tener tiempo para dedicarse a su música. Los compañeros se metían con él por vivir aún con sus padres, y él contestaba que dónde iba a estar mejor. La relación con sus padres

era poco usual, se llevaban realmente bien. Tampoco había tenido ningún motivo para marcharse de casa, solo se había enamorado una vez y salió mal.

Sospechaba que las cosas iban a cambiar con la llegada de su hermano. Nunca iban a llevarse bien. Haber recibido el corazón del mismo donante no les hacía compatibles. Eran seis hermanos, dos chicas y cuatro chicos. Con todos se llevaba más o menos bien, pero una relación profunda solo la

compartía con Teresa y Alejandro. Con Carlos la cosa pasaba de la indiferencia al desprecio. Procuraba no pensar en ello, pero no podía negar que el hecho de que fuese la primera persona que le llamó marica tuviese mucho que ver con eso.

Alfonso era el mayor de los hermanos. Le llevaba nueve años y siempre estuvo muy ocupado para prestarle atención. Dejó los estudios muy joven y se puso a trabajar en una fábrica haciendo

volantes para coches. Se echó novia, Rosa, a los dieciséis años y se casó con ella a los veintidós. Parecía que después de tantos años, y contra todo pronóstico, les iba bien. Solo por las dos preciosas niñas que habían conseguido hacer, aquella pareja merecía una larga vida juntos.

Beatriz era la belleza de la familia, tan guapa ella. Siempre preocupada por cosas importantes: cómo tener las cejas perfectamente depiladas, la piel bien hidratada,

que no se le corriera el rímel y que todo el mundo estuviese bien informado de que los zapatos que llevaba eran de un fabricante italiano. Quería ser modelo y se pasaba la vida a dieta. A sus treinta y tres años no había pasado nunca de usar una talla treinta y seis y era feliz por eso, aunque su carrera se hubiese reducido a trabajar de dependienta en una tienda de ropa de una gran cadena nacional. Era de esas hermanas que te alegras de ver cada cierto tiempo.

Después de ella nació Carlos, el «listo» de la familia. Capaz de las mayores proezas económicas, tenía la autoestima por las nubes. Estudió Empresariales y se casó con Montse Ribas, una víbora que no era guapa, pero tenía el atractivo de la fortuna de su padre. Él se encargó de todo: les buscó una bonita casa con piscina, compró los muebles a medida, hizo los preparativos de la boda y les organizó el viaje de novios. Lo que nunca le quedó claro a Jaime fue si

pasó la noche de bodas con ellos. La opinión de Jaime siempre fue que, si se iban a vivir a Honolulu, se alegraría por ellos. Las palmeras... los cocos... ¡Y tan lejos! Carlos era homófobo, no lo podía evitar, y trataba de disimularlo gastando bromas estúpidas a sus amigos. Bromas que casi siempre rayaban el mal gusto.

Qué diferente a Alejandro. De niño llamaba la atención su excesivo interés por aprender, era callado, pero siempre estaba atento.

Ahora era una persona siempre dispuesta a escuchar y con una gran empatía. Jaime pensaba que era imposible llevarse mal con alguien así, pero se burlaba de él diciéndole que en su caso no tenía mérito, pues había nacido genéticamente dotado para ello. También era muy divertido, había pasado noches enteras charlando con él sin un solo bostezo. Nunca fue ambicioso, se conformaba con ser profesor de instituto y siempre decía que para él era más

importante el aprecio de sus alumnos que su respeto.

A Jaime le tocó el papel de chiflado de la familia. Divertido, sincero y con una perseverancia indomable. Su madre decía que si se proponía algo lo conseguiría, si no por sus méritos, agotando al contrario. Siempre fue el típico niño preguntón que, a fuerza de insistir, consiguió aprender todo de todos. De ese modo, a su ciencia innata consiguió sumar la ciencia de los demás. Según decía Teresa, era

un sabio, «si quieres saber algo de cualquier cosa pregúntale a Jaime, lo sabe todo», comentario que le sacaba de quicio.

Teresa era la pequeña. Ser la pequeña de seis hermanos admite varias posibilidades, o eres la niña mimada y el tesoro de la casa o el último mono. Claro que también puedes ser un último mono muy gracioso y muy rico. Teresa lo fue. De niña era la mascota de la familia. La utilizaban como moneda de cambio, «si me dejas tus

colores, esta tarde me encargo de Teresa»; lo cual para ella era muy divertido, porque nunca sabía seguro con quién iba a estar y qué iba a hacer. Pero todo cambia cuando tienes trece años. Entonces ya no es tan divertido ser la pequeña: todos te vigilan, te mandan, te controlan, y si no quieres ser esclavizada has de construirte un búnker provisto de armamento y código secreto. A este lugar privilegiado, solo Alejandro y Jaime tenían acceso directo no

restringido. Ellos eran sus confidentes y aliados.

Jaime aparcó el coche delante del edificio donde estaba el periódico. Había llegado quince minutos antes de la hora. Tendría tiempo de tomarse un café en el bar de Julián, preguntarle por el partido de la noche anterior y dejar de pensar en su familia.

### III

## Corrientes ocultas

«—No siempre se ven las  
corrientes ocultas,  
pero existen»

(Michael Garroway, *Corrientes  
ocultas*, 1946)

Nela se levantó a las siete y media, se puso el bañador, un mono playero y salió con la bici dispuesta a dar su pedaleo matutino por el paseo marítimo. Casi todos los días

hacía lo mismo: en invierno daba un paseo y después se sentaba a contemplar el mar. En verano cambiaba el descanso por darse un baño.

Hacía una mañana espléndida y se cruzó con varias personas que hacían footing. A algunos los conocía de verlos todos los días, otros eran encuentros ocasionales, personas que se hacían el propósito de comenzar un plan de ejercicio y que, después de un par o tres de intentos, encontraban otra cosa más

interesante que hacer.

Empezó su rutina la primera mañana en su nueva casa, con los muebles sin ordenar y las maletas aún sin deshacer. Se levantó temprano, se puso ropa de deporte y un anorak y salió a dar su primer pedaleo. Nela era constante y meticulosa, no se dejaba vencer por la pereza y solía resultar incansable. Ignoraba de dónde sacaba tanta energía, pero gracias a eso había soportado con entereza muchas situaciones desagradables

en su vida. Todas tenían que ver con su padre.

Solo recordaba una vez en que había hecho un mínimo intento de encararse con él. Tenía quince años y volvían del entierro de su tía. Rodrigo no había cruzado ni una palabra con ella durante todo el tiempo que duró la ceremonia. Nela estaba tensa, muy nerviosa, no se enfrentaba bien a la muerte y él lo sabía. Todo su cuerpo temblaba reviviendo otro día como aquel. Solo que entonces era su madre la

que estaba dentro de la caja y ella era una niña. Aun así la obligó a ir y presenciar el terrible momento en que la caja con de su tía era introducida en aquel hoyo profundo.

Cuando notó que las piernas no podían sostenerla, trató de apoyarse en el brazo de su padre, pero él no se lo permitió. La obligó a soltarse con dureza y después se sacudió la chaqueta como si le hubiese manchado. Cuando llegaron a casa, Rodrigo tiró la americana al sofá, se aflojó la corbata y se

volvió a ella furioso.

—¡No vuelvas a hacerlo! —  
La señaló con un dedo amenazador  
—. No se te ocurra volver a  
tocarme.

Nela temblaba, sabía que  
tardaría horas en recuperar la  
serenidad.

—¿Por qué no me  
abandonaste cuando murió mamá?  
—Aquella mirada cínica en los  
ojos de Rodrigo debería haberla  
alertado.

—¿Abandonarte?

—Deberías haberme matado —su tono era muy bajo, pero en ese momento mostró una determinación que no era normal en ella—. Sé que no te habría resultado difícil.

—Yo no te quiero muerta, nunca lo he querido —dijo con ese tono profundo y sereno que tantas veces utilizaba con ella—. Si hubiese querido matarte podría haberlo hecho fácilmente y nadie lo habría descubierto jamás. Pero los muertos no sufren. ¡Y yo quiero que sufras!

Detuvo la bicicleta respirando con dificultad. Centró su vista en la fina arena que se extendía durante varios kilómetros de costa y bastantes metros de anchura.

—No tienes nada que temer—se dijo en voz baja.

Volvió a subirse a la bicicleta y siguió pedaleando.

Nela escogía las primeras horas del día para darse su baño, cuando solo unos pocos madrugadores, como ella, paseaban

por la orilla. Después solo la visitaba a la anochecida, ya sembrada de cañas de pescadores que pasaban las horas sentados en sus sillas, esperando que algún incauto pez se decidiese a morder el anzuelo. Llegó hasta el puerto, en el que había bastante movimiento, y dio la vuelta sin detenerse. Le apetecía mucho entrar en el agua. Según se iba desplegando el verano, iba siendo más duro el pedaleo y más agradable el chapuzón. Bajó de la bici y la ató

con una cadena a una de las vallas de hierro que delimitan la entrada a la arena. Cogió la toalla y se encaminó hacia la playa. Cuando estuvo a menos de un metro, soltó sus cosas y se dirigió a la orilla. Miró a ambos lados y vio la silueta de un hombre que se acercaba por la izquierda y una pareja con un perro, tras él. Volvió la vista al mar y, dando una carrera, se adentró en el agua fresca que la acogió suavemente, con las olas enredándose entre sus piernas.

Nadó durante un buen rato y cuando volvió a mirar hacia sus cosas vio que un hombre se había sentado junto a ellas. No le costó reconocerle.

—Buenos días; hace una mañana estupenda para darse un baño, lástima que no he traído bañador —dijo Nicolás Reverter cuando Nela estuvo lo suficientemente cerca.

—Pensaba que eras un ladrón de toallas. —Nela cogió la suya y comenzó a secarse el cabello.

—¿Crees que alguien podría robarte eso? —Señaló la raída tela lila que había sido una mullida toalla de rizo.

—Nunca se sabe.

—¿Vienes a menudo? —preguntó el pintor poniéndose de pie.

—Todos los días —respondió Nela envolviéndose en la toalla.

—Pues es raro que no nos hayamos visto. Cuando estoy aquí también paseo por aquí a diario.

—Desde que vine a vivir sigo

la misma rutina: pedaleo hasta el puerto y vuelvo. Aunque en invierno me limito a contemplar el mar, en lugar de bañarme, porque soy muy friolera.

Nicolás se había vuelto a mirar la bici atada a la farola que ella le había señalado.

—Me están entrando ganas de comprarme una bici —dijo—. Me gustan las dos ruedas.

Nela escuchaba el sonido familiar que hace el sedal cuando se lanza el anzuelo.

—¿Ha navegado alguna vez, señorita Nela? —preguntó el pintor cambiando de tema de pronto y con la mirada fija en un velero.

—Nunca, señor Reverter. No me gusta.

—¿Cómo lo sabes si no lo has hecho nunca? Y llámame Nico, por favor.

—Hay muchas cosas que no he probado y sé que no me gustan —dijo—. Jamás me ha mordido un áspid y estoy segura de que no quiero que lo haga, tampoco he

hecho puenting y no lo necesito para saber que me resultaría desagradable. No soy de las que creen que se debe probar todo para tener una opinión. ¿Tú sí?

—No se trata de eso, pero bueno. A mí siempre me gustó, aunque hace años que no lo hago.

—No podemos estar de acuerdo en todo. —Nela se encogió de hombros—. ¿Piensas quedarte muchos días?

—¿Te gustaría? —sonrió seductor—. He venido a descansar,

a que me mimen. Mi hermano y mi sobrino son la única familia que tengo y me tratan como a un rey.

Nela ya se había puesto el mono y había recogido sus cosas dentro de la mochila. Caminaron por la arena hacia la bicicleta.

—Cuando viajo mucho o he estado trabajando en algún cuadro complicado que me deja exhausto, estar con ellos me relaja. He estado en cinco países en dos semanas y necesitaba centrarme para volver a pintar.

—Debe ser maravilloso pintar un cuadro y que los demás vean en él lo que tú ves. —Las palabras salieron de su boca sin que ella pudiese impedirlo—. Pintar no es solo dar color a un lienzo, es poner vida y sentimientos que ni siquiera sabes que sientes. El lienzo en blanco es como una ventana abierta al infinito. Tú proyectas en él con un pincel, que bien podría ser el dedo manchado de un dios recreando un mundo imaginario. —Se detuvo a mirarle y

sus ojos brillaban con tal intensidad que su interlocutor se sintió abrumado—. Lo más maravilloso de un cuadro es lo que el artista no ha pintado, pero está allí, detrás de la cascada, en el maletero de aquel coche o sentada en la cocina de aquella casa. Solo unos pocos privilegiados pueden ver todo eso que no se ve...

Se detuvo. Los ojos que la estaban mirando no eran los suyos detrás del espejo. Ni eran los de Jaime, que era el único que conocía

sus pensamientos más íntimos. Había hablado más de la cuenta. Apartó la mirada, avergonzada, tratando de no demostrar lo que sentía, porque eso evidenciaría lo mucho que sus palabras significaban y la haría vulnerable.

—Vaya, vaya... —La expresión de Nico cambió por completo—. Así que la crítica de pintura también pinta. Menuda sorpresa me has dado. Bueno, supongo que aceptarás que me debes el privilegio de hacer una

visita a una exposición de tus obras.

—Mis obras no se exponen.

—Nela sintió que se le revolvía el estómago.

—Tendremos que cambiar eso. Primero tendría que verlas y después, si me gustan, podría ayudarte.

—Me parece que no.

—¿Por qué? ¿Tan mal crees que lo haces?

—No tiene nada que ver con eso. —Desató la cadena de la bici tratando de disimular el temblor de

sus manos.

—He conocido pintores jóvenes que pensaban que eran mejores que Picasso, pero nunca uno que creyese que no era bueno. Venga, prometo ser indulgente en mi crítica, no como otras —insistió acérrimo.

—Mira, creo que será mejor que me vaya a casa, tengo visita y no quiero dejarle más tiempo solo. —Se subió a la bici esforzándose por sonreír.

—¿Y el café? —preguntó él

frunciendo el ceño, molesto.

—Ya no me apetece.

Y, sin decir nada más, se alejó pedaleando sin volver la vista atrás.

Echó el café en el cubilete y cerró la cafetera.

—No deberías tomar tanto café. —Jaime estaba sentado en el sofá con el bañador puesto y una toalla sobre las piernas.

—Anda, vete a tomar el sol

—dijo Nela sonriendo—. Yo tengo que ponerme a trabajar, estoy hasta arriba de faena.

—Mucho «trabajo para mí misma», «nadie marca mi horario...». Pues hoy es sábado, guapa.

—Pero yo no tengo a nadie tocándome la oreja. Trabajo este sábado, pero me lo pagan bien, y a mí me da igual si es sábado o miércoles. De todas maneras, no te preocupes, ya sabes que el café es el único miembro de mi familia que

vive conmigo.

Alguien tocó el timbre de la puerta.

—Ya abro yo, aprovechando que salgo. —Jaime se levantó.

Cuando Nela miró hacia la puerta, se encontró con Nicolás Reverter observándola con una expresión muy seria.

—Pues parece que sí tomaremos ese café —dijo Nela haciéndole un gesto para que entrase.

—Perdona mis modales —

dijo el pintor—, es que hacía mucho tiempo que no me relacionaba con adolescentes.

Nela levantó una ceja sorprendida por el comentario.

—No, perdona tú los míos. Es que hacía tiempo que no me relacionaba con presuntuosos muy pagados de sí mismos.

—Eres un poquito estúpida, ¿no?

—¿Te refieres a estúpida con relación al coeficiente de inteligencia o a otra cosa?

—Me refiero a estúpida, simplemente.

—Vale. ¿Vas a tomarte el café? —dijo señalando una de las tazas.

—No, gracias. No me gustaría descubrir que puedes ser amable y borrar la estupenda imagen que tengo de ti.

Nela se dio por vencida. Estaba claro que su comportamiento era del todo incompresible para alguien que no la conociese. Ese era uno de los motivos por los que

no hacía nuevos amigos.

—¿Qué tal si empezamos de nuevo? —dijo tratando de que aquella mueca pareciese una sonrisa.

Nico dejó de mirarla y examinó la habitación intentando averiguar quién era la persona que vivía allí. Observó detenidamente la librería repleta de libros con piedras de río esparcidas por las estanterías, la vieja vitrina restaurada que guardaba la vajilla. Pero sobre todo se fijó en el retrato

que había junto al sillón de lectura.

Nela colocó las tazas en la mesita que había frente al sofá y Nico se sentó junto a ella cuando terminó el escrutinio.

—¿El que me ha abierto la puerta es tu pareja? —preguntó el pintor.

—¿Jaime?

Él asintió aceptando la taza que le ofrecía.

—Crecimos juntos. A veces me hace de padre, otras de hermano, pero de novio no me ha

hecho nunca.

Nela se recostó en el sillón mirando a Nico, ya más cómoda.

—Nos llevamos seis meses de diferencia y nos entendemos muy bien —añadió ella.

—Una relación muy curiosa —dijo Nico—. Yo no creo mucho en ese tipo de amistad, supongo que cada uno cree lo que ha podido experimentar. Mis amigos siempre fueron hombres, las mujeres a las que he conocido de verdad son pocas y no precisamente amigas, en

el sentido con que tú utilizas la palabra. —Bebió un sorbo de café.

—Ya. Imagino a qué clase de amigas te refieres.

—¿Tú no tienes un amigo de esos?

—No creo que sea asunto tuyo. —Esperaba que el calor que notaba en su cara no fuese visible.

—Y volviendo a lo de antes, ¿por qué te has marchado de ese modo?

—No me gusta hablar de eso.

—Sin embargo, pintas... —

afirmó.

Nela asintió con la cabeza y se acabó el café.

—Pero nadie ve mis cuadros —dijo rotunda.

—Vaya. ¿Y ya está? Nadie ve tus cuadros. ¿Tan horrible es tu pintura? ¿Tan insegura eres? ¿Qué pintas que no puede verlo nadie?

—Ya te he dicho que no quiero hablar de ello.

Nico se echó un poco para atrás, sorprendido.

—¿Te pintas a ti misma

desnuda?

Nela se estremeció. No era lo que él pensaba, pero estaba más cerca de la verdad de lo que creía.

—Bueno, sería un poco raro que eligieses pintarte desnuda y luego te diese reparo que te vieses.

—No pinto para los demás. Pinto para mí y no quiero que nadie vea lo que siento... cuando pinto.

—Pero eso es absurdo. —El pintor se puso de pie y su cuerpo tapó el sol que entraba por la cristalera—. El mero hecho de

pintar implica el deseo de expresar algo. Sea lo que sea, has de dejar que los demás lo vean, si no, es como hablarle a una pared o a los fantasmas que nos rodean.

Nela aguantó la respiración, como el que escucha pasos intentando averiguar de dónde provienen.

—Soy una mujer adulta y decido por mí misma. —Dejó la taza sobre la mesa y se puso de pie también—. Como ves aquí no hay nadie que me diga lo que tengo que

hacer. A lo mejor piensas que es un síntoma de inmadurez, pero yo lo veo como un signo de libertad.

Nico la miró unos segundos y después volvió a acercarse al lienzo con el rostro infantil que había en la pared. En realidad él no miraba la imagen en sí, miraba más allá: la composición, la mezcla de colores, la luz... Se volvió a Nela.

—¿Cuándo pintaste este retrato?

—Hace años.

Nico entrecerró los ojos un

instante y volvió a mirar el cuadro. Después se giró bruscamente.

—¿Dónde los escondes? —Al ver que Nela no contestaba, se dirigió al dormitorio.

—Pero ¿qué haces? —Ella corrió tras él, asustada—. ¿Dónde te crees que vas?

Le sujetó del brazo, pero él se zafó de ella sin esfuerzo. Después de inspeccionar la habitación, sin éxito, abrió la puerta contigua a la del lavabo y se encontró con la tabla de planchar y la lavadora.

Nela no sabía cómo reaccionar. Nunca le había pasado algo así con nadie, ni siquiera Jaime había visto sus cuadros. Cuando se dio cuenta de que Nico miraba hacia la puerta de la buhardilla entró en pánico. Corrió y se interpuso en su camino.

—No te atrevas a pasar. No sé qué pretendes, pero no tienes ningún derecho a hacer esto. —Sus ojos lanzaban cuchillos. Había tanta violencia en aquella mirada que Nico se detuvo en seco—.

¡Márchate de mi casa!

Ahora fue el pintor quien sintió un estremecimiento.

—Nela, escúchame, ese retrato que tienes colgado es muy bueno...

—¡Que te vayas! —gritó.

Él frunció el ceño completamente desconcertado.

—Está bien, está bien —dijo levantando las manos en señal de rendición y se marchó sacudiendo la cabeza.

Cuando se cerró la puerta,

Nela dejó caer sus hombros como si le hubieran puesto un gran peso encima. Se sentó en la escalera, agotada por la tensión. En aquella buhardilla estaba su alma, desnuda e indefensa ante cualquiera que se atreviese a mirarla. Podrían destrozarla en un segundo atacando su esencia. Sus encuentros, sus angustias y sufrimientos estaban esparcidos por la habitación sin ningún ocultamiento. Todas las cosas que había vivido, sus pesadillas más horrendas. Esa

había sido su terapia durante todos aquellos años y no podía dejar que nadie lo viese.

Clara se desperezaba estirando cada uno de sus músculos cuando sonó el teléfono. A pesar de ser sábado esa mañana se había levantado a las ocho porque a las nueve comenzaban sus clases de canto. Las suyas, porque las que daría con la profesora rusa no empezarían hasta septiembre. Se

había hecho el firme propósito de levantarse todos los días a las ocho de la mañana. Desayunar tranquilamente y después, sobre las nueve, ponerse a ensayar escalas y más escalas de solfeo, dispuesta a llegar bien preparada. Pero Clara no era una persona de gran voluntad y todos sus propósitos se quedaban en eso: en propósitos. En cuanto su hermana le ofreció ir de compras, aceptó inmediatamente, olvidando todos los planes que había hecho. Habían comido en el centro

comercial y al volver se había repantigado en el sofá para ver la tele.

—¿Diga? —contestó sin ganas.

—Hola Clara. —Nela miraba la calle a través del cristal que daba al jardín.

—Bien, ¿y tú? He ido de compras con Sonia. Me he comprado un vestido granate guapísimo, ya verás cuando me lo veas puesto. Es un poco escotado, pero bueno...

—Pues yo he tenido un día muy raro. Ha venido Jaime.

—¿Y qué tiene eso de raro? Si no se aparta de ti ni con una escarpa.

—No, eso no es lo raro. Tengo muchas cosas que contarte, pero preferiría que nos viésemos.

—¿Quedamos dentro de un rato? En tu casa no, si está Jaime no podremos hablar tranquilas. Ya sé, en La Cantonada.

—¿No te apetece más venirme a cenar? He hecho canelones —dijo

sabiendo cómo tentar a su amiga—. Y tarta de queso.

—¿A qué hora? —preguntó Clara levantándose del sofá y apagando la tele.

—Si vienes ya podemos ir a tomar algo a La Granja y así hablamos las dos solas.

—Me visto y voy. —Tropezó con la zapatilla y en lugar de recogerla siguió andando descalza—. ¡Ponte guapa! Si no deslucirás a mi lado.

Nela sonrió por el comentario

de su amiga mientras colgaba el teléfono. Se tumbó un momento en el sofá para descansar unos minutos antes de arreglarse. Había estado más de dos horas cocinando.

—Nela, Nela, despierta. —  
Jaime la zarandeaba suavemente.

Abrió los ojos y se incorporó notando un pinchazo en las cervicales.

—Me he dormido —dijo frotándose el cuello—. ¿Qué hora es?

—Las seis menos cinco —  
dijo Jaime sonriendo.

—¡Mierda! Me he dormido —  
dijo saltando del sofá—. He  
quedado con Clara a las seis en La  
Granja.

—Huy, no me acordaba... —  
Jaime elevó la voz para que ella le  
oyese desde el lavabo—. Tengo  
que marcharme, me ha surgido un  
imprevisto.

Nela se asomó y le sacó la  
lengua. Después volvió a

desaparecer.

—Te he despertado porque te habías quedado en una posición muy incómoda, con el cuello torcido. Si lo llego a saber... — siguió Jaime.

—Solo quería descansar un poco. Ahora tendré que ir en bici. Y Clara quería que me arreglase...

—Por cierto, tenemos que hablar, tienes que contarme sobre ese pintor.

—Ahora no puedo. —Pasó la mano varias veces por el tejano

intentando alisarlo un poco—. Ya hablaremos luego.

Estaba mal llegar tarde después de que había sido ella la que había llamado a Clara y la había hecho venir. Tenía una marca del cojín en la cara y el pelo revuelto. Pensó que a su amiga se le pondrían los ojos como platos al verla llegar con esa pinta desaliñada y no pudo evitar una sonrisa de placer culposo.

## IV

### El sueño eterno

«—Pase sin llamar y diga que le  
esperan.....»

(Mayordomo a Marlow, *El  
sueño eterno*, 1946)

—¿A eso le llamas tú  
arreglarte? —Clara le dio un par de  
besos y se sentaron.

—Perdona, es que no quería  
eclipsar tu belleza, bruja —le  
dedicó una sonrisa de anuncio de

dentífrico—. No, en serio, me he quedado frita en el sofá y de pocas llego tarde. Suerte de Jaime que me ha despertado.

—¡Qué considerado! Te lo agradezco. Sabes que odio esperar.

El camarero se acercó a Nela.

—¿Qué quiere tomar? — preguntó

—Una horchata, por favor.

Clara bebía una cerveza, despreocupada del volumen que iba cogiendo su barriga. Nela observó a las personas que había en el bar:

un señor con barba que leía el periódico, tres chicas riendo sin parar mientras susurraban, una pareja que miraba en distintas direcciones, una señora sola que tomaba algo en una minúscula copa y dos amigos hablando de sus cosas.

—Se está bien aquí —dijo.

—¿Es que no vas a decir nada de mi vestido? —le espetó su amiga.

Nela se fijó entonces en el vestido de Clara. Era un modelo

largo hasta media pierna, de punto, en color granate, con tirantes y un gran escote delante y detrás. Por el escote de delante asomaban los grandes pechos de su amiga, lo que la hacía parecer más gorda de lo que en realidad estaba. Nela no supo qué decir, el color no le favorecía y el corte era excesivo.

—No te gusta, ¿verdad? Piensas que es estrafalario y que me hace gorda. Me lo imaginaba. No importa, es precioso y me encanta.

Clara, como hacía siempre

que se sentía insegura, había soltado exactamente lo que ella pensaba poniéndolo en boca de su amiga.

—Yo no he dicho eso, no empecemos. El vestido es original, pero tus gustos y los míos no han coincidido nunca.

—Bueno, dejemos eso. — Clara se olvidó por completo del vestido y se concentró en satisfacer su curiosidad—. ¿Qué es eso tan misterioso que ibas a contarme?

—No te he dicho que fuera

misterioso —aclaró bebiendo un sorbo de horchata—. Dije raro.

Clara colocó un codo en la mesa y apoyó la barbilla en la mano, poniendo mucha atención.

—El día de la exposición tuve la desafortunada suerte de conocer al pintor, de la manera más estúpida que puedas imaginar. Hasta la mitad del recorrido los cuadros me parecieron mediocres. Después de leer las maravillosas críticas que lo ponían por las nubes me esperaba más. Y ya sabes que entre mis

virtudes no está la de quedarme calladita. Había un cuadro magnífico, pero es que era una exposición de treinta cuadros...

—No entiendo nada, Nela.

—Sí, me estoy liando un poco. Lo que quiero decir es que me encontré sola, porque mi padre me dejó plantada, en una exposición mediocre que tan solo tenía un buen cuadro, y entonces escuché a un grupito elogiando al autor y su obra de la manera más ridícula que te puedas imaginar. —Hizo un gesto

de «inevitable» con la mano.

—Ahora lo entiendo: le pusiste a parir.

—Yo creía que el pintor era un hombre de barba que atendía a los visitantes y que estaba lo suficientemente lejos como para que no le llegasen mis doscientos veinte voltios de descarga negativa.

—¡No me digas que escuchó lo que decías! —Clara se recostó en el respaldo de la silla.

—Peor que eso. ¡Se lo dije a él mismo! Creí que formaba parte

del grupito ese y metí la pata hasta el cuello. Después intenté arreglarlo comentándole el cuadro de la anciana, pero lo que hice fue acabarlo de estropear.

—Bueno, ¿qué le vamos a hacer? Siempre has sido una bocazas...

—Eso no es todo —dijo Nela bajando los ojos.

Clara dejó salir de su boca una risita perversa.

—No me digas que te acostaste con él para compensarle.

—Calla y escucha, burra —la interrumpió—. Resulta que su hermano vive aquí y él está pasando unos días en su casa.

—Y te lo has encontrado, claro.

—No solo nos hemos encontrado, hablamos y tomamos un café.

Nela le explicó el encuentro en la playa y la visita posterior a su casa. Las expresiones en el rostro de Clara iban cambiando de la diversión al desconcierto, pasando

por el enojo.

—¡Joder, el tío! —exclamó cuando su amiga terminó el relato —. Es cierto que no te conoce y no sabe que no se los enseñas a nadie, pero se ha comportado como un verdadero imbécil.

—Claro que lo sabe. ¡Se lo dije!

—Bueno, ¿entonces le diste con la sartén en la cabeza o no?

—Le eché de mi casa.

—¿Y él que hizo?

—Me pidió disculpas y se

marchó. —El señor de la barba que leía el periódico había levantado la vista del papel para mirarlas.

—¿Me lo puedes describir?

—Clara recuperó su atención bajando el tono—. ¿Está bueno?

—Treinta y tantos, rubio, alto... Y sí, está muy bien.

—¿Lo pondrías en un calendario? —insistió su amiga.

—Mira que eres tonta.

—Que a ti te parezca un adonis no es ninguna garantía. ¡Tienes un gusto pésimo!

—Pues, mira por dónde, vas a salir de dudas.

—¿Dónde? —Clara hizo ademán de girarse.

—Ni se te ocurra moverte. Viene para acá. Compórtate lo más normal posible, por favor.

Caminaba a paso tranquilo y se acercaba por la acera en la que estaban colocadas las mesas, así que no había posibilidad de disimular. Nela pensaba a toda velocidad qué decir que sonase espontáneo. Entonces Nico pasó

junto a ellas, les dedicó una ligera inclinación de cabeza y continuó su camino sin detenerse.

—¡Qué culo! —exclamó Clara mirándole sin disimulo. El hombre de la barba cerró el periódico rindiéndose ante la imposibilidad de concentrarse en la lectura.

Nela se había quedado muda. Se imaginó a sí misma poniéndole la zancadilla. Su vergüenza no encontraba un lugar por el que escapar que no fuese su rostro, rojo

como el color de labios de su amiga.

—Por primera vez estamos de acuerdo. Es guapo, pero sobre todo está buenísimo. Me lo tienes que presentar.

—No sé cómo voy a hacer eso, no creo que vuelva a dirigirme la palabra en toda su vida.

—Eres un poco cortita. Podrías haberle dicho algo tú a él. Después de todo le echaste de tu casa.

—Mira, mejor así, es un

gilipollas jactancioso. —Hizo un gesto al camarero para que les trajese la cuenta—. Ya hemos dado suficiente el espectáculo, mejor nos vamos a casa. Seguro que Jaime estará deseando verte.

—Jaime solo se alegra de verme cuando me voy —dijo Clara con sarcasmo—. De verdad que no entiendo por qué sois tan amigos.

—Qué casualidad, él dice lo mismo de ti. —Nela se puso de pie después de pagar la cuenta—. ¿Dónde tienes el coche?

—Ahí. —Clara señaló frente a ellas.

—Nos vemos en casa.

Nela levantó la bici del suelo donde la había dejado y se subió a ella. Miró a ambos lados de la carretera y se sumó al flujo de vehículos, que a esa hora era abundante en el paseo marítimo, tanto de llegada como de salida. Se metió por una de las calles laterales para esquivar la marea de coches y, al entrar en una rotonda, apenas tuvo tiempo de reaccionar frente al

vehículo que se le venía encima. El conductor frenó en seco, pero Nela no pudo evitar el golpe. Por suerte pudo corregir la trayectoria y evitar que le diese de lleno.

—Ni siquiera te he visto. — El conductor se había bajado del coche rápidamente y la sujetaba del brazo para ayudarla a levantarse.

Nela lanzó una exclamación de dolor. Tenía varias heridas en las piernas y en el brazo.

—Te llevaré a un hospital — dijo el conductor preocupado.

—No hace falta —mordió las palabras—. Estoy bien, solo me he raspado la piel con las piedrecitas del suelo. Iré a que me limpien las heridas al ambulatorio, no se preocupe.

—Lo siento mucho, de verdad.

—Más lo siento yo.

—Toma mi tarjeta por si necesitas ponerte en contacto conmigo para lo que sea. Si se ha roto la bici...

Nela levantó la bici y

comprobó que había aguantado el porrazo mejor que ella. Por suerte era una bici antigua, si hubiese sido una de esas de fibra de carbono, de las que tanto le habían hablado, estaría hecha un higo. Le hizo un gesto al hombre para que la soltase y se subió con mucho cuidado. Sin decir nada más se alejó de allí ante la preocupada mirada del conductor.

En los minutos que tardó en llegar al ambulatorio, fue capaz de recitar la cadena de insultos más

larga que recordaba. Desde luego al del coche le iban a pitar los oídos durante un buen rato. Al pedalear sintió que el dolor aumentaba, pero eso no fue nada comparado con el que sintió cuando la enfermera empezó a limpiarle las heridas de las piernas. Las lágrimas caían a borbotones por su cara. Con una gasa impregnada en agua jabonosa y sin la menor contemplación, la enfermera González, que era el nombre que ponía en su bata, restregó sobre las heridas

eliminando los coágulos de sangre, la tierra, el polvo y otras cosillas que se habían enganchado. Nela vio las estrellas, la luna y todos los astros; sintió náuseas e instintos asesinos contra esa energúmena que parecía dispuesta a llegar al hueso con tal de desinfectar las heridas. Después las roció con un líquido oscuro y Nela tuvo que sujetarse a la camilla, apretando los dientes para no gritar. Se juró no volver a subir a una bicicleta y matar al conductor del coche si volvía a

verle.

—Bueno, esto ya está. Eres una valiente. —La enfermera le apartó el pelo de la cara y le limpió las lágrimas.

—¡Mierda! Dolía tanto que no tenía ni fuerzas para quejarme — dijo recuperando la capacidad de hablar.

—Estas heridas no son graves, pero hay que desinfectarlas muy bien. En tu casa habrías sido mucho más delicada y te habrías encontrado con un infección grave

en un par de días. Sé que es doloroso, pero es mejor que duela y quede limpio. Una infección es mucho peor. Ahora te vas a casita y nada de bicicleta hasta que las heridas se curen. Y no vayas a la playa ni a la piscina hasta que las costras se caigan. ¿De acuerdo? Ahí fuera esperan tus amigos.

La enfermera González, que tenía ahora un aspecto mucho más agradable, ayudó a Nela a levantarse. Primero la hizo sentarse unos segundos, después la puso de

pie y la sujetó por un brazo. Cuando estuvo segura de que se sostenía por sí misma, la acompañó hasta la puerta y la ayudó a salir para encontrarse con sus amigos.

—Ya está. Lo ha pasado un poquito mal, pero es una chica fuerte. Cuando llegue a casa que se esté quietecita. —Se volvió a Nela—. Acuérdate: nada de bicicleta y nada de playa. Ducha, no baño. Las heridas han de secar y cicatrizar. Y te has de curar con Betadine tres veces al día.

Nela asintió con la cabeza. Lo único que quería era irse a su casa. Se agarró al brazo de Jaime y al de Clara y, ensayando el paso con el que pensaba caminar a los noventa años, salieron del ambulatorio.

Se sentó ante el ordenador. En los últimos días no había trabajado a buen ritmo y se le había acumulado la faena. La pierna mejoraba y con tenerla apoyada en una banqueta era suficiente, pero

necesitaba los brazos y las manos para escribir, por lo que se hacía daño en las heridas. Echaba de menos su paseo matinal y la libertad de hacer e ir donde le diese la gana, así que su humor no era de los mejores que recordaba. El teléfono sonó y, al estirar el brazo para cogerlo no pudo evitar un gemido.

—¿Sí?

—He oído que te caíste de la bicicleta. ¿No eres ya un poco mayorcita?

La voz de su padre la sorprendió. Nadie podría hacerle creer que la llamaba para preocuparse por su estado.

—Ya sabes lo desastre que es tu hija. —Nela empezó a garabatear con el boli en un papel.

—Si necesitas un cirujano estético puedes pedirme un presupuesto.

—No va a ser necesario, mis piernas lo resistirán.

—Eso explica tu escasa vida amorosa.

—Te veo muy interesado.

—Eres un caso patológico —  
el tono de Rodrigo era áspero como  
el esparto.

—Le dice la sartén al cazo...

—Si sigues dañando la  
mercancía, al final solo te va a  
quedar la opción de tu perrito  
faldero. Y los dos sabemos lo que  
él prefiere...

—¿Querías algo, además de  
levantarme el ánimo?

—Teniendo en cuenta tus  
condiciones, lo vamos a dejar para

más adelante.

—¿No me dices de qué se trata?

—Pues no. Tendrás que aguantar tu curiosidad.

—No vayas a sufrir por mí, dormiré tranquila... como siempre. ¿Tú qué tal duermes? ¿Sigues con aquellas horribles pesadillas?

Colgó. Nela siguió garabateando en el papel con el auricular en el oído. Después de unos segundos, dejó el teléfono y se puso a trabajar.

Pasado el mediodía bajó a prepararse un café. Ese era su único vicio, un vicio del que no pensaba curarse nunca. Aprovechó para recoger los platos de la cena que había dejado secando junto al fregadero. Abrió la nevera y vio los espaguetis que le habían sobrado del día anterior, esa sería su comida. Odiaba cocinar, una de las pocas cosas que compartía con su madre que, sin embargo, era una gran cocinera, lo que a Nela, con la

madurez de los años, le resultaba imposible de entender. La verdad es que no recordaba una sola cosa que su madre hiciese con placer.

El café salía a borbotones y llenaba la casa con su suave y agradable aroma. Cogió una taza y vertió el negro líquido hasta llenarla, una cucharada de azúcar y de vuelta al trabajo. Cuando entró en la buhardilla, estaba parado ante el retrato que descansaba en el caballete. Lo miraba atentamente, como miran los niños aquello que

ven por primera vez. Nela dejó la taza sobre la mesa y se acercó a él.

—¿Te gusta? —preguntó.

El niño sonrió, pero no dijo nada. No era la primera vez que uno de ellos se presentaba ante ella sin hablar. Le había ocurrido otras veces. Se mantenían así, hasta que descubría a qué habían venido.

Javier se volvió y la miró fijamente durante unos segundos. Después, giró un poco la cabeza al lado derecho, colocándose en la posición exacta de su imagen en el

retrato. Entonces se señaló la oreja izquierda, allí donde se apreciaba una pequeña protuberancia de intenso color rojo en forma de fresa. Nela se fijó en el retrato y comprendió lo que trataba de decirle.

—Debo pintar esa pequeña fresa de tu oreja. ¿Es eso?

Él asintió una vez con la cabeza. Nela dejó el café sobre la mesa y cogió el pincel y el tubo de color rojo que estaba junto al caballete. Lo destapó con cuidado y

se puso a pintar, en la parte alta del cartílago, aquella curiosa mancha. Cuando terminó, se volvió sabiendo que él ya se había marchado.

A las cinco de la tarde bajó la tapa de su ordenador. Se estiró cuanto larga era poniendo mucho cuidado en no rozarse las piernas con nada. Observó pensativa el retrato del niño. ¿Quién era? Había tantas cosas que le gustaría preguntarle. Se encogió de hombros pensando que lo que no puede ser, no puede

ser y, además, es imposible.

Cuando bajó vio el plato de espaguetis en la mesa. Se había olvidado de comer. La pasta viajó al cubo de la basura mientras ocupaba su lugar un succulento zumo de tomate con pimienta, aceite y sal. Con el vaso en la mano y un libro bajo el brazo, salió a la terraza. Corría una suave brisa y el ambiente era muy agradable. Dejó todo en la mesa de ratán y se acercó a ver las plantas. Las acarició, como hacía siempre, las observó

atentamente e incluso les dijo algunas palabras. Después puso la tumbona con el respaldo ligeramente inclinado y se estiró removiéndose de gusto. Aún debía tapar sus piernas para evitar que los insectos se posaran en las heridas.

Le costó que Jaime la dejara sola después de su estúpida caída. Para él era difícil aceptar que no quisiera que la cuidasen. Pero es que no necesitaba ningún cuidado que no pudiese darse ella misma. Además, no le gustaba que la

mimasen, eso te debilita y ella siempre tuvo que ser fuerte.

Encontraba placer en la soledad. Era su compañera más fiel, incluso estando rodeada de gente. No le tenía miedo, sabía muy bien que es mucho más terrible estar con alguien, si ese alguien era Rodrigo Cabanyes. Además, no estaba sola, nadie lo está del todo. De vez en cuando venían a visitarla y ella sabía aceptar esas visitas con cordura.

Tenía ocho años cuando

murió Mamanela. El último año apenas había visto a la anciana, que vivía con María, la única hermana de su padre, una mujer agria y amargada con quien seguro que su abuela no fue feliz. Era su hija, pero Nela sabía de buena tinta que eso no significaba en sí mismo un vínculo afectivo. María tenía el rostro consumido y marcado por sus carencias afectivas. La palabra sexo no se había conjugado jamás en su vocabulario. Pero en aquellos momentos la niña no entendía de

eso, la angustia de ver a su abuela sobre la cama, con los ojos cerrados y las manos cruzadas sobre el pecho, anulaba su capacidad de pensar. Al acercarse a ella, Nela no dudó ni un momento en coger la mano que tantas veces la había acariciado y su frialdad la estremeció. La soledad y la tristeza inundaban todo su espacio, susurró su nombre pidiendo mentalmente un milagro; pero tantas veces había pedido sin ser escuchada, que más era un desahogo que otra cosa. Su

pena era tan profunda que le dolía físicamente. Fuera se escuchaba la voz de su padre.

—Era lo mejor —le decía a su hermana—, ya no regía su cabeza.

A Nela le temblaba la barbilla. Aunque apenas la hubiese visto desde que murió su madre y nunca se atreviese a contarle nada, saber que su abuela estaba en alguna parte le daba esperanza. Ahora la había dejado completamente sola.

—Vaya, ya era hora.

La niña se volvió hacia la derecha dando un respingo y abrió los ojos como platos. Miró el cadáver de la anciana tumbado en la cama y volvió a mirar a su derecha. Un escalofrío le recorrió la espina dorsal.

—No vayas a tener miedo de tu abuela —dijo la anciana.

Entonces ocurrió algo que solo sería posible hablando de un niño. El cariño que la pequeña Nela sentía por su abuela fue más fuerte

que cualquier reparo que su mente racional tratase de imponer, y la niña sonrió con profundo alivio.

—Abuela...

—Mi niña. —Le acarició el cabello. Nela sentía su mano aunque esta no la tocase siquiera—. He venido porque no quería que estuvieses triste. —Nela sonriendo con los ojos llenos de lágrimas—. Voy a estar contigo mientras me necesites. No te dejaré sola.

Las lágrimas desbordaron los ojos de la niña y parecían ser

inagotables. Sentía unos tremendos deseos de abrazar a la anciana, pero no se atrevía a hacerlo.

—Abuelita, llévame contigo, no quiero estar con él.

—No llores, prenda. Yo estaré aquí, contigo. En esta vida todo llega, y un día tendrás todo ese cariño que mereces, ya lo verás. Ahora cálmate para que pueda irme. ¿No querrás que ellos sepan que estoy aquí? —Su abuela la miraba con dulzura y Nela se limpió las lágrimas—. No hables con nadie de

esto, cariño. Piensa en mí cuando me necesites y ahí estaré.

La anciana sonrió con cariño.

—Pero, sobre todo, no le hables a nadie de esto —repitió.

Aún se preguntaba por qué, cuando cumplió los diecinueve años, Mamanela insistió en que se lo explicase a Jaime. Al compartir ese secreto con su amigo esperó otra reacción por su parte. No estaba segura de si se asustaría o si pensaría que se había vuelto loca, pero lo que no esperaba es que

respondiera con un simple «vaya». Habían pasado muchos años de todo aquello, pero Nela sabía que parte de su salud mental se la debía a ese momento concreto de su vida.

Se quedó dormida. La tarde fresca y el rumor de las hojas de los árboles del jardín movidas por la brisa fue una melodía hipnótica que le provocó un dulce sopor. Nico la observaba a través de los barrotes. Durante los tres días que Nela no había dado su paseo en bicicleta, él

se paseó por la playa esperando un encuentro. Dudaba si golpear o si tocar el timbre, quizá había alguien con ella que pudiese abrirle. Nela abrió los ojos y, al verle tras la verja de la puerta, dio un brinco.

—Hola. No quería asustarte —dijo excusándose.

—Nnno, no pasa nada. Estaba leyendo y me he quedado traspuesta.

Al quitarse la sábana para levantarse a abrirle, el pintor vio sus piernas y lanzó una exclamación

de sorpresa.

—Me caí con la bicicleta.

—Ahora entiendo por qué no te he visto estos días por la playa.

Nela se apartó para dejarle entrar.

—Debe dolerte bastante.

—Bueno, no es un gusto, pero ya estoy mejor.

—Al no verte...

—¿Querías verme? —Nela volvió a sentarse en la tumbona y Nico colocó una silla a su lado.

—¿No hay nadie contigo? —

Ella negó con la cabeza—. ¿Te apañas bien sola?

—Es incómodo —señaló las heridas—, pero no es nada grave. Jaime quería quedarse, pero soy muy convincente.

—¿Cómo ocurrió?

—En una rotonda, un coche se me echó encima.

—Menos mal que no te atropelló.

—Pues sí, fue una suerte.

—Los que vamos sobre dos ruedas somos más vulnerables.

—Creía que no tenías bici.

—No, hablo de la moto. Y me he caído unas cuantas veces —  
sonrió.

—Me alegra que hayas venido  
—dijo ella de pronto.

—¿Te apetece que me quede a cenar? Podríamos pedir unas pizzas.

—Odio la pizza.

—¿Eso es que no quieres que me quede o realmente no te gusta la pizza?

—Me encantaría que te

quedases.

—Pues entonces no hay más que hablar. ¿Me dejas husmear en tu nevera?

—¿Sabes cocinar?

—Algo.

Nico se levantó y Nela aprovechó para sonreír de oreja a oreja sin que el pintor se percatase de lo feliz que le hacía su visita.

## V

### Sospecha

«—Vaya, vaya, eres la primera  
mujer que conozco  
que dice sí, cuando quiere decir sí.

—¿Qué dicen las otras?

—Cualquier cosa, menos sí»

(Johnnie y Lina, *Sospecha*, 1941)

Nico observaba  
detenidamente el jardín y la casa.

—Has conseguido un  
magnifico lugar donde vivir.

—No creas que no me costó. Es una casa muy antigua. De las que había aquí mucho antes del turismo. Tuve que trabajar bastante para hacerla mía. Ahora lo es. Cada rincón, cada detalle, es mío.

—Eso es importante para ti, ¿verdad? El que sea algo tuyo, me refiero.

—Sí. Pero no es por el sentido de propiedad, es por tener algo que comparte tu vida. No sé cómo explicarlo. Desde niña me he encariñado con las cosas, no con

todas, pero algunos objetos han formado parte de mí misma, una muñeca, una piedra, un árbol —por un momento su pensamiento pareció llevársela de allí—. Siempre me ha resultado más fácil con las cosas que con las personas.

—Creo que te entiendo. —El pintor miraba las flores.

Nela regresó de donde fuese que se había perdido y sonrió.

—No creas que hice yo sola todo el trabajo. Hubo que tirar todos los tabiques y remover el

suelo del jardín. Me ayudaron Jaime y sus padres. El padre de Jaime es arquitecto y me hizo los planos. Me consiguió dos albañiles a buen precio que tiraron y levantaron todo lo que hizo falta.

Nico se sentó a su lado.

—Está claro que tienes una relación excelente con la familia de Jaime. ¿Cuándo os casáis?

Nela soltó una carcajada.

—¿Casarnos? Ya te dije que Jaime y yo somos amigos desde la infancia, desde siempre. Todos mis

recuerdos están unidos a él. Bueno, casi todos. Y sus padres son las personas más maravillosas que he conocido. Los quiero mucho. Además —se colocó la sábana que amenazaba con resbalar hasta el suelo—, Jaime es gay.

Nico asintió.

—Ya lo sabía, tengo un sexto sentido para esto —dijo, ante lo que Nela le dio un falso cachete en el hombro—. Yo tengo un hermano, Samuel, ya le viste.

—Y el niño es tu sobrino.

—Se llama Iván. Su madre está en Madrid. Es una grandísima amiga de Samuel que no tuvo ningún problema en ofrecerle su útero para que tuviese al hijo que tanto deseaba.

Nela frunció el ceño sin comprender.

—Te contaré algo de mi hermanito. Cuando tenía quince años se sentó delante de mi padre, que era un alto mando del ejército de tierra, y le dijo: «Mira, papá, he intentado por todos los medios que

me gusten las chicas, pero no hay nada que hacer, soy gay hasta las trancas».

Nela abrió la boca y los ojos, sorprendida.

—Mi padre era muy estricto y muy cabrón, pero incomprensiblemente reaccionó bastante bien para lo que podía haber sido. Le echó de casa, pero solo aguantó enfadado dos meses, luego se hizo el despistado cuando mi madre le trajo de vuelta. La de mi hermano es una historia algo

complicada, pero lo importante es que todo salió bien.

—No es muy común, no.

—Bueno, mi hermano tampoco lo es. —El pintor se encogió de hombros—. Es un gran tipo.

—¿Y su amiga le cedió la criatura sin problema?

—Mi hermano tiene el don de hacer que la gente le quiera. No se parece en nada a mí, somos como el día y la noche —dijo enigmático—. Él siempre supo tratar a la gente,

incluso a mi padre. Yo no fui nunca tan hábil.

—¿A qué se dedica Samuel?

—preguntó con curiosidad.

—Es escritor de cuentos infantiles.

Nela sonrió sorprendida.

—No me lo esperaba —dijo—. ¡Vaya! Dos hermanos y los dos artistas.

Nico volvió a encogerse de hombros.

—¿Y viven los dos solos?

¿No tiene pareja? —siguió

preguntando.

El pintor negó, le divertía la curiosidad que Nela mostraba tan abiertamente.

—¿Y cómo se las apaña con un niño pequeño él solo?

—Pues supongo que como hacen las miles de madres que sacan adelante a sus hijos ellas solas. Solo que él no lleva bragas —se encogió de hombros como si fuese algo obvio—. La única ayuda que tiene es la de una vecina veinte años mayor que él, que le recoge al

niño del cole cuando le surge algún imprevisto y no puede llegar a tiempo.

—¿No has intentado convencerle de que se mude a Barcelona? Así estaríais más cerca el uno del otro.

—Vive en la casa que fue de mis padres, no quiere irse de aquí. No me interpretes mal, yo quiero mucho a mi hermano y a mi sobrino, pero de ningún modo querría que viviesen conmigo.

—Acostumbrarse a vivir solo

es fácil —sonrió Nela—, te entiendo. Yo quería decir vivir más cerca de ti, no contigo.

—Bueno, dejemos de hablar de mi hermano. Quería pedirte disculpas por lo del otro día. Tenías toda la razón para enfadarte, y lo entiendo.

—Yo también lo siento. Lo de mis pinturas es un poco raro, lo sé.

—Espero que algún día puedas superarlo y espero estar allí para verlo.

Nela se fijó más

detenidamente en aquellos ojos, profundos y oscuros.

—Hemos hablado de mi familia —dijo Nico apartando un mechón de pelo de su cara—, pero no has dicho nada de la tuya.

Nela se sintió incómoda. ¿Qué podía explicarle ella?

—Yo no tengo hermanos, no tengo nada que explicarte.

—¿Y padres? ¿Tampoco tienes padres?

—Mi padre es cirujano plástico, trabaja en la Clínica

Diagonal. Es el único pariente cercano que tengo.

—¿Y tu madre?

—Murió cuando yo era pequeña.

Nico comprendió que no deseaba hablar de ello y, teniendo en cuenta los antecedentes, decidió no insistir.

—Será mejor que vayamos a cenar, ya debe estar en su punto.

Después de recoger la mesa, el pintor preparó un café.

—Sí, empecé a pintar de muy pequeño. Mi madre decía que había aprendido a pintar antes que a andar. Dibujaba en todas partes, en cualquier sitio, en las cajas de cereales, en la mesa, en la pared, en el mantel. Era terrible, como una enfermedad. A los catorce años vendí mi primer cuadro. Me lo compró el padre de un amigo convencido de que llegaría lejos. Él fue el primer visitante en mi primera exposición, a los diecinueve años.

Nela le miraba hablar de todo eso y era como si el hombre adulto, al revivir aquellos momentos, volviese a su adolescencia.

—¿Cómo empiezas un cuadro? ¿Te llega la inspiración y te pones a pintar como un poseso?

—Nela dejó la taza de café sobre la mesa.

—Mi «inspiración» es algo muy desagradable, no creas. Siento una insoportable sensación, me pongo nervioso por cualquier cosa, creo que podría matar a alguien en

esos momentos y no me calmo hasta que me encierro en mi estudio y pinto. Entonces no paro de pintar, puedo hacerlo día y noche sin descanso. Una vez, hace seis años, me desplomé en el suelo al acabar una obra: había estado tres días y tres noches sin parar de pintar, no dormía y creo que tampoco comí nada, aunque no lo recuerdo.

—¿Te arrancarás la oreja, como hizo Van Gogh? —Nela sonreía.

—Es curioso, pero yo no soy

nada hablador. No suelo contarle mi vida a nadie, sin embargo, contigo no paro de hablar. —La miró fijamente a los ojos unos segundos y después miró la taza de café—. ¿Qué extraño brebaje has utilizado para hacer que te cuente todas estas cosas?

Nela sintió un estremecimiento, un cosquilleo que subía hasta su garganta. Nico estaba serio, muy serio.

—O... Otro café —musitó ella tendiéndole su taza.

Eso rompió momentáneamente el hechizo. Nico cogió la cafetera que estaba sobre la mesa y rellenó las tazas.

Nela se sentía feliz y no quiso pensar en nada que no fuese aquel momento. Hablaron de todo y de nada en concreto: libros, música, cine. Descubrieron muchos gustos comunes: el jazz, el cine clásico en blanco y negro. Hablaron de pintura y de trabajo. También hablaron de su infancia, que distaba unos años la una de la otra.

—¿Pero qué hora es? —Nico miró el reloj por primera vez en toda la noche.

Se puso de pie y se estiró entumecido. La luz de la mañana empezaba a bañar el horizonte. Era un momento mágico. Se volvió a mirar a Nela. La vio tan frágil sentada en la silla, envuelta en una fina manta, con las piernas heridas y el rostro cansado después de estar toda la noche en vela. Se giró rápidamente mirando de nuevo al horizonte.

—Debo irme —dijo de espaldas a ella—. Tengo que dormir un poco antes de marcharme.

Esperaba que Nela dijese algo, pero ella no articuló palabra. Contenía la respiración esperando el momento de despedirse.

Nico se volvió, con las manos en los bolsillos. La miró fijamente a los ojos.

—Soy una persona complicada —lo dijo como si estuviese avisándola de algo.

Nela sonrió.

—No creo que seas más complicado que yo.

—No dirías eso si te vieses como te veo yo ahora.

Nico sacó las manos de los bolsillos y se acercó a ella. Le apartó un mechón de pelo de la cara y la besó. Fue un beso suave y cálido, que buscaba la aceptación del otro, abrir la puerta sin entrar aún. Nela abrió los ojos muy despacio cuando él se separó y entonces la vio. Estaba allí, en su

oreja izquierda. Nela sintió un escalofrío que recorría todo su cuerpo, mientras Nico la miraba sorprendido ante aquella expresión que no era la que hubiese imaginado. El pintor se irguió dejando que el aire corriese entre ellos y esperó que dijese algo.

Nela sentía que las palabras venían como caballo desbocado, pero debía retenerlas, no podía decirle nada. La desesperación se adueñó de ella. ¿Por qué? ¿Por qué ahora? La mancha roja y abultada

en forma de fresa, la misma mancha que ella había pintado en el retrato de Javier. ¿Pero qué tenía que ver con él? Le había hablado de mil cosas esa noche, cosas personales, algunas íntimas, pero no había mencionado a Javier.

—¿Ocurre algo? —preguntó el pintor en vista de que ella no decía nada.

—Nnnno me encuentro muy bien —improvisó ella.

Él frunció el ceño, desconcertado. Un momento antes

estaban hablando con una intimidad sorprendente y ahora...

—Será mejor que me marche —dijo sonriendo a pesar de que sus ojos miraban serios.

Nela sintió que se le acababa el tiempo, que se esfumaba el sueño de esa noche de verano. Tenía el estómago encogido, deseaba preguntarle, explicarle...

Cogió la llave que estaba colgada de una de las columnas del porche y le abrió la puerta. Nico se volvió antes de cruzarla.

—Ha sido una noche estupenda. He disfrutado mucho... de todo.

—Yo también —dijo Nela temblándole la voz—. Vuelve cuando quieras.

—Gracias. Buenas noches.

Y se fue. Así de sencillo. Nela se agarraba con fuerza a la puerta, los nudillos se le habían puesto blancos de tanto apretar. Por primera vez, odió tener aquellos «encuentros», los odió con toda su alma.

Horas después, sentada en el sofá esperó a que Javier viniese a explicarle, pero el niño no apareció. Cuando el cansancio pudo con ella, se quedó dormida y tuvo un extraño sueño.

Estaba sobre una cinta negra suspendida en el aire y que avanzaba sin detenerse. Era una cinta como las de correr, pero muy larga, no se veía el final. Delante de ella, un metro más allá, había un bulto en el suelo. Comenzó a andar para llegar hasta ese bulto que

resultó ser Javier tumbado sobre un charco de sangre. Le llamó asustada: «Javier, Javier». El niño se incorporó y se fue haciendo grande hasta convertirse en Nico. El pinto hizo un gesto, como si fuese un mago y apareció un pincel en su mano. Se inclinó para mojar el pincel en la sangre del suelo y luego lo pasó por encima de la ropa de Nela. Volvió a mojarlo y volvió a pasarlo por su ropa varias veces. Hasta que de pronto empezó a golpearla con él. Nela intentaba

protegerse, pero sus brazos no le respondían.

Se despertó con sobresalto y empapada en sudor. Miró el reloj, que marcaba las ocho y diez. Se sentó en el sofá y suspiró. Estaba cansada, como si hubiese estado haciendo ejercicio. Necesitaba darse una ducha.

Durante las semanas que siguieron, la vida continuó normal y tranquila para Nela. Los primeros

días vinieron las dudas. El sonido del teléfono la hacía botar de la silla. Después, llegaron los anhelos, que borraron las dudas convirtiéndolas en deseo. Y, al final, una dulce sensación de fatalidad. Poco a poco fue haciéndose a la idea de que todo había sido un sueño, una ilusión, y que debía olvidarse de Nico Reverter. Era un hombre acostumbrado a gente especial, mujeres sofisticadas, con ropa de diseñador y zapatos italianos, como

las que estaban en la exposición. Ella no encajaba en ese mundo. Era mejor así. Así que decidió olvidarse de él por completo y continuar con su vida como si nunca le hubiese conocido. Clara fue un obstáculo bastante importante para poder hacerlo. Los primeros días no dejaba de hablar del pintor, de la historia tan romántica que sería, de lo bueno que estaba y de lo mucho que debía saber de la vida y del sexo. A fuerza de indiferencia y no seguirle la corriente, en dos

meses se cansó del tema.

Se acabó el verano y los turistas fueron desapareciendo de la playa. Nela continuaba con sus paseos matutinos en bicicleta, su trabajo de traducciones y sus pinceles. Había terminado el retrato de Javier, a pesar de que no había vuelto a visitarla. Durante los dos últimos meses no había tenido ningún «encuentro». No se extrañaba en absoluto. Hubo una vez en la que estuvo más de un año sin recibir ninguna visita del más

allá o de donde fuese que vinieran.

Nela se preparaba para pasar un par de días en casa de los padres de Jaime. Al día siguiente era su cumpleaños y desde los dieciocho lo celebraba siempre con ellos. Hacía bastante que no pasaba una velada «en familia» y le apetecía mucho. Cuando sonó el timbre frunció el ceño. No esperaba a nadie. Se acercó a la puerta de cristal para ver quién era. No

estaba acostumbrada a recibir visitas sin avisar, pero aquella era la más inesperada de todas.

—Qué sorpresa —dijo tratando de que su voz sonase firme y segura.

—Agradable, supongo. — Rodrigo entró en el jardín observándolo todo con ojo crítico —. Así que esto es tu casa.

Nela cerró la puerta de forja, pero no dio vuelta a la llave.

—¿Qué quieres? —preguntó. Rodrigo se volvió hacia ella

sorprendido.

—¿No vas a ofrecerme ni un café? —preguntó entrando en la casa.

Siguió analizando durante bastante tiempo cada detalle sin que Nela dijese nada.

—He de decir que me sorprende. Me esperaba algo mucho peor, aunque sé que te ayudó el padre de Jaime —dijo el intruso al fin.

No es que Guillermo y su padre se llevasen precisamente

bien. Una vez, incluso, llegaron a las manos.

—Me ayudaron mucho, como siempre. Me alegro de que te guste —dijo con cinismo.

—No he dicho que me guste.

Rodrigo estaba delante del cuadro que Nela había pintado hacía muchos años. Era el retrato de un niño. Junto a él había colocado el último que había pintado, el de Javier.

—¿Cuándo has pintado esto? —preguntó sin dejar de mirarlo.

—Hace mucho tiempo.

—¿Y este quién es? —señaló al otro retrato.

—Un niño.

—Eso ya lo veo. Me refiero a qué tiene que ver con...

—Los dos son retratos, los dos son niños. Solo eso.

Rodrigo se sentó en el sofá apoyando ambos brazos en el respaldo.

—¿Y ese café? —dijo sonriendo como una víbora.

Nela empezó a prepararlo

tratando de que Rodrigo no se percatase del temblor de sus manos.

—Mañana es tu cumpleaños.

—Cogió uno de los huevos de porcelana que había sobre la mesa

—. Si quieres comemos juntos.

«Me apetece tanto como que me claven palillos debajo de las uñas», pensó Nela.

—No puedo, he quedado con los padres de Jaime.

—Vaya, prefieres a la familia feliz antes que a tu padre.

—Laura es muy detallista.

Seguro que lo tiene todo más que preparado.

—Seguro. Tu madre siempre decía que le ponía de los nervios su obsesión por tenerlo todo controlado. Claro que, comparada con ella, la más mínima previsión era todo un proyecto.

Nela colocó la cafetera en la bandeja, junto a las tazas y el azucarero, y llevó todo a la mesa. Se sentó junto a su padre y le sirvió el humeante líquido inmediatamente. Sabía que le

gustaba ardiendo.

—¿A qué se debe esta visita tan inesperada? —preguntó por fin.

—¿Te molesta que haya venido?

¿Por qué sentía aquella impotencia frente a él? Cuando hablaban por teléfono, se sentía mucho más segura; pero así, cara a cara, todo era más difícil.

—¿Si te dijera que no me creerías?

—Te lo voy a resumir: me importa un pito lo que digas.

Nela frunció el ceño

—¡Qué comentario más maduro! —dijo Nela con desprecio.

Rodrigo sonrió y bebió un sorbo de café. Nela pensó que tenía la boca tan dura como el corazón, porque la primera aguantaba la misma hiriente temperatura con la que el segundo atacaba.

—En realidad he venido a decirte que me he casado. —Se encogió de hombros—. Sí, es lo que piensas, te has quedado sin herencia.

Las palabras resonaron en el cerebro de Nela como si estuviese vacío.

—¿Piensas decir algo?  
Enhorabuena, por ejemplo.

—¿Enhorabuena?                   Estoy preguntándome qué tipo de persona se casaría contigo.

—Tu madre, por ejemplo —  
dijo con una mirada perversa.

—Pues me encantaría darle el pésame. Lo que no entiendo es por qué te dignas a darme explicaciones.

—El día que yo te dé explicaciones, las ranas usarán gafas de buceo. —Su padre tenía aquella expresión de desprecio que Nela conocía tan bien—. Yo cuento lo que me apetece, cuando me apetece y a quien me da la gana. Ya deberías saberlo.

Se levantó.

—La semana que viene la presentaré a los amigos y a la familia, la poca que tenemos. Si quieres puedes venir. Por algún extraño motivo, ella quiere

conocerte. Será el viernes a las diez. Ahora ya sabes a qué he venido. Podría habértelo dicho por teléfono, pero no habría sido lo mismo, no habría podido ver tu estúpida cara. —Abrió la puerta al jardín, pero antes de salir se volvió con una perversa sonrisa—. Por cierto, si decides venir, te quiero de punta en blanco. Asistirá gente muy importante para mí y no quiero que vean que tengo una hija andrajosa.

Se fue. Nela no se movió durante unos segundos. Después

cogió la cafetera e intentó servirse otra taza, pero el café se vertía en la bandeja a causa del temblor de su mano y la dejó sobre la mesa. Entonces, de repente, los sollozos la sacudieron sin que pudiera controlarlo. Escondió la cabeza entre las manos y lloró. Lloraba por la soledad, la otra soledad, la del no deseado. Por la angustia y el sufrimiento del pasado, por la tristeza del futuro. Lloró por un abrazo no recibido, un padre tiránico y una madre ausente. Lloró

de rabia, hasta que no tuvo fuerzas para llorar más. Entonces fue al cuarto de baño y se lavó la cara. Respiró hondo y se miró al espejo.

—¿Ya vuelves a compadecerte de ti misma? —se dijo en voz alta y, dando un golpe en el lavamanos, se hizo una promesa.

Cruzó hasta el otro lado de la carretera para bajar a la playa, que salpicada por las cañas de los pescadores tenía un aspecto

diferente. A mucha gente le molestaba encontrarlos allí, pero a ella le gustaban. Solía sentarse en la arena a contemplar su trabajo mientras preparaban los aperos. Algunos llevaban hasta cinco cañas. Las clavaban en el suelo y después se sentaban en las sillas plegables a contemplar el mar fumando una pipa. Había quien aprovechaba para leer a la luz de una lámpara de gas, mientras que otros iban con la familia y pasaban la noche charlando. Los niños corrían y

jugaban alrededor de sus padres, ajenos a la tragedia de los peces que sin saberlo rondaban a la muerte. Nela paseó durante mucho tiempo, pensando. Los recuerdos inundaban su mente. La soledad era su más fiel compañera, nunca la abandonaba y con ella se sentía segura. Cuando era niña y Rodrigo entraba en su habitación para despertarla a golpes, una voz en su cabeza repetía: estás sola, él no está aquí. Y sola aprendió a salir de aquel cuerpo infantil al que

encontraba magullado y herido al regresar. Respiró hondo y el murmullo del mar acompañó la caricia de la arena bajo sus pies.

## VI

### Laura

«—Por lo general suelo ser un  
hombre de corazón,  
—¿De veras?

—¿Desea que le traiga mi  
radiografía para demostrárselo?»  
(Waldo y Laura, en *Laura*,  
1944)

—¡Nela, cariño, muchas  
felicidades! —Laura fue quien

abrió la puerta y la abrazó dándole su acostumbrada ristra de besos encadenados.

—Muchas gracias —sonrió Nela.

Al momento apareció Jaime en el pasillo, seguido de Alejandro.

—Ya era hora. Tú, como siempre, haciéndote esperar. —Se acercó a darle un par de besos—. Felicidades, monstrua.

—¿Esperar? Pero si solo es la una.

—No, si es la costumbre,

como siempre te regaño por llegar tarde... Anda, dame la bolsa que la llevaré a tu habitación. En la cocina está Carlos. Tiene ganas de estirarte de las orejas.

Alejandro se acercó a besar a Nela.

—Felicidades, Nela. ¿Cómo estás?

—Bien, ¿y tú? —dijo ella con timidez.

—Muy bien.

Alejandro y Nela nunca habían hecho buenas migas. Se

sentía intimidada en su presencia, ejercía una extraña e incómoda influencia sobre ella.

Entró a la cocina a saludar a Carlos, que se había instalado tan cómodamente en casa de sus padres que no parecía tener intención de abandonarles.

—¡Nela! —La levantó por los aires—. Felicidades, pequeñaja.

—Gracias, me alegra verte tan bien.

—Estoy estupendamente. Siéntate. —Le acercó una silla—.

Ya he firmado los papeles de la separación. De todos modos esto va un poco lento, suerte que no tenemos hijos, si no...

Nela no supo si felicitarle o sentirlo, así que no dijo nada, únicamente sonrió. El padre de Jaime apareció en el quicio de la puerta.

—¿Cómo estás, vieja? —Se acercó y la abrazó. Era un hombre tan corpulento que Nela sintió que se perdía entre sus brazos—. Como sigas cumpliendo años, me vas a

alcanzar. Muchísimas felicidades.

—Gracias, Guillermo.

Laura notó la tristeza en los ojos de Nela.

—Bueno. ¿No tenéis nada que hacer? Nela y yo tenemos cosas de qué hablar, luego ya la compartiré con vosotros. Ahora, largo.

Hizo un gesto inequívoco con la mano para que salieran de la cocina, a lo que todos obedecieron sin rechistar. Cuando las mujeres se quedaron solas, Nela miró a Laura y su rostro no dejaba lugar a dudas.

—¿Qué pasa? —La mujer se sentó junto a ella.

—Mi padre vino ayer a verme a casa.

Laura asintió y le apartó el pelo de la cara con cariño.

—Vino para decirme que se ha casado.

—¡La madre que lo parió! —  
Laura no pudo evitar la exclamación.

Nela volvió a sentir una tremenda rabia.

—Lo que no puedo soportar

es que me afecte de este modo.

—Todos sabemos lo que deberíamos hacer, pero pocas veces coincide con lo que hacemos y menos si hay emociones de por medio.

—Me siento como una niña cuando estoy a su lado —susurró—. Si vieras cómo me miró después de ver el retrato de mi hermano. Nunca me perdonará.

Laura la cogió entre sus brazos y la acunó. Deseaba tranquilizarla, darle un poco del

sosiego que nunca había tenido. La quería mucho, desde que era una cosita pequeña y llorona, siempre había sentido algo especial por ella. Quizá fuese por el desprecio con que su padre la trataba. O por el poco cariño que su madre tenía para ella. Era una muchacha dulce y cariñosa que amaba con demasiada intensidad. Daba miedo, porque esa manera de querer era muy peligrosa. La dejaba indefensa.

Había huido de la vida de su padre, pero eso no servía de nada.

Cuando era niña corría hacia él cuando le veía aparecer y Rodrigo la recibía siempre con un mal gesto y algún desplante. Una y otra vez minó la autoestima de la niña y eso la había tocado muy adentro. Sabía que todos en la casa sentían lo mismo hacia el padre de Nela, aunque en algunos ese sentimiento era más visceral que en otros.

—¿Sabes qué, Nela? —Se levantó y se dirigió a la nevera—. Nos vamos a tomar tú y yo una cervecita a la salud de tu padre y su

mujer. Que Dios la coja confesada.

Nela se limpió las lágrimas y sonrió

—Es una genial idea.

—Además, nos las vamos a beber a morro, con la delicadeza que él merece. —Levantó la botella para brindar—. ¡Por el cabrón de Rodrigo, que sea muy desgraciado y con su pan se lo coma!

Nela se echó a reír, la escena era de lo más cómica. ¡Era su cumpleaños, qué narices!

—Prefiero brindar por otra

cosa —dijo—. ¡Por mi cumpleaños! ¡Y por poder celebrarlo con mi familia!

Ambas mujeres chocaron las botellas y bebieron entre risas y lágrimas.

El día transcurrió agradable y entretenido. Por la tarde, Jaime y Nela salieron a pasear y ella aprovechó para contarle a su amigo lo de la boda de su padre, ahora ya sin dolor, con un regusto amargo de indiferencia. Jaime la cogió de los

hombros y no dijo nada, no había nada que decir. Cuando llegaron a casa, Laura y Alejandro estaban preparando todo lo necesario para hacer unas pizzas, a lo que ambos se apuntaron sin dudarlo un momento. Nela observó cómo Alejandro giraba la masa en su mano mientras su madre reía y sintió una punzada de envidia.

—Está claro que lo tuyo no es airear la masa —dijo el profesor

observando a la alumna.

—¿Eso crees? —Nela se afanaba en que la masa de la pizza no se le cayera de la mano, pero tener a Alejandro frente a ella con los brazos cruzados delante del pecho no ayudaba nada.

Al final los dedos rompieron lo que debería haber sido una pizza de masa fina y todos rieron a carcajadas. Nela se hizo la ofendida y volvió a amasar la pasta en el mármol.

—¿Qué pretendes, amasar o

hacer que desaparezca? — Alejandro cogió la masa de sus manos, suavemente—. No se trata de «obligarla», se trata de «guiarla» hacia su transformación.

Nela observó cómo sus manos trabajaban con suavidad haciendo que pareciese algo fácil y natural. Miró el perfil del hermano de Jaime. El pelo rubio, que llevaba un poco largo, se movía rítmicamente como sus manos y tuvo en ella un efecto hipnotizador. Tenía un rostro amable, sus ojos claros siempre

miraban de frente; pero, a veces, cuando la miraban a ella parecían oscurecerse. En ese momento levantó la vista y detuvo sus manos un instante, sorprendido por la mirada de Nela. Ella sintió que el calor le sacaba los colores y, sin saber hacia dónde ir, acabó saliendo de la cocina con la excusa de que necesitaba un trapo.

—Un pañuelo, quería decir un pañuelo —dijo desde el pasillo.

Clara cogió el teléfono para llamar a su amiga. Desde el día de su cumpleaños no habían hablado. Estaba muy ocupada y no había podido ni darle su regalo. Pero ella siempre sacaba un momento para Nela como, por ejemplo, hoy. Su profesora estaba indispuesta y la habían llamado para anular la clase, así que pensó que podía aprovechar la tarde para ver a Nela. Seguro que se alegraría y le encantaría acompañarla a comprarse una chaqueta que había visto hacía una

semana en una tienda del centro.

—¿Sí? —la voz de Nela sonaba pastosa.

—¿Nela? ¿Estabas dormida?

—Sí, me he quedado traspuesta en el sofá, ¿qué hora es?

—Las cuatro.

—Menos mal que me has llamado. No sé qué me pasa, estos días estoy durmiendo muchísimo.

—Vives como una reina —suspiró Clara —, cómo te envidio. Te llamo porque todavía no te he dado tu regalo. He podido

arreglarlo todo para esta tarde y había pensado pasarme por tu casa. ¿Te apetece?

Nela sonrió. Seguro que se le habían estropeado los planes en el último momento.

—Por supuesto, pero luego tengo que salir. He de comprarme un vestido para esta noche.

—¿Y eso?

—Me van a presentar a alguien.

—¿A quién? —Clara comenzó a animarse.

—Luego te cuento.

Nela colgó y se abrazó al cojín. No sabía si estaba bien lo que estaba tramando, pero de lo que estaba segura era de que se iba a divertir.

Después de que Clara le diera los pendientes que le había comprado, se marcharon a un centro comercial, donde Nela se probó un montón de ropa. No le gustaba mucho su aspecto, solo tenía huesos para lucir, pero después de mucho dudar se decidió por un vestido

largo, de un tejido brillante. Se compró también un bolso enorme ante la asombrada mirada de Clara, que no perdía detalle de lo que hacía su amiga. Nela no hacía más que reír al ver la cara de Clara, imaginando la de su padre.

Después les tocó a los zapatos.

—¡Pero Nela! —había exclamado horrorizada su amiga.

—¿A que te gustan? —sonrió ingenuamente.

Salieron del centro comercial,

cargadas con bolsas y riendo a carcajadas.

—¿Tienes algo que hacer? — le preguntó Nela antes de subir al coche.

Clara negó con la cabeza.

—No tengo nada que hacer y si lo tuviese lo dejaría para otro día. ¿Crees que voy a perderme esto? ¡Ni lo sueñes! Me quedaré hasta que estés lista para salir. Quiero verte cuando acabes contigo.

Y la vio. Y su cara fue,

exactamente, la que Nela esperaba.

Llegó a las once, sabiendo que todos los invitados habrían llegado y lo mucho que le disgustaba a su padre la impuntualidad. Antes de tocar al timbre, le temblaron las piernas. Toda la tarde se había sentido muy segura de sí misma y de lo que iba a hacer; pero ahora que estaba frente a la puerta y sabía que su padre estaba al otro lado su estado de

ánimo cambió. A pesar de todo, tocó al timbre y esperó pensando en lo que se había reído mirándose en el espejo. Una mujer desconocida y con uniforme le abrió la puerta y su cara de susto devolvió a Nela parte de su seguridad. Aunque nada comparable a la expresión de su padre cuando la vio entrar. La miraba de arriba abajo horrorizado y la palidez de su rostro acentuó aquella mirada de acero que, de no haber estado la habitación llena de gente, la habría hecho salir

corriendo.

Entró contoneándose y masticando un chicle especial para hacer globos. El vestido, un modelo largo en color lila brillante y muy ajustado, estaba compuesto por dos telas, una traslúcida que tapaba su anatomía lo justo para no ir desnuda y otra transparente, superpuesta, y que llegaba hasta el suelo. El color lila brillante contrastaba con el bolso de charol amarillo y con las recias y negras botas militares, que la transparencia de la tela del

vestido no solo no ocultaba, sino que ponía de relieve. Su pelo estaba recogido con un número indeterminado, pero sin duda excesivo, de pincitas de colores. Todo ello rematado con una sombra de ojos color azul marino que manchaba sus párpados, y un labial gloss color fucsia.

Nela vio subir el color a la cara de su padre, vio su vergüenza y se sintió triunfadora. Eso le dio ánimos para caminar hacia él y darle un par de besos que dejaron

sus mejillas pegajosas de gloss.

—Hola, papaíto, ¿qué tal? —

Se giró levantando la mano—. ¡Hola a todos! Qué reunión más agradable.

La sala estaba llena de gente, ellos muy acicalados y ellas muy enjoradas. Reconoció a algunos: el jefe de su padre y su mujer, el director del banco y su esposa... ¿O no? No, no, aquella no era su mujer. Su padre era cirujano y hacía maravillas, pero que ella supiera aún no había rejuvenecido a nadie

veinte años. Una amiga, estaba claro que se trataba de una «amiga». También había compañeros de profesión de Rodrigo, acompañados de sus esposas o, en su defecto, por otras «amigas». Volvió a mirar a su padre y vio, con disgusto, que ya había recobrado la compostura.

—¿No vas a presentarme a mi nueva mamaíta? —Miró a todos lados antes de exclamar—. ¡Mamá! ¿Dónde estás?

Se fijó en una mujer de una

cierta edad a la que no conocía de nada y se acercó a ella. Todo el mundo estaba expectante, no sabían que habría espectáculo y estaban muy entretenidos.

—¡Mamá! ¿Eres tú? Qué hermosa... Te llevas un gran hombre. —La anciana sonreía e intentaba decir algo, pero Nela no la dejaba—. ¡Estoy tan feliz!

—Nela —la voz de su padre se oyó detrás de ella.

—Siempre quise tener una mamá como tú. —Nela le ignoró y

siguió hablando con la anciana, que parecía muy violenta—. Ya sabes que la mía murió cuando yo era pequeña. Lo sabías, ¿no? Me alegro de que mi padre no haya elegido a una de esas mujeres operadas, rubias de bote y que lo único que buscan de un viejo es su dinero...

—¡Nela! —La voz de Rodrigo subió de tono y ella dio un respingo.

Notó la mano de su padre que la sujetaba fuertemente del brazo. La volvió hacia él mirándola con

ojos asesinos. Aquella garra apretaba tan fuerte que Nela apenas podía mantener la falsa sonrisa que se había puesto junto con el vestido.

—¿Qué ocurre, papá? Estoy hablando con tu esposa. ¿Qué ha sido de tus modales?

Estaba detrás de él. Era exactamente como la había descrito: rubia de bote, tetas de silicona y había pasado tantas veces por el bistorí de su padre como por su cama. Justo lo que merecía. Nela sintió pena de ella cuando vio que

la miraba con altanería. Miró a su padre y vio en sus ojos el frío acerado de una amenaza. Rodrigo sentía unos irrefrenables deseos de abofetearla allí mismo, delante de toda aquella gente tan importante para él. Nela sintió el anhelo de que lo hiciese, como si aquel gesto pudiese liberarla de tantos años de silencio. Pero no lo hizo, su padre se contuvo como pudo e intentó suavizar su tono cuando volvió a hablar.

—Nela, querida, te has

confundido. Esa es la señora Menéndez. Enviudó hace cinco años. Mi esposa es Carol. — Adelantó a la rubia y esta le tendió una mano llena de anillos y con unas larguísimas uñas de porcelana muy bien pintadas.

—Hola, Nela, tu padre ya me había hablado de ti y de tus rarezas. Hay que reconocer que no exageraba nada —lo dijo con displicencia, como si hablara con una enferma mental incurable.

—¿Ah, sí? ¿Y a qué rarezas te

refieres? ¡Tengo tantas! Pero no te preocupes, no es un problema genético, podréis tener todos los hijos que queráis. ¿Te gustan los niños? Mi padre los detesta, sobre todo los del sexo femenino, aunque no me extrañaría nada que hubiese encontrado la manera de controlar la selección natural. Me refiero a un método científico, no al espartano que supondría ahogar a las niñas en un cubo de agua.

Se apartó de ellos para saludar al resto de invitados con

sutil afectación y después volvió frente a su «madrastra».

—Mi padre tiene mucha suerte de haberte conocido a estas alturas de su vida, Carol. Eres tan natural. ¡Tan auténtica! —Se colocó una de las pinzas del cabello—. Tienes que darme el nombre de tu tinte para el pelo. Estoy segura de que debe ser buenísimo.

Sonrió con inocencia y Carol la miró como una gata a punto de saltar al cuello de su presa.

—A ti no te hace falta,

querida, tu estilo le va muy bien a tu cara.

—Cuánta razón tienes. ¿Sabes cuál es mi problema? Pues que a los cirujanos plásticos les pasa como a los otros, que no operan a la familia. Por cierto, espero que mi padre te tratase bien cuando te hizo todo eso. —Hizo un gesto con la mano señalándola de arriba abajo—. ¿Qué talla te ha puesto? No me lo digas: una cien.

La cara de la mujer se descompuso cuando Nela señaló

sus pechos. Apretó los puños clavándose las uñas de porcelana en las palmas de las manos. Los ojos le echaban chispas y, si alguien no ponía remedio, todo aquello acabaría con un contacto más físico que verbal.

—Nela, ven conmigo un momento.

Su padre la arrastró por la sala y la hizo subir las escaleras hasta su despacho. Una vez allí, la empujó para que entrase y cerró la puerta suavemente. Después se giró

hacia ella y sin que Nela tuviese tiempo de apartarse le propinó dos sonoras bofetadas. Ella se sujetó la cabeza con la sensación de que iba a caérsele.

—Pero ¿tú qué te has creído? ¡Niñata estúpida! —La rabia en la voz hacía juego con su mirada cruel —. ¿Crees que voy a consentir que me pongas en evidencia delante de esas personas con tus jueguitos? —La señaló con un dedo amenazador—. Ahora mismo vas a bajar conmigo y te disculparás con

mis invitados.

Nela le miraba con los ojos llenos de lágrimas. Lágrimas de rabia, de humillación e impotencia. La constatación de que podía volver a hacerlo la arrastró a un estado traumático.

—Después de disculparte, te marcharás y espero que no vuelvas. No maldigo el día en que naciste porque gracias a eso tu madre... — se detuvo un instante y su cara se transformó ante Nela en la máscara de un demonio—. Lo que sí

maldigo es mi compasión, tan solo hubiese necesitado una jeringuilla llena de aire.

La mirada que salía de sus entrecerrados ojos la atravesó como un estilete frío y muy afilado. Nela sintió que algo se rompía dentro de ella, fue algo muy sutil, como el aleteo de un colibrí en su espalda. Suficiente para sacarla del estado obnubilado en el que había vivido todos aquellos años. Le miró desafiante.

—Eres un monstruo —susurró

—, y todo el mundo debería saberlo.

—Nela, no me provoques, no te conviene.

—¿Qué me vas a hacer? ¿Vas a darme un puñetazo? ¿O una patada, quizá? ¿Y por qué no las dos cosas? ¿Me cogerás del pelo y me arrastrarás escaleras abajo como aquella vez que me escondí en el armario? —Las lágrimas arrastraban el rímel y su rostro parecía una máscara deshaciéndose —. ¿Es que no te has dado cuenta

de que ya no soy una niña indefensa y aterrorizada? Ya no soy una adolescente que abrumada por el sentimiento de culpa permite que la maltrates para expiar sus pecados.

—No, ahora eres una estúpida que está celosa de la mujer que ha escogido su padre para casarse.

—¿Eso crees? ¿Piensas que tengo celos? Qué poco me conoces. Claro, ¿cómo ibas a conocerme? Jamás te interesaste por mí.

—No había nada de qué interesarse. —Rodrigo encendió un

cigarrillo para calmar sus nervios.

Nela le miró como si le viese por primera vez.

—¿Sabes qué, «papá»? —Él la miró levantando una ceja—. ¡Vete a la mierda!

Rodrigo abrió los ojos con estupefacción.

—Y si vuelves a tocarme bajaré allí y les contaré la clase de hombre que eres —dijo sibilina.

La agarró por el brazo y acercó su cara a la de ella echándole el humo en los ojos.

—Hay personas a las que quieres, Nela, y eso siempre será un arma en mis manos. Una vez hace muchos años tuvimos esta misma conversación, ¿lo recuerdas?

Nela se puso pálida y un sudor frío cubrió su frente.

—Estoy seguro de que lo recuerdas perfectamente —dijo con aquella misma voz—. Nada ha cambiado. Solo que ahora, suponiendo que alguien te creyera, todo aquello habría prescrito. ¿Y sabes que me harían? —Acercó su

boca al oído de Nela—: Nada. Y un día, cuando menos te lo esperases, te tendría así, como te tengo ahora, pero en lugar de este cigarrillo, sostendría en mi mano un cuchillo bien afilado con el que te rajaría el cuello sin parpadear siquiera.

Nela se sacudió para soltarse de su garra.

—Suéltame —suplicó.

—También podría hacer una visita a Laura. —Sonrió con esa mirada desquiciada que Nela tan

bien conocía—. O a Jaime. ¿Qué opinas? ¿Tienes ganas de ir contando *nuestras* cosas?

—Tranquilo. —Se alejó de él en cuanto la soltó—. No volverás a verme.

—No tendrás esa suerte.

Nela abrió la puerta y salió sin mirar atrás. Bajó ante la mirada atenta de los invitados y sintiendo en la nuca los ojos de Rodrigo, que la observaba desde lo alto de la escalera. Se acercó a Carol sonriendo.

—Espero que hagas a mi padre tan feliz como él me ha hecho a mí todos estos años.

Cogió su bolso de la mesilla que había en la entrada y salió del apartamento. Cuando estuvo en la calle, notó que le dolían los pulmones al respirar. Habían reconocido el aire insano que respiraron durante años y al sentir el aire fresco, se quejaron del suplicio. Se metió en su coche sin mirar hacia la ventana desde donde la observaba una silueta recortada

tras el cristal. Arrancó el coche y se alejó de allí. Creía alejarse del oscuro y angustioso pasado que había marcado siempre su futuro y que, a partir de ahora, quedaría al otro lado de un puente que no volvería a cruzar jamás. Eso creía.

## VII

### El bosque petrificado

«Y el mundo dirá, fue uno que  
murió con alegría... »

(Adam, *El bosque petrificado*,  
1936)

Era un frío día de finales de noviembre. La tarde empezaba a desaparecer tras los cristales y Nela se estiró entumecida. Llevaba horas trabajando y por fin había terminado. Abrió el programa con

el que gestionaba el correo y envió el documento. Le apetecía un café, como siempre. Era curioso, nunca le venían ganas de tomar té o manzanilla o cualquier tipo de infusiones, pero el café era un reclamo permanente. Había leído en alguna parte que el excitante del café no daba resultado hasta cuatro horas después de tomarlo, pero en ella tenía un efecto placebo inmediato. Solo pensar en él, ya se sentía mejor. Antes de dirigirse a la cafetera pulsó el botón del

contestador. La primera llamada era de Clara. Le notificaba la fecha de su primer concierto de Navidad y le explicaba que había encontrado trabajo, aunque no decía de qué. Tendría que llamarla. La segunda llamada dejó la cafetera a medio preparar.

—Nela, hola, no sé qué decirle a este trasto. —Era una voz de mujer—. Tú no me conoces. Es extraño hablar de esto por teléfono, pero creo que así, dejando el mensaje, será más fácil. Mi nombre

es Marta Arango. Soy hermana de tu madre. Nunca nos hemos visto, ni siquiera sabía que existías. Me ha costado mucho encontrarte, claro, como no sabía que existías... Eso ya lo he dicho. Han muerto tus abuelos, mis padres, bueno, nuestros padres. Aunque tu madre ya no está... No sabía que ella... Ni te imag...

Piiiiiii. El pitido cortó momentáneamente la comunicación. Nela esperó sin moverse y enseguida se volvió a escuchar la

voz de la mujer en el siguiente mensaje.

—Creo que así no va a haber manera. Será mejor que me llames. Tengo cosas que contarte y muchas que quiero que me cuentes.

Después recitó un número de teléfono de A Coruña y colgó. Nela estaba completamente descolocada. Demasiada información en tan poco tiempo. Extendió la mano y descolgó el teléfono. Esperó tres tonos.

—¿Diga? —La misma voz.

—Soy Nela.

—Hola, Nela. Me imagino cómo se te habrá quedado el cuerpo. ¿Muy sorprendida?

—Pues la verdad es que sí. Mi madre nunca me dijo que tuviese una hermana.

—Entonces tu madre no te dijo muchas cosas. Claro que tampoco tuvisteis mucho tiempo.

—¿No es extraño que nunca hablara de vosotros?

—Imagino el motivo, aunque no lo sé a ciencia cierta.

—¿Desde cuándo no has tenido noticias tuyas?

—Desde que se marchó de casa, después de la boda.

—Mucho tiempo.

—Sí.

—¿Qué pasó? —preguntó Nela, aún confusa.

—Huy, no creo que sea un tema para hablarlo por teléfono. Creo que deberías venir.

—¿A dónde?

—A Coruña.

Se hizo el silencio. Nela

intentaba pensar rápido, pero no se le ocurría qué decir.

—Tengo una cosa que darte.

—Marta hablaba ahora más alto para contrarrestar el ruido que hacían unos niños—. Mis padres han muerto y he tenido que revisar papeles, ya sabes. En el desván de La Casa Grande había un baúl que contenía cosas de tu madre. Allí encontré algo para ti.

—¿La Casa Grande? —Nela tenía el ceño fruncido.

—Es el nombre con el que se

conoce por aquí la casa de mis padres. Aquel baúl ha estado muchos años cerrado. En él guardaba mi madre su vestido de novia, el mismo que se puso Gabriela. Y al revisarlo he encontrado una cosa que dejó mi hermana para ti.

Nela se dejó caer en el sofá. No podía asimilar aquella información. Era como si le estuviesen gastando una broma pesada.

—No sabía qué hacer,

Gabriela nos prohibió terminantemente ponernos en contacto con ella... —Al otro lado del teléfono se hizo el silencio—. Rodrigo ni siquiera nos avisó de su muerte.

—¿Por qué? —Nela trataba de recordar el rostro de su madre, que se había ido diluyendo en su memoria.

—Me ha costado mucho encontrarte, Nela —el tono de voz de su tía se hizo más triste—. Cuando murieron mis padres,

empecé a buscar a mi hermana para darle la noticia. Localicé a tu padre en una clínica de cirugía plástica e intenté hablar con él, pero no se ponía al teléfono. Al final conseguí que una enfermera me explicara lo más importante: que tú existías y que tu madre había muerto hacía años.

Nela estaba empezando a marearse. Por su mente pasaron todos aquellos momentos después de la muerte de su madre. Lo que ocurrió la primera noche, cuando

Mamanela se marchó a casa de su hija y ella se quedó a solas con su padre. Y todo lo que vino después... Mientras tanto, en algún lugar de A Coruña había una familia que convivía y compartía la pérdida de una hija sin saberlo.

—Todo esto es increíble —  
susurró.

—Tienes que venir, Nela,  
tenemos que conocernos.

Nela se quedó callada durante unos segundos y finalmente respondió decidida.

—Iré.

Apuntó la dirección y un poco trastornada se despidió de Marta. Se quedó sentada con el teléfono en la mano durante mucho rato. La cafetera, el bote de café molido abierto y perdiendo su aroma... Intentaba asimilar lo que acababa de descubrir. Jamás oyó a su madre hablar de su familia. Pero la verdad era que su madre hablaba poco de cualquier cosa. Solo mentía. Recordaba cuando se levantaba por la mañana con la cara hinchada y un

ojo morado y le explicaba que se había caído en el lavabo y se había golpeado con el bidet. Nela tuvo que aprender a reconocer el sello de su padre, antes de verlo estampado en su propia carne. Su madre había sido una gran desconocida para ella. Quizá en Galicia encontrase las respuestas que necesitaba.

Llamó a Jaime y le explicó sus intenciones.

—¿Sabes cuántos kilómetros tienes hasta A Coruña?

—¿Mil?

—Algo más. No pensarás ir en el coche.

—Compraré un billete de avión para el primer vuelo que haya mañana.

Al día siguiente muy temprano subió al taxi que la esperaba en la puerta. Muchas cosas iban a cambiar en su vida a partir de aquel momento. Quizás si hubiese tenido algún aviso, alguna videncia, nunca hubiese hecho ese viaje. Pero sus

fantasmas no la guiaban en su camino y tuvo que hacer lo que la vida le proponía. A veces el saber nos hace libres, otras nos pone cadenas que jamás podremos romper. Es una pena que no vaya acompañado de un manual que te explique lo que te conviene. Nela creía que tenía poco que perder, porque poco pierde el que no tiene nada. Y ella nunca tuvo nada. Al menos eso creía.

Cuando llegó al aeropuerto de

Alvedro, en A Coruña, soplaba un viento que al bajar del avión le pareció helado. Su tía había quedado en esperarla junto a la parada de taxis y allí estaba cuando Nela la vio por primera vez. Le recordó vagamente a la imagen que veía todos los días al mirarse en el espejo. La mujer salió del coche y se acercó a su sobrina con lágrimas en los ojos. Después, sin mediar palabra, la abrazó. Fue un abrazo cálido que Nela sintió el deseo de corresponder.

—Te pareces mucho a Gabriela.

Nela supuso que era la frase obligada en una situación como esa. Marta la cogió por los hombros y ambas mujeres caminaron hacia el coche. Fueron todo el camino prácticamente en silencio. Ninguna sabía qué decir. Debían acostumbrarse a la presencia mutua y a una situación desconocida. Pero, poco antes de llegar, Marta rompió su mutismo.

—Este es un pueblo

típicamente marinero. El nuestro es un mar peligroso y magnífico —lo dijo mirando a su sobrina por el rabillo del ojo—, ruga como un león para decirnos que es él quien nos permite subsistir y se muestra violento para ponernos en nuestro sitio. En las tempestades las olas saltan por encima del dique del puerto. Es todo un espectáculo, ya verás, sobre todo para los turistas, porque las esposas de marineros lo vivimos de otra forma.

—Me lo imagino.

—No creas que no estamos curtidas por el tiempo. Al principio es muy duro, pero, poco a poco, esta vida se te mete en las venas y ya no ves el mar como un enemigo. Yo no vengo de una familia de marineros, quizá por eso a mí me costó más que a las otras, pero Mateo me ha enseñado que pensar en la muerte es restarle tiempo a la vida.

Habían recorrido unos cincuenta kilómetros desde A Coruña, cuando Marta salió de la

carretera para meterse por un camino de tierra. El sendero era sinuoso, rodeado de árboles cuyas ramas lanzaban rumores de hojas que se acarician movidas por el viento. Húmedo y tupido, el sol apenas podía filtrarse entre las espesas copas de las arboledas. Nela se sentía sobrecogida ante aquel paisaje desconocido. A lo lejos, el sonido del mar parecía llamarla reclamando su atención. De repente, se acababa el camino y en un claro aparecía una enorme

casa de piedra gris de dos plantas. La hiedra subía por las paredes haciéndola suya. Nela se sintió transportada a una época lejana, remota en el tiempo y el olvido. A la vez, percibió el lugar como algo familiar, como si viese una fotografía antigua.

—Es preciosa —susurró.

—Sí, es como un sueño.

Aparcaron el coche a un lado del camino. El suelo de gravilla marcaba los pasos de Nela con un suave y rítmico sonido. Sintió

tristeza al pensar que su madre había crecido en un lugar así y jamás se lo había mencionado. Eso demostraba lo poco que la había conocido, no solo porque muriese tan pronto, sino también porque mantuvo oculto algo tan clarificador como puede ser el pasado.

—¿Oyes el mar? Cerca de aquí están los acantilados. Las olas rugen al chocar contra las rocas y, si hay viento como hoy, pueden oírse sus lamentos.

—Es un lugar maravilloso. —

Nela estaba sobrecogida—. La casa es magnífica.

—Sí que lo es. Y cara de mantener. —Marta sonreía—. Es muy triste tener que desprenderse de algo así. Tiene tantos recuerdos...

Entraron a la casa. La entrada daba a un vestíbulo muy amplio decorado con muebles antiguos.

—Está tal y como la decoraron mis padres hace sesenta años. Ven, te enseñaré la biblioteca, el lugar preferido de tu

abuelo.

Cuando Marta abrió la puerta, el olor de los libros embriagó a Nela como el mejor de los vinos. El mobiliario era de madera maciza, grande, sólido y clásico. Los libros abarrotaban las vitrinas con puertas de cristal.

—Puedes llevarte los que te gusten. Seguro que a él le hubiese encantado que los tuvieras.

—Y yo que no creía en los Reyes Magos —sonrió Nela por primera vez desde que había bajado

del avión.

Marta la cogió del brazo.

—Ven, veremos el resto de la casa y después, si quieres, puedes leer el diario de tu madre. Está en el cajón de la derecha de ese escritorio.

Nela miró extrañada a su recién encontrada tía.

—¿Un diario? —preguntó.

—Sí, lo encontré debajo del vestido, en la caja donde se guardaba. Junto a una nota en la que ponía: para mi hija.

Nela frunció el ceño y miró hacia el escritorio sintiendo una irresistible atracción.

—Pero primero daremos una vuelta por toda la casa —dijo Marta arrastrándola fuera de aquella habitación.

Su anfitriona le enseñó cada uno de los rincones de aquel lugar, llevando a Nela de sorpresa en sorpresa con un nudo en el estómago y la cabeza en una nube.

—Todos son muebles de madera maciza, de los que hoy

nadie utiliza —dijo Marta.

Madera de roble, pulida y lustrosa. A Nela le impresionaba que sus abuelos hubiesen vivido allí toda su vida, sin variar ni un ápice lo que habían diseñado en un principio. Una de las habitaciones le impactó especialmente. Había una pequeña pantalla de cine que colgaba del techo. Las paredes estaban decoradas con carteles de cine clásico americano: *Casablanca*, *Historias de Filadelfia*, *Cumbres Borrascosas*...

Al ver la cara de Nela, su tía abrió un armario que estaba disimulado en un lateral y apareció una estantería repleta de películas: cine negro, musical, romántico, drama.

—Esto es el paraíso — susurró.

Otra de las estancias estaba presidida por un piano de cola y otro más pequeño. También había un equipo de música y junto a él una enorme estantería, que cubría toda la pared, llena de discos de vinilo, discos compactos y libros de

compositores. Marta abrió cajones donde guardaban multitud de partituras. Dos sofás y una mesa constituían el resto del mobiliario. Cuando acabaron de ver todas las habitaciones, Marta le propuso ir a la cocina a tomar una copa de vino.

—Ayer metí varias cosas en la nevera —dijo mostrándoselo.

—Marta, esta casa es como un sueño.

—Pues es un sueño que puede convertirse en una pesadilla para las dos. Tu madre murió y por lo

tanto tú eres su heredera.

Nela se quedó boquiabierta, no había pensado en semejante cosa. Se sintió incómoda ante la idea de coger algo de unas personas que no sabían ni que existía.

—No es justo, ni siquiera les conocía.

—Tu madre tenía tanto derecho como yo. Y tú eres su única hija.

Marta sirvió el vino y se sentaron una frente a la otra.

—Háblame de vosotros —

dijo Nela.

—Nuestro padre se llamaba Fernando y nació en este pueblo en 1920. Vivía en una pequeña casita muy cerca del mar. Adoraba esta tierra, sobre todo el mar. Era su pasión, pero no quería ser pescador como su padre, quería ser músico. Cuando era pequeño, la profesora del pueblo, una mujer culta de familia bien, les ofreció a sus padres la posibilidad de enseñarle a tocar el piano gratis. Dijo que el niño tenía mucho talento y que era

una pena que se desaprovechase. Sus padres ahorraron todo lo que pudieron para poder darle unos estudios cuando fuese mayor y tu abuelo se marchó de casa cuando llegó el momento. —Hizo una pausa para beber un sorbo de su copa—. He escuchado tantas veces esta historia que siento como si la hubiese vivido. Bien. Aquel joven y talentoso músico se fue a Barcelona y se gastó los ahorros de sus padres, todo lo que tenían.

Marta dejó la copa sobre la

mesa y se apoyó en ella mirando a Nela de frente.

—Cuando regresó al pueblo era un hombre diferente, se había casado con Marguerite, una concertista de piano que conoció en París. Mi padre era compositor.

Componía música para películas, pero no creas que solo películas de aquí; siempre estaba viajando, Francia, Inglaterra, Estados Unidos. Pero nunca olvidó lo que sus padres habían hecho por él, les devolvió lo debido más lo querido, de manera

que pudieran descansar y disfrutar de una nueva vida de tranquilidad.

Hizo una pausa y acarició una de las manos de Nela, que parecía una niña escuchando un cuento.

—Entonces hicieron construir esta casa tal como la habían imaginado. Mi padre decía que los sueños hay que hacerlos realidad para después dejar que se desvanezcan. Él lo hizo. Construyó esta casa en un lugar que adoraba desde niño y vivió aquí con mi madre, sin cambiar ni un solo

cuadro.

—¿Qué ocurrió? ¿Tuvieron un accidente?

Marta negó con la cabeza.

—Tenían ochenta años y ambos tenían claro que no querían estar el uno sin el otro. Sabían que sus cuerpos cansados no aguantarían mucho más. A mi madre le diagnosticaron Alzheimer hace cinco años y la enfermedad iba muy deprisa. La aterrorizaba olvidarse de todo aquello que había vivido y todo lo que había amado. Juntos

planearon sus últimos momentos. — La vista de Marta se nubló por las lágrimas—. Vieron *El bosque petrificado*, que era su película favorita...

—Bette Davis, Leslie Howard y Humphrey Bogart — susurró Nela. También era la suya.

Marta sonrió con tristeza y asintió.

—Se sirvieron una copa de vino como este, aquí en la cocina. Y machacaron en el mortero una caja entera de una medicación que

tomaba mi padre para el corazón.

Marta se enjugó las lágrimas e intentó recuperar la voz.

—Lo que me encontré cuando llegué, te lo ahorraré. Me dejaron una nota de despedida pidiéndome perdón por el daño que sabían que me iban a hacer, donde me explicaban sus motivos de tal modo que pudiese soportarlo.

—Se suicidaron...

Nela sintió un escalofrío que le subía por la espalda. Los imaginó en la cama, agarrados de la

mano, esperando a que todo terminara. Creyendo, quizás, que empezarían de nuevo juntos en algún desconocido lugar. Desafiante, metidos en dos cuerpos gastados, pero sintiendo las mismas cosas que sentían cuando eran lozanos. Nela se levantó y abrazó a Marta. La muerte nunca es hermosa, al menos cuando se la ve desde fuera. Para ella debió ser un duro golpe y era evidente que aún no lo había superado.

—Ahora, háblame de ti, de mi

hermana. De todo. —Marta se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano y se sentó dispuesta a escuchar.

Nela la miró fijamente. No sabía qué decir.

—¿Qué puedo decirte? Como tú dijiste, apenas tuvimos tiempo de conocernos.

—¿De qué murió?

Nela tragó saliva sin saber cómo darle aquella noticia para que no sonase macabra.

—Ella... —carraspeó, se

mordió los labios—. Ella también se suicidó.

Marta negó con la cabeza.

—Gabriela... —Se llevó las manos a la cara.

—Mi madre sufría mucho. Hacía tres meses que había perdido un hijo y eso la trastornó.

—¡Dios mío! ¿También tuviste un hermano? —Nela afirmó con la cabeza.

—Cuando yo tenía tres años mis padres tuvieron un hijo, Rodri. Era un niño precioso que fue la

alegría de la casa hasta que murió, poco antes de cumplir los cinco años. —Hizo una pausa, tenía la mirada perdida en el pasado—. Mi madre no salió de su habitación en los tres meses siguientes. Y un día se levantó de la cama y se tiró por la ventana dejándome oficialmente huérfana, porque de hecho ya lo era hacía tiempo.

El último comentario hubiese querido borrarlo, pero le salió sin que pudiera detenerlo. Miró a su tía, como disculpándose. Marta le

acarició el pelo con dulzura, percibiendo que la que hablaba era una niña.

—Veo que tenemos muchas cosas de qué hablar. Pero será mejor que vayamos poco a poco.

Se puso de pie limpiándose las lágrimas y Nela la imitó.

—¿Te gustaría quedarte aquí esta noche? Lo prepararé todo por si te apetecía.

—Me encantaría. No sabía cómo pedírtelo.

—Mañana vendré a buscarte y

vendrás a mi casa a conocer a los tres hombres de mi vida —sonrió—. Tengo dos pequeños que dan mucha guerra.

Nela asintió con la cabeza y acompañó a su tía a la puerta.

—Estas son las llaves de la casa —le dijo Marta—. Deja la alarma conectada toda la noche. Este es un pueblo pequeño, pero nunca se sabe. Mi número de teléfono está en la memoria, en el número uno.

—Leeré el diario.

Marta la abrazó antes de salir.

—Me alegro de que estés

aquí.

## VIII

### Cumbres borrascosas

«—Pase lo que pase siempre serás  
mi reina... »

(Heathcliff, *Cumbres  
borrascosas*, 1939)

Lo encontró en el cajón derecho del escritorio, tal como le había indicado su tía. Era un diario de tapas verdes con una cerradura que requería una llave. Miró en el

cajón, pero allí no había ninguna. Dedujo que su tía no la había encontrado y, evidentemente, no lo había abierto. Se sintió un poco incómoda forzando el pequeño pasador con el abrecartas que había sobre la mesa, pero pensó que a su madre no le importaría a estas alturas que alguien leyera su diario. Aunque ese alguien fuera ella.

Al abrirlo las hojas hicieron un ruido acartonado. Hacía muchos años que nadie abría ese cuaderno y la humedad del desván había

deformado las páginas y las había engordado. Comenzó a leer desde el principio.

*7 de diciembre de 1982*

*Hoy empiezo a escribir un nuevo diario. No es un diario como los demás, es especial. He decidido hacerlo porque me ha ocurrido algo maravilloso y deseo que quede escrito para siempre. Cuando sea una ancianita encantadora, rodeada de mis nietos, sentada en mi mecedora*

*junto al calor de la chimenea, me encantará leerles estas líneas. Y ellos se emocionarán al conocer la preciosa historia de amor de sus abuelos favoritos.*

*En realidad, la misión de un diario especial es la de dirigirse al yo del futuro para rendir cuentas de los sueños no cumplidos de su yo del pasado. Cuando la Gabriela a la que va dirigido lea estas letras, espero que no haya nada de lo que tenga que arrepentirse.*

*Nos conocimos hace seis*

meses. Se llama Sebastián. ¿Me dará vergüenza dentro de unos años haber escrito que es el amor de mi vida? ¿Me parecerá cursi y ridículo? Mi madre dice que el amor te convierte en una niña, te envuelve en una nube de color rosa caramelo y endulza tanto tus palabras que a todos les resultan empalagosas. Ya sé que lo que a mí me pasa ha sido escrito miles de veces en los libros, sin embargo tengo la impresión de que nunca antes a nadie le había sucedido

*nada igual.*

*Porque Sebastián es el hombre más maravilloso que existe sobre la faz de la Tierra. Nunca soñé encontrar a alguien como él. Es pintor, todavía no es famoso, pero algún día lo será, estoy segura. Le conocí en el cabo de Santo Hadrián, junto a la ermita. Había ido a pasear con Sandra, y él estaba pintando en un rincón apartado. Nos acercamos a ver su cuadro. Ni siquiera se giró a mirarnos, debía estar*

*acostumbrado a los mirones y no nos hizo ningún caso. Al principio fue su pintura la que se coló en mi corazón, sus trazos tenían una luz inusitada, daba una visión del paisaje que pintaba que te hacía desear estar dentro del lienzo. Después le miré y la luz de sus ojos me pareció aún más brillante que la del cuadro.*

*Estuvimos sentadas en el suelo hasta que dejó de pintar porque se estaba haciendo de noche. Se volvió a nosotras y nos*

*miró, con esos ojos negros de mirada profunda. Se puso a limpiar sus pinceles y a recoger, de manera que todo quedó dentro de una pequeña maleta de madera. Luego se acercó a nosotras y se sentó junto a mí. Así nos conocimos.*

*Hace seis meses de eso, y ha sido suficiente para saber que es él. Por fin he encontrado la persona que estaba buscando. Mamá siempre dice que el amor no es una relación, el amor es un*

*sentimiento que se siente desde el primer día. La relación viene después.*

*Desde niña siempre me gustó escribir, mis diarios se amontonan en el desván, en ellos he dejado pedacitos de mí que se han ido perdiendo al cumplir años. A veces siento vergüenza al releerlos imaginando que alguien que no sea yo pueda llegar a leer sus páginas. Los diarios deberían tener candados mágicos para que nadie pudiese abrirlos.*

Nela casi dejó caer el cuaderno de sus manos. Era como si Gabriela pudiese verla desde aquellas páginas y la advirtiese de que lo que hacía no le gustaba. No tenía ni idea de quién era esa mujer que había juntado todas aquellas letras en un cuaderno protegido con una pequeña llave de juguete. A pesar del cosquilleo en la punta de los dedos continuó leyendo la cotidianidad de aquella desconocida que le mostraba una vida de la que nunca había oído

hablar, haciéndola participe de una realidad paralela. De repente, en esa otra dimensión apareció un personaje al que conocía bien.

*8 de diciembre de 1982*

*Sebastián y yo nos vamos de excursión. Mamá me ha ayudado a convencer a papá y nos deja ir a la cabaña del abuelo. Hace un mes mi padre me obligó a que se lo presentase. Supongo que tuvo algo que ver lo que le conté a mamá, y se pasaron más de una hora en la*

*biblioteca. Creí que no volvería a verle más, que cuando saliese huiría de esta casa como loco. Pero me equivocaba, se metió a papá en el bolsillo como hace con todo el mundo. Soy tan feliz que me da miedo decirlo en voz alta.*

*Esta mañana he pasado un mal rato cuando Rodrigo me ha llamado por teléfono. Desde que ha vuelto no me deja en paz, no quiere aceptar que lo nuestro se terminó para siempre. Se hace el contradicho en todas partes y es*

*muy desagradable tener que estar esquivándolo. En el fondo me da pena y no quiero hacerle daño, pero si sigue así tendré que hacerlo.*

*No quiero pensar en Rodrigo, solo quiero pensar en nuestra excursión. He preparado la ropa que llevaré, algo cómodo, no quiero que piense que soy una tonta presumida. Va a pintarme en un retrato. ¡Me hace sentir tan especial! Cuando me coge entre sus brazos, no tengo miedo de*

*nada. Después de la primera vez le conté lo de mis pesadillas y él me abrazó tan fuerte que creí que me iba a romper. Me susurró al oído que siempre estaría a mi lado para protegerme de cualquier mal. Temía que me mirase como si estuviese loca. Ahora sé que a su lado nada malo me puede pasar, él velará mis sueños y hará que esas horribles pesadillas que anuncian desgracias desaparezcan.*

Nela se dejó caer contra el respaldo como si aquellas líneas la

hubiesen dejado exhausta. Así que Gabriela y ella compartían algo más que un óvulo fecundado. Sus pesadillas tenían un origen en las de su madre. Eso la enterneció. ¿Cuántas cosas más compartirían sin saberlo? ¿Tendría Gabriela «encuentros»?

*10 de diciembre de 1982*

*Todas las palabras del mundo no podrían explicar cómo me siento. Si el mundo desapareciese mañana, vivir ya*

*habría valido la pena.*

*Me ha dicho que me ama de la manera más hermosa que existe, haciendo desaparecer todos mis miedos y dudas. ¡Quiere que nos casemos! Hicimos el amor. La primera noche, la segunda, esta mañana. Con desesperación, con ternura. ¿Es mi alma la que grita? Quiero estar con él, vivir con él, respirar el aire que él respira. Se ha metido dentro de mí y ya nada ni nadie podrá separarnos. Le he visto al despertar, he sentido su*

*mano en mi vientre y mi corazón en su pecho. Hemos decidido casarnos en secreto si no nos lo permiten. Nos iremos a París. Yo hablo francés perfectamente y mamá me ha enseñado su ciudad como si me mostrase su casa. Conozco cada rincón como si fuese parte de mí. Yo se los enseñaré a él, los descubriré de nuevo junto a Sebastián.*

*11 de diciembre de 1982*

*Papá y mamá han discutido.*

*Yo sé que es por mi causa, aunque ellos lo nieguen. Están preocupados por mí. No sé de qué tienen miedo. Sebastián es un buen chico y me quiere. Yo sé que me quiere. Quizá piensan que todo está ocurriendo demasiado deprisa entre nosotros. Pero no, yo creo que hay algo más. Le he preguntado a Marta y me ha parecido que se le llenaban los ojos de lágrimas. Tengo que averiguar qué le pasa a mi hermana.*

*12 de diciembre de 1982*

*Por fin he conseguido que Marta me explicase qué le pasa. Había llegado a preocuparme seriamente. Ayer por la noche la escuché llorar después de que me despertara por una de mis pesadillas. En mi sueño mi hermana lloraba de rodillas frente a un lienzo blanco. Había un montón de pinceles tirados por el suelo, todos con la cabeza rota. Al despertarme me di cuenta de que*

*el llanto era real y me metí en su habitación asegurándole que no me marcharía hasta que me explicase lo que le ocurría.*

*¡Tiene celos de Sebastián!  
Cree que va a alejarme de ella.  
¡Qué tonta es! Cree que mi amor por Sebastián no va a dejar sitio para nadie más. Como si el cariño cambiase dependiendo de a cuántas personas se quiere. La he tranquilizado y al final he conseguido que se confesase del todo. En realidad no es solo el*

*temor a perderme, también tiene un poco de envidia porque piensa que nunca la amarán así. Solo tiene diecisiete años, y ya quiere ser una experta en el amor. Yo he tenido que esperar casi hasta los veinte. Marta conocerá a un chico extraordinario porque si se acerca a ella algún botarate va a tener problemas conmigo.*

*A pesar de que hemos aclarado cosas, he percibido que hay algo más, algo que no quiere decirme y que tiene que ver con la*

*discusión que tuvieron papá y mamá.*

Nela encendió el interruptor de la lámpara del escritorio y colocó los pies descalzos sobre la mesa para estar más cómoda. Continuó leyendo.

*13 de diciembre de 1982*

*Hoy hace seis meses que nos conocimos y me parece que siempre hemos estado juntos. Hemos vuelto al cabo de Santo Adrián y hemos hablado del*

*futuro. Le he dicho que quiero vivir en una casita desde la que se pueda ver el mar por la ventana. Esta casa es un sueño, pero es el sueño de mis padres.*

*Yo quiero estar cerca del mar, poder tocar el piano junto a una ventana que me muestre las olas rompiendo contra los acantilados. Él quiere una buhardilla donde poder pintar, en la que entre la luz de la mañana y refresque por la tarde. Hemos hecho planes y más planes. Hemos*

*hablado de hijos, de viajes, de sueños. Al regresar ha querido que les explicásemos a mis padres nuestros planes. Yo no estaba muy convencida, me gustaba más la idea de escaparnos, pero él ha dicho que ellos no se merecían eso, que estaba seguro de que lo entenderían.*

*Y papá ha dicho que debemos esperar. Ha sido un jarro de agua fría, creía que entendería lo que es el amor. Él lo sabe. No sé si podré resistirlo. Nos ha dicho que*

*podemos vernos cuanto queramos, pero quiere que esperemos tres meses. Sebastián ha estado muy sereno y comprensivo, me ha sorprendido. Le ha dicho que haremos lo que él dice, que esperaremos. Yo me he enfadado mucho. Aún sigo enfadada.*

*14 de diciembre de 1982*

*Tengo un constipado tremendo, dice mamá que es de dormir en la cabaña con el culo al aire (ji ji, mi madre se cree muy*

graciosa). Pero es por andar descalza. Me gusta tener los pies fríos, desde niña no soporto el calor en los pies. Sebastián dice que los pies regulan mi temperatura, que si no los tuviese siempre fríos mi cuerpo se convertiría en un volcán. Me gusta tocar el piano descalza, sentir los pedales bajo la planta del pie, y ese es el único momento en que mamá no me regaña por ir descalza.

Me encanta que mi madre

*toque conmigo, aunque sé que estoy a años luz de tocar como ella nunca me ha hecho sentir inferior, al contrario. Tocar con ella es como que te acaricien la espalda mientras duermes. Como cuando era niña y se colocaba junto a mi cuna para acariciarme con sus dedos mágicos. Soy muy afortunada.*

*Sé que mamá y papá planean algo, les veo cuchichear por las habitaciones y se callan cuando Marta y yo llegamos. Espero que*

*sea algo bueno. Supongo que tiene que ver con mi cumpleaños, que es dentro de tres días. Sebastián dice que me prepara una sorpresa, pero no ha querido darme ni una mísera pista. He pensado ir a la ciudad con Marta y mamá para comprarme un vestido para la fiesta que no sé que me van a dar, y algunas cosas más que necesito, pero no me decido porque temo encontrarme con Rodrigo.*

*Cuando Sebastián y yo nos casemos, buscaré un trabajo a*

*jornada completa y tendré menos tiempo para dedicarle al piano. Sé que mamá se apenará, pero en el fondo sabe que ya he llegado al nivel máximo que puedo alcanzar. Mi talento no da para más, mami.*

Nela se detuvo al llegar a ese punto muy sorprendida, no sabía siquiera que su madre supiese tocar el piano. Dejó el diario abierto sobre el escritorio y miró el reloj. Debería comer algo, no le apetecía cocinar pero al menos se prepararía un bocadillo. Salió de la biblioteca

para dirigirse a la cocina. Una vez allí se preparó un pequeño tentempié que comió sin apetito. Comer solo no es muy agradable, le hace a uno más consciente de su soledad. Por eso solía distraerse en esos momentos con un libro o mirando la televisión. Pero allí, en la cocina de aquella enorme y desconocida casa, no tenía cómo distraerse y eso la puso nerviosa. Incluso le pareció que una sombra cruzaba delante de la puerta y se asustó. Se levantó a mirar, pero no

vio nada extraño, fue a comprobar que la puerta de la calle estaba bien cerrada y la alarma conectada. Después de eso ya había olvidado por completo el bocado y no pudo reprimir la atracción que emanaba de la preciosa escalera de mármol. Subió los peldaños con cierta solemnidad imaginando cuántas veces había hecho su madre aquel mismo recorrido para ir a su habitación, pasando la mano por la barandilla mientras pensaba en su adorado pintor. Nela se detuvo.

Ella también tenía a un pintor rondando su mente. Sacudió la cabeza quitándose aquellos pensamientos.

Entró en la amplia y luminosa habitación de sus abuelos. En un rincón, junto a la ventana, había una mesa que atrajo la atención de Nela. Tenía dos grandes cajones a cada lado que atentaban contra la resistente curiosidad de la provisional inquilina. Abrió el primero como una niña que rebusca en el joyero de su madre alguna

alhaja que ponerse en secreto y encontró las cartas de amor de Fernando y Marguerite.

No eran solo cartas de sus comienzos, también las había de veinte y diez años atrás. Las últimas eran de hacía seis años, cuando habían tenido que separarse por motivos de trabajo. En ellas ya mencionaba su abuela el principio de sus olvidos. Eran cartas hermosas y que mostraban el carácter de quien las escribía porque iban dirigidas a la única

persona con quien no había que guardar ningún disimulo. En algunas hablaban de Gabriela con tristeza, aunque nunca profundizaban en el tema. Allí descubrió la fuerte personalidad de Marguerite, mujer decidida y segura de sí misma, lo que la había llevado a convertirse en una gran pianista. Su abuelo, en cambio, era un hombre tranquilo y sosegado, perfecto para controlar el fuerte temperamento de su mujer.

En el otro cajón encontró fotos, montones de fotos en las que

alguien había escrito pequeños comentarios en la parte de atrás. Marta y Gabriela, 1958. Y la imagen mostraba a unas niñas saltando a la comba. Le pareció reconocer a su madre en la cara de una pequeña con coletas. Cogió la foto para preguntar a tía Marta si había acertado. Sus abuelos también le resultaron familiares aunque nunca les había visto. Las fotos de una Gabriela adolescente la emocionaron. Eran imágenes en las que el rostro de su madre

aparecía alegre y con un brillo desconocido en los ojos. En algunas de ellas salía haciendo gestos divertidos, sacaba la lengua a la cámara o se ponía bizca, lo que arrancó una sonrisa de los labios de Nela, una sonrisa que llevaba oculta la profunda tristeza de no haber podido conocer a aquella mujer.

Pero las fotos que encontró al final del álbum le helaron la sangre. La imagen congelada reflejaba a su madre vestida de novia. Estaba

preciosa, el vestido era de estilo romántico, con un corpiño bordado en seda y organdí, y mangas transparentes acabadas en volante. Pero lo que le impactó fue el vacío en aquella mirada perdida, la ausencia de persona en aquel cuerpo que se sostenía por extraños caprichos de una ciencia que dice que una persona está viva si late su corazón. Reconoció el mechón blanco, en el lado izquierdo de su cabeza, que jamás se tiñó. Aquella era su madre, la mujer que ella

había conocido. Había empezado a preguntarse si sus recuerdos serían mentira, pero allí estaba, aquella era la mujer a la que ella llamaba mamá. Miró la siguiente página del álbum buscando una foto de Rodrigo, pero era evidente que no era una persona querida para aquella familia.

Dejó las fotos donde las había encontrado y cerró el cajón. Se moría de ganas de volver a la biblioteca para continuar con la lectura del diario. Fue a la cocina,

preparó un café y, después de tirar el bocadillo a la basura, regresó con el feliz pasado de su madre.

*15 de diciembre de 1982*

*Estoy muy enfadada. He visto a Rodrigo y me ha montado una escena en la puerta del trabajo. El maldito cabrón me ha puesto en ridículo delante de mis compañeros. No me había dado cuenta de que me esperaba y me ha pillado por sorpresa. Es un hombre muy extraño. Mientras*

*estuvimos saliendo nunca sentí que me amase y ahora jura y perjura que no puede vivir sin mí. He intentado hacerle entender que yo no siento lo mismo de todas las maneras posibles, pero no atiende a razones. Lo que está haciendo es despreciable, me insulta en plena calle llamándome zorra, y eso que no quise acostarme con él. A pesar de lo que dice, su comportamiento demuestra que no me ha querido nunca. No quiero que Sebastián se entere. Tengo mucho miedo de que*

*eso pase, porque hay algo oscuro en Rodrigo y temo lo que pueda hacer.*

*No tengo más ganas de escribir.*

*16 de diciembre de 1982*

*He ido con Sebastián al acantilado. Es un lugar precioso. El sonido de las olas rompiendo contra las rocas es estremecedor. Le gusta mucho ir allí. Tiene muchas pinturas de ese lugar y hoy ha decidido que me pintará con*

*ese fondo. Dentro de un momento vendrá a cenar. Mi madre ha preparado la empanada que a él tanto le gusta. Mamá y papá son muy cariñosos con él, es evidente que le quieren de verdad. Yo aún no he conocido a su madre. Es algo que me produce terror. ¿Y si no le gusto? Él se enfada un poco cuando hablamos de esto porque quiere que la conozca, pero dice que no me presionará. Creo que mamá y papá quieren hablar con él a espaldas mías, están tramando*

*algo, seguro. Me imagino que se trata de mi fiesta de cumpleaños.*

*Ayer tuve una visión, o un sueño, no sé. Había un niño que me miraba asustado y me decía que no con la cabeza. Yo estaba vestida de novia y no le entendía, pero él seguía insistiendo que no, que no, con la cabeza. Detrás de él estaba el acantilado y cuando intentaba acercarme, se caía girando y girando hasta el fondo. Yo me asomé para verle y perdí el equilibrio. Entonces me desperté.*

*No sé qué significa. Nunca he sabido qué significan mis sueños, pero me asustan.*

Nela se frotó los ojos, cansada. La letra estaba escrita con caligrafía muy bonita, pero difícil de leer. A pesar de eso no tenía la más mínima intención de dejar el diario hasta terminarlo. Movi6 el cuello para desentumecerlo y continu6 la lectura.

*17 de diciembre de 1982*

*Esta tarde ha ocurrido por fin lo que tanto temía: Sebastián ha conocido a Rodrigo. Habíamos quedado para ir al cine y ha venido a buscarme al trabajo. Rodrigo estaba allí, apoyado en su coche, como siempre. Se ha acercado a nosotros y me ha dicho que les presentase. No sabía qué hacer, pero estaba segura de que llevarle la contraria no sería una buena decisión, así que le he hecho caso. Entonces él se ha puesto a decirle cosas horribles de*

*mí: que si no sabía cómo era yo, que después le dejaría tirado como un trapo, que se apartase de mí ahora que aún estaba a tiempo... No sé qué ha querido decir, pero me ha sonado a amenaza. Sebastián le ha mirado fríamente y le ha contestado que sentía mucho que hubiese perdido a una mujer como yo, pero que ya era un poco mayorcito para esas tonterías. Eso le ha puesto furioso y han estado a punto de llegar a las manos. Si no llega a venir Gonzalo, el vigilante*

*de la joyería, a separarlos, no sé qué habría pasado. He conseguido llevarme a Sebastián de allí con la promesa de que iba a explicárselo todo.*

*Y he cumplido. Le he hablado a Sebastián de Rodrigo, de cómo me deslumbró cuando le conocí. Su familia era humilde, pero su madre había hecho grandes esfuerzos para que no le faltase nunca de nada. Gracias a esos esfuerzos Rodrigo se iba a convertir en cirujano y desplegaba tal*

*seguridad en sí mismo que producía una irresistible atracción para todo aquel que se le acercase. Le he contado que incluso mis padres y mi hermana habían caído en sus redes de seducción. Al menos al principio, porque en poco tiempo mi padre empezó a ver detalles en su personalidad que le hicieron dudar de que estuviese mostrando su verdadero rostro. En realidad es un hombre duro y despiadado, tiene claro lo que quiere y lo*

*consigue a cualquier precio. Por eso decidí que yo no quería estar en su lista.*

*Mañana es mi cumpleaños, espero que la sorpresa que me tienen preparada me haga olvidar el día de hoy.*

*18 de diciembre de 1982*

*¡Dios, Dios, Dios! ¡Tardaré mucho tiempo en olvidar este día! Como sospechaba, mis padres tramaban una gran fiesta en la que han participado Sebastián y*

*Marta, cómo no. A las seis de la tarde mi madre ha entrado en mi habitación con una gran caja y me ha dicho que era mi vestido para la cena, que no lo abriese hasta las ocho y que entonces empezara a arreglarme porque a partir de las ocho y media empezarían a llegar los invitados.*

*He de reconocer que me temblaban las piernas y las manos de lo nerviosa que estaba y, si no hubiese estado Marta vigilándome todo el rato, no sé si habría*

*aguantado sin mirar dentro de la caja. Mis padres siempre han hecho este tipo de cosas, pero hoy se han superado. ¡Me han organizado una fiesta años veinte! La caja que trajo mi madre contenía un vestido estilo charleston, color amarillo chillón, con un cinturón verde brillante, los zapatos negros ¡y un cigarro de pega con boquilla!*

*Todos los invitados han venido ataviados con trajes de la época y ha sido una fiesta*

*divertidísima. Invitaron a Sandra, a Juan y a Montse, que vino desde Barcelona, mis mejores amigos. También vinieron los hijos de Luis y Mari, a los que conozco desde que era una cría, y un par de compañeros de trabajo. Algunos amigos de mis padres y de Marta. Mi madre tocó al piano y Sebastián y yo bailamos como pudimos aquella música. Marta estaba preciosa, el suyo era un vestido de tablas en color rojo y fucsia y ¡hay que ver cómo baila*

*mi hermanita el Charlestón! La fiesta ha servido también para que mis padres presentaran a Sebastián como un miembro más de la familia. No habría podido desear una celebración mejor. Algunos amigos se han quedado a dormir y mañana tendremos un desayuno muy especial. Montse, antes de marcharse, me ha prometido que vendrá a la boda, estaba encantada de verme tan feliz.*

*Esto no van a poder*

*superarlo jamás.*

Nela iba forjando en su mente una imagen nítida de aquella joven y entusiasta mujer que había escrito un diario al que rendir cuentas cuando fuese mayor. Los ojos se le llenaron de lágrimas al recordar cómo eran sus cumpleaños y apenas pudo contenerlas durante la lectura de los días siguientes a aquella maravillosa fiesta.

*19 de diciembre de 1982*

*Papá no se encuentra bien y mamá está muy preocupada. Siempre les ocurre igual, cuando uno de los dos enferma, el otro hace peor cara. ¡Se quieren tanto! A mamá no le importó dejar todo lo que había sido su vida por él. Una vez le pregunté si no se había arrepentido ni un poquito alguna vez, pero ella respondió rotundamente que no. Dijo que siempre dejaba que su corazón le dijese lo que debía hacer y que así no había lugar para el error. No es*

*como esas madres que dicen que el amor a los hijos es mayor que cualquier otra forma de amor. Mi madre siempre nos ha enseñado que el amor que sentía por nuestro padre era un sentimiento generoso y único. El amor de los hijos, dice ella, es un amor egoísta, un amor a uno mismo. El amor hacia un hijo es invariable y para toda la vida, pase lo que pase. No por ello es menos importante, pero no es comparable al amor que sientes por tu compañero. Ese ha de ser*

*un amor generoso, nunca egoísta, que se guarda en una caja que no tiene llave que proteja lo que esconde.*

*Marta está muy preocupada porque cree que Rodrigo tiene algo que ver en la enfermedad de papá. Al parecer les oyó discutir por teléfono y, después de esa conversación acalorada, papá empezó a encontrarse mal. ¿Por qué no se quedaría en la capital y nos dejaba en paz?*

*20 de diciembre de 1982*

*Sebastián y yo hemos decidido que mañana visitaré a su madre. Estoy un poco asustada, sé que es una mujer dura y poco comunicativa. Él me ha explicado que no ha tenido muchos motivos de alegría en su vida. Su marido bebía mucho y la maltrataba. Me ha contado cosas horribles que él vio hacer a su padre cuando era niño. No sé si está bien, pero me alegro de que se muriese y les dejase en paz. A Sebastián no le*

*gusta hablar de él, pero dice que debo saber para poder entenderla. Tengo ganas de conocerla, aunque estoy muerta de miedo.*

*Mi madre dice que lo mejor es que sea natural, que no intente ser lo que no soy y que, si le demuestro lo mucho que quiero a su hijo, seguro que tendrá suficiente. Marta no está de acuerdo y cree que si me ve segura de mí misma se andará con ojo. No sé a quién debo hacer caso.*

*Esta noche toca cine en casa.*

*Iniciamos un ciclo de Bette Davis hace tres semanas, hemos visto Amarga Victoria, Cautivo del deseo y Jezabel. Hoy toca Como ella sola. Podemos comer cualquier cosa que no haga ruido y Marta y yo aprovechamos para saltarnos los límites de azúcares permitidos por mi madre, en forma de ositos de gominola, nubes esponjosas y pegadolsas en espiral. Nos reunimos toda la familia, ahora también Sebastián, y a menudo me distraigo, mirándoles a la luz de la*

*pantalla, guardando en su frasco de memoria correspondiente, ese momento.*

*Mamá nos llama para cenar.*

Nela encogió las rodillas que había doblado subiendo los pies a la butaca y dejó el diario sobre el escritorio. La mirada se perdió entre los libros que ocupaban las abarrotadas librerías. Sentía una mezcla extraña de sentimientos. Su madre no solo se había mostrado insensible con ella, además lo había

hecho después de haber disfrutado lo que nunca dio. Le había negado el calor de aquella familia, el amor de unos abuelos comprensivos y adorables. El cariño de una tía que la había mirado con sincero afecto a pesar de que acababa de conocerla.

Se sentía pequeña como una mota de polvo, preguntándose en qué momento desapareció aquella persona sensible y profunda a la que todos llamaban Gabriela. Al leer ese diario lo único que podía

entender de su madre era que tuviese el valor de suicidarse. Después de haber tenido una vida tan feliz, lo que vivió con Rodrigo debió ser algo muy parecido al infierno.

Un libro de una de aquellas estanterías le llamó la atención. Nela se puso de pie, abrió la puerta de cristal que lo protegía del polvo y lo cogió. *La pequeña Dorrit*, de Charles Dickens, leyó en la tapa. Lo abrió por la primera página y leyó la dedicatoria:

*«A mi querida hija Gabriela, para que vea en estas páginas que el destino puede ser muy caprichoso».*

*—La historia de la pequeña Dorrit es una historia muy triste.*

Nela recordó de repente un día de su infancia y la imagen de aquel oscuro cuarto se hizo visible ante sus ojos. Su madre hablaba en susurros a pesar de que estaban solas.

*—El destino se empeñaba en*

*mostrarle todo aquello que luego le quitaba. Nela deberías ser invisible, vivir escondida en una grieta de la pared. No permitir que te vea, ni que te toque —hablaba mirando a todas partes como si alguien pudiese escucharla—. He querido hacerlo, lo he intentado muchas veces —asentía abriendo mucho los ojos—, muchas veces.*

De repente empezó a negar con la cabeza insistente.

*—No he podido, no he podido, no he podido.*

Nela se tocó el pelo al recordar una caricia. No recordaba ningún otro momento en que su madre la hubiese acariciado.

*—Pero tengo que hacerlo, ¿verdad mi niña? ¡Tengo que hacerlo!*

Nela estaba asustada. No entendía nada de lo que decía su madre, pero no se movió de su lado hasta que oyó el portazo en la puerta y su padre entró en la habitación diciéndole que saliese.

Volvió a mirar el libro y

después cerró la puerta de cristal. Estaba segura de que a su abuelo no le importaría que se lo quedase.

Volvió al escritorio y cambió el libro de Dickens por el diario de su madre.

*21 de diciembre de 1982*

*Realmente tenía motivos para estar asustada. La madre de Sebastián es una mujer impresionante, aterradora, diría yo. No me ha sonreído ni una sola vez, me miraba como si yo fuese*

*una asquerosa rata. Pero sé que adora a su hijo, cuando le mira su cara se transforma en pura dulzura. Quizá, con el tiempo, ese amor que compartimos por él logre enternecerla. De momento no le he gustado nada, piensa que soy muy delgada y frágil y que no podré tener hijos. Tampoco me ve capaz de encargarme de una casa. Vamos, que piensa que soy un auténtico desastre. No ha querido ni oír hablar de ir a La Casa Grande. Dice que somos una*

*familia ostentosa y ridícula, que mi madre es una francesa con muchos humos y mi padre un vago porque, palabras textuales, «eso que hace no es trabajar».*

*Sebastián me ha pedido perdón cincuenta veces cuando hemos salido y yo me he reído mucho de ver lo mal que lo ha pasado. Me preocupa que haya discutido con ella cuando ha vuelto a casa, porque esta noche no me ha llamado y estaba segura de que lo haría. Esperaré a*

*mañana, no quisiera llamar y que ella cogiese el teléfono. Realmente, no le he perdido el miedo. En el fondo, creo que es una buena mujer. Esperaré a conocernos mejor para decirle lo que pienso de todo lo que ha dicho sobre mis padres y sobre mí. Aunque me temo que eso no va a pasar.*

Nela estaba muy cansada y decidió irse a dormir. Dejó el diario encima del libro de Dickens

y salió del despacho. Subió las escaleras preguntándose en qué habitación iba a dormir. Hacía frío y su tía Marta no le había explicado cómo encender la calefacción.

La habitación de su madre era muy grande, como todas las de la casa, y tenía una gran ventana al lado de la cama. Nela la abrió para ventilar la estancia, que necesitaba un poco de aire fresco. La delicada tela de los visillos se agitaba y retorció como si intentase liberarse de aquello que la mantenía

prisionera. Se quedó hipnotizada por sus movimientos sinuosos, imaginando a su madre en ese mismo lugar que ella ocupaba ahora y mirando a través de la ventana, como ella. Su concentración llegó a tal punto que se olvidó de quién era. Escuchó una risa y el roce de unos pies sobre la alfombra. Sintió una mano en su hombro, pero no podía moverse. Estaba como en trance. Quería volverse, quería encontrarse cara a cara con la Gabriela que vivió allí, en aquella

casa. La que era feliz. La que sabía lo que era amar. La ansiedad hizo presa de ella. Quería verla, tenía derecho a enfrentarla. Finalmente lo hizo, con el corazón latiendo desbocado y las lágrimas agolpándose en sus ojos. Pero allí no había nadie. Corrió hacia la ventana y la cerró con rabia.

Después de unos minutos sentada en la cama recuperó la tranquilidad y volvió a estudiar la habitación. El suelo de madera tenía varias alfombras. El

mobiliario era sencillo, nada recargado. Un armario de dos cuerpos, una mesilla de noche, la cama, una cómoda de ocho cajones situada frente a ella.

Pero lo que atrajo la atención de Nela fue un antiguo escritorio, de aquellos que se utilizaban en el siglo XIX, y que llamaban «de tambor» por la puerta abombada que ocultaba diferentes compartimentos y cajoncitos. Se acercó hasta él y acarició suavemente la madera

preguntándose cuántas cosas podría explicarle aquel secreter. Abrió con cuidado uno de los cajoncitos y se sorprendió al encontrar unas piedras de río. Las sostuvo en la mano preguntándose qué significado tendrían. Volvió a dejarlas en su sitio y abrió otro de los pequeños cajones. Con mucho cuidado cogió la hoja seca de un árbol. Aquellas cosas no encajaban con los recuerdos que ella tenía de su madre. Giró la hoja y se sorprendió al ver que tenía algo escrito en letra

muy pequeña: «Aunque el mar se seque y el sol se apague, seguiré amándote. Sebastián». Nela se quedó un rato con aquella hoja en la mano, aquella hoja que habría sostenido su madre cuando todavía mostraba la lozanía de su vida en el árbol al que perteneció. Ahora era una hoja seca. Si ella cerraba la mano, se convertiría en polvo. Volvió a dejarla en el cajón.

Corrió las cortinas, pesadas y gruesas, y se tumbó en la cama. Los ojos le pesaban y apenas tuvo

tiempo de taparse con la manta que su tía le había dejado sobre el cobertor, antes de caer en un profundo sueño.

No pudo ver la silueta de mujer se dibujaba junto a la cama. Silenciosa y etérea se mantuvo allí durante un largo instante. Tampoco vio las lágrimas que caían de sus ojos. ¿O era un reflejo que la lámpara desprendía desde la mesita de noche y atravesaba su transparente imagen? Pero en su sueño sí pudo sentir el roce de los

labios que la besaron sin tocarla.

Nela despertó a las seis y media de la mañana. Se incorporó apoyándose en las manos y vio que se había acostado con la ropa puesta. Se encogió de hombros y saltó de la cama para ir al baño a darse una ducha.

Mientras se tomaba un café en la cocina pensó en Marta y en que esa noche iría a su casa a conocer a su nueva familia. Ella podría

desarrollar algunas de las cosas que había leído en el diario de Gabriela y aclararle todas las dudas.

Cuando se sentó de nuevo en la silla de su abuelo y cogió el cuaderno entre las manos, no pudo evitar una sonrisa. Se sentía más animada de lo que lo había estado en mucho tiempo. Estaba segura de que cuando tuviese todas las piezas que le faltaban a su historia ya nada volvería a ser lo mismo. Y nunca volvería a estar sola.

Allí estaban las respuestas a

preguntas que se había hecho miles de veces. Por fin iba a saber por qué su madre le había escatimado su cariño. Pero también sentía temor, un miedo intenso y extraño, como si el saber la pudiese convertir en prisionera de aquellos que habían manejado su vida sin darle opción a entender.

Abrió el diario y continuó leyendo.

*22 de diciembre de 1982*

*Sebastián está muy raro, me*

*tiene preocupada. No ha querido decirme qué, pero ayer debió ocurrir algo con su madre porque ha cambiado de opinión y quiere que nos casemos enseguida y nos marchemos a París. Le he insistido en que me cuente lo que pasa, que estamos a tres días de Navidad y no podemos hacerle eso a mis padres. Y entonces ha hecho algo que me ha dejado de piedra: me ha cogido de la mano y me ha llevado al despacho de papá. Allí le ha dicho lo mismo que a mí, que*

*debemos casarnos e irnos cuanto antes. ¡Y papá le ha dado la razón! Me he quedado sin habla y entonces mi padre me ha dado una larga charla en la que me mostraba un sinfín de razones por las que era mejor que iniciásemos nuestra vida juntos sin esperar más tiempo. Según él, no es necesario ni siquiera esperar a una boda. Incluso le parece más aconsejable que nos marchemos y, una vez estemos instalados y seguros de lo que sentimos, ya*

*habrá tiempo de casarse. He tratado de comprender el cambio de opinión de ambos, pero no he podido. Finalmente, he aceptado con la condición de que esperemos a después del día de Navidad. Después de todo era lo que yo quería.*

*Tras esa extraña conversación, Sebastián y yo nos hemos ido a pasear por los acantilados. Hemos hecho muchos planes para nuestro viaje y he de reconocer que estaba tan*

*emocionada que no podía dejar de hablar del futuro. Pero me he dado cuenta de que no me escuchaba. Es muy raro, pero juraría que lo que he visto en sus ojos era miedo. Marta dice que es porque se acerca un cambio importante en su vida, como cuando nosotras éramos niñas y teníamos una tremenda ilusión por irnos de viaje con el cole y siempre pensábamos que ocurriría algo y no podríamos ir.*

*Estoy segura de que París es*

*mi destino. Desde la primera vez que paseé por sus calles de la mano de mi madre, siendo una pequeña influenciable, siempre supe que allí podría ser feliz.*

Los recuerdos borraron las letras y Nela se encontró de nuevo debajo de la cama, asustada por los gritos de su padre y los chasquidos que provocaba su cinturón al golpear la débil carne de Gabriela. Durante mucho rato no se atrevió a salir y su respiración, corta y

rápida, apenas le proporcionaba la energía suficiente para moverse. Después de un tiempo de silencio, se atrevió por fin a abandonar su refugio y sin poder ordenar a sus pies que se detuvieran caminó, como tantas veces, hacia la habitación de las torturas, como si una fuerza inhumana la empujara a enfrentarse a sus temores. La puerta estaba entreabierta y solo tuvo que empujar suavemente para que se abriese un hueco suficiente que dejase pasar su pequeño cuerpo.

Sobre la cama, hecha un ovillo, su madre respiraba como si, en lugar de sus pulmones, respirase su corazón. Tenía el pelo manchado de sangre y las manos de su padre tatuadas en el cuello. Cuando Nela se sentó en la cama, Gabriela levantó la cabeza y trató de mirarla a través de sus abultados ojos. Con mano temblorosa le tendió una fotografía que, arrugada por sus manos, se veía herida por múltiples cicatrices. Era una fotografía de un joven risueño que Nela no había

visto nunca, pero que le resultaba familiar.

«—Él fue el primero — susurró—. No dejes que la encuentre. Escóndela, escóndela muy bien, mi niña, no te desprendas nunca esta foto».

Nela miró muchas veces aquella fotografía preguntándose quién sería. No se atrevió a enseñársela a nadie, la escondió entre sus libros con la certeza de que se trataba de un tesoro inconfesable. Quizá porque aquella

era la única cosa que le había dado su madre. O quizá porque una semana después de dársela Gabriela se lanzó desde la ventana de un sexto piso.

Ahora recordaba muy bien la primera vez que vio al joven de la fotografía parado frente a ella. Era el hermano pequeño de Rodrigo. Él fue quién la animó a dibujar. Y quien le dio la idea de pintar sus pesadillas y esconderlas de la vista de todos. Nela se limpió las lágrimas y siguió leyendo.

*23 de diciembre de 1982*

*Hemos ido a comprar a la ciudad porque mamá quería renovar los adornos navideños. La verdad es que la mayoría de las cosas que tenemos son de cuando éramos niñas y las seguimos utilizando por cariño. Yo he aprovechado para comprar los pocos regalos que me faltaban.*

*Cuando mamá no se daba cuenta, Marta me ha dicho que tiene que contarme algo. Creo que*

*sé de lo que se trata, tiene un nuevo profesor de guitarra, un chico muy guapo, y creo que le gusta.*

*Mamá me ha dicho que tiene una sorpresa para mí, pero no ha querido adelantarme nada. Ahora no puedo dejar de pensar qué será.*

*También he visto a Rodrigo comprando en una de las tiendas. No sé si me estoy volviendo paranoica, pero no he podido evitar pensar que nos estaba siguiendo. Mi madre se ha puesto*

*muy nerviosa cuando le ha visto y nos ha hecho terminar las compras a toda velocidad. Pero al menos no me ha insultado. Espero que la Navidad esté despertando sus mejores instintos.*

*El retrato está casi acabado, aunque Sebastián sigue sin dejar que lo vea, dice que no lo veré hasta que esté terminado. Siempre tengo ganas de abrazarle y de besarle. ¿No me estaré volviendo una de esas tontas empalagosas que matan de aburrimiento a sus*

*parejas de tanto sobarlas? Espero que no, aunque solo quiero estar con él, y las horas se me hacen laaaaaargas cuando no estamos juntos.*

*Creo que es porque tengo miedo, un miedo irracional, pero seguro que a muchos enamorados les pasa. De repente, me abrumba la ansiedad, y una sensación angustiosa de fatalidad, de que tanta felicidad no puede durar, hace que mis emociones se disparen. Sin embargo, mi madre*

*me dice que los mire a ellos:  
¡llevan toda una vida juntos!*

*24 de diciembre de 1982*

*Después de la cena de Nochebuena, Sebastián me ha confesado que su estado de ánimo de los últimos días era a causa de su madre. Le ha estado martirizando con que debía dejarme, dice que le traeré la desgracia. Sebastián me ha abrazado cuando he roto a llorar. Sé que él sufre con todo esto, pero*

*no me ha gustado nada lo que esa mujer le ha dicho. ¿Cómo puede ser tan injusta conmigo? Mamá ha venido a buscarnos para el champaña y ha visto que estaba llorando. Cuando le hemos explicado todo, se ha ofrecido a hablar con ella y Sebastián ha estado de acuerdo. Antes de marcharnos iremos a verla y trataremos de aclarar las cosas con ella.*

*...*

*He dejado de escribir porque*

*mamá ha entrado en mi habitación. Ha tenido un detalle maravilloso conmigo. Traía una enorme caja que ha resultado ser la de su vestido de novia. Hemos estado hablando de su boda y me ha dicho que ella me ofrece el vestido, pero que si no quiero llevarlo lo entenderá. ¡Pero cómo no voy a querer! Es el vestido más bonito que he visto en mi vida. Es de seda y organdí y tiene un primoroso bordado en todo el corpiño. Parece un vestido recién*

*llegado del siglo XIX. Soy muy feliz y me han entrado unas tremendas ganas de casarme, aunque me temo que, con nuestros nuevos planes, tendré que esperar. Sueño a todas horas con el viaje a París. ¿Se puede ser más afortunada?*

Nela leía con avidez, tan metida en aquellas confesiones que se había olvidado por completo de dónde estaba.

*25 de diciembre de 1982*

*Rodrigo no tiene vergüenza.*

*Se ha presentado en casa a la hora de comer. ¡El día de Navidad! Al principio papá se ha comportado de un modo amistoso. Le ha invitado a pasar y le ha ofrecido una copa de vino, pero él llevaba muchas encima y, cuando ha visto a Sebastián, se ha puesto rojo de ira. ¿Por qué hace esto? Dice que está sufriendo, pero se comporta de un modo irracional y ya no me importa si de verdad le duele.*

*¡Qué se aguante! Se lo he gritado delante de todos. Me pongo furiosa conmigo misma por no haber podido contener las lágrimas. ¡Estoy cansada de sus escenas y quiero que terminen! Papá le ha acompañado a la puerta tratando de tranquilizarle y, cuando ha visto que era inútil, le ha dicho que no volviese a poner los pies en nuestra casa, que no era bienvenido y que no tenía nada que hacer allí. Entonces Rodrigo se ha vuelto y le ha*

*gritado que estaba advertido y que pensaba cumplir su amenaza.*

*Sebastián se ha dado cuenta de que yo estaba temblando y me ha abrazado, pero creo que mi estremecimiento ha acabado invadiéndole también a él. Hemos salido al jardín, hacía mucho frío y he tenido que envolverme en una manta. Entonces he sabido por qué mi padre estaba tan preocupado desde hacía días, Rodrigo había hablado con él amenazándole de muerte. ¡A mi padre! Sebastián se*

*enteró y ambos pensaron que, aunque las palabras de Rodrigo solo eran fruto de la desesperación, sería mejor para todos que nos alejásemos de allí un tiempo.*

*Ahora entiendo la preocupación de mi padre y el extraño comportamiento de Sebastián. He intentado tranquilizarles a todos pero sé que, hasta que subamos al avión, nada volverá a ser como antes.*

*26 de diciembre de 1982*

*Me acabo de despertar; he tenido una pesadilla muy extraña que me ha embargado de un sentimiento de pérdida tan real que no puedo desprenderme de él. Es posible que al escribirla pueda conjurar mis demonios y me deje en paz o, por el contrario, quizá la convierta con ello en un compromiso sellado. No lo sé, lo único que sé es que no puedo compartirla con nadie de esta casa.*

*Este es el sueño: Camino por un prado. Es tan verde que mancha mis pies descalzos. Estoy completamente desnuda y la brisa es suave y fresca. Encuentro una rosa en el camino, solo una. Siento su fragancia y su aroma me embriaga y me marea. ¡Es tan bella! La cojo y la acaricio. Sigo caminando y, de repente, la rosa comienza a sangrar, mancha mis manos. Todo mi cuerpo está manchado. La hierba se está tiñendo de un rojo intenso. La rosa*

*cae de mis manos y se rompe en mil pedazos, como si su cuerpo fuese de cristal. El corazón me late muy deprisa. Me quedo inmóvil. Mis pies están clavados al suelo. Una sombra se me acerca y me cubre. Todo es oscuro. Ya no noto los latidos de mi corazón, busco en mi pecho y mi mano me atraviesa. Allí, en lugar del músculo vital, no hay nada. Miro la rosa y veo mi corazón latiendo entre sus pedazos.*

*Entonces me he despertado.*

*No sé por qué he tenido este sueño tan perturbador.*

*Es tardísimo y tengo que arreglarme para salir. Por fin voy a ver mi retrato.*

Nela pasó la página y se estremeció al encontrar el papel virgen. Pasó las páginas frenéticamente, casi con desesperación. No podía ser, no podía dejarla así. Cerró el diario de golpe y lo abrazó, sintiendo que volvía a abandonarla.

Se recostó en el sillón de la biblioteca.

## IX

### La heredera

«—¿Te acuerdas de su madre? Era una mujer encantadora, tenía tanta gracia y alegría... Esta es su hija. »

(Austin, *La heredera*, 1949)

Como Marta había dicho, su casa estaba muy cerca, por lo que solo tardó diez minutos en llegar. Apareció frente a la puerta de La

Casa Grande con un niño agarrado a una pierna y otro mirando desde detrás de su brazo.

—Hola, Nela, ya estamos aquí. Mira, te presento a Gerardo, que es el mayor, y a Rafael, el pequeñín de la casa.

Nela sonrió.

—Ya veo. ¡Hola! —Alborotó el pelo al pequeño y cogió de la nariz de su hermano—. ¿Sabéis quién soy? Me llamo Nela y soy vuestra prima.

Los niños la miraron sin decir

nada.

—Aprovecha ahora que todavía eres libre, verás cuando te tengan confianza.

Marta se llevó a los niños hacia el coche mientras su sobrina cerraba la puerta. Una vez fuera, Nela echó un último vistazo a la casa y se despidió mentalmente de aquellos que la habitaron. Se llevaba retazos de sus vidas, recuerdos de cómo fueron y algo de angustia por no haber formado parte. Retrocedió por el camino de

grava por el que había llegado el día anterior y, subiendo al coche que Marta había puesto en marcha, se alejaron de allí.

La de Marta era una casita muy distinta. Pequeña y adosada a otras parecidas, con un jardín en la entrada que daba a la calle principal.

—Ya hemos llegado.

Nela salió del coche y siguió a su tía y a los pequeños que correteaban y saltaban sin parar. Entró en la casa en la que se

respiraba el olor a limpio que dejan los friegasuelos y sonrió al comprender que su tía había estado limpiando en su honor.

—¿Te apetece un café?

—A mí siempre me apetece un café.

Entró a la cocina y no pudo evitar comparaciones. Debió ser difícil para su tía acostumbrarse a vivir en otro sitio que no fuese La Casa Grande.

—A todo te acostumbras —le dijo cuando lo comentó en voz alta

— Al principio la echaba de menos, pero era más la magia que se respira allí que el hecho de que sea más o menos grande. Además, después de que se casó Gabriela, ya nunca fue igual para mí. Estábamos muy unidas.

Colocó la cafetera en el fuego y se sentó. Los niños habían salido al jardín a jugar y las habían dejado solas. Tía y sobrina buscando aquello que las unía.

—He leído el diario —dijo Nela.

Marta siguió en silencio.

—Gabriela os adoraba.

Los ojos de su tía se llenaron de lágrimas, mientras sus labios dibujaban una sonrisa de satisfacción.

—Nos queríamos mucho — afirmó—. Fue muy duro no volver a verla. Pero esa fue su decisión y nosotros la respetamos. Tampoco podíamos hacer otra cosa. Siempre fue muy tozuda y de nada servía discutir con ella.

—¿Por qué se casó con mi

padre?

Marta encogió los hombros.

—Nunca lo entendimos. Fue una decisión extraña y precipitada. El vestido que se puso el día de su boda era para casarse con otra persona.

—Sebastián —dijo Nela, y Marta asintió.

—De él sí estaba enamorada. Era un artista, romántico, dulce y guapísimo. Tenía una personalidad muy especial. La escuchaba, la hacía reír. Nunca se cansaban de

estar juntos. Cualquier mujer se hubiese enamorado de un hombre así.

—¿Qué ocurrió?

—Algo terrible.

Los niños irrumpieron en la cocina gritando.

—Mamá, mamá, Gerardo me quiere pegar. —El pequeño huía de su hermano.

—¡Me ha roto un coche! ¡Lo ha pisado con la carretilla!

—¡Haya paz! —dijo la madre, cogiendo el coche en miniatura de

las manos del pequeño—. Mira, Gerardo, no está roto. Estos cochecitos son muy resistentes. Rafael, pide disculpas a tu hermano, que menudo susto le has dado.

—Perdón —dijo sin convicción.

—Mamaaaa, no me lo pide bien.

—Rafael.

—Perdón, Gerardo, tendré más cuidado. —El pequeño salió corriendo hacia el jardín seguido

por su hermano mayor.

—Son tremendos. Hay que tener una paciencia... Por cierto, ¿tú tienes niños?

—No. Por no tener, no tengo ni pareja. Solo tengo mi casa y mi trabajo.

—Y a tu padre —añadió Marta.

Nela hizo un gesto lo suficientemente elocuente como para que su tía entendiese.

—Por lo visto nadie tendrá nunca buena relación con Rodrigo

—dijo Marta—. No sé cómo será ahora, pero entonces era una persona muy desagradable y obsesiva. Cogió fijación con mi hermana y no había forma de que la dejase en paz. Cuando empezaron a salir, Gabriela tenía dieciocho años y él treinta, pero eso no fue obstáculo para que se enamorase perdidamente de ella. Gabriela, en cambio, no creo que le quisiera jamás. Perdóname que sea tan cruda.

—No te preocupes, eso

también pude verlo yo. Aunque tenía un extraño ascendente sobre ella. —Nela tomó un sorbo de café—. Ibas a contarme algo.

—Sí. Ocurrió en diciembre, el día después de Navidad.

—El último día que Gabriela escribió en su diario.

Marta miró a Nela pensando en lo que había dicho y después asintió como si recordase.

—Claro, entiendo. No puedo darte muchos detalles porque no los tengo, solo te explicaré lo que sé.

Sebastián y Gabriela fueron a los acantilados. Era su lugar favorito, su rincón especial, ya me entiendes. —Nela asintió—. Allí pintó su retrato. Yo fui a verle trabajar algunas veces. El lugar era ideal para conseguir inspiración, pero muy peligroso, como muchos de los que hay por aquí. Aquel día se acercó demasiado al borde y resbaló.

Nela abrió la boca, pero no fue capaz de decir nada.

—Mi hermana llegó a casa

presa de un ataque de nervios. Cuando la Guardia Civil consiguió rescatar el cadáver, estaba destrozado. Su madre, que fue quien lo identificó, no se recuperó jamás de aquello. La pobre mujer murió ese mismo año. Gabriela estuvo diez días en cama, sin levantarse, sin comer... Estábamos aterrados pensando que ella también moriría. —Llenó de nuevo las tazas—. Extrañamente, Rodrigo venía a visitarla a diario. El primer día intentamos impedirle que se

acercase a ella, pero no hubo forma humana de conseguirlo. Lo extraordinario fue que Gabriela nos dijo que le dejásemos. Pasaba horas sentado a su lado sin que ella dijese ni una palabra. Nos sorprendió su actitud tan generosa y solidaria para con ella y su dolor, pero aún más sorprendente fue que mi hermana lo aceptase. Aquellos días se transformó en un hombre distinto. Era atento, agradable. Nos consoló a todos del terrible golpe. Cuidaba de Gabriela, intentaba que

comiese, le leía el periódico o alguna revista de las que a ella le gustaba leer. A mí me provocaba emociones contradictorias, por un lado su comportamiento era irreprochable. Actuaba como un hombre enamorado, con generosidad y comprensión. Pero, por otro, no podía olvidar todas las otras veces. Su visita el día de Navidad. Se había comportando de un modo tan despreciable que no me creía a aquel nuevo Rodrigo.

Nela bebió otro sorbo de café

intentando huir de la mirada de su tía.

—Y diez días después de la tragedia mi hermana se levantó de la cama, se duchó, se arregló y bajó a comer. Se sentó a la mesa y sin previo aviso nos anunció que iba a casarse con Rodrigo y que se marcharían a vivir a Barcelona. Mis padres pensaron que estaba delirando por inanición. Pero hablaba en serio. Se casaron en la ermita, ante la impotencia y la incredulidad de los que la

queríamos.

—¿Por qué haría algo así?

—Quedó trastornada. Es la única explicación que se me ocurre. La noche antes de la boda vino a buscarme a mi habitación y me dijo que tenía que ayudarla. Después de la ceremonia y antes de marcharse, quería hacer una cosa en el desván y me hizo prometer que entretendría a Rodrigo hasta que ella volviese. No conseguí que me dijese qué era esa cosa tan misteriosa que quería hacer, pero se lo prometí. Entonces

me dio el retrato que Sebastián le había hecho y me dijo que lo guardase. —Marta se levantó de la silla y salió de la cocina dejando a Nela con un revoltijo de pensamientos y emociones.

Había deseado ver ese cuadro desde el momento en que empezó a leer el diario de su madre, y ahora que lo tenía en sus manos sentía una turbación inexplicable. Era una imagen muy hermosa y los ojos de Gabriela miraban al artista con una mirada desconocida para ella.

—¿Puedo quedármelo?

—Por supuesto, es tuyo junto con el diario. Gabriela así lo querría. Espero que ahora te sea más fácil saber quién fue tu madre, qué clase de mujer era, porque me da a mí la sensación de que no tuvisteis una relación muy profunda.

Marta volvió a sentarse y rellenó las tazas con el café aún caliente.

—Te aseguro que los días que siguieron al accidente fueron un suplicio para todos —continuó—.

Nosotros queríamos mucho a Sebastián. Mi padre estaba destrozado, se pasaba las horas en la biblioteca sentado en su sillón de lectura sin hacer nada. Mi madre no dejaba de llorar. Y mi hermana, que era la alegría personificada... — Marta se enjugó las lágrimas—. Los primeros días pedía constantemente que él viniese a buscarla, lo suplicaba una y otra vez mirando al vacío. Y, de repente, enmudeció y no volvió a decir una palabra hasta aquel nefasto día en que nos

anunció su boda.

Nela trató de hacerse una idea de lo que debieron ser aquellos momentos, y no le resultó muy difícil imaginarse a la nueva Gabriela, tan parecida a la que ella había conocido hasta su muerte.

—Mi padre cumplió su amenaza —dijo de pronto.

Marta frunció el ceño sin comprender.

—Estoy segura de que disfrutó mucho al privaros de volver a ver a Gabriela.

—Te equivocas, no fue él. Mi hermana nos reunió la noche antes de la boda para despedirse. Nos dijo que quería olvidar, empezar una nueva vida e intentar ser feliz, y que con nosotros sería imposible. Nos besó, nos abrazó. Las lágrimas la desbordaban. Evidentemente, ella sufría, pero nosotros también. Mis padres se quedaron destrozados. Recuerdo que Gabriela se abrazó a mi padre y los sollozos estremecían a ambos. Nunca había visto llorar a mi padre.

Intentó convencerla, diciéndole que era cuestión de tiempo, que la herida cicatrizaría y que, aunque le dejaría una marca imborrable, la vida haría su trabajo y le ayudaría a superarlo. Con la gente que te quiere es siempre más fácil, ¿no?

Nela no supo qué contestar. Una parte de ella comprendía a su madre. Allí, en aquella casa donde había sido tan feliz, rodeada de los lugares y los momentos que había compartido con Sebastián. Cada fragancia, cada roca, cada árbol,

invocando constantemente a su dolor. Miró a su tía y comprendió que Gabriela vería lo mismo que ella estaba viendo ahora: lástima. Y no hay nada más destructivo que la lástima de las personas a las que amas. Su madre hizo lo único que se le ocurrió hacer: huir, igual que huyó años más tarde cuando se lanzó al vacío.

—Tía Marta. —Nela cogió las manos de su tía y la miró sonriendo—. Quiero que sepas que me alegro de que me llamas.

Conocer la vida de mi madre y la de mis abuelos es el mejor regalo que he recibido nunca. Pero, sobre todo, descubrir que te tengo a ti... Desde que murió mi abuela, no ha habido vínculos familiares para mí.

—Si tú supieras la alegría que sentí al saber que mi hermana había tenido una hija. Y cuando te vi, fue como recuperarla un poco, después de tantos años sin saber nada de ella.

Nela sintió el flash de una cámara dándole de lleno en los

ojos. Vio ante sí la última página del diario de su madre: 25 de diciembre de 1982. Sintió que todo le daba vueltas.

—¿Qué tienes? ¿Qué te ocurre? —Marta cogió un cartón que había junto al fregadero y la abanicó con él. Nela esperaba que la habitación dejase de dar vueltas.

—Dame un poco de agua, tía. Enseguida se me pasará.

Marta fue a la nevera, sacó una jarra de agua fresca y ayudó a Nela a sujetar el vaso mientras

bebía.

—¿Te encuentras mejor? —le acarició el pelo.

Nela asintió.

—Ese fue el motivo, tía, ese fue el motivo. —La mujer no entendía a qué se refería su sobrina—. Yo nací el 10 de agosto de 1983. ¿Te salen las cuentas?

Marta no hizo ningún gesto y Nela frunció el ceño, extrañada.

—¿Sabes lo que quiero decir? —dijo sin comprender la reacción de su tía.

—Sí.

Marta volvió a sentarse frente a su sobrina cogiéndole la mano.

—Mi hermana estaba embarazada, me lo contó mi madre después de la boda, cuando ya se había marchado.

Nela abrió los ojos hasta que casi se le salieron de las cuencas.

—¿Lo hizo para protegerse de las habladurías? ¿Se casó por vergüenza?

—Supongo que Gabriela pensó que dándote un padre te daba

un futuro mejor.

Nela se puso de pie y comenzó a dar vueltas por la cocina como alma en pena.

—Tienes que entender que después de lo de Sebastián mi hermana estaba en un estado lamentable. Su mente no funcionaba con normalidad, pensaría todo tipo de cosas incompresibles. Además, Rodrigo se comportaba como otra persona.

—Ella sabía que podía confiar en vosotros, no tenía nada

que temer.

—No se me ocurre qué pensamientos pudieron lanzarla a los brazos de un hombre al que detestaba. —Marta negó con la cabeza—. Creí que encontrarías la respuesta en su diario y aclararías mis dudas, pero veo que estamos como antes.

—Lo último que escribió fue antes del accidente.

Quedaron un largo rato calladas. Ambas tenían que asimilar todo lo que habían hablado. Cada

una, según su forma de ver las cosas, estaba descubriendo un pasado que no era el que había vivido.

—Encantado de conocerte. No te doy la mano porque las tengo muy sucias.

Mateo era un hombre muy corpulento y la primera impresión que recibió Nela de él fue agradable. Los niños se habían tirado sobre su padre nada más

verle y es muy difícil engañar a los niños en cuestión de afectos.

—Has sido todo un descubrimiento —dijo el marinero —, y por lo que veo te has ganado a los monstruos de la familia. — Señalaba a sus hijos, que correteaban alrededor de Nela, pegándole en el culo y haciéndole cosquillas para que los persiguiese.

—Me alegro de que me hayáis encontrado, para mí ha sido una agradable noticia —dijo esto al tiempo que capturaba a uno de los

pequeños y le acribillaba a cosquillas. Cuando el otro fue a rescatarle buscando la misma suerte.

—¿Has podido arreglar la barca? —Marta besó a su marido.

—Me ha dado faena, la maldita. Voy a lavarme.

Nela pasó un día estupendo con su recién encontrada familia. La verdad es que le costó coger su bolsa y despedirse. Su tía insistió en que se quedase un par de días más, no habían tenido tiempo de

hablar de muchas cosas y quería continuar la charla, pero Nela debía volver al trabajo y si se quedaba allí eso sería lo último que haría. De lo que sí hablaron fue de la herencia. Marta le enseñó el testamento de sus padres: dejaban todo a sus dos hijas, y en caso de que estas hubiesen fallecido, a sus nietos. Así Nela descubrió que era copropietaria de La Casa Grande y de una pequeña, pero nada despreciable, suma de dinero. Ese dinero no era suficiente para poder

mantener una casa como aquella y su tía Marta no podía hacerse cargo de los gastos que le ocasionaría vivir allí. Mateo era pescador y ese era un oficio inseguro. No vivían mal, pero no disfrutaban de una vida de lujos. Por eso habían decidido venderla. Nela, que ahora tenía tanto que decir como ellos, les pidió que la dejaran pensarlo unos días antes de darles su respuesta. Le pedían que renunciase a algo que acababa de encontrar.

Las dos mujeres se

envolvieron en un abrazo que había sido pospuesto durante muchos años y Nela subió al taxi. Su corazón estaba muy triste, pensaba en lo diferente que hubiese sido todo para ella si Sebastián hubiese pintado a su madre en el jardín de La Casa Grande, en lugar de escoger los acantilados para realizar la que sería su última obra.

—Rodrigo es el único que puede responder a todo eso, aunque

me reviente decirlo. —Jaime había oído toda la historia que Nela les había contado después de la cena en casa de sus padres —. Aun así yo intentaré averiguar algo del suceso, supongo que saldría en la prensa.

—¿Lo harás? —Nela habría ido de rodillas a Montserrat si de ese modo no tuviese que hablar con Rodrigo de todo aquello.

—No te hagas ilusiones, Nela. —Guillermo fue la voz de la serenidad—. Es muy posible que no encuentre nada.

Nela sabía que tenía razón, pero era inevitable hacérselas. La curiosidad es un sentimiento muy difícil de controlar.

—¿Entonces tú crees que Sebastián era tu padre? —Teresa dejó el plato del postre en la mesa de centro.

—Sí, estoy casi segura.

—Pero entonces, hay una cosa que no entiendo. —Todos miraron a Teresa, sorprendidos ante tal afirmación. No era nada normal que la pequeña de la casa no entendiese

algo—. No me miréis con esa cara, que aún no he dicho lo que no entiendo, jolín. Nela, se supone que tu madre se enamoró del pintor y que era correspondida, ¿no?

Nela asintió.

—Bien. Vivieron una apasionada historia de amor, que se vio truncada por la tragedia. Tu madre, sabiendo que está embarazada del hombre al que amaba y que ha muerto, decide casarse con un hombre al que desprecia.

—¿Se puede saber qué es lo que no has entendido, Teresa? —se impacientó Alejandro—. Eso es exactamente lo que ha explicado Nela.

—La paciencia es la madre de la ciencia —dijo la joven sacándole la lengua a su hermano—. Continúa, ¿eso lo hace porque quiere proteger a su hija o porque quiere protegerse ella?

—¿Eso es lo que no entiendes? —preguntó Nela, que ni siquiera había tocado la tarta—.

Porque si es eso no puedo responderte, como comprenderás no tengo ni idea.

—Esa era una pregunta al aire. Lo que no entiendo es que si eres la hija del hombre al que amaba...

Se detuvo, de repente no sabía cómo continuar.

—Lo que no entiendes es por qué no me quiso. —Nela comprendió lo que quería decir—. Yo también me lo he preguntado.

—Claro que te quería. ¡Era tu

madre! —exclamó Laura mirando a su hija con reprobación.

—Laura, era mi madre, pero nunca demostró hacia mí el menor afecto y tú lo sabes mejor que nadie. Ahora sé por qué estaba tan vacía, pero eso no explica que no me quisiera.

—Quizá ya no podía querer a nadie. —Alejandro pensó en Gabriela y se dio cuenta de que todo lo que Nela había descubierto reescribía sus recuerdos.

—A mi hermano sí le quería

—dijo Nela mirándole.

—¿Estás segura? ¿Por qué?

—el tono de Alejandro era duro, como casi siempre que hablaban—.

¿Porque le sobreprotegía? Eso no era amor, era miedo.

—No sé, quizá tenía algún tipo de presentimiento. —Nela se pasó las manos por la frente como si quisiera borrar algo de allí.

—Quizá el problema es que tú deseabas demasiado ser querida.

—Lo dices como si eso fuese algo malo.

—No, por supuesto que no es malo, pero te hace vulnerable.

—¿Quieres decir que un niño debe protegerse de sus padres?

—Depende de cómo sean sus padres. —Alejandro la miraba fijamente y Nela le sostuvo la mirada.

—¿Queréis parar? —Jaime le dio un golpe en el brazo a su hermano.

—No creo que Nela necesite que la protejas de mí. —Alejandro miró con severidad a su hermano

pequeño.

—No seas tan borde —  
insistió Jaime.

—Vale, no os peleéis  
vosotros ahora —intervino Laura.

—Estoy muy cansada, si no os  
importa me iré a dormir —dijo  
Nela poniéndose de pie.

—Nela, perdona si te he  
molestado —dijo Alejandro, y  
levantándose le hizo un gesto de  
disculpa.

Nela negó con la cabeza y no  
dijo nada.

—Te acompaño. —Jaime  
subió con ella.

—¿Te parece que eso es lo  
que ella necesita? —Laura estaba  
irritada.

—Sí, eso es exactamente lo  
que me parecía. La tratáis como si  
fuese una enferma. O peor aún,  
como si todavía fuese una niña.

—Necesita que la consuelen.

—De eso nada, lo que  
necesita es un poco de realidad,

para variar. —Cogió su chaqueta visiblemente enfadado—. Me voy a mi casa, que mañana tengo que madrugar. Teresa, ¿quieres que te lleve?

—Sí, claro.

—Alejandro, no te enfades. Tienes que dejar de ser tan visceral con Nela, hijo.

Dio un beso a su madre y otro a su padre, que observaba la escena sin decir nada.

—No me enfado, mamá, no seas tonta. Anda, acompáñanos a la

puerta.

—Vamos, cuéntame lo que falta.

Nela acercó la silla que había junto a una cajonera y se sentó junto a su amigo.

—Mi madre tenía visiones o sueños, como quieras llamarlo. Como yo.

—¿Y? ¿Qué tiene eso de raro? Ese tipo de cosas se heredan, ¿no? Como las manchas o las

manías.

—No te burles —dijo ella dándole un suave golpe en el brazo—. Lo que quiero decir es que quizá mi madre soñó lo que le iba a ocurrir a mi hermano.

—Todo es posible.

—Eso explicaría su angustiosa sobreprotección hacia él.

Jaime se quedó callado mirándola.

—Está bien —dijo ella—, eso no explica su falta de cariño

hacia mí.

—A parte de a Rodri, tu madre no demostraba querer a nadie.

Nela hizo un gesto de impotencia. Necesitaba ayuda y Jaime no la estaba ayudando.

—Está bien, según lo que has contado, tu madre sufrió mucho; la persona que amaba murió trágicamente, pero tarde o temprano eso se supera. ¿Cuántas personas pierden a alguien querido en un accidente de coche? Eso es igual de

trágico que caerse por un precipicio e igual de impactante. Sin embargo, esas personas quieren a sus hijos y demuestran sus sentimientos. Eso no tenía nada que ver con el accidente, era su carácter.

—Lo sé, yo también le he dado vueltas a eso, pero si leyeras su diario entenderías lo que me pasa. Aquello lo escribió una Gabriela alegre, emotiva y sensible, que sentía un enorme cariño por sus padres y su hermana, que no escondía sus sentimientos por

Sebastián.

Los ojos de Nela se llenaron de lágrimas. Jaime se acercó y, poniéndose en cuclillas delante de ella, hizo que le mirara.

—Nela, llora si quieres y si quieres grita también, pero eso no hará que nada cambie. Tuviste la madre que tuviste. Da igual cómo fue de niña o de adolescente. Todos tenemos marcas que nos hacen ser como somos. No has de ver a la Gabriela del diario como a la madre que te hubiera gustado tener.

Eso solo te causará dolor porque ni aquella Gabriela, ni la que fue tu madre, existen ya. No todos recibimos los golpes igual, no todos sentimos igual. Quizá ella pensó algo o sintió algo en aquellos momentos que la trastornó para siempre. O quizá el hecho de casarse con un hombre al que no amaba mantuvo siempre vivo el recuerdo de aquel suceso. No podemos saberlo, pero es que tampoco importa, Nela.

—Sí que importa, a mí me

importa. Yo necesito saber, quiero entender por qué mi madre era así. Por qué no me quiso si yo era hija de Sebastián. ¡Necesito saber!

Nela rompió en sollozos. La tensión de los últimos meses empezaba a hacer mella en su ánimo y los últimos descubrimientos habían acabado con su resistencia.

—Llora todo lo que quieras, prometo no contárselo a nadie — dijo Jaime, después de un rato, tratando de hacerla sonreír.

—¿Ni siquiera a tu hermano?

—dijo ella sorbiendo por la nariz.

—A él menos que a nadie.

Sería capaz de darme un sermón de una hora, abreviando.

Laura oyó los sollozos de Nela al pasar delante de la puerta y tuvo que contener el impulso de entrar. Siguió hasta su habitación y se sentó frente al tocador para desmaquillarse como hacía todos los días antes de ponerse el camisón. Cuando se vio en el

espejo se acordó de Gabriela, que no podía salir ni al portal si no iba bien arreglada. Dos dedos de maquillaje, rimel, perfilador de ojos, perfilador de labios, pintalabios, colorete, antiojeras y medio bote de laca. Una auténtica máscara para ocultar la realidad que vivía a diario.

Guillermo estaba sentado en la cama, leyendo. Laura se volvió hacia él.

—Quizá debería hablar con ella —dijo llamando la atención de

su marido.

Él dejó el libro a un lado y colocó las manos sobre su regazo.

—¿Y qué le dirías?

—Lo que sé.

Guillermo negó con la cabeza.

—No creo que sea buena idea.

Laura se levantó y fue a sentarse en la cama para tener los ojos de su marido lo suficientemente cerca.

—Es cruel que siga deseando el amor de su madre muerta —dijo

irritada.

—Es inevitable —sentenció  
Guillermo.

—Gabriela sufrió mucho a  
manos de ese monstruo, pero eso no  
justificaba lo que hizo. Las cosas  
que me dijo...

Guillermo se incorporó y la  
cogió de las manos. Laura estaba  
recordando el suceso que rompió su  
relación con Gabriela. Nunca  
hablaba de ello, pero no era porque  
lo hubiese olvidado.

—*No puedes seguir así* —

*Laura daba vueltas al azúcar del café sin dejar de mirar a su amiga —. Tienes que denunciarle. Yo te acompañaré. Te ayudaremos en todo...*

*Gabriela le obsequió una mirada cínica, casi perversa.*

*—¿Qué me ayudaréis? —  
Soltó una carcajada—. Tú no lo entiendes, Laura. Es el diablo. Nadie puede ayudarme.*

*—No digas eso, Gabi. Tienes que hacerlo. Por tu hija...*

*—¿Mi hija? —La mirada de*

*Gabriela se oscureció. Se dejó caer en la silla como un fardo—. Mi hija...*

*Laura extendió una mano y cogió la de su amiga.*

*—¿Qué pasará si un día le pega? ¡Mírate! ¿Quieres que ella pase por eso?*

*Gabriela miró a su vecina como si no la viese, como si estuviese muy lejos de allí, en otro lugar.*

*—Todo lo hice por ella. Esto es por ella —susurró—. Si ella no*

*hubiese existido...*

*Laura negó con la cabeza.*

*—No digas eso. Es tu hija.*

*La mirada de Gabriela volvió a ella y sus ojos miraban desde la más completa negrura. Laura soltó su mano sin darse cuenta y se reclinó en la silla.*

*—Él es el demonio y se metió dentro de mí —dijo sollozando. De repente empezó a golpearse el vientre y a gritar—. ¡Ella lo trajo a mí! ¡Lo trajo a mí para castigarme por lo que hice!*

Guillermo apretó la mano de su mujer para que apartase aquellos recuerdos.

—Estaba loca, Guillermo, completamente loca.

—Lo sé —respondió su marido.

—Intenté ayudarla muchas veces —dijo limpiándose las lágrimas—. Pero, a veces, aún me siento culpable por haberme alejado de ellas. Por irnos de allí.

—Estaba afectando a nuestras vidas y no se dejaba ayudar. Si no

nos hubiésemos ido habríamos acabado muy mal.

Laura sabía a qué se refería su marido. Las broncas entre Guillermo y Rodrigo llegaron a momentos de elevada violencia. Y Gabriela siempre acababa saliendo en defensa de Rodrigo, insultando a quien intentaba defenderla. Laura se estremeció al recordar el día en que Gabriela amenazó a Guillermo señalándole con el dedo: *Si llamas a la policía les diré que me persigues, que has intentado*

*forzarme. Te destrozaré la vida.*

Laura se tumbó en la cama y se acurrucó entre los brazos de su marido. Lo peor llegaría después. Al poco de que ellos se marcharan del edificio, Gabriela saltó por la ventana de su cuarto y dejó a Nela sola con aquel monstruo. Al principio todo parecía normal, Guillermo y ella estaban muy atentos a cualquier marca en la niña y no hubo ninguna. Nunca fue una niña alegre, la falta de cariño de sus padres y la muerte de su

hermano habían creado una marca indeleble en su personalidad. Aun así, Laura percibió un cambio en la pequeña. Algo oscuro, pero intangible. La primera vez que tuvo constancia de los malos tratos fue un día que trató de hacerle una trenza igual que la que llevaba Teresa. La niña no emitió ni una sola queja, pero su cuerpo se estremecía cada vez que le pasaba el cepillo por el pelo. Por más que trató de que Nela se sincerase, no consiguió ni una mínima acusación.

Nada. La niña negaba cualquier mala acción de su padre, como antes lo había hecho Gabriela.

La única vez que le vieron una marca de las manos de aquel ser despreciable, Guillermo se presentó en casa de Rodrigo y le dio la mayor paliza de su vida. Laura tembló al recordarlo. Rodrigo lloró como un niño, pidiendo perdón y juró que jamás volvería a ponerle la mano encima a su pequeña. Nela les suplicó que se marcharan, que no le

denunciasen. La niña lloraba con tal desesperación que Guillermo se sintió como un monstruo por causarle más sufrimiento.

Laura levantó la mirada para ver el rostro de su esposo y le sonrió con tristeza pensando que no había un hombre mejor en el mundo. Volvió a colocar la cabeza sobre su pecho. Según Nela, Rodrigo no volvió a tocarla nunca. Pero Laura no había podido quitarse aquel regusto amargo, aquel sentimiento de culpa por no arrancarla de sus

garras. Aún, hoy día, tantos años después, seguía sintiéndose culpable.

## X

### Un corazón en peligro

«—Paz, eso es lo que busco,  
quiero paz y un corazón  
feliz... »

(Ernie, *Un corazón en  
peligro*, 1944)

A la mañana siguiente, Nela aprovechó para pedir consejo a Guillermo sobre la casa de Galicia.

—Por lo que dices —dejó la

taza de café sobre su plato—, es una casa muy grande, aunque no sabemos de cuántos metros hablamos. Está en una zona muy tranquila, alejada del núcleo principal y cerca de los acantilados. Tampoco sabes de cuánto terreno dispone.

—No te doy muchos datos, ya lo sé.

—Habría que hacer un estudio a fondo. Hablando por hablar, es evidente que la idea de quedártela entraña complicaciones

importantes: no vives en A Coruña y necesita mantenimiento, lo que resultará caro. Además, es demasiado grande para ti sola. Otra posibilidad sería acondicionarla para convertirla en un hotel. Por lo que explicas el lugar es ideal, pero eso implica que deberás dedicarte a ese negocio e invertir una gran cantidad de dinero en él. La última opción que se me ocurre, y creo que la más viable, es alquilarla o venderla, aunque tampoco eso te resultará fácil.

—Yo no quisiera venderla. Lo de vivir en Galicia me lo he planteado. Mi trabajo lo haría factible. Tendría que viajar a Barcelona periódicamente, pero no sería un problema.

Vio la cara de Jaime y sonrió.

—Podrías venir de vacaciones, incluso podrías quedarte. En Galicia también hay periódicos. —Jaime sonrió.

—Oye, oye, no corras tanto, lianta. —dijo Laura—. ¿Qué se os ha perdido a vosotros en Galicia?

—Pues, al parecer, muchas cosas —sonrió Nela.

—No olvides que supondrá un gasto muy elevado —insistió Guillermo—. No podrías asumirlo.

—¿Y si utilizase solo una parte de la casa para vivir?

—Mira, primero tendrías que comprarle la otra parte a tu tía, y te aseguro que serían muchos miles de euros. Después tendrías que pagar luz, agua y gas. La calefacción debería revisarse para evitar pérdidas de calor en las zonas no

habitadas, que al final supondría un gasto de dinero inútil. Tendrías que mantener el contrato de seguridad, porque una casa así ha de estar vigilada. —Guillermo se sirvió más café, nada convencido con el proyecto—. Mucha gente ve las casas que aparecen en las series de televisión o en las películas americanas y piensan «si me tocara la lotería me compraría una casa como esa, aunque gastase todo mi dinero en ello». No se dan cuenta de que una casa grande es muy cara

de mantener y que después no podrán vivir en ella el día a día.

—A lo mejor no es tan grande como yo pienso. Quizá es la primera impresión. Si quieres puedo pedir a mi tía que me envíe los planos, seguro que los debe tener en algún sitio.

—Será mejor que me ponga en contacto con un colega que vive en Vigo para que él se encargue del estudio arquitectónico «in situ», además de pasar por el Registro de la Propiedad y hacer todos los

trámites necesarios para que os la  
tasen. Es un buen amigo y no tendrá  
ningún problema en hacerlo. Si de  
verdad es eso lo que quieres.

—Te lo agradecería.

Cuando acabó con el polvo de  
los muebles estaba cansada y  
sudorosa, pero aún le quedaba por  
limpiar el lavabo y fregar los  
suelos. Hizo una parada para  
prepararse un café y se sentó en la  
terraza a tomarlo. Casi se atraganta

al ver aparecer el rostro de Nico a través de la reja de la puerta.

—Siento molestarla, señorita.

¿Necesita una enciclopedia?

—Nadie vende ya enciclopedias a domicilio, estás anticuado.

—¿Hay algo que pueda ofrecerte que sea más tentador que una enciclopedia para que me abras la puerta?

—Se me ocurren unas cuantas cosas. —Nela se acercó sonriendo y abrió.

—He venido a buscarte.

—¿A buscarme?

—Estuve aquí ayer.

—He dormido en casa de Jaime —dijo ella entrando en la casa y haciéndole un gesto para que se sentara en el sofá.

—Ya veo. Intentaré obviar todas las cosas que se me vienen a la mente...

—¿Para qué me buscabas? —  
Se sentó en una silla frente a él.

—Quiero enseñarte algo.

—Humm. —Nela terminó su

café—. ¿Quieres una taza?

—No, quiero que me acompañes.

—¿Ahora?

—Ahora.

—¿Adónde?

—Es una sorpresa.

—No me gustan las sorpresas.

—Te daré una pista: llevo varios días sin dormir.

Nela pareció no comprender.

—He estado pintando. Mucho.

Nela abrió la boca para exclamar algo, pero se contuvo y

volvió a cerrarla.

—¿Quieres que vaya a tu estudio? —preguntó y Nico asintió con la cabeza.

Se quedó unos segundos pensativa y finalmente se decidió.

—Si puedes esperar diez minutos, me ducho y nos vamos.

—Por supuesto.

—¿Quieres tomar algo?

—Cogeré una cerveza, si no te importa.

—¿En moto? —Nela miró

aterrada el vehículo estacionado en su puerta.

—¿No has subido nunca en moto? —Nela negó con la cabeza—. No debes tener miedo, soy un buen conductor y no haré locuras. Lo único que has de hacer es agarrarte bien y seguirme en las curvas.

—¿Seguirte en las curvas? —Nela intentaba colocarse el casco que Nico había llevado para ella, sin arrancarse los pelos de la cabeza.

—Sí, asusta un poco la primera vez. Tendrás la sensación de que nos vamos a caer. No debes intentar corregir la inclinación. Tú solo déjate llevar.

Nela pensó que quizá no era tan buena idea acompañarle.

—Tengo mi coche aquí mismo. ¿Qué tal si cambiamos de transporte?

Nico se subió a la moto y la puso en marcha. Era una moto muy potente y su sonido no hacía más que corroborarlo. Nela se

estremeció de temor, pero montó tras él.

—Te he dicho que te agarres bien, pero si me rompes una costilla es posible que tengamos un accidente.

Se puso colorada bajo el casco y aflojó un poco la presión, aunque no mucho. Poco a poco se relajó y comenzó a disfrutar del viaje. Era una sensación agradable deslizarse sobre el asfalto, sentir que formas parte del vehículo; más que sentirse «llevada» se sentía

«llevando». Las manos de Nico agarraban el manillar controlando aquel monstruo que corría sobre la carretera, inclinándose vertiginosamente a uno y otro lado. Los brazos del pintor se tensaban y relajaban con el cambio de peso, las piernas marcaban la musculatura abrazando el cuerpo de metal. Nela sintió una irresistible excitación y sus manos se movieron levemente por el pecho de Nico en un imperceptible, pero inequívoco gesto que no pasó desapercibido

para el pintor. Entraron en Barcelona por la Diagonal y enseguida se metieron por una calle lateral. Nico paró ante la puerta de un aparcamiento, por lo que Nela dedujo que habían llegado. Una vez dentro y con la moto ya en su plaza, bajaron y se quitaron los cascos. Nico la miró de una forma extraña, como interrogándola con la mirada, y Nela sonrió con cierta timidez.

—No dejes el casco, lo subiremos a casa. —La cogió de la mano y la guió hasta los ascensores.

Una vez dentro del ascensor apretó el botón del ático y se puso delante de ella con las manos apoyadas una a cada lado de su cuerpo. Nela respiraba con dificultad y pensó que los latidos de su corazón podrían oírse desde la calle.

—Después tenemos que hablar de esto que nos pasa. —dijo él con voz profunda—. ¿No te parece?

No pudo articular palabra, sentirlo tan cerca, notar su aliento

en la cara fue demasiado para ella. Le besó, apenas fue consciente del movimiento de su boca al dirigirse directa hacia su oponente. El ascensor se detuvo y Nico se apartó para salir. Si le había sorprendido su reacción no lo demostró.

En el rellano había dos puertas. El pintor se dirigió a la primera y abrió con la llave que sacó del bolsillo de su cazadora. Nela sintió un estremecimiento al entrar en el apartamento.

—¡Oh! —fue la única cosa

que pudo decir.

Nico cerró tras ella y se quedó apoyado en la puerta, observándola. El suelo de la entrada era de losas blancas y negras, como un tablero de ajedrez, y era casi tan grande como la superficie de toda su casa. En las paredes de techos altos, cuatro grandes nichos con arcada estaban habitados por figuras que imitaban a las Cariátides griegas. Alternadas con las estatuas había cuatro puertas. A la izquierda, la cocina y

después una biblioteca; a la derecha, el dormitorio y el estudio. Delante, dos enormes columnas jónicas daban paso al salón.

—¿Puedo? —Nela pidió permiso para moverse.

—Adelante, como si estuvieras en tu casa.

Primero entró en la grandiosa cocina, digna de un restaurante. Amueblada en estilo clásico, los electrodomésticos imitaban los años 40-50. Nico la seguía, murmurando cosas como «apenas la

uso», «no sé para qué necesita un hombre como yo una cocina tan grande» y otras fingidas disculpas por tener un palacio como ese. El siguiente espectáculo se daba en la biblioteca y allí Nela tuvo que hacer esfuerzos para no atragantarse con su propia saliva. Aquella habitación no tenía paredes libres, estaban completamente cubiertas de estanterías que llegaban al techo. Más o menos a la mitad, había una repisa de madera de la que sobresalía un voladizo de medio

metro capaz de sostener el peso de varias personas, según le dijo Nico, y a la que se accedía por medio de unas escalerillas laterales.

Nela se acercó y miró los títulos de los libros, igual que había hecho en La Casa Grande, y pensó que sería magnífico poder disponer de tantos ratos de lectura como libros había en aquella habitación.

—Debes tener un buen equipo de limpieza. Yo me agobio cuando me toca limpiar el polvo a los libros. —Hizo un gesto abarcando

toda la biblioteca—. Aquí es como para querer perder el empleo.

Nela se saltó el estudio, que prefirió dejar para el final, y entró en el dormitorio. El suelo era de parquet de roble y contrastaba con los demás elementos de materiales fríos: la cama tenía un cabezal de forja trenzada y la única mesilla, situada en el lado izquierdo, era una repisa sujeta por dos brazos de acero. Un enorme cuadro sobre la cama con la imagen de una pareja revolcándose por la arena de la

playa. Nela miró a Nico interrogante.

—No es mío —contestó él—, es de un pintor que está empezando. Unos donan sangre y otros compramos cuadros a novatos.

—No, si me gusta —dijo Nela.

A los pies de la cama, un antiguo baúl y, en la esquina izquierda de la habitación, un juego de vasijas de mimbre, en diferentes tamaños. En la pared de la derecha, cuatro puertas japonesas ocultaban

un vestidor. Nela, que a esas alturas estaba ya impresionada por la decoración y originalidad del apartamento, se enfrentó al baño con la mayor naturalidad. Cabina de hidromasaje y jacuzzi incluidos.

—¿Lo has diseñado todo tú?

—su tono no pudo disimular su escepticismo.

—Contraté una empresa de interiorismo, les di unas instrucciones mínimas: la entrada, el tipo de materiales y ellos hicieron su trabajo; bien, en

general. Me alegro de que te guste. En realidad son dos apartamentos. La otra puerta pertenece también a este, la tapiamos y no se aprecia desde el interior. Es más fácil controlar una sola entrada —aclaró.

Ella se dirigió hacia el estudio, emocionada al saber que iba a contemplar la obra inédita de Nicolás Reverter. Nico la detuvo antes de entrar, la sujetó por los hombros y, muy solemnemente, la miró a los ojos.

—Quiero sinceridad, nada de

peloteo. Dime todo lo que te provoquen mis cuadros, si es que te provocan algo.

Nela se estremeció ante la importancia que el pintor parecía dar a su opinión.

—He pensado mucho en ti todo este tiempo. No pienses que he dejado entrar en mi estudio a mucha gente —aclaró visiblemente nervioso.

El olor a pintura y disolvente invadía la estancia por completo. Un montón de cuadros, diseminados

por la habitación, confirmaban lo mucho que Nico había trabajado. La improvisada crítica comenzó a mirarlos por la derecha y, según caminaba, cogía un lienzo aquí, se detenía un poco más de lo normal allá.

El recuerdo de un joven pintor enamorado y una mujer posando feliz frente a su amado la hizo olvidarse de dónde estaba. Las confidencias del diario de aquella desconocida se hicieron presentes en aquel estudio.

Nico se sentó a esperar en un rincón poco iluminado. Observaba a Nela pasear por su estudio, experimentaba con ella. Nunca una mujer había entrado en sus dominios más privados. Deseaba provocarse sensaciones nuevas, comprobar su resistencia a la inexperta opinión de un alma sensible. Hacerse vulnerable, saber qué se siente al colocar un puñal en las manos de un ser frágil y dejar que te apunte directamente a la yugular. El nudo se desataba y algo

incontrolable estaba a punto de ocurrir. Su cuerpo rugía como un león enjaulado y la presión en sus sienes se estaba haciendo insostenible. De nada habría servido tratar de ignorarlo. Era como volver a sus comienzos, como ser joven otra vez. Hacía mucho tiempo que no se sentía así, quizá no interpretaba bien lo que le pasaba por dentro, pero era inevitable relacionarlo con la persona que lo provocaba.

Nela iba despacio, analizando

cada uno de los lienzos desde la visión de un espectador. No se consideraba con la categoría suficiente para mirar aquellos cuadros de otro modo. Se acercó al pintor que seguía sentado y pudo percibir la tensión que se desprendía de sus movimientos apenas perceptibles, rítmicos y descuidados.

—¿Cómo pudiste exponer aquellos cuadros, si eres capaz de pintar estos? —Hizo un gesto de incompreensión.

Esta vez fue él quien tomó la iniciativa. Su beso era el de un experto, el de alguien que ha probado muchas bocas y busca en su memoria el recuerdo de aquella que ahora le ocupa. Rápidamente se hace con ella, la reconoce, la asume y desde ese momento es suya. Nela sentía de un modo consciente cómo perdía el control, se resistía sin convicción mientras él la dejaba en el suelo y se desnudaba dejando que ella percibiese cada una de las prendas que dejaba caer. El

corazón de Nela latía como si quisiera salir de su pecho. No fue consciente de que rompiera su camisa, ni de los impacientes gestos con que la inmovilizaba. Era demasiado sentir para poder catalogar actitudes. La violencia y la pasión se unieron en una mezcla extraña y excitante. Un rumor lejano trataba de decirle algo mientras él se hacía dueño de cada uno de sus pensamientos.

Nela no pudo asegurar el

tiempo que había pasado cuando Nico se levantó, le tendió la mano y la colocó delante del caballete. Había un lienzo tapado con una tela que alguna vez fue blanca y que ahora contenía en sí misma toda la carta de colores.

—Quita la sábana. —La empujó un poco.

Nela hizo lo que le decía y tuvo su sorpresa. Era un retrato de ella, sentada en el jardín de aquella noche, tapada a medias con una manta, la cara somnolienta y la

mirada lejana. Había pintado cada detalle de aquel momento y Nela tuvo una sensación extraña. Aquella era su cara, podía reconocerse en el retrato, pero los ojos... Aquellos ojos pertenecían a otra persona. Se giró y le rodeó con sus brazos tratando de ocultar su rostro, borrando cualquier pensamiento que pudiese romper el hechizo de aquel momento. Algún día le preguntaría quién era la mujer del cuadro a la que había puesto su cara.



# XI

## Intermezzo

«—Ambos sabemos a quién pertenece Holger, yo no he sido más que un intermezzo en su vida...»  
(Anita, *Intermezzo*, 1939)

Nela flotaba en una nube. Había tenido otras relaciones, por supuesto, pero quizá por el momento en el que estaba o por la

persona de quien se trataba todo resultaba mucho más intenso. Durante semanas no se separaron. Hacían el amor, comían, bebían, se bañaban, dormían, paseaban, jugaban; en definitiva, se amaban intensa y apasionadamente en la extensión de las horas del día. Nela apenas trabajaba lo justo para que no prescindiesen de ella y Nico parecía no tener otra ocupación que disfrutarla. En ocasiones Nela sentía que su estómago se contraía, como cuando en la montaña rusa el

vagón se detenía justo en el vértice de la caída. El apasionamiento de Nico producía un extraño frenesí en ella, que se vio envuelta en una vorágine de violencia contenida sin mover un dedo para evitarla. Sabía que el talento no puede contenerse y su expresión tampoco. Aun así, no podía evitar encogerse, algunas veces, al verle crecer.

La vida no quiso detenerse, Nela tenía un trabajo que entregar y Nico una exposición que preparar. Así que ambos decidieron que

debían centrarse un poco. Regresaron de nuevo a sus ocupaciones cotidianas sin desperdiciar ni un solo minuto que pudieran compartir. Eso hizo que ambos dejaran salir, poco a poco, la realidad de cada uno y mostrarse ante el otro de un modo más transparente.

—¿Qué tal si te vienes a vivir aquí? Hay sitio de sobra para tus cosas. —Nico apoyaba la cabeza en el pecho desnudo de Nela.

—Este apartamento es muy

grande —dijo ella—, y está decorado maravillosamente; pero aquella pequeña y sencilla casa es mía.

—Claro que es tuya.

—Quiero decir que la he hecho a mí. Es tal y como la imaginé. Tú contrataste un decorador...

—Pero lo hizo bien, ¿no?

—Escogí aquel lugar entre muchos. —Insistió ella levantándose.

—Yo necesito vivir aquí,

Nela, tengo muchos compromisos, viajo mucho. Además, ¿cómo iba a pintar en aquella cáscara de nuez? Solo mi estudio ya es más grande que toda tu casa.

—Pues tendremos que seguir como estamos. —Desapareció tras la puerta del baño y Nico se dejó caer en la cama escuchando el agua de la bañera.

Cuando Nela salió de su ducha, estaba dormido como un niño. Se acercó a la mesa donde había dejado su móvil y vio que

tenía varias llamadas de Guillermo. Sin hacer ruido salió de la habitación y fue hasta la biblioteca antes de marcar el número de trabajo del padre de Jaime y su extensión.

—Diga.

—Hola, Guillermo.

—¿Dónde te has metido? — preguntó nervioso—. Te he llamado doscientas veces, por lo menos.

—¿Me llamabas por lo de la casa?

—No, ya tengo el informe de

mi colega y te lo he enviado por fax. Pero te he estado llamando por otro motivo, se trata de tu padre. Tuvo un infarto hace tres días.

Nela esperó algo, un golpe en el pecho, una contracción en el estómago.

—¿Está...?

—...en el hospital —la cortó Guillermo—. No le han dado de alta porque puede repetirse. Le ha dañado el ventrículo derecho.

—¿Cómo ocurrió? ¿Le has visto?

—Sí, fui al hospital en cuanto llamó esa tal Carol preguntando por ti. No te localizaban.

—¿En qué hospital está?

—En el Clínico.

—Tendré que ir —susurró.

—¿Estás bien?

—Perfectamente.

Se sentó en una de las butacas después de colgar. Los recuerdos acudieron a su cabeza como si los persiguiese un perro rabioso. Todos querían una vía de escape, pero juntos iban a parar al mismo lugar

oscuro y siniestro que había sido su niñez.

—*Nela, ¿sabes a dónde van las niñas malas cuando se mueren?*

*La pequeña estaba sentada en un rincón de la cocina, con el plato de la cena sobre las piernas, y se comía la tortilla sin levantar la vista.*

—*Al infierno* —*repitió la lección aprendida.*

—*¿Y sabes lo que es el infierno?* —*preguntó su padre de*

nuevo.

—*La casa del demonio.*

—*¿Y qué les hacen allí a las niñas malas?*

—*Les hacen daño —dijo temblándole la voz.*

—*¿Cómo les hacen daño? — Rodrigo sacaba un bistec y lo colocaba sobre un plato con ensalada.*

*La niña tardó en responder.*

—*Las meten en un horno hasta que la piel se les despega de la carne —dijo a punto de echarse*

*a llorar.*

*—¿Y luego? —Rodrigo abrió la nevera y sacó una botella de vino tinto.*

*—Les arrancan la piel.*

*—Muy bien, Nela. ¿Y a dónde irás tú cuando te mueras?*

*La niña no dijo nada.*

*—No te he oído —dijo su padre volviéndose hacia ella.*

*Nela siguió en silencio. Ya no comía. Miraba su plato sin atreverse siquiera a parpadear.*

*—Al infierno —murmuró.*

—¿Cómo? —su padre se paró frente a ella.

—¡Al infierno! —dijo elevando la voz y haciendo pucheros.

—Muy bien —dijo Rodrigo—. Pues si te mueres esta noche mientras duermes, ya sabes dónde te despertarás.

Salió de la cocina con su plato y una copa de vino y dejó a la niña sola, en una atmósfera de terror que la acompañaría en sus sueños nocturnos.

Debería haberle odiado. En aquel momento tendría que haber deseado que se muriese. Seguramente, lo que le pasaba a ella tenía un nombre patológico. Igual que hay psicópatas y hay masoquistas, algo debía definir lo que había padecido ella durante tantos años de su vida. Porque lo único que aquella niña deseaba era que su padre la quisiera.

Cogió aire antes de tocar con los nudillos en la puerta de la

habitación del hospital. Después de unos segundos, escuchó el golpeteo de unos tacones acercándose.

—Vaya, por fin. —Carol la miraba con la nariz arrugada y Nela se contuvo para no hacer ningún comentario irónico al pasar junto a ella—. Creímos que habías emigrado al África, como te gusta tanto hacer el mono...

Rodrigo no tenía buen aspecto. Nela se acercó cautelosamente, el hecho de que estuviese en la cama no lo hacía

menos amenazador.

—¿No vas a besar a tu padre moribundo? —dijo Rodrigo con ironía.

—¿Cómo es posible que hayas sufrido un infarto? —respondió ella—. Pensaba que para eso hacía falta tener corazón.

—Estúpida... —protestó la barbie arreglitos.

—Déjala, se piensa que viene a darme la extremaunción —dijo Rodrigo con un gesto—. Siento desengañarte, pero todo va

estupendamente. Me estoy tomando unas vacaciones en este hospital. Desde luego el servicio no puede compararse al de mi clínica, aunque aquí me hayan salvado la vida.

—¿Qué dicen los médicos?

—Que estoy hecho un chaval.

Nela, de pie en aquella deprimente habitación de hospital, se preguntó qué había ido a hacer allí. ¿Quería verlo postrado? Se equivocaba, porque su padre tenía la misma mirada ante la muerte. Pensó en una palabra que le

definiese y encontró una que lo hacía a la perfección: desalmado. No había un ápice de buenos sentimientos en ese hombre, ni siquiera estando ante la muerte se conmovía.

—Estuve en A Coruña.

Rodrigo cubrió su rostro con una máscara de indiferencia.

—Lo imaginé al saber que Marta te buscaba.

—Algún día tendrás que explicarme muchas cosas.

Su padre no dijo nada.

—De ti y de mi madre.

—¿A qué viene ahora remover el pasado? —dijo Carol acercándose—. Si lo que quieres saber es lo que te va a quedar de herencia, ya puedes quitarte la idea de la cabeza.

Rodrigo volvía a sonreír.

—¿Te crees que me importa su dinero? —Nela le hablaba como si creyese que le faltaba un verano—. Al contrario, creo que es justo que tú te lo quedes, estoy segura de que te lo mereces. Con todo lo que

has hecho por Rodrigo —hizo un gesto que abarcaba toda su anatomía—, estoy segura de que una gran cantidad de su capital te lo debe a ti. Eres como un muestrario ambulante. Eso sin mencionar los completos que le harás en la cama. Gratis, supongo.

—¿Cómo te atreves? —Carol la miró con odio y un «te arrepentirás» en la mirada. Nela sonrió.

—Carol, conmigo no tienes nada que hacer —miró a su padre

—, he tenido un buen maestro y podrías salir muy malherida. Ya no os molesto más. —Fue hasta la puerta, y antes de salir volvió la cabeza—. No te digo que te mejores porque nunca se me dio bien la hipocresía. Si no te mueres, avísame, para que tengamos esa conversación.

Rodrigo no contestó, la vio desaparecer tras la puerta que se cerraba lentamente.

—Tráeme agua fresca —dijo con desprecio a su esposa—. ¡Date

prisa, estúpida!

La cafetería de un hospital es siempre un lugar muy concurrido. Todo tipo de persona, cualquiera que sea su condición, se dirige allí en busca de algo que borre la sensación que provocan la enfermedad y la muerte. Sensación de inevitable. Nela se sentó en un rincón que quedaba libre, delante de una taza de café. Dos mesas más allá había una madre, tomando

también café, junto a una niña. Por la cara y el desaliño de la mujer dedujo que llevaba muchas horas allí metida, pero la niña parecía disfrutar del rato a solas con su madre.

Removió el azúcar en la taza mientras los recuerdos le devolvían la imagen de una niña escuálida y con oscuras ojeras, que doblaba los hombros como si cargara un gran peso. Tenía ocho años la primera vez que su padre la castigó sin dormir. Sin compasión, apurando

los minutos hasta la extenuación, la vigilaba como un lobo al acecho de su presa. Durante la noche la hacía sentarse en la cama y ataba su cabello a los barrotes de la cabecera de modo que, si cabeceaba, el tirón de pelo la despertaba inmediatamente. Nela iba arrastrándose al colegio y apenas podía mantener la atención, no ya a los profesores, sino al lugar donde ponía su pie al caminar. La segunda noche era evidente que la trampa del cabello no iba a hacer

efecto, así que Rodrigo se sentó junto a su cama, y cada vez que sus párpados cedían al cansancio, le pinchaba con una aguja para despertarla. A la mañana siguiente perdió el conocimiento en clase.

Fue así como empezó y Nela podía recordar cada detalle de aquellos días. Incluso podía percibir el olor de las sábanas. Hacía tan solo un mes que su madre se había hecho pedazos contra el suelo de la acera. Un mes desde que ella había escuchado el golpe

mientras hacía los deberes cerca de una ventana. Un mes de su llegada al infierno.

Y la excusa fue quedarse mirando a través de la puerta entreabierta cómo aquella mujer montaba a Rodrigo. Era una de aquellas mujeres que llevaba a su casa y que se burlaban de ella diciendo que parecía un chico. Él la vio, pero no hizo que la mujer se detuviese, la dejó continuar en aquella escena grotesca para la niña, disfrutando del improvisado

público. A la mañana siguiente, se comportó de un modo normal, como si no pasase nada y, dos noches después, le anunció que se veía obligado a castigarla porque había tenido un comportamiento obsceno y nada apropiado para una niña. Esas fueron sus palabras.

Nela se estremeció al recordar aquella sensación de frío y angustia, casi podía sentirla en ese mismo instante, rodeada de gente en aquella cafetería. Dos días sin poder dormir eran demasiados para

una niña. Se despertó en el cuartucho al que llamaban enfermería, había un médico que trató de hacerle confesar qué la había llevado a ese estado. Ese fue el día en que aprendió a mentir.

Los castigos fueron siempre muy estudiados y ocurrían días después de que hubiese pasado el hecho en sí que lo provocaba. De ese modo, cuando Nela hacía algo que suponía podía merecer un castigo a ojos de Rodrigo, pasaba los siguientes días aterrorizada, sin

saber qué le esperaba. Después llegaron los golpes.

Nela se estremeció y cruzó los brazos frente al pecho tratando de evitar que todo el calor abandonase su cuerpo. Ponía mucho cuidado en no dejarle marca. Utilizaba métodos como golpearla con una toalla mojada, agarrarla del pelo y arrastrarla por la casa, hundirle la cabeza en el fregadero lleno de agua...

Estaba tan concentrada, que no se dio cuenta de que alguien se

había sentado frente a ella, hasta que escuchó su voz.

—Tierra llamando a Nela.

—Alejandro —dijo sorprendida.

—Bien, veo que recuerdas cómo me llamo.

—¿Qué haces aquí?

—Mi padre me llamó y me preguntó si podía pasarme —dijo y se encogió de hombros—, no se me ocurrió nada urgente que alegar.

—No era necesario.

—¿Le has visto ya?

Nela asintió.

—¿Se ha muerto?

—Sobrevivirá —respondió

mirando la taza.

—Se te ha enfriado el café.

—Me gusta igual —dijo

bebiéndoselo de un trago—. ¿No

trabajas hoy?

—Los lunes no tengo clases.

—Siento que te hayan

estropeado tu día libre.

Alejandro la miró fijamente.

—Cuando he llegado, tenías

una mirada que me ha resultado muy

familiar.

—Estaba recordando algunas cosas.

—Mal ejercicio.

Se levantó para ir a por dos cafés. Nela miró por la ventana que daba a un patio de cemento y pensó en lo bonito que sería que hubiese árboles.

—¿Por qué has venido? ¿Qué más te da si le da un infarto o le atropella un camión? —dijo Alejandro al regresar al tiempo que dejaba las tazas sobre la mesa.

—Hay preguntas para las que solo él tiene respuestas. Merezco que haga eso por mí.

—Por eso mismo no lo haré.

—Tengo que intentarlo.

—¿Para qué, Nela? ¿No es mejor que las cosas se queden como están?

Nela le miró con frialdad y Alejandro sintió un escalofrío. No era la primera vez que le miraba así.

—Me lo debe —dijo cortante.

—¿Cómo has venido? —

preguntó él acabándose el café—. ¿Necesitas que te lleve?

—No, he venido en mi coche —respondió ella tratando de sonar un poco más amigable.

—Voy a comer a casa de mi madre. Estoy seguro de que le encantaría verte —dijo a modo de invitación.

—He quedado con alguien —respondió ella de modo ambiguo. No le apetecía hablarle de Nico.

Alejandro asintió.

Cuando Nela regresó a casa encontró a Nico frente a la puerta, apoyado en el asiento de su moto.

—¿Se puede saber por qué te has ido sin decir nada?

Nela se abrazó a él sin hablar.

Decidieron dar un largo paseo por la playa. Nela le explicó adónde había ido y después de darle muchas largas le habló por fin de Rodrigo, pasando de puntillas por los detalles más escabrosos.

—Siempre tuve la sensación

de que vivía una vida que no era la mía. Es como cuando miras uno de esos libros de Wally y te piden que busques los objetos que no van con los demás. Yo era uno de esos objetos, alguien me había puesto en el lugar equivocado. Ahora soy una mujer adulta, Rodrigo ya no puede hacerme daño; sin embargo, cuando estoy delante de él me tiemblan las piernas y aún tengo ganas de salir corriendo.

Nico no decía nada, solo escuchaba con expresión muy seria.

—Algunas familias son una auténtica mierda —dijo de pronto.

La atrajo hacia él cogiéndola por la cintura.

—Excepto mi hermano, él es la mejor persona que conozco.

—¿Se parece a ti? —preguntó ella sonriendo.

—¡Qué va! Es mucho mejor que yo. Y más alto. Quiero presentártelo.

—Es un poco pronto, ¿no?

—¿Pronto para qué? No voy a anunciar nuestro matrimonio,

tranquila.

—Qué susto. —Nela hizo una mueca de burla y se separó de él.

—Si quieres hacemos una cosa, te doy su dirección y vas a verle cuando quieras. Es el eslabón fuerte de la familia, te aseguro que vale mucho la pena. Mucho más que yo.

—Parece que me lo estés ofreciendo.

Nico sonrió de un modo enigmático.

—No creo que corra ningún

peligro en ese sentido. No eres su tipo.

—Eso habría que preguntárselo a él —dijo sonriendo.

El pintor soltó una carcajada.

—¿Has pensado en lo que hablamos esta mañana? —dijo Nela cambiando de tema.

—Si quieres podemos esperar un tiempo. Yo vendré aquí, tú irás a mi casa... —Volvió a cogerla por la cintura—. Nos conoceremos mejor y el futuro dirá.

Nela sonrió, le parecía una

solución excelente.

—Estoy de acuerdo, señor Reverter, siempre que me invite a sus exposiciones y me deje meterme con los que lleven un gato en la cabeza.

—Trato hecho.

—Además, espero de su parte confesiones, por lo menos, tan abrumadoras como las mías. No quiero que haya secretos entre nosotros.

Nico la abrazó en silencio. Eso iba a ser mucho más difícil de

lo que ella creía.

Nela estaba dispuesta a que su relación funcionase, así que tres días después se presentó en casa de Samuel. Nico tenía razón, no se parecía a su hermano en nada que no fuese físico. Samuel tenía muy claro lo que esperaba de la vida y no era perder el tiempo en disimulos. Cuando abrió la puerta se la quedó mirando durante un par de segundos, después la hizo entrar,

la llevó a la cocina y le sirvió una taza de café.

—Así que tú eres Nela —dijo sentándose frente a ella.

—Eso parece —respondió un poco nerviosa.

—Mi hermano es un cabrón adorable. ¿Estás segura de saber dónde te metes?

—Bueno, ya sé que es un artista y que no es muy «estable» —dijo Nela poniéndose seria.

—Es un fuera de serie. Siempre lo fue, no te quepa la

menor duda. Mi madre le compró un caballete cuando tenía tres años.

—Me dijo que vuestro padre aún vive.

—Está en una residencia, no se acuerda de nosotros. Tiene esa horrible enfermedad, Alzheimer, ya sabes. Voy a visitarle una vez al mes, más por mí que por él, no tiene ni idea de quién soy. Pero Nico no ha vuelto a verle desde el día en que tuvo que explicarle quién era.

Nela se atragantó con el café.

—Sí, chica, mi hermano es

así.

—No tienes una opinión demasiado elevada de él. —Nela dejó la taza en la mesa.

—Te equivocas, creo que es un ser excepcional. Pero precisamente por eso no estoy seguro de que esté preparado para vivir entre humanos corrientes. Es demasiado «intenso».

Nela asintió corroborándolo.

—¿Para ser nuestra primera cita estoy siendo demasiado expeditivo? Digo las cosas como

las siento, siempre que el otro quiera escucharlas. No obligo a nadie a saber mi opinión, pero tengo la impresión de que tú estás interesada.

—Así es. Nico me dijo que tú eras el que cuenta en la familia, y estoy dispuesta a escuchar todo lo que quieras decir. —Sonrió señalando la caja de bombones que había encima de la mesa.

—Ya es oficial: me caes bien. —Le acercó la caja de bombones y ella cogió el único blanco que

quedaba—. Eres dulce y buena, lo percibo solo con mirarte.

—Hablas de mí como si fuese una tarta.

—Pues no es mala comparación.

Hizo una pausa como si dudase hacia dónde quería llevar aquella conversación.

—Mira, Nela. Nico es terriblemente apasionado y, en algunos momentos, se ve poseído por un ser cruel que puede hacer daño a lo que le aman. No hay

maldad en su corazón, no quiero que me malinterpretes, es una persona generosa y muy sensible, pero a veces no controla su temperamento.

Nela frunció el ceño sin comprender.

—Él quería que nos conociésemos para que yo te previniese. Es un maldito cobarde. —Le mostró las manos abiertas encogiéndose de hombros—. Lo que quiero decir es que no debes dejarte impresionar por él. Y si

alguna vez se pasa de la raya, no dudes en decírmelo que sabré ponerle en su sitio.

Cogió la caja de bombones y volvió a ofrecerle. Nela cogió uno de café, algo desconcertada.

—Y ahora que ya lo he dicho, olvidemos el tema y hablemos de cosas más interesantes. Por ejemplo, de ti. ¿A qué te dedicas? ¿Qué cosas te gustan? Conozcámonos, ¿te apetece?

Ella asintió tratando de borrar aquella extraña advertencia de su

cabeza, sin demasiado éxito.

Aquella noche, el destino quiso reírse de Nela y le plantó en pleno rostro un mensaje, alto y claro, que hizo que las palabras de Samuel tomasen forma. Cenaban tranquilamente en casa de ella cuando el pintor recibió una llamada telefónica que alteró la armonía de la velada. Después de proferir una ristra de insultos, lanzó el teléfono por encima del sofá. El aparato se estrelló contra la pared y

Nico se levantó furioso tirando la silla al suelo.

—¡Es un imbécil!

—Tranquilízate, Nico. ¿Qué ocurre? ¿Por qué te pones así?

—¡Me cago en su puta madre!

—exclamó.

Nela sintió un escalofrío recorriendo su espina dorsal.

—Si no te calmas, voy a tener que pedirte que te marches —su tono era intenso, tanto que el pintor la miró sorprendido.

—¿Qué? —Se acercó a ella

de un modo amenazador—. ¿Qué has dicho?

—Nico, no puedo soportar los gritos. Será mejor que te calmes.

—¿Me estás amenazando? ¿Es eso?

—Nico, por favor, cálmate. —Extendió la mano para tocarle—. Dime qué te pasa.

—Una mierda, me pasa. —Se sacudió su mano de encima con un manotazo—. El gilipollas de Claudio ha vendido uno de mis cuadros sin pedirme permiso. ¡Es

un imbécil! Pero ¿cómo he podido mantener a semejante subnormal?

—No le mantienes, trabaja para ti —dijo ella con suavidad.

Nico la miró furioso y Nela le vio apretar los puños en un gesto involuntario.

—¡Ha vendido tu retrato! Y me dice el muy capullo que la oferta era impresionante, como si me importara una mierda. Le dije que no estaba a la venta, ¡se lo dije cien veces!

Cogió su cazadora de la silla

donde la había dejado.

—Me voy, tengo que romperle la cara a alguien. Le voy a meter un puro que se va a cagar.

—No puedes conducir la moto en ese estado, tienes que calmarte.

Nela trató de detenerle, pero Nico la apartó de un empujón y se fue sin decir nada más.

Recogió los platos de la comida intentando que no se le cayeran de las temblorosas manos. Nico estaba muy nervioso, la quería

tanto que no podía soportar la idea de perder su retrato. Eso era. No había sabido tranquilizarle y se sentía mal por ello. Debería haberle dicho que pintaría otros muchos, que incluso serían mejores que aquel que tenía una mirada tan extraña. En lugar de eso se había comportado de una forma estúpida.

—Nunca me haría daño — susurró, y terminó de recoger.

—¿Pero qué pinto yo en casa

del hermano de Nico? —Jaime se dejaba arrastrar a regañadientes—. Esto es absurdo, Nela.

—Déjate de tonterías, yo había quedado con él esta tarde y tú te has presentado sin avisar. ¿A quién dejo plantado?

—A mí, por supuesto, me marcho por donde he venido.

—Que no, tonto. Mira que con la edad que tienes te comportas como un crío.

—No le conozco de nada, a lo mejor no le gustan las visitas.

—No tiene amigos, no sale nunca, seguro que le apetece conocer gente.

—Bueno, ponme un poco sobre antecedentes. ¿A qué se dedica?

—Escribe cuentos infantiles. Así tendrás a quién preguntarle cuando no sepas qué leer.

—Yo necesito lecturas más acordes con mi edad.

—Pues eso —dijo ella riendo.

Llegaron ante la puerta y Nela

tocó al timbre.

Comenzó a quitarse la camisa, sin dejar de mirarla con los ojos entrecerrados. Lo que empezó como un juego inocente, se convirtió en pasión y se encontraron haciendo el amor sin ni siquiera quitarse la ropa. Era como si se les acabase el tiempo, como si lo que estaban viviendo tuviese fecha de caducidad. Había cierta violencia en la urgencia con que Nico la

poseía, pero la excitación era tal que Nela pudo avanzar a su ritmo obviando todo lo demás.

Se quedaron dormidos, Nico abrazado a su espalda, piel con piel. Nela dio un pequeño bote en la cama al caer en el pozo del sueño profundo. Poco a poco se adentró en el mundo irreal que ya conocía y se vio de nuevo viviendo una pesadilla. Estaba en una playa desierta, sentada sobre la arena con las piernas encogidas. Sola. Únicamente se escuchaba el rumor

suave de las olas. De repente, en lo alto de un montículo aparecía un perro. Su aspecto era dócil. Era un ejemplar hermoso y altivo. Sus andares demostraban su fuerza. Al acercarse a ella, de su boca empezó a chorrear saliva y le enseñó los dientes. Nela echó a correr mirando hacia todas partes, buscando un lugar al que huir, pero en su carrera por la supervivencia el perro la alcanzaba una y otra vez. Parecía no querer matarla, solo divertirse con ella. La mordía en un talón, luego

en el otro, incansable tras su presa. Por fin ella encontró un árbol donde subirse. Las piernas le sangraban y los pies le dolían terriblemente; pero, a pesar de todo, consiguió subir muy alto, y quitarse del alcance del animal. Desde abajo el perro la miraba con dulzura y aullaba de pena, pero ella sabía que no debía dejarse engañar. El sueño la vencía allí arriba, perdía las fuerzas y una voz familiar le susurraba al oído: déjate caer, déjate caer...

Se despertó de un sobresalto, se sentó en la cama y se apoyó en el cabecero acolchado. Se apartó el pelo sudado de la cara y miró a Nico, que dormía plácidamente junto a ella. La persiana estaba subida y la luz de la farola se filtraba por los calados del visillo. Con esa luz tenue, la cara de Nico parecía la de un niño. Respiraba profundamente y sus labios relajados dibujaban algo parecido a una sonrisa. Tenía una nariz fuerte y marcada y unos ojos negros,

rasgados, muy bonitos. Nela sintió deseos de abrazarle, pero no se movió. No quería despertarle, quería disfrutar de ese momento mágico, ese momento que era solo suyo y que podría recordar el resto de su vida. Quizá, si llenaba su cerebro de imágenes como esa, lograría borrar las otras.

Había roto el sueño y sabía lo que eso significaba: no volvería a dormirse. Miró el reloj de la mesilla, que marcaba las cinco de la mañana. Se levantó sigilosamente

para no despertarle y se fue a la cocina a preparar café. Sin encender la luz de la terraza, salió. Todavía quedaban unas cuantas horas de noche y hacía frío, pero a Nela le encantaba aquella sensación de estar despierta cuando todos duermen, en el frescor, la soledad y la quietud de la noche. Fue a buscar el café y cogió la manta que descansaba en el sofá. Apagó la luz de la cocina y encendió el farolillo de vela que tenía en la terraza. Era un farolillo blanco que le regaló

Clara cuando compró la casa, «para tus noches de intimidad», le había dicho. Pues bien, esa era una de esas noches. Se reclinó en la tumbona, tapada hasta el cuello con la manta, y saboreó el café lentamente, sintiendo cómo el líquido calentaba su cuerpo. Le gustaba el café, su aroma, su color, el engaño de su amargura conseguía reconfortarla.

Nico abrió los ojos y cuando se hubo habituado a la oscuridad miró a su alrededor. No le gustaba

aquella habitación, en realidad no le gustaba esa casa, le resultaba claustrofóbica. Nunca había vivido en un lugar tan pequeño. Percibió el aroma del café que se colaba por la puerta. El salón estaba oscuro, solo había una tenue luz en la terraza. Quería sorprenderla, así que caminó con cuidado de no tropezar, pero cuando estaba a la mitad del camino se le ocurrió que podía subir a la buhardilla. Era una magnífica oportunidad. Sabía que se enfadaría, era inevitable, pero

alguna vez tendría que enfrentarse a ello. Sentía una necesidad imperiosa de conocer el secreto de la mujer que había conseguido acercarse tanto al lugar donde guardaba sus emociones.

La vio de espaldas y sintió un cosquilleo en el estómago, una excitación irresistible. Se acercó hasta la puerta y echó el seguro. Nela se volvió sorprendida y le vio tras el cristal. Al principio sonrió pensando que era un juego. Él le hizo un gesto señalando hacia

arriba y le lanzó un beso antes de darse la vuelta. Nela sintió que el corazón se le paraba. Se puso rápidamente de pie y corrió para tratar de abrir la puerta. Pero el seguro estaba puesto. Golpeó con los puños en el cristal y le advirtió que no lo hiciese.

## XII

### La sombra de una duda

«—¿Para qué pensar en el pasado?

¿Para qué pensar en el futuro?

El presente es lo único que importa, esa es mi filosofía... »

(Tio Charlie, *La sombra de una duda*, 1943)

Se quedó colapsado. No sabía cómo filtrar aquella información. Durante un momento no supo si

seguir adelante con aquello o salir de allí fingiendo no haber cruzado la puerta. Aquellas pinturas eran estremecedoras. Empujado por una invisible mano se acercó al cuadro más grande, el de una niña apoyada en una pared en una posición imposible. Con enormes ojos asustados, unos ojos que no tenían ninguna proporción y cuya pupila negra manchaba la parte blanca como si se estuviese descomponiendo. Nico hizo un barrido a su alrededor. Había

retratos inacabados, personas a medio construir. La imagen de una niña extraña con enormes ojos y sin boca se repetía en un montón de lienzos, en situaciones terribles y grotescas. Había un cuadro que le agarró las entrañas y estiró de él hasta colocarlo en una posición preferente. La niña de los ojos gigantes estaba dentro de una botella de cristal cerrada con un tapón de corcho. Su cuerpo estaba roto y la posición de sus miembros era dantesca. Los enormes ojos

miraban angustiados, el color cianótico de su piel y la diminuta boca intentando coger aire cortaban la respiración del espectador. El pintor comprendió por qué Nela no quería que nadie viese su obra. Allí había mucho más que cuadros, aquello era una descripción exacta de sus más terribles pesadillas. Era imposible que aquello fuese su vida, no hubiese podido sobrevivir. Incluso para un hombre adulto era un espectáculo demasiado terrible.

Cuando la vio a través del cristal ya sabía que se había equivocado.

—¿Por qué lo has hecho? Te dije que te los enseñaría cuando estuviese preparada —su voz sonaba cansada.

—No te engañes, Nela, nunca ibas a estarlo.

—Aun así, no tenías derecho.

—¿Qué significa todo eso? —dijo muy serio apartándose de la puerta.

Ella entró en la casa al borde

de las lágrimas.

—Has perdido el derecho a preguntar.

—Lo único que quería era que reaccionases. —Nico la siguió.

—No sabes lo que dices. —  
Se volvió sin ánimo para esforzarse —. Me has traicionado.

—Yo no te he traicionado, podría haberlo hecho a escondidas.

—Estás por encima de todos.  
—Nela le miraba con frialdad y sus palabras eran como cuchillos lanzados con furia certera—. Crees

que eres mejor que los demás porque tienes éxito.

—Basta, Nela, acabarás diciendo algo de lo que te arrepientas.

—¿Por qué? ¿Qué me harás si no me callo? ¿Me castigarás con el látigo de tu indiferencia? ¿Me privarás de tu excelsa presencia? Yo no soy una posesión de las muchas que tienes.

—Te estás comportando como una cría —dijo cansado.

—Habló el gran hombre. —

Hizo aspavientos imitándole—. El magnífico pintor tan pagado de sí mismo que no tiene problema en organizar una exposición con cuadros de mercadillo.

Nico la agarró del brazo con tal fuerza que Nela contrajo los músculos de todo el cuerpo esperando lo que venía detrás.

— ¿Qué demonios te pasa, Nela?

—Tu hermano ya me previno contra ti, no quise hacerle caso, pero ahora entiendo lo que trataba

de decirme.

Y entonces le empujó con toda la fuerza de la que fue capaz, cogiendo a Nico desprevenido. El pintor se golpeó con la pata de la mesa en el tobillo, perdió el equilibrio y se luxó la muñeca izquierda al apoyarse en el brazo del sillón. Lanzó un quejido y una exclamación de rabia y, sin darle tiempo a reaccionar, la tiró al suelo de una bofetada.

—¿Estás loca? ¡Podrías haberme roto la muñeca! —gritó

fuera de sí masajeándose la mano —. ¿Sabes lo que podría suponer eso para mí? ¿Pero a ti qué te pasa?

Entonces se dio cuenta de lo que había hecho. Nela gemía tapándose la cabeza y aquella imagen le recordó a la niña de los cuadros.

—No quería hacerte daño — dijo tratando de levantarla del suelo.

Ella se apartó huyendo del contacto. Nico la miró dolido durante unos segundos.

—Volveré cuando te hayas calmado —dijo cogiendo la chaqueta. Después salió de la casa sin mirar atrás.

Durante los días siguientes Nela trató de recuperar la normalidad, sin éxito. Empezó a encogerse. Era un cambio perceptible para todo aquel que estuviese interesado en mirar. Dormía mal, apenas descansaba y no podía ni acercarse a la

buhardilla. Javier regresó insistente, aparecía siempre que se encontraba sola, a cualquier hora. Pero no decía nada. Cuando Nico y ella hacían el amor, no conseguía sentir nada y el pintor parecía empezar a cansarse de aquella sombra que la acompañaba.

—¿Se puede saber qué narices te pasa? Llevas un montón de días así y no dices nada. Es por lo de los cuadros, ¿verdad? ¡Lo siento! ¿Qué más quieres que te diga?

Ella miraba a los pies de la cama. Javier le señalaba el cajón del tocador. Y después de dudar unos segundos, finalmente se levantó y sacó algo que había escondido allí.

—¿De dónde has sacado eso?

—la voz del pintor se arrastró con dificultad por la habitación.

—Lo pinté.

—¿Tú? —La sorpresa se unía a la reunión—. ¿Qué diablos significa?

—No lo sé, dímelo tú.

La contención de Nico parecía capaz de hacer vibrar las paredes.

—¿Cómo lo has sabido?  
¿Quién te ha hablado de él? Samuel,  
claro —susurró.

Nela se quedó en silencio, pensando si serviría de algo explicarle la verdad. Nico se levantó y paseó nervioso por la habitación. Cuando resultó evidente que no podía calmarse se dejó caer a los pies de la cama y escondió la cara entre las manos.

—¿Cómo has podido? —  
susurró.

—¿Cómo he podido, qué? —  
Nela se acercó y se sentó junto a él.

—Mi hijo...

Ella asintió, todo empezaba a encajar.

—¿Cómo murió? —Se sabía caminando sobre arenas movedizas, podía sentir el borboteo del suelo bajo sus pies y cómo iba hundiéndose poco a poco.

—¿No te contó Samuel toda la historia?

Nela negó con la cabeza ante su inquisidora mirada.

—Estaba de viaje en Lisboa. Mi mujer me llamó desde un hospital para decirme que nuestro hijo había sufrido un accidente y debía volver inmediatamente. Me pidió que no me asustara, pero que volviese cuanto antes. Al llegar estaba muerto —se quedó mirando el cuadro fijamente—, cuando me llamó ya lo estaba.

Los dos se mantuvieron durante unos minutos en silencio.

—Me costó mucho conseguir que hablase de un modo coherente y me explicase lo que había pasado. No dejaba de repetir que había sido culpa suya.

Nico no lo sabía, pero sus ojos miraban directamente al niño que estaba de pie frente a él.

—Tenía que llevarlo al pediatra para una revisión. Salió a sacar el coche del garaje y dejó a Javier en la cama. El garaje estaba en rampa y nunca sacábamos el coche con el niño cerca, para que

no hubiese un accidente. El niño debió despertarse con el golpe de la puerta, no sé... —La frialdad con la que Nico hablaba bajó la temperatura de la habitación—. Charlotte se dio cuenta demasiado tarde.

—Dios mío —susurró Nela.

—Lo llevó al hospital, pero no hubo nada que hacer.

Nela no dejaba de mirar al niño sonriente que estaba parado delante de ellos.

—Después de aquello nuestra

convivencia se volvió imposible, no podíamos estar juntos en la misma habitación. Y un día, Charlotte regresó a Inglaterra, con sus padres.

Nela asintió como si comprendiese.

—La culpaste de su muerte.

Nico asintió con la cabeza.

—Es que era culpable. —Se puso de pie y pasó las manos por su pelo—. ¡Ella le arrolló!

—Estúpido —dijo y Nico la miró sorprendido—. ¿Así de fácil?

¿Te paraste a pensar siquiera un segundo lo que debió ser para ella?

—¿Crees que para mí no fue duro? ¡No pude ni despedirme de él! Se apagó así —hizo un chasquido con los dedos—, como se apaga un interruptor, y me dejó a oscuras durante muchos años.

Nela cogió sus pantalones de la silla donde los había colgado y se los puso.

—¿Qué fue de ella? — preguntó abrochándose la camisa.

—Nos vemos de vez en

cuando.

—¿Se ha vuelto a casar?

—No —dijo Nico vistiéndose también.

Nela se detuvo y le miró como si lo entendiese todo de repente.

—Aún estamos casados —dijo él con voz firme.

Fue como un mazazo en la cabeza de Nela, que le miraba como si acabase de conocerle. Estaba claro que se había enamorado de un extraño. Apretó

los labios asintiendo con la cabeza y se puso los zapatos.

—Era ella —dijo.

Nico frunció el ceño sin comprender.

—La mirada que no reconocía en el cuadro que me pintaste. Era ella.

—No sé de qué estás hablando. —Nico tenía las manos en los bolsillos.

—Ya.

—Nela, no entraba en mis planes enamorarme de ti. A

Charlotte la conozco hace más de lo que puedo recordar. Siempre ha estado en mi vida. Teníamos quince años cuando nos enamoramos y no fue fácil para ninguno de los dos. Ella vivía en Londres, yo en Barcelona. Pero conseguimos que las cosas funcionasen y al final nos casamos.

Nela sentía una punzada en el corazón. Cada palabra de Nico la alejaba más y más de él.

—Nuestra relación fue algo más que un compromiso. Ese tipo

de relación es algo que no desaparece fácilmente. Pero es cierto que no pude perdonarla. Jamás podré.

Nela se volvió hacia el espejo que había sobre la cómoda. Aquella figura ligeramente encorvada le resultó familiar. Hacía tiempo que no la veía, pero podría reconocerla en cualquier parte. Aquello que sentía en el estómago no era pena, era decepción. Contra ella no podía hacer nada, pero la traición y el dolor no iban a quedarse, no lo

permitiría. Cogió su coraza y se preparó para la batalla. Los recuerdos habían llegado todos en formación y, como un gran ejército, se desplegaron ante ella dispuestos a acompañarla. Nico sintió la frialdad que emanaba de aquella mujer y lo supo.

—Quiero que salgas de mi vida. No puedo acusarte de haberme engañado, desde el primer momento te mostraste tal como eres.

—¿De qué estás hablando? —

Nico intentó cogerle las manos.

Ella se apartó rápidamente.

—Tienes razón, soy una estúpida por tener mi alma en una buhardilla a expensas de que cualquiera pueda encontrarla.

—Nela, ¿de qué estás hablando? —Repitió.

—Hablo de la culpa, ese veneno que se te pudre dentro. Que te despierta de noche de tus pesadillas para decirte que la vida es aún más cruel. Por mucho que tú la culparas, seguro que ella se

culpó mucho más.

Se sentó en la cama y miró a Javier de pie frente a ella.

—Yo también debía proteger a alguien. Solo era una niña, pero debería haberle protegido. No sabía ni que era capaz de subirse a un árbol. Aún no había cumplido los cinco años. Pero la verdad es que cuando le vi allí arriba, supe que ocurriría.

Nico trataba de comprender las extrañas relaciones que Nela estaba encadenando.

—Yo había escalado aquel árbol muchas veces, por eso él me gritaba desde arriba: «*¿Has visto, Nela? Rodri puede, Rodri puede*». Tenía que cogerle, no podía dejarle ahí, tenía que subir. Cuando llegué donde estaba él, puse un pie en la rama para alcanzarle y noté cómo cedía. —Nela temblaba como una hoja y la voz salía de su boca con dificultad—. Tuve tiempo de apoyar mi pie en otra rama y sujetarle por una de sus manitas. Él gritaba, ¡estaba tan asustado!

Notaba que no tenía fuerza para agarrarse. Su manita resbalaba y yo apretaba, apretaba con todas mis fuerzas.

Nela le sonrió a Javier con tristeza y después se puso de pie y se acercó a Nico.

—Todavía puedo escuchar el ruido que hizo su cuerpo al chocar contra el suelo. Resuena aquí, en mi cabeza, es como un latido constante que me recuerda que yo estoy viva y él no.

—No es lo mismo, Nela.

—Mi padre me llamó asesina muchas veces. Dijo que le había dejado caer porque sentía celos de él...

—¿Esos cuadros...? —Nico empezaba a comprender—. ¿Él te hizo eso?

—Si no tienes a alguien que te sostenga cuando la culpa te arrolla. Si quien debe ayudarte a afrontar que no eres invencible es quien te derrota...

Nico negó varias veces.

—No es lo mismo. —La miró

con tristeza—. Tú solo eras una niña.

Nela pensó durante un rato y finalmente se atrevió a preguntar. Era una pregunta que se había negado a hacer, porque no podría ignorar la respuesta.

—¿Qué le hiciste?

Nico la miró frunciendo el ceño como si no comprendiese.

—¿A qué te refieres?

—¿Cómo la castigaste?

—¿Por qué crees que la castigué? —Aquella mirada

confirmaba sus peores sospechas.

—¿Lo hiciste?

Nico bajó la cabeza un instante.

—No estaba en mis cabales —dijo.

Nela esperó sin dejar de mirarle.

—No quiero hablar de ello —rechazó.

Ella asintió varias veces, no hacía falta conocer los detalles. Veía sus manos ocultándose en los bolsillos, su mirada esquiva, su

mandíbula apretada.

—Márchate, Nico —dijo muy serena.

—Nela...

—Por favor —suplicó.

—Me marcho porque necesitas tranquilizarte. Los dos lo necesitamos. Pero volveré y aclararemos todo esto.

—Deberías pedirle que te perdone —dijo Nela antes de que cruzase puerta.

Nico se detuvo un instante y después se fue.

Cuando se quedó sola se acercó al retrato colgado en la pared. Durante todos los años que habían pasado, desde que Rodri murió, nunca había hablado con nadie de ello. Se sentó en el sofá y fijó la mirada en el retrato de su hermano pequeño. Recordó aquellos terribles momentos, después de que se rompiera contra el suelo como una copa de cristal. Se vio a sí misma, subida en aquel árbol, sin atreverse a bajar,

paralizada por el terror. Abajo todo el mundo corría, *«hay que avisar a una ambulancia, llamar a un médico, que alguien vaya a buscar a su madre, yo la he visto en el mercado hace un momento, ¡madre mía, madre mía! ¡Cuando su padre se entere!»*. Y, mientras, la sangre iba extendiéndose lentamente ante la mirada fija de la niña que seguía en el árbol. Todos se olvidaron de ella. Hasta Nela se olvidó. Únicamente su abuela que lloraba y lloraba sin parar. Pobre abuela,

pensó, cuánto sufrimiento al final de su vida. Luego llegó Gabriela y se desplomó en el suelo, cayó de rodillas y juntó las manos como en una plegaria repitiendo sin cesar «*es un castigo, es un castigo*». Alguien le dijo que había caído del árbol y entonces levantó la vista. Nunca había querido pensar qué pasó por la cabeza de su madre al verla allí arriba, pero aquel grito salió de sus entrañas.

Cuando Rodrigo llegó, ya solo quedaba una mancha cubierta

de serrín rojo. Gabriela se había marchado con la ambulancia dejando a Nela allí arriba. Rodrigo tan solo gritó: ¡*Tú!* Muchas veces se había preguntado qué impidió que se cayera. No sentía las manos, se hizo pis encima y todo su cuerpo temblaba. Pero Alejandro y Jaime esperaron abajo a que todos se fueran y entonces se acercaron al árbol para animarla a bajar.

Estaba cansada, cansada de olvidar, cansada de aceptar, de resignarse. Era demasiado

cansancio para tan pocos años. Su madre encontró descanso tirándose desde un sexto piso. ¿Pensaría en ella en el momento de hacerlo? ¿Fue una condena estudiada?

Y allí estaba Rodrigo para que no olvidase. ¡Cuánto odio! Ahora podía entender algo más de aquel odio irracional. Sabiendo que Sebastián había sido su verdadero padre y que el verdadero hijo de Rodrigo había muerto por culpa de la bastarda, todo empezaba a tener un color diferente. Quizá Gabriela

también la odiaba y era quien movía los hilos desde el más allá. ¿O era ella misma quien buscaba inexorablemente su desgracia? Ahora que se había librado de Rodrigo, ¿quién iba a hacerle pagar? ¿No era Nico el mejor candidato?

—Hija mía, deja de desvariar.

La voz de su abuela la sobresaltó. Estaba sentada en la butaca de lectura y la miraba con la misma ternura de siempre.

—Abuela.

—No debes pensar mal de los muertos.

—Abuela —repitió susurrando.

—Sí, hija, me vas a gastar el nombre. He visto a ese hombre.

—¿A Nico? Ya no le verás más.

—La vida es larga y las personas se encargan de hacerla complicada.

—Yo quiero una vida tranquila, Mamanela.

—Pero llevas una mochila muy pesada —sentenció—. ¿No has pensado nunca en quitártela de la espalda?

—¿Cómo? —su voz sería inaudible para cualquiera que necesitara los oídos para escuchar.

—Muy sencillo, desata las correas y déjala en el camino. Mira, Nela, ante una puerta cerrada puedes hacer dos cosas, abrirla o darte media vuelta. Abrirla da miedo, no sabes qué hay tras ella, pero si te das la vuelta ya sabes lo

que vas a encontrar: el lugar de dónde vienes. ¿Crees que detrás de la puerta puede haber algo peor que lo que has tenido?

—Mamanela, ¿tú crees que le dejé caer?

—Tú eres tu peor enemigo. Deberías romperle la crisma al que se atreva a acusarte. Desde siempre agachaste la cabeza y dejaste que te martirizaran. Ya es tiempo de que la levantes, bien alta.

—¿Por qué Rodri y mi madre no han venido nunca a verme?

—Busca tu vida, la tuya. Quizá así encontrarás la de aquellos que perdiste en el camino y que hoy caminan en ti —dijo su abuela sin responder.

—Estoy tan desorientada...

—Ya lo he visto, he visto una nube negra sobre tu cabeza, la misma que vi sobre Gabriela—. Negó con la cabeza—. Ese no es el camino.

—En mi caso no dejaría a ningún hijo solo, no tengo a nadie...

—Pero algún día podrías

tenerlos. Y nietos. Es tan larga la lista que podrías dejar tras de ti. La vida es hermosa. Solo has de alejar de ti aquello que la hace insoportable. Apártate de ese camino y traza una nueva ruta, eres fuerte y eres joven.

Nela siguió allí sentada al quedarse de nuevo sola. La imagen de Nico se le aparecía constantemente en cada uno de los momentos que habían compartido y se sintió vacía. Pensó en Gabriela viendo a Sebastián caer por el

acantilado y después tirado sobre las rocas ya sin vida. No entendía cómo había salido adelante, cómo decidió compartir su vida con el ser despreciable con quien se casó.

Su madre se equivocó, debería haber levantado la cabeza y haber andado hacia adelante, libre. Hubiera tenido una hija sin padre, ¿y qué? Un pueblo entero no hubiese podido hacerle tanto daño como aquel hombre solo.

—No debiste resignarte.

Lo dijo en voz alta, mirando a

la nada, deseando que su madre se materializase. Pero algo le decía en su interior que eso nunca pasaría, que ella nunca vendría.

El teléfono la sobresaltó. No tenía ganas de hablar con nadie. Miró el reloj, eran las ocho y cuarto. Tenía un libro apoyado sobre las piernas dobladas, un libro que había abierto cuando aún había sol y que permanecía inmóvil, a la espera. Se activó el contestador y se oyó la voz de Nico.

—Nela, sé que estás ahí, voy a ir a verte.

Se levantó de un salto y cogió el teléfono al vuelo.

—Nico, no vengas, por favor. Todavía no, necesito pensar.

—No, me necesitas a mí, tenemos que hablar. Me porté mal, ya lo sé, pero...

Nela sintió los nervios alterarse, tenía que pensar algo rápido.

—Espera a mañana, ¿de acuerdo?

Colgó. No podía soportar ni oír su voz. Sentía su aliento en el oído, mordisqueándole la oreja, besándola en el cuello. Escondió la cara entre las manos y, allí encerrada, tomó una decisión. Se sacudió los pantalones del pijama como si intentase sacudirse la tristeza y fue a su habitación a sacar una maleta. Era la maleta más grande que tenía, con ruedas y bastante rígida. Era la maleta de los grandes viajes, la de irse sin saber cuándo se va a volver. La de no

dejar notas de despedida a quien uno no quiere avisar de su marcha. Llamó a Clara y llamó a Jaime. Después se sintió mejor. Quizá porque sentía que estaba haciendo algo. Siempre es mejor tomar decisiones y equivocarse que dejar que otros lo hagan por nosotros. Al salir de la ducha, oyó el timbre de la puerta y le entró el pánico. Se acercó a mirar por la cristalera y al ver a Jaime se tranquilizó. Salió con el albornoz y la toalla liada en la cabeza.

—Hola, loca. —Entró directamente sin esperar respuesta.

—Hola, chico.

—Ahora, explícame qué narices ha pasado. —Se sentó en el sofá y le indicó con un gesto que hiciese lo mismo—. Me llamas y me dices que te vas a vivir a Galicia. Así, sin más. ¿Te parece un comportamiento normal?

Nela se apoyó en el respaldo del sofá para no mirarle a los ojos y le explicó lo que había ocurrido con Nico. Los últimos y

maravillosos días que habían pasado juntos, sin entrar en demasiados detalles. Lo enamorada que estaba de él. Lo que había estallado esa mañana, omitiendo las cosas que creyó conveniente no contar. Jaime calló y escuchó todo el tiempo sin interrumpirla, no porque no tuviese deseos de hacerlo en más de una ocasión, sino por la forma en que Nela hablaba. Él la observaba atento, tratando de descubrir qué era lo que callaba. Estaba aparentemente serena,

explicaba todo con tranquilidad, pero Jaime sentía algo parecido a un revoltijo en sus entrañas. Las manos tensas, los músculos del cuello como cuerdas de guitarra, la posición erguida y forzada. La dejó hablar, mucho rato, detenerse en cada detalle de aquellos días pasados. No cayó ni una lágrima de sus ojos, pero Jaime la sentía llorar a gritos. Sabía que no era consuelo lo que necesitaba, era compañía. Cuando llegó a la última parte, a lo que ocurriera ese mismo día, Jaime

recordó con ella aquellos momentos trágicos de su infancia. Los dos se quedaron callados largo rato después de que Nela terminase de hablar.

—Has decidido huir —lo dijo sin acritud, comprendiéndola.

—Pero huir hacia delante. En algún momento, alguna vez, he pensado en otra forma de huir. — Jaime sabía a lo que se refería—. Pero soy demasiado cobarde para escoger esa solución. Quiero tener la oportunidad de olvidar y ahora

se me ha ofrecido un lugar donde hacerlo.

—Yo también lo creo —dijo Jaime, y Nela pensó que solo había una persona en el mundo capaz de comprenderla.

—Tú fuiste el único que te acordaste de mí, el único que no olvidó que estaba allí arriba.

—No es cierto.

—Bueno, también estaba Alejandro, pero él no cuenta —dijo ella con ironía.

—Eres injusta con él.

Nela se quedó mirándole en silencio.

—Se preocupa por ti, igual que todos nosotros.

—¿Por qué no nos enamoramos tú y yo, Jaime? —sonrió con tristeza—. Todo habría sido más fácil para mí si te gustasen las chicas.

Jaime estiró los brazos y Nela fue a acurrucarse en ellos.

—Yo te doy mi opinión, tú después haces lo que te parezca. Creo que antes de marcharte

deberías hablar con Nico. Quizás no merezca esa oportunidad por ocultarte lo que te ocultó, quizás deberíamos quemarlo en la hoguera, pero todos tenemos nuestros traumas, él tiene el suyo y también necesita superarlo. Puede que encontrarse contigo no entrase en sus planes, lo comprendo, una chalada que habla con muertos...

—Eso él no lo sabe —había conseguido hacerla sonreír—. Como has dicho, debo hacer lo que me parezca. Creo que Nico necesita

arreglar su pasado antes de iniciar un posible futuro. Dejó la puerta abierta hace diez años y pasa mucha corriente. Él sigue casado con ella, incluso sería posible que aún la ame, y ella seguro que sigue esperándole, porque tampoco ha rehecho su vida ¿Qué se supone que pinto yo en todo eso? ¿Soy un desahogo para el artista? ¿Inspiración? No, soy un simple y puro intermedio.

—Sigo pensando lo mismo, pero no te voy a convencer, así que

hablemos de cosas prácticas. ¿Cómo vas a mantener aquella casa? ¿Has leído el informe que le envió a mi padre su amigo de Vigo?

—Sí, me lo envió por fax. Ya sé que es un derroche de dinero, pero me da igual. Yo no esperaba heredar nada de unos abuelos que no sabía ni que existían. Me dejaron una cantidad considerable de dinero y la posibilidad de vivir en una casa que ni en sueños pude imaginar. No voy a perder nada. Viviré allí el tiempo que dure el

dinero y después la venderemos. Mi tía está de acuerdo en esperar, dice que no le corre prisa y creo que hasta se alegra de que haya tomado esta decisión.

—En el informe del colega de mi padre se indican diferentes reformas que se pueden hacer para que, utilizando solo una parte de la casa, abarates gastos.

—Eso merecería la pena si fuese a quedarme para siempre, lo que es imposible. Si me pongo a hacer esas reformas, perderé parte

del dinero y estaré en las mismas. La voy a dejar como está. Simplemente quiero vivir allí, dormir en la cama que fue de mi madre, sentarme en aquellas sillas a comer y pasear por su jardín.

—¿Y no tendrás miedo de estar allí sola? Es una casa enorme.

—Es un pueblecito de apenas seis mil habitantes. Todo el mundo sabe que en la casa no hay nadie, si alguien hubiera querido entrar, ha tenido mucho tiempo para hacerlo.

Nela se levantó para coger de

la librería unas hojas grapadas.

—Mira, esto es la Costa du Morte; se llama así porque es una zona muy peligrosa donde han naufragado muchas embarcaciones, bueno, sobre todo en Finisterre, la tierra del fin del mundo. ¡Qué nombres tan hermosos! ¡No te parece un lugar muy romántico y misterioso?

Jaime contempló las fotografías, realmente parecía un lugar maravilloso. Nela leyó en voz alta:

—«Rugiente y violento, el Océano Atlántico condiciona la inequívoca esencia marinera de uno de los principales puertos pesqueros gallegos. Las calles de la villa acogen diariamente el bullicio de hombres curtidos por el mar, rederas y pescadores que encuentran viva conversación en el muelle y el mercado. Antiguo puerto ballenero, actualmente es uno de los más importantes enclaves en captura de pescado de Galicia. El núcleo de la población

se extiende desde el centro de una pequeña península que se introduce medio kilómetro mar adentro. Bajo una estridente nube de gaviotas, al compás de la constante entrada y salida de embarcaciones, hombres y mujeres reparan sus instrumentos de pesca y redes que después dejan reposar pacientemente en espera de sumergirse en las frías aguas del Atlántico. El mar es inesperado y peligroso, y muchos días del año — especialmente de invierno— la flota no puede salir a faenar. En

esos días de tempestad es habitual ver saltar las olas sobre el dique del puerto».

—¿Cuándo nos vamos? — bromeó Jaime.

—Ya sabes que mi casa siempre estará abierta para ti.

—¡Oh! Gracias, gracias. —Le besó la mano sonoramente varias veces.

—Creo que deberías irte. Tengo que dormir un poco y aún no he terminado las maletas. ¿Sabes qué? Pensaba que estas iban a ser

las Navidades más auténticas de toda mi vida. Quizá lo sean...

Jaime se acercó a ella y la abrazó.

—Si quieres me quedo esta noche, estoy acostumbrado a tu sofá, así te llevo al aeropuerto antes de irme a trabajar.

Nela aceptó el ofrecimiento y Jaime la ayudó a recoger la casa y terminar las maletas. A las doce ella estaba en la cama y él decidió salir un rato al jardín antes de dormir. Iba a echarla mucho de

menos.

# XIII

## La carta

«— ... estaba seguro de que te  
absolverían,  
el jurado no hubiera tenido ni que  
deliberar, pero  
esta carta cambia totalmente el  
aspecto del caso... »  
(Howard, *La carta*, 1940)

Estaba en la cocina

preparando una tarta. Desde que estaba allí se había convertido en una experta cocinera. Hizo una bola con la masa y la envolvió en un trapo ligeramente húmedo. Acababa de coger las fresas de la nevera para lavarlas cuando oyó el timbre. Se extrañó un poco, su tía siempre llamaba antes de ir y ellos eran sus únicas visitas.

La puerta de entrada tenía un videófono. La cámara enfocaba a una mujer joven y un hombre algo más mayor, los dos desconocidos.

—¿Qué desean? —preguntó

Nela.

—Perdone que la molestemos —la voz de la mujer se oyó al otro lado—. Somos turistas, estamos de vacaciones y nos ha llamado la atención su magnífica casa. ¿Sería posible visitarla?

Nela alucinó con tamaña desfachatez.

—Están en un terreno privado, esto es una casa particular.

—Disculpe, no queríamos molestar. Supongo que le habrá

parecido extraño que dos desconocidos le hagan una petición semejante. Verá, soy arquitecto y trabajo en Viguesa, un despacho de arquitectura que realizó un estudio sobre esta casa a petición de un colega de mi jefe... —Nela abrió la puerta—, de Barcelona.

—Resultaba un poco extraña su visita —aclaró Nela.

—Por supuesto, lo entiendo y te reitero mis disculpas. —Le ofreció la mano—. Yo soy Emma Pérez y este es mi marido, Miguel

Toledo.

—Encantado. —El hombre, que parecía menos charlatán que su compañera, también le estrechó la mano.

—Nela Cabanyes, pasen.

La pareja entró en la casa como se entra en una iglesia. Cuando Nela cerró la puerta, pensó que había sido una estupidez dejarles entrar, debería haber fingido que no estaba en casa.

—Nela, ¿puedo llamarte Nela? —Qué extraña es la gente

que pregunta si puede hacer algo cuando ya lo ha hecho—. Te confieso que hemos venido expresamente. Leí el informe de mi jefe y me sorprendió que existiese una casa como esta, aquí. Yo soy de Vigo, aunque nací en Cáceres, pero mis padres vinieron a Galicia cuando yo tenía dos años.

A Nela, que era tremendamente reservada, le resultaba extraño que una desconocida decidiese explicarle tantas cosas personales. Se fijó en

el aspecto de Emma, rubia, con el pelo recogido en una coleta baja, extremadamente delgada y de unos cuarenta años. Pantalón beige de raso, camiseta de algodón y sandalias, enchancletadas, en color rosa. El llamado Miguel Toledo tenía un gusto más afín a Nela que su compañera, tejanos negros ajustados, polo blanco de algodón con cuello de tira y náuticos. Era un hombre moreno, bien afeitado y con cierto atractivo.

—Llevo algo más de seis

meses viviendo aquí. Esta casa era de mis abuelos y comparto su propiedad con mi tía.

—¡Qué suerte!

—Tengo poco tiempo, lo que tarda la masa en fermentar. — Sonrió ante el desconcierto de la mujer, que daba la impresión de no haber oído nada parecido en su vida—. Estoy haciendo una tarta.

—¡Huy! Eso es muy peligroso. Después no hay forma de quitársela de aquí —señaló el muslo— y de aquí —le tocó el

turno a la barriga—. Será una visita rápida, lo prometo, y prometemos también no fijarnos en si está ordenada o no, eso no nos importa. Aunque yo soy muy maniática del orden. En mi casa todo ha de estar en su sitio, si no me pongo muy nerviosa.

—Y nos pone a los demás. — Miguel intervino en la conversación mientras contemplaba el reloj de pared, que marcaba las doce del mediodía.

—¿Sabes qué pasa, Nela? He

vivido mucho tiempo sola y me he acostumbrado a hacer las cosas a mi manera. Ahora vivo con Miguel y su hija Mónica, que es muy desordenada y muy contestona. Y no lo llevo muy bien, ¿sabes?

Nela pensó contestarle que no, que no lo sabía, pero por una vez fue capaz de contenerse.

—Os enseñaré lo que considero que se puede enseñar en una casa, teniendo en cuenta que no es un edificio público.

Un poco decepcionada, Emma

la siguió hasta el salón, el comedor y la biblioteca. Durante el recorrido no paró de hablarle de sus fracasos amorosos, lo egoístas y desagradecidos que eran los hombres, de cómo su último marido se había casado con una mujer igual a ella, rubia, delgada y jovial porque, evidentemente, seguía enamorado de ella. Nela soportó estoicamente todos y cada uno de los comentarios de aquella mujer. Saber que en unos minutos se libraría de ella para siempre lo

hacía más fácil. Cuando terminaron de ver las habitaciones que estaba dispuesta a enseñar y Emma tomó algunas notas, Nela les acompañó a la puerta.

—Tenemos que quedar algún día, Nela. Estamos en el puerto, hemos alquilado un pequeño yate. Podríamos salir un día a navegar, ¿qué te parece?

—No me gustan los barcos. Tengo demasiado respeto al mar y desde que vivo aquí ese respeto es aún mayor.

—No sabes lo que dices. Seguro que es porque no lo has hecho nunca. Es una maravilla. Además, lo pasaremos muy bien todos juntos. ¿Tienes pareja? Creo que no me lo has dicho.

—No, no te lo he dicho.

—Bueno, no importa, te daré una tarjeta mía, cuando quieras me llamas. Estaremos aquí dos semanas más.

—Por cierto. —Miguel se giró ya en el porche—. Me han contado que aquí han ocurrido

varias tragedias, ¿no?

Nela arqueó una ceja con evidente mal humor.

—El pintor que salía con la hija de los dueños La Casa Grande se tiró por los acantilados, hace muchos años. Y luego el suicidio de los viejos... ¿Tú eres la hija de Gabriela Arango?

Se sintió furiosa consigo misma por haberles dejado entrar. Estaba claro que él era un periodista y había utilizado la excusa del despacho de arquitectura

de su mujer para colarse en su casa.

—No sé de qué me hablas, y perdona, pero creo que ya os he dedicado demasiado tiempo.

Cerró la puerta y oyó un «llámame, Nela» desde el otro lado. Qué personas más insoportables.

Cada día, antes de anochecer, caminaba hacia los acantilados y se detenía allí un rato a mirar el mar. En invierno era aún más

estremecedor, con el rugido del agua chocando contra las rocas. Allí, un pintor había compuesto el rostro de una mujer sobre un lienzo. A veces imaginaba que les escuchaba hablar, repetía en su cabeza las cosas que Gabriela le había contado en su diario y casi podía escuchar sus voces.

La vida de Nela era muy tranquila, solo veía a Marta y a su familia. No le apetecía hacer amistad con nadie. La soledad era una buena compañera y le gustaba

disfrutar de ella. Leía con avidez, veía sus películas favoritas, caminaba mucho por aquella tierra hermosa y desconocida.

Pero había algo muy especial que hacía en serio por primera vez. Cocinar. Nadie le había enseñado nunca a hacerlo. Suponía que era el tipo de cosas que enseña una madre. Su tía, al tiempo que se iban conociendo mejor, la fue ilustrando sobre la manera de coger el cuchillo para cortar la verdura, la forma en que se cocina mejor el

pollo, cómo hacer tartas y pastelitos, los secretos del pescado y a ponerse un delantal con un trapo en la cintura para limpiarse las manos.

Marta era una mujer extraordinaria, ayudaba a su marido a reparar los instrumentos de pesca, jugaba al escondite con los niños, hacía las faenas de la casa, y todo con buen ánimo. Le gustaba mucho la música, tocaba muy bien la guitarra y solía hacerlo para Nela, cantando con una voz áspera y

dulce al mismo tiempo. Le contó que el profesor de guitarra fue su primer amor y, cuando Nela le preguntó qué había sido de él, solo dijo: «espero que la vida le diese todo lo que esperaba de ella».

Marta amaba a Mateo, de eso no tenía duda, igual que tampoco la tenía de los sentimientos del pescador hacia su mujer. Era un hombre silencioso y reservado la mayor parte del tiempo. Le gustaba contar historias de aquel mar al que amaba, transformándose entonces

en un ser apasionado. Era estremecedor contemplar cómo vivía cada palabra y convertía los recuerdos en escenas visibles para todos. A Nela le encantaban aquellas historias de pescadores, de marineros, de hombres que le quitaban al mar sus entrañas y que, a veces, recibían un duro castigo por ello. También les contaba historias de los celtas, de los ingleses y de todos los que se habían atrevido a navegar en aquellas aguas. Alguna noche,

sentado al fresco junto a la puerta abierta para que pudieran oírle, les recitaba poemas mientras fumaba su pipa. Las dos mujeres tomaban una manzanilla con anís y escuchaban cada una un poema distinto de acuerdo a sus propias emociones. Nela observaba entonces a Marta, porque le gustaba descubrir en sus ojos aquella mirada e imaginar que la veía en otra persona a la que hubiera deseado conocer.

Una de las primeras

excursiones de Nela fue a Finisterre y nunca olvidaría el momento en que vio al mar engullir el sol entre sus aguas. Entonces entendió por qué llamaban a aquel lugar el final de la Tierra. Realmente parecía que allí acabase el Mundo. Tuvo conciencia de la vida y la muerte como en ningún otro lugar.

A veces se dejaba embargar por la melancolía, dejaba que entrase por sus venas y se esparciese en libertad, imaginando compartir aquellos momentos

mágicos con Nico. No había podido sacarlo de su corazón, lo había intentado, pero no podía. Allí estaban todas sus caricias, sus palabras, sus gestos, su risa. En los árboles, en la tierra, en las nubes. Pero, sobre todo, en el mar. Aquel mar bravo y terrible se parecía a él más que ninguna otra cosa. Habían pasado más de seis meses desde la última vez que se vieron, pero sus sentimientos no habían desaparecido.

Samuel jugaba con los caracoles que tenía su pelo, los enrollaba una y otra vez alrededor de sus dedos.

—¿Cómo he podido enredarme con una criatura como esta? —dijo en voz alta.

La criatura gruñó adormilada.

—Cuando Nico te vea va a querer preguntarte muchas cosas — siguió hablando—. ¿Has hablado con Nela?

—Sí, ayer.

Jaime escondía la cabeza en la almohada, ¿qué le pasaba a ese hombre, que siempre que acababan de hacer el amor se volvía un condenado chismoso?

—Me refiero a si le has dicho algo de lo nuestro.

—Aún no.

—No sé de qué me sorprendo. Estuviste en Galicia hace un mes y volviste sin decirle ni una palabra.

—No era el momento —dijo Jaime cogiéndole la mano y colocándola bajo su cara para que

se estuviese quieto.

—¿Y se puede saber a qué estas esperando? ¿Qué piensas? Ah, ya veo, tú quieres ahorrarte trámites: «¿Sabes que estuve saliendo con Samuel, el hermano de Nico?». De esa manera le cuentas el principio y el fin con una sola frase, ¿es eso?

—Claro.

—La llamaré yo, no quiero que piense que esto tiene nada que ver con mi hermano.

—¿Qué narices va a tener que

ver?

—No sé, las mujeres son muy mal pensadas.

—¡Tú qué sabrás de mujeres!

—¿Cómo he podido enredarme con una criatura como esta? —repitió.

Jaime sabía que solo había una forma de hacerle callar.

—¡Iván, veeeen! —gritó.

En todo el tiempo que llevaba en la casa no se había decidido a

subir al desván hasta ese día. Le daba un poco de miedo lo que pudiese encontrar allí. Imaginaba que esos sitios debían estar cubiertos por grandes telas de araña, sucios, con animales intrusos y todo tipo de cachivaches. Al menos, así era como los había visto en el cine. Pero saber que allí había un baúl con cosas de su madre era una tentación irresistible. Pudo controlar la curiosidad mientras tuvo con qué alimentarla, pero ahora que ya se conocía hasta el

último rincón de la casa, no hubo manera de resistirse.

La primera sorpresa que recibió fue justo al dar la luz. Se encontró en una enorme habitación con tres ventanas. Tenía varias luces en el techo y estaba muy bien iluminada. Había algunos muebles antiguos: una cuna, una lámpara de pie, un armario con estantes y un espejo de cuerpo entero. Había tres baúles en distintos rincones y como no estaban etiquetados abrió primero el más cercano. Contenía

ropa antigua y cuatro cajas de cartón con libros. Se acercó entonces al armario, en el que encontró varias muñecas y juguetes pasados de moda, recuerdos de la infancia de Marta y Gabriela. Nela se sintió agradecida por estar allí y poder contemplar todas aquellas cosas que alguna vez formaron parte de la vida de aquellas personas y que hubiesen debido ser parte de la suya propia. Cogió una muñeca con un vestidito azul y unos preciosos tirabuzones, olía a

alcanfor. Pobrecita —pensó Nela —, seguro que yo la hubiese querido mucho. Se sentó en el suelo con ella y la acunó cantando con voz queda: «Tengo una muñeca vestida de azul, con su camisita y su canesú». Mientras cantaba, por su mente no dejaban de pasar imágenes.

—*Papá, ¿cuándo tendré mis muñecas?*

—*¿Para qué las quieres? Tienes los juguetes de tu hermano, ahora son tuyos. ¿No era eso lo*

*que querías?*

*—No, papá, yo no quiero sus juguetes, quiero mis muñecas.*

*—Pues vas a tener que aguantarte, porque se las di a unas niñas más buenas que tú.*

Nela sabía que mentía, le había visto meterlas en una bolsa y llevarlas al contenedor de basura. Había salido tras él a escondidas para rescatar a Lita, su preferida, una muñeca de trapo con la que había dormido desde que nació. Era vieja y estaba rota, pero la quería

igual.

De vez en cuando Rodrigo entraba en su habitación de improviso y se ponía a revolverlo todo. Parecía estar buscando algo, le sacaba las cosas de los cajones, del armario, miraba debajo de la cama. Después le decía que su habitación era una cuadra y que no saldría de allí hasta que estuviese ordenada. Al principio Nela se revolvía, le decía que era injusto. Pero poco a poco aprendió a callar y a obedecer en silencio, prefería

los castigos a lo otro.

En uno de esos registros la encontró. Estaba oculta en una de las estanterías más altas del armario, detrás de una almohada. La niña había imaginado que su padre pensaría que ella no podía llegar allí y no se le ocurriría buscar. Pero él parecía leerle la mente. Su cara se transformó en una perversa expresión de triunfo.

Nela intentó borrar esos recuerdos de su mente, abrazando fuertemente la muñeca vestida de

azul; pero no pudo evitar ver a su querida Lita destrozada por el suelo, un brazo, una pierna, la cabeza, todo desperdigado por su habitación y ella, con el labio sangrando, recogiendo los pedazos. Se levantó y dejó la muñeca en aquel armario que más parecía un santuario a sus ojos.

Abrió otro de los baúles de ropa y vio una caja blanca de cartón. Levantó la tapa y apareció el vestido de novia de su abuela, el que su madre había llevado en su

boda. El color blanco se había roto y ahora tenía un tono amarillento pero, aun así, no dejaba de ser precioso. Lo sacó con mucho cuidado, temiendo que, al igual que las momias de Egipto cuando abrían sus tumbas, se desintegrara convirtiéndose en polvo. No pudo resistir la tentación, se quitó la ropa que llevaba puesta y se puso el vestido frente al espejo. Al apretar el lazo de gasa que ajustaba la cintura, sintió el pinchazo de un alfiler. Miró buscando algún

imperdible puesto en el último momento. Su madre tuvo que perder mucho peso antes de la boda y seguro que el vestido le quedaba grande. Algo cayó al suelo. Nela se agachó. Era un papel doblado varias veces y apretado, seguramente con una plancha caliente, lo que casi había conseguido romperlo. Lo desdobló con mucho cuidado. Se sentó en el suelo y leyó en voz alta.

*«Queridos mamá y papá:*

*No sé si me atreveré a daros esta carta antes de marcharme, espero tener valor para hacerlo. No debéis estar tristes, sé que me queréis, aunque no lo merezca. Soy cobarde, ingrata y estoy maldita. Algún día, quizá, pueda explicaros lo que ocurrió en los acantilados. Algún día, quizá, pueda perdonarme por aquello, pero ese día aún no ha llegado, ni creo que llegue jamás. Sebastián cayó por el precipicio y me dejó sola, pero yo descendí a los infiernos. Todos*

*creéis que fue un accidente, durante este tiempo lo he oído mil veces mezclado en mi cabeza con otras palabras, más crueles, más dañinas. Sé que cuando leáis esta carta os hará sufrir. Pensaréis que podríais ayudarme, que mi mente se nubla por el dolor. No es así. Soy muy consciente de lo que hago. No os preocupéis por mí, no lo merezco. Vuestra hija murió aquel día, es solo su cuerpo el que se arrastra por este mundo. Ella ya no lo habita. Llevo en mis*

*entrañas lo único bueno que queda de aquello, por esta hija (siento que es una niña) sigo en pie. Mis piernas apenas me sostienen, pero mi corazón late y es fuerte. Se lo debo a Sebastián y viviré para protegerla. Debo hacerlo. Por ella seré fuerte. Por ella y por vosotros.*

*Os quiere más que a su vida,  
Vuestra hija.»*

Nela sintió las lágrimas caer por sus mejillas. Aquella hija era

ella. Cerró la carta con mucho cuidado, como quien guarda un tesoro. Volvió a ponerse su ropa y fue a su habitación, llorando como una niña, a buscar el diario. Lo sacó del cajón de la cómoda, lo abrió por la última página escrita y colocó allí la carta. Después lo abrazó como había hecho con la muñeca y secó sus lágrimas. Lamentó que su madre no se hubiera atrevido a dar la carta a sus padres, quizás ellos no la habrían dejado marchar. Era evidente que estaba

atormentada por lo que había ocurrido y necesitaba ayuda.

¿Cómo podría recomponer un puzzle al que le faltaban tantas piezas? Era evidente que su madre se sentía culpable por lo que había ocurrido aquel día. Pensó en Rodrigo, él se había pasado horas y horas junto a ella en sus peores momentos, en una de las más convincentes actuaciones, digna de un Oscar de Hollywood. Era posible que Gabriela le explicase algo en aquellos momentos, algo

que pudo utilizar contra ella. Tenía que ser él, precisamente, la única persona que tuviese alguna información. Recordó que Jaime le había dicho algo similar, pero ella lo había ignorado. Era la última persona con la que le apetecía hablar, pero al parecer no iba a tener más remedio que intentarlo.

Bajó al salón y descolgó el teléfono, le tembló un poco la mano al marcar el número de la clínica de Rodrigo.

—Clínica Diagonal, dígame.



años trabajando con Rodrigo, y a la que Nela apenas había visto un par de veces, debía pensar qué injustos son los hijos de hoy día. Los padres se desviven por ellos y ellos pasan de sus padres. Sobre todo en un caso como este, en el que el hombre era viudo y estaba enfermo. Lo que aquella enfermera no sabía, y Nela tampoco iba a decirle, era que Rodrigo siempre había estado enfermo, pero de una enfermedad que nadie ve porque el enfermo la tiene, pero es otro el que la padece.

Volvió a marcar un número.

—¿Quién es?

A Nela le extrañó oír la voz de Carol, a estas alturas pensaba que ya le habría abandonado.

—Soy Nela.

—¿Nela? ¿Qué Nela? — preguntó irónicamente.

—Carol, necesito hablar con Rodrigo.

—Está descansando, no se encuentra muy bien últimamente, pero a ti eso te da igual, ¿no?

Nela oyó la voz de su padre

preguntando quién llamaba.

—Es Nela.

Se hizo un silencio en el aparato y después oyó la atronadora voz de Rodrigo.

—¿Qué quieres? Si llamas para saber si me he muerto, siento decepcionarte.

—Necesito hablar contigo sobre mi madre.

—¿De qué quieres hablar? — su tono de voz cambió.

—Hay muchas cosas que quiero saber.

—¿Quieres ir al grano? No tengo todo el día.

—Encontré un diario.

—¿De Gabriela?

—Sí. Muy interesante, por cierto.

—Permíteme que lo dude.

—¿Te suena el nombre de Sebastián?

Silencio.

—Ha sido una lectura de lo más clarificadora.

—No me digas.

—El problema es que el

diario acaba el día 26 de diciembre. ¿Te dice algo esa fecha?

Al otro lado solo se oía la respiración agitada de Rodrigo.

—¿A qué viene remover todo aquello? Han pasado...

—¿Podríamos vernos para hablar?

—Ven esta tarde.

—No puedo, tendrá que ser otro día, estoy un poco lejos.

—¿No estás en tu casa?

—Sí, pero no en Castelldefels. Estoy en un

pueblecito de A Coruña.

—¿Estás en casa de tus abuelos? ¿Te has quedado con la casa de Fernando? —Soltó una carcajada.

—La comparto con Marta —dijo molesta.

—¿Cuándo quieres que quedemos? —preguntó ya impaciente.

—En quince días.

—De acuerdo. —Miró el calendario que había junto al teléfono, obsequio de la Escuela de

Enfermería, le dio la fecha y la hora, y colgó.

## XIV

### Luz de gas

«— ... él dijo, no existe esa carta, te estás volviendo loca.

— No lo ha conseguido pero, lenta y sistemáticamente, quiere salirse con la suya. »

(Paula y Bryan, *Luz de gas*, 1944)

Nico cogió el lienzo que estaba pintando y lo estrelló contra la pared. Salió del estudio hecho

una furia. No podía quitarse ese estado de ánimo que veía reflejado en sus cuadros. Claudio estaba entusiasmado con sus nuevas pinturas, pero él solo veía dolor, fracaso y abandono.

El aeropuerto de Londres era uno de los que más había pisado. Entre las visitas a la casa de los padres de Charlotte y las exposiciones, al menos una vez al mes, viajaba hasta allí. El día era soleado, uno de esos pocos días del año, y le pareció extraño estar allí

sin la seguridad de una excusa. Llamó a Charlotte al invernadero donde trabajaba y la sorprendió con la noticia de su llegada. «No has avisado», dijo ella. «Lo he decidido en el último momento», se excusó él. «¿Hay algún problema? ¿Quieres hablar? Nos encontramos en mi apartamento en media hora».

Charlotte era bióloga especializada en botánica. Su amor por las flores y las plantas la describía mejor que cualquier adjetivo. Verla trabajar era de lo

más relajante, acariciaba las hojas, hundía las manos en la tierra fertilizada y podaba con mimo cada una de sus plantas. Sensibilidad y dulzura eran su tarjeta de presentación. Charlotte enseñó a Nico su idioma, las costumbres inglesas, los lugares que valía la pena conocer. El pintor le enseñó los colores del arco iris, a hacer el amor bajo las estrellas, sobre la arena de la playa. Solo tenían dieciocho años cuando Charlotte hizo la maleta y se presentó en casa

de Nico: «Vengo a quedarme, si tú quieres». Y él quiso, no necesitó ni siquiera pensarlo.

Charlotte se quedó hasta un triste día, diez años después.

Nico recordaba todo esto y el corazón se le encogía en el pecho. El taxi se detuvo. Al bajar se sintió extraño allí delante de la pequeña casa de su mujer. Estaba distribuida en dos plantas y solo tenía una habitación. A él nunca le había gustado. La primera vez que fue, encontró el lugar deprimente. Se

ofreció a comprarle una mejor, pero Charlotte no quería su dinero, decía que podía mantenerse perfectamente y que a ella le gustaba.

En ese momento la vio aparecer por la izquierda de la calle. De aspecto frágil y desvalido, su fortaleza no era perceptible a simple vista. Nico no entendía qué le estaba pasando, pero era como si no la hubiese visto durante años. Sintió una pena muy honda. La pena del que falla a un amigo, del que abandona a un ser

querido cuando se está ahogando.

—Siento haberme retrasado.

—Se dieron un beso en la mejilla

—. ¿Entramos?

La siguió sin decir nada. Charlotte se quitó la chaqueta y la dejó en una silla con delicadeza. Él seguía todos sus movimientos, inmóvil en medio de la habitación, la cara demacrada y el corazón latiendo como un caballo desbocado. No había soltado la maleta y su aspecto era demoledor. Charlotte se volvió hacia él.

—He venido a quedarme, si tú quieres.

Laura abrió la puerta y se llevó una gran sorpresa.

—¡Nela! —La abrazó con fuerza—. ¡Cariño, qué sorpresa! Pasa, pasa. ¿Cuándo has llegado?

—Esta mañana temprano, fui a casa a dejar mis cosas. Por cierto, estaba todo impecable.

—Clara y Jaime han ido de vez cuando a echar un vistazo, ya

sabes.

—He visto que Jaime está allí, bueno, he visto sus cosas.

—Tiene una semana de vacaciones —dijo asintiendo.

—¿Cómo va todo por aquí?

—Te echábamos de menos, pero vamos a la cocina, que te prepararé un cafecito, ¿te apetece?

—¿Qué pregunta es esa, Laura? —Sonrió.

—Jaime está un poco raro. Yo creo que tiene un amigo, ya me entiendes —dijo guiñándole un ojo

a Nela—. Y Carlos se marchó a su nuevo apartamento. Por lo demás, todo sigue como siempre.

Sentadas ante una taza de café y unas galletas, Nela narró cómo eran las cosas en La Casa Grande. Laura notó un cambio en ella, la percibía más serena, aunque tenía la misma mirada triste de cuando se fue.

—Te encuentro mayor —dijo.

—¿Mayor? Pues si sigo así, pronto me veréis con una garrota.  
—Sonrió, mordiendo una de las

galletas de limón que había hecho Laura—. No, en serio, estoy descubriendo cosas sobre mí, al descubrir a mi familia. Resulta que comparto con ellos gustos, manías... Yo creía que esas cosas eran fruto de la convivencia, pero no es así. Por ejemplo, la manía que tengo de morderme la piel alrededor de las uñas.

—Sí, qué manía más tonta. —  
Laura la había regañado de niña muchas veces por ello.

—Pues mi abuelo lo hacía. Y

eso de contorsionar el dedo pulgar, que te daba tanta grima, lo hace mi tía. Me dijo que es porque tenemos dos articulaciones en ese dedo. Bueno, y como esa, muchas cosas. También sobre mi carácter y mis gustos.

—Estás bien allí, ¿verdad? Se te nota.

—Es una tierra extraña y mágica. Su propio nombre provoca sentimientos, solo de oírlo, «Costa du Morte». Es una costa inesperada y peligrosa. Sus aguas son frías y

profundas. El mar allí habla con voz atronadora y su sonido es atrayente. Tiene enormes acantilados que caen precipitándose al Atlántico y no puedes evitar acercarte a mirar, a pesar de los escalofríos que te provoca aquella pendiente cortante.

—¿Y la gente?

—No trato con mucha gente, ya me conoces, pero los pocos que conozco son agradables. Es un pueblecito marinero, las embarcaciones salen y entran del

puerto constantemente y me gusta ver a las mujeres con sus hombres, sentadas en el suelo, arreglando las redes que se han roto en el mar. Es un mundo que no conocía, que todavía no conozco bien.

—¿Y tu tía cómo es? —Laura le dio otra galleta.

—Tiene una familia encantadora. Mateo es pescador y un hombre muy inquietante, tan pronto está mudo, como se pone a explicarte que antiguamente aquel era un pueblo ballenero, o te cuenta

una leyenda, o te recita un poema. Marta es una mujer fuerte, no se parece nada a mi madre, bueno, al menos a la Gabriela que yo conocí. Los niños son traviesos. Me divierto mucho con ellos, me dan alegría y no me permiten aburrirme.

—Me alegro de verte así, hasta tienes color en las mejillas.

—Me estoy haciendo una experta cocinera, aunque eso tiene sus contraindicaciones —se dio una palmada en el trasero—. Ya empiezan a notarse los efectos.

—¡Pero si estás muy flaca! Hablando de cocinar, te quedarás a comer, por supuesto.

—Por supuesto —repitió—, quiero ver a Guillermo.

Laura rellenó las tazas y dejó la cafetera en el fogón.

—Y ahora explícame a qué se debe esta visita sorpresa.

—He venido a hablar con Rodrigo. Tiene que explicarme algunas cosas, detalles importantes que mi madre no escribió en su diario.

Había hablado muchas veces con Laura, por teléfono, sobre lo que iba descubriendo de Gabriela y su familia.

—Él es el único que puede hablarme de aquellos días.

—Ten cuidado, sabes que Rodrigo no es de fiar.

La joven asintió y un estremecimiento recorrió su espalda como si una garra la hubiese acariciado.

Llegó a su casa a las cuatro y se tumbó en el sofá. No entendía por qué estaba tan cansada. Al llegar allí su estado de ánimo había cambiado. En La Casa Grande se sentía activa y con fuerzas para todo, en cambio allí volvía a estar aletargada. Se fijó en el cuadro de Javier, hacía meses que no tocaba un pincel. Se había propuesto no volver a hacerlo. Aquel rostro le recordó otro rostro adulto. Ahora veía el gran parecido que había captado. El recuerdo de aquellos

días la hizo encogerse como un ovillo.

A las ocho aparcó delante del edificio donde vivía el que, durante años, había creído que era su padre. Mientras caminaba hasta la portería, pensaba en lo liberador que resultaba saber que no había ni una gota de sangre de aquel monstruo corriendo por sus venas. Cuando se abrió la puerta esperaba encontrarse con la plástica Carol, pero la sorprendió un demacrado

Rodrigo. Había envejecido desde la última vez que se vieron y ya no tenía aquella arrogancia que le daba el saberse atractivo. Tenía la tez grisácea y los ojos rodeados por aros violetas.

—¿No piensas entrar?

Rodrigo siempre había odiado los pantalones en las mujeres, pensaba que unas piernas bonitas debían lucirse. Nela recordaba la paliza que le había dado a Gabriela por ponerse un traje pantalón para ir a una de sus cenas. Luego tuvo

que excusarla diciendo que estaba enferma. Nela llevaba puestos los pantalones más raídos que había en su ropero, junto con una camisa larga y masculina y dos trenzas.

—Estás guapísima, como siempre —dijo Rodrigo con ironía.

Nela, que estaba de espaldas, sonrió. «Justo lo que esperaba», pensó.

—Muchas gracias, tú estás estupendo. El color de tu cara hace juego con las cortinas.

—Si quieres tomar un café,

esperaré en el salón a que lo prepares.

—No, gracias.

—Entonces, vamos de una vez.

Rodrigo se sentó en su sillón, como hacía siempre, y a Nela le temblaron un poco las piernas al hacerlo en el sofá. De repente había perdido la seguridad. No sabía si era por estar allí, en el lugar donde había vivido los momentos más horribles, o por estar delante de aquel hombre a solas otra vez.

Había esperado encontrar a Carol con él. Rodrigo pareció darse cuenta, porque su rostro cambió y una mueca de satisfacción se dibujó en su boca.

—Carol no ha podido quedarse —dijo socarrón—, aunque tenía muchas ganas de verte, como siempre.

—Estoy segura de que no más que yo de verla a ella.

—Así que te has quedado con La Casa Grande. Fernando debe estar revolviéndose en su tumba al

ver que una hija mía es dueña de su casa —rió a carcajadas.

—No es necesario seguir mintiendo, Rodrigo, sé que no eres mi padre.

La miró con una mirada indescriptible. Nela no supo si era odio, rencor o alivio. Él se levantó de su sillón y se dirigió al bar, donde se sirvió una buena cantidad de coñac.

—Así que ya lo sabes.

—¿Te dije que encontré un diario de Gabriela?

Rodrigo no respondió.

—Habla mucho de Sebastián, de lo mucho que lo amaba. También habla de ti, justo por lo contrario — siguió Nela.

—¿Ah, sí? ¿Y qué dice? — Estaba de espaldas y ella no podía ver su expresión.

—¿Te dicen algo las palabras: acoso, persecución e intimidación? Menciona también que le dabas lástima, que no aceptabas que entre vosotros todo había terminado.

—¿Y tú te lo has tragado? —

Se giró y miró a Nela con curiosidad—. Entonces ¿por qué se casó conmigo?

—Esa era una de mis preguntas. Es evidente que ella no te quería.

—¿Estás segura?

—Por supuesto.

—¿Cómo sabes que es cierto lo que pone en ese diario? Si pudiese leerlo, estoy convencido de que encontraría unas cuantas mentiras.

—No lo creo. Sería mentirse a sí misma.

—¿La Gabriela de ese diario es la misma Gabriela que tú conociste?

Nela no contestó.

—Seguro que no. Seguro que en ese diario se muestra como una chica adorable y dulce que amaba sincera y apasionadamente a un pintor de poca monta. ¿Me equivoco?

Nela se removió en el sofá, comprendió que le iba a resultar

más difícil de lo que pensaba aguantar aquella conversación.

—Has venido buscando respuestas y las tendrás. Durante estos años he pensado muchas veces contarte la verdad. No vayas a pensar que no lo hice por protegerte. Pero ahora te lo explicaré y espero que el dolor te corra las entrañas, como me las ha corroído a mí durante todos estos años.

Nela se estremeció. La mirada de Rodrigo era perversa, casi

diabólica. No quería mostrarse vulnerable ante él, sabía de sobras que no le convenía. Iba a intentar hacerle todo el daño que le fuese posible y Nela se dio cuenta de que no tenía nada con qué protegerse.

## XV

### Retorno al abismo

«—... uno no puede tratar el sufrimiento humano, de un modo eficiente, si se ve obligado a compartirlo... »

(Mark, *Retorno al abismo*, 1945)

—Gabriela era una joven muy hermosa que vivía en La Casa Grande, un lugar muy especial,

deslumbrante es la palabra con que lo habría descrito entonces. Mi familia se marchó de aquel pueblo cuando murió mi hermano. —Hizo una pausa como si estuviese recordando algo y después de dos tragos a su bebida, continuó—. Y vivimos en la capital hasta que mi madre dijo que tenía añoranza y decidió regresar a su «hogar».

Rodrigo tenía una mueca de desprecio y Nela comprendió que acababa de descubrir una de sus cuentas pendientes con Mamanela.

—Lo único interesante de allí era La Casa Grande y sus habitantes, una familia muy pintoresca —siguió hablando—. Gabriela Arango tenía dieciocho años entonces. No me fijé en ella más de lo que me había fijado en otras muchachas de la zona, pero ella tenía planes para mí.

Nela se reclinó en el sofá, dispuesta a escuchar lo que tuviese que decir.

—Todos los jóvenes se rendían a sus encantos y yo, que ya

no era un muchacho, no le hice el caso que ella esperaba. Fue por eso que me buscó y se enroscó a mí hasta hacer que me enamorase de ella. No le costó mucho, la verdad, era muy inteligente, hermosa y divertida. Una vez que lo consiguió mantuvimos una relación muy apasionada —miró a Nela con malicia—, tu madre no era una puritana, ¿sabes? No tenía reparo en hacerlo en cualquier lugar que se le antojara y siempre estaba dispuesta a satisfacer mis fantasías.

Su rostro cambió de pronto y, por primera vez, Nela pudo ver dulzura en su mirada.

—Yo la amaba profundamente. Me entregué sin reservas, sin temor, dispuesto a todo lo que fuese necesario por ella. Pensábamos casarnos e irnos de aquel pueblo asqueroso. Entonces se fijó en Sebastián, en el halo romántico que le envolvía. Dejó de sentir interés por mí y me dejó como a un muñeco viejo.

Había dolor y rabia en el

rostro de Rodrigo.

—Entonces empezó la caza y captura de una nueva pieza, pero Sebastián no era como yo. Él era un hombre de mundo, un pintor bohemio y romántico que se enamoraba cada día dos veces. Y yo, mientras tanto, sufría como un imbécil.

—Si tan mala era, ¿cómo podías amarla?

—El amor no se escoge, una vez se te mete en las entrañas no puedes sacarlo de allí. No tienes ni

idea de lo que es eso.

Nela sonrió con tristeza.

—Intenté persuadir a Sebastián del tipo de mujer que era y de lo que conseguiría si caía en sus redes, pero él ya lo sabía, tenía claro lo que quería de Gabriela.

Nela empezó a notar un rumor extraño en su cerebro. Algo no iba bien. Una señal de peligro la hizo ponerse de pie.

—¿Adónde vas? —Rodrigo se puso también en pie.

—No me gusta lo que estás

diciendo.

—Tú querías saber y ahora vas a escucharme. ¿Qué pasa, si no te digo lo que quieres oír, ya no te interesa? La verdad es así. Hay que aceptarla. No podemos cambiar las cosas para que sean más agradables.

—¿Cómo sé que lo que dices es cierto? Estás inventándolo todo.

—¿Para qué? ¿Crees que me importa lo que tú pienses? Yo no obtengo ningún beneficio de lo que te explico. Nunca nuestro ante

nadie mis debilidades y menos lo haría ante ti. No tengo ningún interés en que sepas que fui un gilipollas, un pelele en manos de tu madre. Pero te lo explico con gusto, ¿sabes por qué? Porque así podré revelarte la auténtica cara de Gabriela, la dulce Gabriela que has creído encontrar en aquella casa. La mujer sin entrañas, sin amor para nadie que no fuese ella misma. ¿Y de Sebastián qué me dices? El romántico, el profundo y sensible artista que se folló a tu madre hasta

dejarla preñada y después quiso hacerla volver a la realidad de un modo, digamos, poco fino. —Dio un empujón a Nela contra el sofá—. ¡Siéntate!

—¡No me grites! —Nela hizo ademán de levantarse.

—¡Te grito si me da la gana, pequeña bastarda! —De una bofetada la dejó inmóvil en el asiento—. ¡Vas a saber quién era tu madre y quién fue tu padre! Así sabrás por qué te he tratado toda la vida como la mierda que eres.

Ahora entenderás por qué mi dolor se tornó rabia y mi amor, venganza. Yo era un hombre normal, uno de tantos, pero Gabriela me envenenó, me emponzoñó el alma hasta dejarla completamente negra.

Eran las doce de la noche y el farolillo de la terraza estaba encendido. Jaime entró en la casa con sigilo, no quería despertar a Nela. Evidentemente, había dejado la luz encendida para cuando él regresase. Al entrar la vio tumbada

en el sofá.

—Nela —susurró.

Se acercó despacio para no asustarla y entonces vio sus ojos abiertos, que le miraban en silencio.

—Hola, forastera, no quería despertarte.

La muchacha se sentó y se abrazó a su amigo. No decía nada, solo le abrazaba fuerte, sin dejar que se separara.

—Nela, ¿qué pasa?

Ella no contestó, parecía

agarrarse para no caer.

—Nela, ¿no vas a contarme qué pasa?

—Creo que no —al fin habló, se separó lentamente y volvió a tumbarse—. Al menos ahora no. Necesito pensar.

Jaime le cogió la cara con las manos y le vio los moratones.

—¿Quién te ha hecho esto? —le temblaron los labios.

Nela le apartó con suavidad.

—¡Hijo de puta! ¡Hijo de puta! —repitió—. Ojalá se muera y

se lo coman los gusanos.

—Basta, Jaime, te van a oír los vecinos. Estoy bien, ya estoy bien. —Se levantó—. Me voy a la cama. Puedes dormir en el sofá.

Jaime la abrazó y Nela no pudo contener las lágrimas. La acompañó hasta su habitación y la ayudó a acostarse. Después se quitó los zapatos y se tumbó junto a ella rodeándola con sus brazos.

Rodrigo se balanceaba

adelante y atrás en su sillón. Se hallaba en un extraño trance del que parecía no poder salir. El gesto torcido de su boca hubiese perturbado a cualquier observador casual que lo presenciase. Gesto que se transformaba, de forma intermitente, en una mueca de terror. Tal parecía que se mostrase ante sus ojos un ser monstruoso y aterrador. No iban a dejarle nunca, le torturarían hasta matarlo. De nada sirvió dejar vivir a la bastarda. Los labios del hombre se

movían en un susurro imperceptible para el oído humano y que repetía como un mantra.

«—Tú me obligaste, tú me obligaste, tú me obligaste...»

—Buenos días.

—Buenos días, Jaime —Nela despertó acurrucada en los brazos de su amigo.

—Tenemos que hablar —dijo él.

—¿Por qué no preparas café?

—El labio hinchado dolía mucho más que la noche anterior.

—¿No deberíamos hablar primero?

Nela se quedó pensativa, sopesando los pros y los contras.

—No estoy segura de querer.

—Sea lo que sea lo que hablaste con Rodrigo, seguro que es mejor vomitarlo que quedártelo dentro.

—Hablamos de mi madre, de Sebastián. Nunca podré saber si es mentira lo que me contó. Es su

palabra contra... nada. Mi madre no está, Sebastián no está, solo está él. Su odio es tan profundo que le ha destrozado la vida. En el fondo es digno de compasión.

—¿Compasión? Luego iré a verle con Alejandro y le compadeceremos un rato.

—No, Jaime. —Nela se incorporó en la cama y obligó a su amigo a mirarla—. Júrame que no le dirás nada a nadie, y menos a Alejandro. ¿Si no puedo confiar en ti, en quién voy a hacerlo?

—Nela, no puede quedarse tan tranquilo después de lo que ha hecho.

—Júramelo o nunca volveré a contarte nada.

Jaime la miró, sabía que hablaba en serio.

—No se merece que le defiendas.

—No le estoy defendiendo. Por mí podría morirse ahora mismo y no me importaría lo más mínimo. Quizá, incluso diese una fiesta para celebrarlo, pero eso que pretendes

llevaría a otra cosa y luego a otra y no acabaría nunca. A Rodrigo no le falta el dinero, ya lo sabes, podría pagar a quien fuera para que hiciese cualquier cosa. —Y bajando la voz hasta el susurro—: Tú no sabes de lo que es capaz.

—Está bien, no haré nada si me prometes que no volverás a verle a solas.

—Te lo prometo. No tengo intención de volver a verle jamás.

—Ahora explícame qué pasó.

—Está tan lleno de odio. —

Se apoyó en el cabecero de la cama y comenzó a hablar—. Mi madre nunca me habló de amor, quizá porque ya no sabía lo que era. Mientras estuve en La Casa Grande, entre las cosas que un día fueron suyas, leyendo su diario y viendo las fotografías que mis abuelos conservaban de aquel tiempo, creí que yo representaba lo único vivo que quedó del amor que mis padres se tuvieron. Pero, en realidad, de lo único que puedo estar segura es que soy el fruto de un acto, de un

momento. Según mis vivencias la historia de Rodrigo sería perfectamente posible. No hay escrito en mí ni un recuerdo de ese amor. Mi madre jamás me habló de Sebastián.

—Eras solo una niña.

—Y aun así me trató con indiferencia durante el tiempo que permaneció conmigo. Y luego me abandonó, de la manera más cruel que puede abandonarse a nadie, más aún si se trata de una niña. Sin olvidar que me dejó a expensas de

un monstruo. —Se encogió de hombros—. Así es como me quiso mi madre.

Nela se puso de pie, los ojos secos y el dolor saliendo por la boca, por las manos y por todo su cuerpo, en oleadas, como un mar agitado, imprevisible y violento, que golpea contra las rocas intentando doblegarlas.

—Ella sabía la clase de hombre que era Rodrigo, a ella la había maltratado muchas veces. ¿No supo lo que haría conmigo? La

hija bastarda, como él me llamó, bastarda, mal nacida, fruto de una relación lujuriosa y vacía. Salida de las entrañas de una mala mujer desnaturalizada, que abandonó a una niña a su desgracia.

—Nela —susurró Jaime.

—¿Qué? —El rostro de Nela era una máscara de rabia contenida, sus palabras una explosión reprimida durante años. En definitiva, el dolor de alguien que no tiene a quién pedir cuentas por sus desgracias—. ¿Es que no es

cierto lo que digo? Aunque fuese mentira todo lo que Rodrigo me contó anoche, aunque las cosas no hubiesen ocurrido como él me las explicó, hay algo que no necesito que nadie me explique. Y soy yo. ¡Yo! Ella me abandonó cuando más la necesitaba, cuando la angustia, la desesperación y la culpa me estaban corroyendo el cerebro. — Se sentó con la cabeza entre las manos—. Yo no quería que nada le pasara, le quería mucho, jamás deseé... ¡Oh, Dios mío! ¿Por qué?

¿Por qué tuvo que subirse a aquel árbol? ¿Por qué no se quedó jugando en la tierra como hacía siempre?

Jaime se agachó delante de ella.

—Nela, yo estaba allí, y sé lo mucho que querías a Rodri. Vi cómo intentaste sujetarle...

—Si le hubiese vigilado no se habría encaramado a ese árbol, si yo no hubiese subido, la rama no se habría roto.

—¡Eras una niña! —exclamó

indignado—. Yo tampoco hubiera podido hacer nada si me hubiese pasado a mí. Rodri era muy pequeño, no tenía fuerza.

Nela se abrazó a él y Jaime la estrechó con fuerza. Recordaba muy bien aquellos momentos: Nela, subida al árbol, Rodri colgando de su manita. Se estremeció, la imagen del pequeño cayendo era algo que no olvidaría nunca. Alejandro no le dejó mirar, le escondió la cabeza en su pecho antes de que el niño chocase contra el suelo. Y los dos

hermanos se quedaron allí, esperando a que Nela bajase del árbol, durante horas.

—Cuando tu madre se suicidó no supo lo que hacía, había perdido la cabeza. No creas nada de lo que haya podido decirte Rodrigo. Su deporte favorito es hacerte sufrir. Sería capaz de inventar cualquier cosa para conseguirlo.

—En estos últimos meses, había tenido la esperanza de recuperar algo que nunca tuve. Me decía que mi madre no me

demostraba el cariño que sentía porque el sufrimiento no la dejaba, pero que en el fondo me amaba por ser parte de él. Me repetía a mí misma que Gabriela era alguien que no pudo soportar la vida más que por esperar la muerte y que una persona así no podía demostrar amor.

—¿Y vas a permitir que Rodrigo cambie eso? ¿Qué te ha dicho?

Nela se apartó de Jaime y salió de la habitación. Él la siguió y

la detuvo en el pasillo sin dejarla seguir.

—Nela, cuéntamelo.

—Gracias por cuidar de mi casa —dijo bajando la cabeza.

—Por favor... —suplicó su amigo.

Ella clavó los ojos en sus manos.

—Es una zona de los acantilados desde la que se ven la Islas Sisargas, un lugar muy escarpado y con mucha altura, pero increíblemente hermoso. He estado

allí muchas veces imaginando momentos felices entre mis padres. Allí Sebastián pintaba un retrato a Gabriela, el retrato más hermoso, eso sí he podido comprobarlo. Discutieron sobre mí. Gabriela le dijo a Sebastián que estaba embarazada y él se puso furioso. Le dijo que esos no eran sus planes, que había pensado en un futuro muy diferente, que esa no podía ser la vida de un pintor.

Nela se detuvo en ese punto. Por su mente pasó la imagen de

Nico pintando su retrato. Se puso de espaldas a Jaime, no quería que le viese la cara.

—Él le dijo que lo sentía mucho, pero que no estaba dispuesto a renunciar a su vida. Lamentaba que hubiese malinterpretado sus intenciones y que no hubiese comprendido que un artista es un alma libre. Esa criatura no tenía nada que hacer en el mundo y le aconsejó que abortara.

Jaime cruzó los brazos concentrado en lo que Nela le

explicaba.

—Después se acercó al acantilado dando por acabada la conversación. Rodrigo dice que mi madre le confesó que lo había matado. Le empujó sin poder contenerse y después, cuando vio lo que había hecho, se volvió loca. El resto, ya lo conoces.

—Nela, no seas ingenua. ¿Y tú le crees? —Jaime la forzó a levantar la mirada.

—¿Por qué no? ¿Para qué iba a mentir? Me explicó cosas íntimas

suyas, terribles, humillantes y ofensivas para él.

—Pero ¿no te das cuenta de lo que pretende? Quiere destruirte, y ¡por Dios! que acabará consiguiéndolo si le dejas. Vamos a sentarnos. —La agarró por los hombros y la guió hasta el sofá—. Nela, tú leíste el diario de tu madre, ¿no? —Ella asintió—. ¿Crees que un diario puede fingirse? ¿Crees que tu madre se ponía una máscara de falsedad para sentarse delante de su cuaderno y escribir un montón de

mentiras? ¿Para qué? Ah, claro. —  
Se dio un golpe en la frente—. Lo  
escribió para ti, que no existías ni  
en su pensamiento.

—¡No lo sé! ¡No sé nada!  
Pero es cierto que ella se sentía  
culpable por la muerte de  
Sebastián, lo leí en la carta que  
escribió para sus padres y que  
nunca se atrevió a darles. Decía que  
no merecía la compasión de nadie,  
que estaba maldita. Todo tendría  
sentido si lo que me ha explicado  
Rodrigo fuese cierto. Él no sabe

que yo encontré esa carta. Dice que se casó con él porque juró protegerla, no contar jamás lo que había hecho. —Nela miró a su amigo y había mucho cinismo en aquella mirada—. Me ha dado el argumento que necesitaba para entender por qué mi madre se casó con un hombre al que detestaba.

—Nela, por favor...

—Pero de lo que no tengo ninguna duda es de lo que yo misma viví —dijo con frialdad—. Ella me hizo responsable de su desgracia,

de todo el dolor que Rodrigo le causó. ¡Por eso nunca me quiso!

—Vaya, hombre, lo que faltaba —dijo Jaime haciendo un gesto de impotencia. Contra ese nuevo montón de mierda que Rodrigo había vertido sobre su amiga iba a ser muy difícil luchar.

—Con la explicación de Rodrigo todo tiene sentido. — Mientras hablaba, ella misma se iba convenciendo de que así era—. Mi existencia provocó la pelea. Ella perdió la cabeza y asesinó al

hombre que amaba, sintió miedo, aceptó el chantaje de Rodrigo y, al casarse con él, recibió el pago por lo que había hecho. Todo tiene lógica. Después... mi hermano. Cuando Gabriela miró hacia el árbol y me vio allí subida, vi su cara de horror. Creyó que le había dejado caer a propósito, que era un castigo...

—Nela, Nela. —Jaime movió la cabeza incrédulo—. Estás desvariando. Verbalizas tus remordimientos en voz alta.

—¡Estoy maldita! —hablaba de un modo irracional—. Mi sangre está maldita, mis manos... Por eso Rodri se cayó del árbol y por eso ella se tiró desde un sexto piso. ¡Sebastián se los llevó haciéndoles lo mismo que ella le hizo a él!

Rompió a llorar desesperadamente. Jaime la abrazó y la acunó como había hecho tantas veces antes. Pero esta vez no se veía capaz de ayudarla.

## XVI

### A través del espejo

«— El espejo era yo. Tú eras el  
reflejo. »

(Ruth, *A través del espejo*,  
1946)

Insistió en llevarla al aeropuerto y, una vez en la puerta de embarque, ninguno supo qué decir. Nela ya no tenía fuerzas para fingir y su rostro demostraba

claramente su estado de ánimo. Jaime no sabía de qué manera consolarla.

—Debo irme, mi avión sale dentro de veinte minutos.

—Siento que hayas sabido lo de Nico por mí, pero en el fondo creo que es mejor así. No era bueno que estuvieses esperando.

Aquella noche, mientras cenaban, Jaime le había contado su historia con Samuel y le había dado la información que le faltaba a Nela para saber que debía pasar página.

Nico había vuelto con su mujer.

—Las cosas no deben dejarse a medias —había dicho Nela.

Después siguieron cenando como si se hubiese zanjado el tema, pero Jaime la escuchó llorar cuando se encerró en su habitación.

—¿Sabes? Es extraño todo lo que me ha ocurrido estos últimos meses. Me siento como si hubiesen pasado años desde aquel día en tu casa, ¿te acuerdas? Cuando me interpretaste aquella pieza al piano. —Hizo un gesto con la mano—. No

me hagas mucho caso.

La abrazó con fuerza, quería mucho a aquella muchacha, frágil y fuerte al mismo tiempo, que le había enseñado tantas cosas. Sin saber por qué le vino a la cabeza cuando tenían diez años. Él tropezó y, al caer, se clavó un montón de cristales rotos que había en el suelo. Nela estaba junto a él, que lloraba a moco tendido, y le dijo: *«Jaime, imagínate que no eres tú, imagina que soy yo la que se ha clavado los cristales. No te duele.»*

*Hazme caso. Solo duele si tú quieres. Yo lo hago siempre y funciona». Pero, al ver que a él no le funcionaba, se puso de pie y le miró con un gesto de sabiduría y le dijo: «Bueno, piensa en todas las veces que podrás contarlo y en la cara que pondrán todos cuando les expliques cuánta sangre te salía y lo mucho que te dolía. Te caes solo una vez y puedes explicarlo todas las que quieras, hasta que seas viejo».*

—Nela...

—Adiós no significa nada, en realidad solo es hasta la vista.

Ella puso dos dedos en sus labios. No quería que dijese nada, solo quería marcharse. Sus ojos llenos de lágrimas le miraron después de pasar el control de metales.

Jaime salió de la terminal y al llegar a su coche se fijó en un hombre que llevaba en brazos un perro de color marrón. Era un perro sin raza de esos que se ven abandonados por la calle. Él tuvo

uno igual cuando era pequeño. De pronto le invadió una sensación de terror que crecía por momentos mientras mantenía apretada la llave del coche entre los dedos. El corazón le latía desbocado y le costaba respirar con normalidad. La idea que se había abierto en su cerebro era tan clara que parecía un hecho cierto. Tenía que detenerla.

Volvió dentro y corrió hasta un mostrador.

—Quiero un billete para A Coruña —dijo sacando la cartera

—El próximo vuelo no sale hasta dentro de seis horas — respondió la mujer.

—Quiero un billete para el avión que sale ahora. —Jaime estaba desesperado.

—Lo siento, señor, ese vuelo está cerrado. No hay sitio en ese avión.

—Tengo que ir, tiene que darme un billete.

El rostro de «imposible» de la mujer era indiscutible. Se alejó de la cola y caminó sin ser

consciente de dónde estaba hasta llegar frente a una pared de cristal. Se apoyó, sintiéndose impotente, y cerró los ojos. Volvió a pensar en su perrito Corky. Él era un crío cuando lo atropellaron. Lo tenía desde que podía recordar y murió en sus brazos. Él lloraba desconsolado y Nela le acariciaba el pelo diciéndole: «Hazle mimos, ¿no ves que tiene que irse?, no llores, Jaime. No debes decirle adiós, adiós no significa nada, en realidad solo es hasta la vista». Las

lágrimas rodaron por la cara de aquel niño, como lo hacían ahora por las del hombre.

Avanzó por el camino de grava hasta llegar ante la puerta, abrió y dejó las maletas en la entrada. Oyó el teléfono de la casa, que sonaba mientras se alejaba del que había sido su hogar durante los últimos meses. Aquel paseo lo había hecho muchas veces desde que llegó a ese maravilloso paraje.

Estaba tranquila, los ojos secos ya y el corazón latiendo acompasadamente. En realidad, aquella era una cita que tenía en la agenda desde hacía mucho tiempo. Había estado posponiéndola durante años. Uno nunca encuentra el momento de acudir a algunos compromisos.

El mar le hablaba, cada vez más cercano, y ella le escuchaba, como se escucha al viejo amigo que te da un consejo, con interés y agradecimiento. Interés, porque es

viejo y sabe mucho del corazón humano; y agradecimiento porque tiene el detalle de preocuparse por tus problemas y se molesta en darles solución. Pisaba ya la roca que conforma el acantilado y el rugido del mar era más ensordecedor que sus propios pensamientos. Había pasado horas allí, soñando con dos jóvenes enamorados que se habían entregado, creando una vida para el futuro. Se imaginó muchas veces corriendo sobre aquella tierra con

la alegría de los niños. Creó una fantasía a su alrededor diciéndose que Rodrigo no había existido, intentando borrar el terror y la soledad que llevaba pegada a la piel. Se acercó al borde del precipicio como hizo una vez para ver y así imaginar los últimos momentos de su padre. El fondo la atraía y su respiración se hizo agitada. Veía el agua espumosa golpeando las rocas con su enorme fuerza transparente y a estas que, sin una queja, aceptaban el castigo

que les era infligido. Lo merecían por barrar con su presencia el paso del líquido elemento que ansiaba expandirse. Se habían convertido por ello en fuerte y bastión, cárcel y cerco que impedía al mar conocer un mundo que le era ajeno.

Nela intentó rezar una oración, pero no tenía ningún Dios al que dirigirse. Sola había andado su camino y sola debía marcharse. Pensó en las personas que había amado y en aquellas que también la amaron y todas ellas derramaron

lágrimas que hicieron más profundo el Océano. Soltó el aire con fuerza. No era plan llegar con los pulmones llenos y hacer así más difícil el trabajo a quién, sin esta vez provocarlo, se iba a encontrar con aquel náufrago.

Antes de levantar el pie, vio a su madre. Sintió su desesperación, su angustia. Fue como tenerla otra vez frente a ella siendo una niña. Entonces oyó un ruido de pasos ligeros que se acercaban. Se giró a mirar. ¿Y si era uno de los niños?

Su tía sabía que ese era su lugar favorito. No era un espectáculo para críos. Ella lo sabía bien. Tendría que esperar un poco más. Dio un paso atrás.

Un joven desconocido se acercaba a ella.

—Hola —saludó.

—Ho... Hola —las palabras no salen fácilmente cuando crees que ya no tendrás que volver a hablar más.

—Es magnífico, ¿verdad? —

Se asomó al precipicio—.

Sobrecogedor, más bien. Este paisaje siempre me ha estremecido. —La miró de soslayo—. ¿No crees que estamos un poco cerca del borde?

—Quizá —dijo ella.

—¿Eres de aquí? —El extraño volvió a mirar al frente y Nela aprovechó para observar su perfil. Le resultaba familiar, pero no recordaba dónde le había visto.

—Bueno, no.

—He estado aquí muchísimas veces —dijo él.

—Yo también.

—Qué raro que no nos hayamos encontrado antes. ¿Nos sentamos ahí? —Señaló una roca alejada del borde—. Soy un poco patoso y no querría resbalar.

Nela se sintió extraña. ¿Qué hacía aquel allí? ¿Por qué no se iba de una vez? Decidió seguirle la corriente para ver si se iba antes.

Se sentó donde él le indicaba.

—¿Vives cerca? —preguntó el desconocido.

—Sí —dijo escuetamente.

—Sí —repitió él—, ¡qué fabulosa respuesta!

—Vivo en una casa...

—Hombre, algo hemos adelantado. Al menos no vives en una cueva.

—Estoy en casa de mis abuelos.

—Si son de aquí, seguro que les conozco.

—Murieron hace unos meses. A su casa la llaman por aquí La Casa Grande.

—Y no es porque sí, podrías

compartirla con una congregación de carmelitas.

Nela sonrió.

—Sí, es bastante grande.

—¿A qué te dedicas? — siguió preguntando, al parecer era infatigable.

—Traduzco manuales técnicos en inglés, al castellano y al catalán.

—O sea, que ese acento que tienes es catalán. Ya me parecía a mí que gallego no era. Yo nací en Toledo, vine aquí con mi madre

hace años.

—¿Y tú a que te dedicas?

—Según mi madre, a hacer el vago. Para ella todo aquel que no tiene un trabajo estable o es pescador o es un vago. Yo no soy pescador.

Rieron los dos y Nela se fijó en que tenía una risa contagiosa y muy bonita. Era un chico muy atractivo.

—En realidad, soy un artista —continuó—, pero mi madre no está para esas tonterías, ¿sabes?

Nela sintió un escalofrío.

—¿No serás pintor?

—Por supuesto, ¿qué si no?

Nela se levantó nerviosa. No era posible, había algo diabólico en ella que atraía lunáticos del pincel. La situación le pareció de lo más cómica, como sacada de una película de Woddy Allen. Ella allí, a punto de suicidarse para acabar con todas sus desgracias, que no eran pocas, y de pronto aparecía aquel chalado que encima era pintor. Él se levantó también y se

puso frente a ella, tenía unos ojos negros preciosos.

—¿No seguirás pensando que eso era una solución? —dijo señalando el borde del acantilado.

Nela le miró sin comprender.

—Esa no es una buena manera de acabar con los problemas —continuó—. Cualquier problema tiene solución si estás vivo, pero si te mueres se quedan sin resolver. ¿Has pensado que alguien podría necesitarte alguna vez?

—¿Tú... sabías? —Nela

señaló al precipicio.

—Era evidente.

—Entonces, toda esta charla...

—Mira, en el fondo no creo que quisieras hacerlo de verdad, aunque no estoy seguro. Por si acaso, pensaba comerte un poco el coco.

—¿Por qué no te vas y me dejas que yo decida lo que quiero?

—Porque no. No me apetece. Si lo haces, tendrás que aceptar público y es posible que sea una experiencia que me marque para

toda la vida. Además, cuanto más te conozco, mejor me caes, con lo cual aún será más duro.

—Estás como una cabra. —  
Nela no pudo evitar sonreír.

—Has sonreído, aún hay esperanza.

—¿Ejerces de psicólogo en tus ratos libres?

—No, solo soy un artista que no quiere llevar en su cerebro el recuerdo de una preciosa y encantadora mujer despachurrada.  
—Sonrió.

Nela volvió a sentarse. El joven la observaba tan intensamente que parecía querer meterse en su cabeza.

—Supongo que debes tener poderosos motivos para querer hacer una cosa como esa. No, tranquila, no hace falta que me los expliques; al contrario, no quiero saberlos.

Se quedó un rato callado y después pareció ocurrírsele una idea.

—Ya lo tengo. Voy a

proponerte una cosa, pero primero me has de decir si eres una persona de palabra.

—¿Para qué? Si no lo soy, podría mentirte diciéndote que sí.

—Tienes razón. Bueno, confiaré en mi instinto. Algo me dice que eres de fiar. Este es el trato: tú no harás lo que tenías pensado hacer, hasta dentro de una semana. Durante esa semana, nos veremos aquí todos los días a esta hora. Si el último día sigues pensando y sintiendo lo que sientes,

yo me marcharé y te dejaré que hagas lo que te parezca.

Nela le miró extrañada.

—Debe resultarte extraño mi comportamiento. —Pareció leerle el pensamiento. Se levantó mirando a algún punto del horizonte más allá del mar—. Una vez, a una amiga le pasó algo parecido. Hubiese querido ayudarla, pero no pude. No fue una buena idea y mucha gente sufrió por ello. Ya sé que piensas: ¿y eso qué tiene que ver conmigo? Quizá, si alguien hubiese hecho

algo por ella, si un desconocido...

Nela se mordió el labio; entendía lo que quería decirle.

—No sé ni cómo te llamas.

—No. No debemos decirnos nuestros nombres, no quiero saber nada de tu vida. Por si acaso al final decides continuar con esa mala idea. Solo quiero que hablemos del mundo, de la vida en general, de cosas insustanciales...

—Acepto. No sé por qué, pero de acuerdo. Te doy mi palabra de que no haré nada hasta dentro de

una semana y de que vendré aquí todos los días a esta hora.

El muchacho sonrió y haciendo una reverencia comenzó a caminar alejándose de los acantilados y de Nela.

Tres días después Nela, sentada en el jardín, con una taza de café en las manos, esperaba el momento de acudir a su cita. Aquel era el momento más esperado del día. Sus encuentros se habían

convertido en una cita con la vida. El joven pintor le hablaba de todo tipo de cosas y mantenía la atención de Nela en un constante ir y venir de gestos y palabras. Le había hablado de pintores, escritores, aventuras y anécdotas de viajes. Un sinfín de vidas en un rato de charla. Además, en ningún momento pretendía que ella realizase el mismo esfuerzo, la dejaba escuchar, mantenerse en silencio, dejando que él se extendiese y recrease en cualquier hecho insignificante,

como si del origen del hombre se tratase. Era un ser de lo más sorprendente. Generoso, dulce y cariñoso, parecía no querer nada a cambio y se mostraba apasionado y alegre, disfrutando de esos encuentros tanto o más que ella. Nela le había pedido que trajese sus pinceles. Aquel era un lugar perfecto para pintar, pero él se había negado con un «quizá más adelante».

—Cada día vienes más

temprano —dijo él al verla aparecer.

—Sí, pero, a pesar de ello, siempre estás aquí.

—Me gusta este sitio, ya te lo dije.

Nela se sentó en la piedra donde acostumbraba.

—¿Te has preguntado alguna vez por qué no podemos estornudar con los ojos abiertos? —Se había puesto frente a Nela, que le miraba pasmada ante aquella pregunta tan extraña.

—Ni siquiera me había dado cuenta de eso.

—Pues es más importante de lo que parece. Eso demuestra que no podemos controlar una cosa tan sencilla y fugaz como un estornudo. Sin embargo, queremos controlar cosas mucho más complicadas como, por ejemplo, los sentimientos. —Acercó su rostro al de Nela—. ¿Te has enamorado alguna vez? Me refiero a amor de verdad.

Nela asintió con la cabeza.

—¿Y no has tenido la tentación de intentar controlar y manipular ese amor que sentías?

—Sí, porque hacía daño.

—Si hacía daño, no era amor.

El amor nunca puede hacer daño —dijo él y su mirada se hizo más cálida—. Es la pérdida o el desamor, la angustia de ver alejarse aquello que deseamos.

—¿Tú has estado enamorado?

—Por supuesto. Hasta el tuétano. —Se apartó de su lado y extendió las manos mirando hacia

el mar—. He amado con pasión, y aún la amo. La amaré por toda la eternidad, como la amé un segundo.

—¿Y ella?

Él se giró.

—¿Ella?

—Sí, ¿te ama?

—¿Que si me ama? ¿Cómo no iba a amarme? ¿No ama el cielo a sus estrellas, o el árbol a sus ramas? ¿No ama el camino a los pasos del viajero que le da sentido a su existencia? ¿No ama el mar a los ríos que le traen el agua nueva?

¡Me ama!

—¡Estás loco! —Nela se rió a carcajadas de su teatralidad.

—¿Tú crees? Es posible. —  
Se puso serio—. Una vez tuve algo y me lo arrebataron. Ese día fue amargo, tanto que después no ha habido amargura que pudiera asustarme. Pero ese día también me dieron la eternidad, para amar y esperar. Y la eternidad solo dura un segundo, es una espera muy corta.

—No entiendo nada de lo que dices y, sin embargo, me gusta

escucharte. No sé si estás loco, pero tus palabras me han dado paz.

—¿Me estás diciendo que te duermo?

Nela soltó una carcajada.

—¿Sabes cuántas veces te has reído estos últimos días? ¿Sabes cuántas risas más estabas dispuesta a perderte?

El rostro de la muchacha se oscureció. Volvían negros nubarrones a su mente.

—Te explicaré algo, una tontería sin importancia. En 1897,

agotado por la enfermedad, acorralado por las deudas y hambriento, Paul Gauguin decidió acabar con su vida. Antes, se propuso concluir su obra: «¿Qué somos? ¿Adónde vamos? ¿De dónde venimos?». Trabajó día y noche en un desesperado intento por acabarla. Con fiebre y agotado, finalmente la concluyó. Vivía momentos muy difíciles, tenía una delicada salud y se enfrentaba constantemente a las autoridades de Tahití, a causa de su empeño por

defender a los indígenas. Una mañana de diciembre decidió acabar con todo y se bebió, a lo bestia, una solución de arsénico. Al ser una dosis excesiva, su estómago no pudo soportarla y los vómitos evitaron que se fuese al otro barrio. Así que continuó con su obra, espléndidamente creadora, y con sus luchas por los indígenas, hasta seis años después, en que murió agotado.

—¿Tan malo era ahorrarle aquellos últimos años?

—No volvió a intentar suicidarse y seguro que en aquellos seis años vivió experiencias que valdrían la pena. Ya sabía cuál era el camino y el error que había cometido con la dosis, podría haber vuelto a intentarlo.

—Es posible.

—Pero demostró que la desesperación es mala consejera.

Nela se quedó pensativa. El ser humano está formado, principalmente, de sentimientos. Uno es lo que siente que es. Y la

vida es como uno cree que es, no importa cómo la vean los demás.

—Sentía que estaba en un túnel, todo estaba oscuro y no veía ninguna salida. —Nela empezó a hablar y ya no iba a poder parar—. Caminaba a ciegas y chocaba con una pared, cambiaba de dirección y chocaba con otra pared, así una y otra vez. El túnel se llenaba de humo, oía mi respiración, mi agitada y espesa respiración. Los latidos de mi corazón parecían querer romper mi pecho. Notaba la

presión hacia fuera. Mi cerebro buscaba una salida, sin freno. Mis razonamientos no eran lúcidos, no aliviaban, aumentaban la presión. Esa presión quería estallar, sabía que debía estallar. Y no podía ser que el corazón resistiese.

Nela se sujetó la cabeza como si le pesara y no pudiera sostenerla erguida. El muchacho no se movía y la escuchaba en silencio.

—Pero el corazón resiste, ya lo creo que resiste. Y hay un momento en que la muerte te parece

un remanso, no pensar, no sentir, no sufrir. —Le miró, el dolor le salía por los poros. Él podía verlo—. La desesperación es un sentimiento físico de gran potencia. Es como la gota suave, transparente y delicada, que sumada a millones y millones de gotas es capaz de romper la roca más dura. Te sientes como dentro de un espejo, miras a la gente que te rodea y piensas: ¿qué hago yo aquí? ¿Por qué sigo aquí? Buscas respuestas que nadie contesta y comienzas a angustiarte. Quieres

salir del espejo, pero no quieres estar fuera. Porque fuera es dentro y tú ya estás dentro.

—Te equivocas, siempre puedes romperlo. ¡Rompe el espejo! No sales de él porque siempre que vuelves la vista te ves dentro. ¡Rómpelo!

Nela le miraba sin comprender.

—Los recuerdos, lo que hemos vivido, lo que no entendemos, forja nuestro presente. Pero tú puedes cambiar eso, puedes

hacer que el pasado quede atrás, puedes escribir tu futuro. Renuncia a todo aquello que te ha hecho daño, a lo que te has encontrado sin buscarlo. Corta el cordón, otros lo han hecho. No vas a ser la primera y te aseguro que es la única forma. Lo otro no es una salida, lo otro es entrar en el espejo.

—Me he sentido tan sola...

—¿Y qué? —Se agachó frente a ella—. No debes temer a la soledad. La soledad no existe. Es una fantasía de nuestro cerebro

individualista. Tú formas parte de un todo. Camines sola o acompañada, compartas o no tus instantes de experiencia vital, formas parte de una misma sustancia y sin ti sería imposible su existencia. No has de temer. Solo has de ser.

Se levantó dispuesto a marcharse.

—Piensa en todo esto, piensa y saca de ti todo el dolor. Vomítalo, como vomitó el estómago de Gaugin todo el arsénico. Coge tus

pinceles y continúa pintando. —Se alejó—. Nos veremos mañana.

Nela se quedó allí pensando, escuchando el sonido del mar, que ya no le resultaba aterrador, más bien, apasionado. Se quedó allí hasta que empezó a oscurecer y emprendió el camino de regreso a casa. Sonrió, se prepararía una cena especial y la tomaría viendo una de sus películas favoritas, *Historias de Filadelfia*, con un Cary Grant de lo más cínico y una Katherine Hepburn más parecida a una diosa

que a una mujer de carne y hueso, acompañados por el James Stewart más divertido del cine.

Al acercarse a la casa, vio el coche de su tía Marta aparcado y le llegaron las voces de los niños desde del jardín. Fue a buscarlos, estaba más animada que los últimos días y seguro que tía Marta lo notaría. Solo esperaba que no la sometiese a uno de sus interrogatorios maternos, no estaba acostumbrada y no tenía defensas contra ello. Jaime logró

contactar con ella el día que llegó y su tía se presentó en La Casa Grande muerta de miedo. Desde entonces la vigilaban de cerca.

—¡Gerardo, Rafael! —Nela les llamó al doblar el recodo de la casa.

—¡Nela, Nela! —gritaron los dos en una carrera por ser el primero en abrazarla.

—¡Hey, que me vais a tirar! —Les besó y abrazó—. ¿A qué estabais jugando?

—Al escondite, aquí es muy

divertido. ¡Porfa, porfa, juega con nosotros!

—Pero si se está haciendo de noche, aquí ya no se puede jugar. Si queréis jugamos dentro.

—¿De verdad? ¿Podemos jugar al escondite dentro de la casa? ¡Qué genial! —Gerardo tenía los ojos como platos—. Hay un montón de sitios donde esconderse.

—A mí me da miedo. —Rafael se agarró a una de las piernas de su prima—. Es una casa muy grande. El abuelito decía que

en el desván había fantasmas.

Nela se agachó y sujetó a su primo por los hombros.

—¿Así que te dan miedo los fantasmas?

—Claro.

—Pues a mí no. Me encantaría ver el fantasma de mi abuelo. ¿Crees que el abuelo Fernando tendría que darme miedo?

El niño negó varias veces.

—El abuelo era muy bueno — dijo su hermano.

—No tengáis nunca miedo a

lo desconocido —dijo Nela pasando el brazo por los hombros de los dos niños y caminando hacia la casa—. Hay que tener miedo de tener un accidente de coche, de cruzar la calle sin mirar, de jugar en la cocina cuando mamá prepara la sopa. De los fantasmas no debes tener miedo.

—Pero ¿hay, o no?

—Si los hay, yo no los he visto. —Sonrió—. Y he estado muchas veces en el desván.

—Venga, Rafa, no seas

cagueta. —Su hermano empezaba a perder la paciencia—. Escóndete donde no te dé miedo.

—Pero es que me da miedo en todas partes. Yo contigo, ¿vale? —le dijo a Nela que se encogió de hombros.

—¡Así es un rollo! —Volvió a protestar el mayor—. Es como si jugásemos dos.

—¡Que no! Yo me escondo con Nela, que a ella no le importa.

—No peleéis o estropearemos el juego. —Habían llegado delante

de la puerta—. Da igual, Gerardo, lo importante es jugar, ¿no? Pues venga, vamos dentro. ¿Y vuestra madre?

—En casa preparando la cena. Ha dicho que te vengas. — Gerardo no paraba quieto mientras hablaba, saltaba a la pata coja cambiando de pie todo el tiempo.

—¿Habéis venido con papá? —preguntó mirando alrededor.

—Sí, está allí. —Gerardo señaló hacia las tumbonas y Nela vio asomar la cabeza de Mateo, que

con la oscuridad creciente apenas era visible.

—Tomad la llave, entrad en la casa que ahora voy, ¿vale?

—¡Pero yo no me escondo hasta que tú vengas! —insistió Rafa.

—Por supuesto. Si queréis, ya sabéis dónde guardo los juguetes. No tardaré.

Los niños se fueron hacia la casa muy orgullosos de que su prima les dejase la llave, suerte que su madre no estaba allí.

—Tú has de hacer lo que yo diga, porque soy el mayor. No te separes de mí, ¿vale, Rafa? Yo sé lo que hay que hacer en las casas cuando estás solo. Hay cosas peligrosas en una casa ¿sabes?

—¿Peligrosas? ¿Te refieres a los fantasmas?

—¡No, tonto! ¡Los fantasmas no existen! Me refiero a las escaleras, el gas y otras cosas así.

Cuando Nela se aseguró de que estaban dentro volvió a la parte

de atrás a ver a Mateo.

—Hola, Mateo. —Se inclinó a darle un beso en la mejilla.

—Hola, sobrina, he oído vuestra conversación. ¿Estás segura de que será buena idea dejar a aquellos monstruos solos en la casa?

Nela sintió un calor reconfortante, como siempre que oía que la llamaban sobrina.

—¿Por qué no? Ellos se sienten muy bien, han crecido dos palmos en estos últimos minutos. —

Nela rió mientras se sentaba.

—Dice Marta que te vengas a cenar, cree que no tienes buena cara.

## XVII

### Vieja amistad

«—No puedes hacerme esto, eres  
mi anfitriona... »

(Katherine, *Vieja amistad*, 1943)

En Londres la noche era apacible. Después de haber estado lloviendo todo el día, el cielo había borrado casi todas las nubes. Nico miraba por la ventana de su habitación esperando ver llegar a

Charlotte. Le había dicho que tardaría unos quince minutos y ya habían pasado veinte.

La vio llegar caminando deprisa, con el paraguas en la mano y el bolso rojo a juego con las botas. Su larga y lisa melena rubia se movía a cada paso. Pensó que era una mujer muy atractiva y que con la edad, había ganado más encanto. Fue a abrirla la puerta y la esperó apoyado en el quicio, con una mano en el bolsillo. Un beso, se cierra la puerta y ya están dentro.

—¿Estás listo? —Charlotte se quitó la gabardina y la dejó en el sofá

—Sí, ya lo tengo todo preparado.

Nico estaba parado tras ella, con las manos en los bolsillos, observándola atentamente. Charlotte se giró y ambos quedaron mirándose, hablando sin palabras, preguntándose por qué no había salido todo como habían planeado hacía más de veinte años. Charlotte le decía que le agradecía el intento,

el querer darle la oportunidad a un moribundo. Nico le decía lo siento, siento haberte fallado, siento no haberte querido lo suficiente. Pero sus bocas estaban selladas. Todo lo que se tenían que decir ya se lo habían dicho en los últimos días. Habían pasado muchas horas juntos, hablando y hablando sin parar, recordando y reviviendo momentos olvidados. Hasta llegar a los tabúes, al dolor, la incomprensión y el abandono. Se habían enfrentado a ello, a todos sus fantasmas. «¿Por

qué le dejaste solo?». «¿Por qué no me ayudaste?». Las respuestas habían ido acompañadas de lágrimas, dolor y mucho perdón, perdón por ambas partes, porque siempre hay cosas que perdonar y cosas de qué arrepentirse. Después habían pasado página, habían intentado escribir algo nuevo, dormir en la misma cama, despertarse juntos cada mañana...

Pero el pasado nunca puede ser presente. Aquellas eran otras personas, otros cuerpos, otra vida.

El final estaba escrito hacía ya tiempo, solo habían pospuesto el momento de decirse el adiós definitivo. Ahora, frente a frente, veían pasar ante ellos todos los momentos felices y tristes que habían compartido. Charlotte se dijo que, si hubiese podido ver aquello hacía veinte años, no lo hubiese creído de tanto como le amaba. Ahora era un desconocido, un extraño. Aquel que la había estrechado en sus brazos tantas veces, el que la había amado y a

quien había pertenecido, ya no estaba. Nico la miraba y comprendía que es imposible mantener el amor con la confianza de que es indestructible. El amor es delicado y puede enfermar hasta morir. Hay que mantenerlo siempre caliente y nunca hay que girarle el rostro. Él estaba seguro, había amado a aquella mujer, pero había dejado que su amor se enquistara, se pudriese y muriese al fin. Ambos estaban aprendiendo una lección que difícilmente olvidarían jamás.

Habían perdido algo muy hermoso que había dado sentido a sus vidas. Y, ahora, allí estaban a punto de despedirse, de cerrar aquel libro en el que habían escrito palabras a medias y que habían llenado con páginas y páginas de caricias.

Nico sacó sus manos de los bolsillos. Sus ojos brillaban. Charlotte se acercó muy lentamente, al borde de las lágrimas. Se abrazaron suave y profundamente, como solo pueden abrazarse los que se han amado y sienten aún vivo el

recuerdo de ese amor. Charlotte dejó caer las lágrimas que había contenido y Nico no quiso ser menos.

El adiós más doloroso es el que pronuncia quien se va para siempre.

Ya en el avión, Nico meditó sobre lo que había ocurrido en los últimos días y en lo que le había ocurrido en los últimos meses, y comprendió que había sido Nela la que había hecho posible que él se

enfrentase a sus fantasmas. Había aprendido que puedes perder el amor por muy fuerte que sea, que la vida tiene golpes escondidos que te hacen vulnerable a tus fallos. Que amar no es fácil y hay que luchar cada día, estar preparado para cualquier situación, no rendirse fácilmente. Que amar no es decir a todo que sí, pero es decir que sí cuando escuchas las balas silbar a tu alrededor. Espalda con espalda contra tu enemigo. O contra el suyo. Ahora lo sabía, ya no era un novato.

No le volverían a pillar desprevenido.

Alejandro y Jaime estaban sentados delante de unas cervezas, en el salón de la casa de Nela. Jaime había hablado con su hermano por teléfono, muy desanimado, y él se había presentado allí sin avisar.

—Si la hubieses visto... —  
arrastraba las palabras.

—La he visto otras veces,

puedo imaginarlo. —Alejandro puso cara de mala leche—. Lo que yo digo es ¿por qué no la palmaría el cabrón ese? Si se hubiese muerto, nadie le echaría de menos.

—Si hubiese dejado que Nela se quedase con nosotros en casa...

Jaime recordaba el momento en que sus padres les habían propuesto la idea, todos sin excepción habían estado de acuerdo. Enseguida se arrepintió de haberlo mencionado, aquel había sido un episodio muy duro para

Alejandro, desde entonces su relación con Nela cambió. Nunca hablaban de ello. El único momento de su vida en que Nela le había decepcionado.

—Cuando se despidió de mí estaba decidida a hacerlo, lo sé — habló rápidamente tratando de borrar la expresión en el rostro de su hermano—. Algo la hizo cambiar de opinión, pero me da miedo que vuelva a pensarlo.

—Bueno, no dramáticas más. —Alejandro se puso de pie—. Las

cosas son como son. No se arregla nada poniéndonos a llorar.

—Tú sabes lo que ha pasado Nela. El calvario que ha tenido que sufrir a manos de ese cabrón.

Alejandro endureció la mandíbula.

—¡Ha vuelto a hacerlo! — Jaime no pudo aguantarse más.

—¿Qué? — Su hermano empalideció—. ¿Qué quieres decir?

—Antes de irse a Galicia estuvo en su casa y el muy hijo de puta le pegó.



—Que ser gay no es una opción, gilipollas. —Alejandro estaba empezando a perder la paciencia, algo inusual en él—. Eso es algo que solo puede pensar alguien como Carlos que, aunque mamá no lo quiera reconocer, yo creo que es adoptado.

Jaime hizo un gesto despectivo al recordar las veces que había discutido con su hermano Carlos por ese tema.

—Algún día Nela será feliz, pero para eso tiene que ser

consciente de cuánto lo merece. — Alejandro se puso de pie y se apretó la cabeza como si le doliese.

—Voy a ir —dijo con contundencia.

—¿Tú? No creo que sea buena idea.

—Es cierto que soy el único que le habla como si tuviese cerebro y eso a veces me hace parecer duro, pero eso no significa que no me importe.

—Para poder ayudarla tendrías que conocerla y tú hace

mucho tiempo que te apartaste de ella —dijo Jaime sin reproche.

—Hombre, sé algunas cosas. Por ejemplo, que odia el helado de fresa. Que tiene un montón de cuadros escondidos en su buhardilla que no deja que nadie vea, porque cree que no podría soportarlo.

Jaime frunció el ceño sorprendido.

—Y también sé que le encantan las películas antiguas. Tengo la costumbre de escucharla

cuando habla —dijo con ironía ante la boca abierta de su hermano—. Aunque ella ni siquiera se percate de que estoy en la misma habitación.

Laura devolvió el beso a su hijo y le hizo un gesto para que entrase.

—He preparado rosquillas —dijo caminando hacia la cocina.

Alejandro la siguió con una sonrisa. Sabía por qué su madre le

había hecho ir, no era ningún tonto. Tarde, pero se dio cuenta de que la conversación con Jaime de la noche anterior no iba a quedar entre ellos.

—¿Ristretto? —preguntó

Laura encendiendo la cafetera y abriendo la caja de las cápsulas.

—Roma —dijo Alejandro al tiempo que se sentaba frente a la mesa.

—¿Cómo ha ido el día? —

Laura trajinaba con las tazas y la leche mientras hablaba—. Podías haber venido a comer.

—Los martes como en el instituto, mamá.

—Cierto, se me había olvidado que hoy es martes.

Alejandro sonrió y cogió una rosquilla. Nadie las hacía como su madre, crujientes por fuera y tiernas por dentro. Laura sirvió los cafés y se sentó al otro lado de la mesa, frente a su hijo. Le puso una cucharadita de azúcar en el café y un chorrito de leche. Ella lo tomaba solo.

—Adelante —dijo bebiendo

el primer sorbo.

Alejandro sonrió con sorna.

—¿Adelante? ¿Así vas a iniciar esta conversación?

—Sabes perfectamente que tu hermano me ha contado lo que hablasteis anoche. No hace falta andarse con rodeos.

—Pensaba que habíamos tenido una conversación privada —dijo con ironía cogiendo la taza.

—Pues debes ser muy tonto —respondió su madre—. ¿Desde cuándo mis hijos me ocultan cosas

como esa?

—No se trata de ocultar nada... —dijo él.

—Quieres ir a ver a Nela.

Alejandro se puso serio y asintió.

—A Galicia —siguió Laura.

Alejandro volvió a asentir.

—¡Hijo!

—¿Qué?

—¡Qué hables, leche!

—¿Qué quieres que te diga?

¡Ya lo sabes!

—No, no lo sé. No sé por qué

quieres ir a verla.

—Necesita ayuda.

—Ya sé que Nela necesita ayuda, pero tú eres mi hijo y no quiero que sufras —Laura le cogió la mano que tenía encima de la mesa.

Alejandro miró a su madre y negó con la cabeza.

—No te equivoques, mamá. No es eso.

—¿No es qué? ¿Me vas a decir que ya no sientes nada por ella?

—Eso no importa.

—¡Claro que importa! —dijo

Laura apartando la mano, irritada.

—No, no importa, mamá.

Quiero a Nela, siempre la he querido, a pesar de todo. Pero no pretendo nada. No voy por eso.

—Te va a hacer daño.

Alejandro sonrió con ternura.

—Nela es incapaz de hacer daño a una mosca.

—Hijo... —se quejó su madre.

—Hay que hacer algo por ella

o todo esto acabará mal.

—Está enamorada de ese pintor —dijo su madre.

—Lo sé. —En la mirada de Alejandro no había disimulos—. Solo quiero estar con ella unos días, tratar de hacerle ver la maravillosa persona que es. Lo afortunados que somos todos los que la hemos conocido. La mucha falta que nos hace...

—A pesar de lo que te hizo... —dijo su madre con tristeza.

Alejandro volvió a sonreír.

—No me hizo nada, era una cría.

Laura volvió a cogerle la mano y le acarició durante unos segundos.

—Anda, cómete mis rosquillas que estás muy flaco —le dio unas palmadas y le dejó la mano libre para que comiese—. ¿Sigues saliendo todos los días a correr?

Nela se dedicó a limpiar el

polvo de la filmoteca de su abuelo. Esa tarea le llevó todo lo que quedaba de mañana y pronto se hizo la hora de preparar la comida. Bajó a la cocina y se preparó una hamburguesa con ensalada, después se lo llevó todo al jardín, se sentó en el suelo e improvisó un picnic bajo un árbol.

Cuando acabó de comer, se recostó en el tronco y se quedó allí un buen rato pensando. Había dado muchas vueltas a lo que su amigo el artista le había dicho y empezaba a

ver un claro con suficiente luz en su cerebro. Estaba llegando a la conclusión de que el pasado no podía cambiarlo pero nadie tenía derecho a negarle un futuro forjado por ella misma, sin interferencias temporales.

Sus abuelos habían colocado altavoces en el jardín y podía escuchar la música que sonaba en la casa. Glenn Miller y su orquesta interpretaban *I got rhythm*. Pensó en la película que había visto el día anterior: Música y lágrimas, basada

en la vida del compositor americano. Vivió persiguiendo sus sueños, una excelente forma de vivir, pensó Nela. Pero al final, cuando ya lo acariciaba con sus manos, una desgraciada guerra acabó con su vida.

Cuando salieron las letras de *Cumbres Borrascosas*, se desperezó en el sillón. Había estado tan ensimismada en la película que se había quedado entumida. Estiró todos sus músculos

y apagó los aparatos. Miró el reloj, aún faltaban dos horas para su cita, así que se fue al despacho y trabajó un rato.

Escogió un vestido de algodón, blanco y con tirantes, que le llegaba a los tobillos y unas zapatillas de cordones. Estaba cerrando la puerta cuando oyó el ruido de las ruedas de un coche acercándose por el camino. Por el recodo vio aparecer un taxi y se quedó sorprendida, pero su

sorpresa fue aún mayor al ver bajar del coche a Alejandro. Le hizo un gesto con la mano y, después de pagar al taxista y recoger su equipaje, se acercó con paso decidido y sonriente.

—Bueno, Nela, ¿no vas a saludarme? —Dejó la maleta en el suelo, sonriendo.

—Alejandro...

Nela se acercó a darle dos besos, entre asombrada y estupefacta.

—Espero que no mandes a un

hotel. Pensaba pasar unos días en la maravillosa Casa Grande.

—Eres bienvenido —dijo un poco tímida—. Es que tengo una cita...

Después de unos segundos dubitativos, se volvió hacia la casa y abrió la puerta.

—Instálate, no tardaré mucho. Escoge la habitación que más te guste. Luego hablamos, ¿vale? —Se alejó corriendo—. ¡Llego tarde!

Alejandro se quedó mirando con cara de bobo cómo se alejaba.

—¿Quieres que te enseñe la casa, Alejandro? —imitó la voz de Nela—. ¡Oh, sí, claro, estupendo! *Pues vamos adentro. De acuerdo. ¡Es una casa magnífica...!*

Y al entrar, se quedó sin palabras.

Cuando llegó y le vio en el borde del precipicio, mirando hacia abajo, se asustó, pero él se volvió sonriendo.

—Llegas tarde.

—He tenido una visita inesperada. Se ha presentado un amigo. Bueno, el hermano de un amigo. De mi mejor amigo, en realidad.

Nela se sentó en la piedra en que lo hacía siempre.

—No quiero que me lo presentes, ya sabes que es parte de nuestro trato.

—Lo sé, no pensaba traerle.

El joven pintor se sentó junto a ella y ambos se quedaron en silencio contemplando el mar.

—¿No te gustaría pintar este paisaje?

—Ya no pinto. —Nela se restregó las manos, nerviosa.

—Pues este paisaje es digno de ser pintado, ¿no crees?

—¿Tú lo has hecho?

—Muchas veces. ¿Qué solías pintar? ¿Paisajes, retratos, abstracto?

—De todo, especialmente, retratos.

—¿Se te acabaron los modelos?

Nela negó con la cabeza. Después de un rato en silencio se levantó y caminó un poco.

—Yo no soy como otros pintores —dijo—. Mis cuadros eran una terapia. Los usaba para conjurar mis demonios.

—¿No es eso lo que hacemos todos? El pintor pinta lo que siente. ¿Qué mérito tiene si no? —Se acercó a ella.

—Pero eso te hace vulnerable ante los demás.

—¿Quién sabe? Quizá es a los

demás a quienes hace vulnerables ante ti.

—Me resulta insoportable la idea de que alguien hurgue en mi interior y me analice.

—¿Qué crees que van a encontrar?

—No lo sé.

—Mientes —dijo el pintor.

Nela le miró molesta.

—No miento.

Él mantuvo su mirada sin pestañear, aquellos ojos negros, tan profundos, la hicieron enrojecer.

Era como si pudiesen verla por dentro.

—Yo no he visto tus cuadros y te veo igualmente vulnerable.

Alejandro había escogido una habitación junto a la de Nela. Era espaciosa y bien iluminada. Después de dar una vuelta por toda la casa, se metió en la cocina dispuesto a preparar la cena. Hacía dos horas que había llegado y Nela no aparecía.

La cocina era enorme y estaba

perfectamente equipada. Los dueños tenían un gusto exquisito. Pensó preparar algo ligero, empezó con una ensalada con queso de Burgos y después unas tortillas variadas: jamón, queso, espinacas. Estaba colocando la última de las tortillas sobre la pequeña montaña cuando oyó la puerta.

Cuando apareció en el marco de la entrada de la cocina, la estampa le pareció a Nela digna de una foto. Alejandro con su camisa blanca pulida, sus pantalones beige

de pinzas, un mandil de fresones y la sartén en la mano colocaron una enorme sonrisa en la boca de Nela.

—¿Qué pasa? No serás de esas que no pueden ver a un hombre en la cocina.

—No es eso. —Se acercó y metió la mano en la ensalada—. Mmm... Deliciosa. Es que yo suelo cambiarme cuando entro en la cocina. Esa mancha en el pantalón te va a costar mucho quitarla.

Alejandro miró donde le había indicado Nela y exclamó:

¡mierda!, mientras ella salía de la cocina anunciando que iba a ponerse las zapatillas.

—¿Tú no has traído? —gritó alejándose.

Alejandro se miró los pies y se echó a reír. Nela tenía razón, debería haberse cambiado primero.

—¿No te importa cenar en la cocina? —Nela estaba sentada a la mesa, Alejandro había colocado unas velas bajas y estaba encendiéndolas.

—Me encanta esta cocina, es muy original. Además, así es más cómodo.

Se había puesto unas bermudas blancas, una camiseta verde y, por supuesto, unas zapatillas. Nela cenaba en pijama, como todas las noches. Se reclinó en la silla sonriendo. La verdad era que la sorpresa estaba resultando de lo más agradable.

Alejandro se sentó y cogiendo el plato de Nela le sirvió un poco de cada cosa.

—¿Te gusta? —preguntó el cocinero dándole tiempo a que lo probase.

—Está delicioso. Gracias, Alejandro, ha sido un detalle. Suelo llegar tarde y comer cualquier cosa. Me da pereza ponerme a cocinar para mí sola.

—Sí, ya me han contado que no comías muy bien últimamente.

Nela sonrió.

—Has hablado con tu madre.

Alejandro levantó una ceja sonriendo.

—Supongo que te habrás quedado de pasta de boniato cuando me has visto —dijo sin responder.

—Me ha sorprendido un poco, sí —disimuló.

—Perdona que haya venido sin avisar, lo he hecho para que no me dijese que no.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Cuando uno no está de ánimo, algunas visitas pueden resultar odiosas.

Nela se sintió incómoda. Empezaba a hacerse una idea de

qué iba todo aquello.

—¿Qué ocurre? ¿Ya no te gusta? —preguntó él viendo que soltaba el tenedor con desgana.

—Has hablado con tu hermano.

—Yo hablo mucho con mi hermano.

—Pero habéis hablado de mí.

—Jaime siempre habla de ti.

—No me trates como si fuera imbécil, Alejandro.

Tiró la servilleta sobre la mesa y salió de la cocina, molesta.

Alejandro la siguió hasta el recibidor.

—Nela, ¿qué pasa? — preguntó extrañado.

—¿Has venido a vigilarme? —Se había vuelto hacia él y sus ojos echaban chispas.

—¿Hace falta vigilarte? —Él le aguantaba la mirada.

—Tú no eres gallego, no contestes con una pregunta.

—No, no he venido a vigilarte. He venido a verte, que no es lo mismo.

—¿En qué se diferencia? —

Alejandro pensó que así, con las manos en la cintura, la cabeza ladeada y el pelo alborotado sobre la cara, parecía una de sus alumnas pidiéndole cuentas por un examen suspendido. Eso le hizo sonreír y Nela se enfureció aún más.

—¿Te hago gracia?

—Nela, volvamos a la cocina.

Hablaremos tranquilamente...

—¡Tú eres imbécil! —Se dio la vuelta y subió las escaleras corriendo.

Alejandro volvió a la cocina y continuó cenando. Al cabo de unos minutos, Nela apareció en la puerta.

—¿Puedo sentarme? — preguntó señalando su silla—. No debí hablarte de ese modo, lo siento.

—No, no debiste. —Él estaba serio y mantenía su mirada fija en ella, lo que hizo que Nela se sintiese aún más cohibida.

—Lo siento, de verdad, pero eso no quiere decir que me parezca

bien que tu hermano te haya enviado a vigilarme.

—Yo no he venido a vigilarte.

No soy tu padre.

—Gracias a Dios. —Nela se sentó.

—Es cierto que he hablado con Jaime y es cierto también que está muy preocupado por ti. No deberías haberle dado motivos para preocuparse.

Nela miró al plato sin responder.

—¿Tú no estarías preocupada

por él? —Ella asintió—. Fin de la conversación. He venido a pasar unos días con una amiga y espero que me des la oportunidad de hacer que valga la pena.

Alejandro la irritaba. Era ese tipo de persona que sabe lo que hay que hacer en cada situación y, aunque nunca lo reconocería ni bajo tortura, de pequeña muchas veces le había hecho la contra solo por fastidiarle.

Le observó mientras comía.

Tenía el rostro anguloso; los huesos tan marcados le daban un aspecto fuerte y seguro, pero lo mejor eran sus ojos, verdes y cristalinos. Como decía Clara, los ojos borraban todo lo demás. Nela sonrió. Era agradable tener compañía, para variar, e intentaría pasarlo bien. Hacía bastante tiempo que no le veía y seguro que tendrían muchas cosas de las que hablar. A ella siempre le había gustado la gente que tenía cosas que explicar. Alejandro no era un hombre

callado, era muy hablador y eso le daba tranquilidad. La gente callada le producía desconfianza, daba la sensación de que tenían algo que ocultar.

—¿Te ha gustado la casa? —  
Cogió de nuevo el tenedor y continuó cenando como si nada hubiese ocurrido.

—Es magnífica. Supongo que estás como en un sueño —sonrió—.  
He visto la sala de cine.

—¿Has visto qué películas?  
Amarga victoria, Jezabel, El

bosque petrificado, Murmullos en la ciudad...

—¿Las has visto todas?

—Por supuesto. En estos meses no he dejado pasar un día sin ver alguna, los primeros días incluso dos, por aquello de que nunca sabes cuánto van a durar los sueños.

—La biblioteca también es espléndida. Me gusta leer antes de dormir. Espero que no te moleste que me quede hasta tarde leyendo.

—No, tranquilo, puedes hacer

lo que te apetezca. También hay una buena colección de música. Hay que reconocer que mis abuelos debían ser unas personas muy especiales. Todas las cosas que hay aquí no podrán sustituir una velada con ellos, estoy segura. Mi abuela era concertista de piano y mi abuelo compositor. Según Marta, Marta es mi tía —aclaró—, eran tremendamente románticos, preparaban unas veladas de película. Imagínate, cena con velas en el jardín, música de Glenn

Miller o Frank Sinatra para bailar...  
Los he imaginado muchas noches.

La mirada de Nela se fue de allí. Alejandro la observaba con atención y una sonrisa apenas visible se dibujó en su rostro.

—Me alegro de que estés aquí  
—dijo ella después de unos segundos—, creo que vamos a llevarnos bien.

—Estoy seguro.

Esa noche, cuando Nela salió del baño dispuesta a meterse en la cama, se asomó a la escalera desde

la que se veía la biblioteca y vio la luz que salía por la puerta entreabierta, sintió deseos de bajar, pero decidió no estropearle la velada a su invitado. Era agradable sentirse acompañada, le daba seguridad y una cálida sensación de tranquilidad. Era como encender la chimenea mientras afuera cae la nieve.

—Nela, no te acostumbres, solo serán unos días —se dijo cerrando la puerta de su dormitorio.

## XVIII

### Casablanca

«Siempre nos quedará París... »  
(Rick, *Casablanca*, 1942)

A la mañana siguiente se levantó a las seis, como siempre, pero esta vez lo hizo decidida a preparar un señor desayuno. Tortitas, zumo de naranja natural, café y leche, tostadas recién hechas y mantequilla ocupaban la mesa de la cocina, que había adornado con

algunas flores. A las siete tocaba en la puerta de la habitación de Alejandro.

—¿Sí? —una voz de ultratumba se oyó al otro lado.

—Siento despertarte, pero hay un incendio en la casa y dicen los bomberos que es mejor que salgas.

—¡Deja que se queme!

—Lo siento, pero las tortitas y el café se enfrían.

Alejandro se sentó en la cama y cogió su reloj de la mesilla, cerró los ojos al ver que solo eran las

siete. Se había acostado a las dos, solo hacía cinco horas.

Nela abrió la puerta y apareció ante él con la mano tapándose los ojos.

—¿Eres de esos que duermen desnudos o puedo mirar?

—Te estaría bien empleado. Nadie te ha invitado a entrar. — Alejandro ya estaba de pie en medio de la habitación.

—¡Oh! —Nela no pudo evitar una sonrisa al ver el bóxer con una imagen de Nueva York. Él siguió su

mirada y se puso las manos en la cintura.

—¿Qué pasa? ¿Hace mucho que no ves a un hombre en calzoncillos o qué?

—Nunca he visto a un hombre con la Estatua de la libertad en...

Alejandro la empujó fuera y cerró la puerta.

—Te espero abajo —dijo ella sin dejar de sonreír.

—¿Las has hecho tú? —

Alejandro iba por la segunda tortita —. Están deliciosas, el desayuno es mi comida preferida del día y, te lo advierto, es cuando más hambre tengo.

—Ya lo veo. Come todo lo que quieras, para eso lo he preparado. Desde que estoy aquí me he hecho una experta cocinera. Las tortitas son una de las primeras cosas que aprendí a hacer.

—Pues has aprendido muy bien. Están buenísimas. Bueno, ahora explícame a qué viene eso de

despertarme tan temprano.

Nela observó lo que se había puesto de ropa, unas bermudas beige y un polo azul, en los pies unos náuticos. Tenía el pelo aún húmedo por la ducha y hacía un aspecto inmejorable.

—Nos vamos de excursión.

Él hizo un gesto interrogante.

—Has venido a conocer A Coruña, ¿no? Te enseñaré los pueblos de alrededor y algunos lugares que he descubierto yo misma. Como no sé cuántos días

piensas quedarte, he pensado aprovechar el tiempo al máximo.

—Si no me echas antes, me marcharé dentro de una semana. Tengo una reunión con mis alumnos a la que no puedo faltar.

—Una semana no es mucho — dijo Nela decepcionada—. Yo llevo aquí un montón de meses y aún no lo he visto todo. También es verdad que siempre repito los mismos lugares. En fin, no podemos perder el tiempo.

—Tú mandas.

—Vas un poco fresco, pero dicen que a las piernas les va bien el frío. Se te pondrán aún más fuertes.

Alejandro sonrió.

—Me alegra que te hayas fijado en mis piernas.

Salieron de casa a las ocho, Nela había preparado una mochila con bocadillos y una cantimplora y Alejandro se ofreció a llevarla. Marta les dejaba el coche para el recorrido turístico que su sobrina había planeado. Les haría falta.

Empezaron yendo hasta Carballo, a unos veinte kilómetros. Nela le llevó directamente a la parroquia de Aldemunde, donde se encuentran los restos de la Pedra Moura.

—Este dolmen cuentan que fue construido por una moura, que es como una hermana de las mairas irlandesas, un personaje de leyenda. Dicen que trajo las piedras en la cabeza. Claro que también cuentan que mientras hilaba en una roca, le daba de mamar a un niño.

—Qué complicado. —Sonrió el profesor a su maestra.

—Supongo que por eso son seres de leyenda. No me imagino a Ulises yendo a veranear a Peñíscola con la Penélope y los niños. ¿Y tú?

Alejandro rió y se acercó más a la Pedra.

—Nunca había oído hablar de las mouras, pero eso de que eran hilanderas me suena algo. Hay un mito griego, las Moiras, que simbolizan el destino. Llevan

implícito el concepto de la vida y la muerte. —Nela se le acercó, él muy concentrado observaba la piedra sin dejar de hablar—. Eran hilanderas del hilo que regula la vida de cada mortal.

De pronto se dio cuenta de que la tenía al lado y de que había tomado el mando de la conversación e hizo un gesto de excusa.

—Perdona, ya te estaba soltando un rollo. Se supone que ahora tú eres la que habla y yo el

que escucha.

—No, me gusta mucho cómo te explicas. No sabía que te gustase la mitología.

—Hay muchas cosas de mí que no sabes, Nela. —Se apartó de ella—. Volviendo a las Moiras, había tres: Cloto, que era simbolizada con una rueca y enrollaba el hilo de la vida. Después, déjame pensar... Láquesis, que sería algo así como la casualidad; hila y sostiene en la mano un huso con el que nos da a

cada uno de nosotros la parte de vida que nos toca. Y, por último, queda Átropos. Esta se dedicaba a cortar el hilo de la vida con unas tijeras, qué simpática, ¿verdad? Es la que simboliza la inevitabilidad de la muerte. Para los romanos eran las Parcas, quizá para los celtas se llamaran Mouras o Mauras, no lo sé.

—Decididamente, te gusta la Mitología.

—Sí, especialmente la griega. Lo cierto es que creo que los dioses

explican a su pueblo: «dime en qué crees y te diré quién eres».

—¡Vaya! Pues conmigo lo tendrás difícil. Yo no creo en dioses, ni múltiples, ni únicos.

—Tendríamos que profundizar en ello. No es tan sencillo. —Alejandro se giró para ver el mar.

—Bueno, ya veremos. Ahora sigamos o nos pasaremos todo el día aquí.

Nela fue gran parte del camino hasta la parroquia de Sofán

pensando en lo que Alejandro le había explicado sobre las Moiras, y le pareció curiosa la imaginación de los griegos. Que la vida humana fuese como una madeja de hilo tenía sus inconvenientes. Los problemas llegaban cuando el hilo se enredaba y se hacía un nudo.

En Sofán encontraron los castros de Cotomil y Guntían, que conservan aún parte de sus muros de defensa. Visitaron también las playas de Carballo y se les echó encima la hora de comer. Alejandro

insistió en volver a la Pedra Moura para comer allí.

—Pensé que así ganábamos tiempo —dijo Nela sacando los bocadillos de la mochila—, espero que no te importe. Otro día podemos ir a un restaurante. Aquí la comida es muy buena.

—Los bocatas están bien. Además, aquí, junto a la Piedra Moura, es más auténtico. ¿Quién te enseñó la zona?

—Una parte Mateo, mi tío, y lo demás lo descubrí yo sola.

Busqué información. En Internet tienes bastantes sitios donde mirar, los Concellos, por ejemplo. Aunque al principio era bastante complicado, todo estaba en gallego y no entendía ni papa.

—Seguro que sabes más sobre esta zona que sobre Castelldefels.

—Es cierto. El lugar donde vives es tan tuyo que no te preocupas de conocerlo a fondo; su historia, me refiero. Yo conozco Castelldefels como la palma de mi

mano, sus calles, su playa, pero no sé nada de la ciudad.

—Tendrás que remediar eso. Seguro que también vale la pena.

Nela asintió antes de cambiar de tema.

—Después me gustaría hacer un pequeño recorrido por Malpica —dijo.

—Tú mandas. —Alejandro sonrió—. ¿Sabes que eres una buena anfitriona?

Dieciocho kilómetros les separaban de Malpica de

Bergantiños. Lo primero que visitaron fue el puerto, pequeño y rodeado de las propias casas del pueblo.

—Como todos los barcos no caben dentro del puerto, fondean en el exterior protegidos por las montañas. —Nela repetía las palabras de Mateo.

—¿Alquilan barcos?

—Por supuesto. Mañana alquilaremos uno para ir a las Sisargas.

Después le tocó el turno al

cabo de San Hadrián, que resultó ser un excelente lugar para ver las Islas Sisargas a distancia. Poco antes de llegar a la punta del cabo, vieron un pequeño y blanco santuario.

—¿Qué es aquello? — preguntó Alejandro.

—Es la ermita de Santo Hadrián do Mar, una fiel vigilante de las Islas.

Alejandro se fijó en Nela, que estaba muy concentrada, llevaba dos trenzas negras que reposaban

sobre sus hombros y tenía la piel rosada por el frío y el esfuerzo.

—Según cuenta una leyenda —dijo ella—, San Adrián consiguió librar a la comarca de una plaga de serpientes. Muchas de ellas se lanzaron al mar, y las que no lo hicieron quedaron convertidas en piedras.

—Vaya con el Adrián ese.

—La Islas son tres —siguió Nela—, la Grande, la Malante y la Chica.

—Mira, me recuerdan a las

carabelas de Colón.

—Si me interrumpes a cada momento, pierdo el hilo. —Le miró fingiendo enojo.

—Perdón, profe.

—En la Grande hay un muelle y también hay los restos de una ermita, Santa Mariña; me han dicho que fue destruida por los Normandos. Allí solo hay arbustos y aves migratorias.

—Tenemos que ir a verlo.

—Hoy no tendremos tiempo, pero iremos mañana.

—¿Es una cita?

—Es lo que tú quieras.

—¿Ahora a dónde vamos?

—A la lonja, a ver la subasta

del pescado fresco. —Su sonrisa se hizo grande y caminó de espaldas delante de él para poder cogerle de la camiseta—. Es todo un espectáculo. Si quieres comprar algo, has de gritar «mío».

Alejandro no se imaginaba a sí mismo gritando en plena calle un pronombre tan posesivo.

Jaime corrió a coger el teléfono, esperaba que Alejandro llamara. Desde que se había marchado, no se había puesto en contacto con él.

—¿Diga?

—Hola, hermanito.

—Ya era hora. ¿Cómo está Nela?

—Espera un momento —y bajando el tono—, que dice mi hermano que cómo estás.

—Dile que bien. —Jaime oyó

a Nela reír.

—Dice que está bien.

—¡Será tonto! —La voz de Jaime sonó más tranquila—. ¿En serio, cómo va todo?

—Estupendamente. Ahora estamos en Malpica, en la lonja, escuchando cantar a las vendedoras. Es interesantísimo.

—Desde luego, ¡qué morro tienes! No sé si te acuerdas, pero aquí estábamos preocupados.

—Relájate, muchacho. Todo está bien. Ya hablaremos cuando

regrese, solo te he llamado para que estés tranquilo, ¿vale? Volveré el sábado como acordamos. Me marcho, que Nela me hace señales, parece que quiere comprar algo.

—¿Yo tenía razón?

—Aún no hemos hablado. Ya te contaré. Tengo que irme.

Alejandro colgó y Jaime respiró aliviado, al menos no estaba sola y Alejandro era una buena influencia. Marcó el teléfono de Samuel, pero comunicaba.

Era ya tarde. A punto de regresar a casa, Nela llevó a Alejandro a su lugar favorito. Le explicó que allí era donde Sebastián, su padre, había pintado el retrato de Gabriela. Alejandro se asomó al borde del acantilado.

—Supongo que debió ser un alivio para ti descubrir que el hijo de puta de Rodrigo no era tu verdadero padre.

Nela se había sentado en su piedra, el lugar donde hablaba con el joven pintor todos los días.

—No digas eso.

—¿El qué?

—Que Rodrigo es un hijo de puta. Mamanela es mi abuela, no importa que él no sea mi padre. Es la persona que más me ha querido... La única.

—Eso no es cierto —dijo él muy serio.

—Pero es cierto que fue una liberación saber que él no era nada mío.

—Nela...

—Quería preguntarle, pero no se atrevía.

—¿Qué?

—Me gustaría saber cómo te ha afectado todo esto, lo que descubriste sobre...

—Fue una conmoción —dijo ella sin dudar—. Por un lado, Gabriela se me mostraba como una gran desconocida, una persona que no tiene nada que ver con la madre que recuerdo. Y, por otro lado, descubrir que me había privado de tener una familia, personas que podrían haberme querido, que podrían haberse ocupado de mí

cuando ella decidió abandonarme, la hizo aún más cruel.

—Tu tía te ha hablado de ella, supongo.

—Sí. Era su única hermana y tenían una relación muy estrecha. Pero la persona de la que ella me habló no tiene nada que ver con mi madre.

—Las personas cambian, dependiendo de las circunstancias.

—Mi tía me dio un diario.

Alejandro se acercó.

—Leer su diario debió ser

como hablar con ella misma.  
Demasiado íntimo, incluso.

—Eso pensé yo. —Nela se puso de pie y se apartó un poco, se dio cuenta de que aún le hacía mucho daño hablar de todo eso—. En él, descubrí a una Gabriela apasionada, vital, dulce y enamorada, nada que ver con la sombra que yo conocí.

Nela le habló de Sebastián y de todo lo que había leído en el diario. Después le explicó las cosas que Marta había añadido, todo lo

que había ocurrido en los días posteriores a la última página escrita.

—Todo esto construyó un nuevo pasado para mí, me enseñó a una Gabriela distinta, que pude hacer mía. La madre que hubiera deseado tener, el padre que hubiera deseado conocer...

Alejandro la observó frotarse las manos con nerviosismo. Estaban entrando en una zona oscura y él la vio ensombrecerse como una agonizante luz de gas.

—Hasta que se te ocurrió hablar de ello con Rodrigo.

Se volvió hacia él y sonrió sin alegría.

—Veo que ya lo sabes todo.

—No vayas a enfadarte ahora —dijo preocupado.

—Creo que ya no podré enfadarme nunca contigo, después de la cantidad de sardinas que has comprado y que, por supuesto, prepararás tú.

—¿Yo? Pero si las he comprado por ti —dijo él.

—Ja-ja, que te lo has creído.

—Tendremos que prepararlas en el jardín, si no la casa se llenará de un aroma no muy agradable. ¿Qué te parece, sardinas para cenar?

—Ahora en serio, ¿no te importa cocinar? —pidió Nela—. Yo tengo que salir.

—Esa cita tan misteriosa... ¿No me estarás ocultando algún amante secreto?

—Es un amigo; muy especial, pero un amigo.

—¿Cómo de especial? ¿De los de anillo en el dedo?

—No, de los de charla y buenos ratos.

—Como yo. —Alejandro se apartó el pelo rubio que le caía sobre los ojos.

—A ti aún no te he catalogado. —Nela sonrió.

—Pues, después de tantos años, has tenido mucho tiempo.

—Pero ahora es diferente. —  
La sonrisa desapareció.

Se metieron cada uno en un baño, se quitaron todo el polvo del camino y gran parte del cansancio. Es asombroso lo relajante y a la vez vigorizante que puede llegar a ser una ducha. Media hora después estaban los dos en la cocina bebiendo una copa de vino.

—¿Tienes algo pensado para ahora? —Alejandro la miraba a través del cristal de su copa.

—Debería trabajar un poco, hoy me he retrasado por tu culpa.

—¿Tú no tienes vacaciones?

—preguntó y Nela negó con la cabeza—. Eso del teletrabajo es un mal rollo, entonces.

—No lo creas, tiene otras compensaciones. Soy mi propia jefa, utilizo mis horas como más me gusta.

—Yo prefiero tener que salir de casa. Ver a mis alumnos y que me expliquen cosas. No me va el rollo Internet, prefiero el contacto humano.

—Ya, es que somos muy diferentes. Yo no podría estar todo

el día rodeada de gente. Me pongo nerviosa cuando voy a un centro comercial...

—A mí no me gusta el bullicio, me gusta la tranquilidad, pero las relaciones humanas son importantes para mí. Por ejemplo, me gusta que mis alumnos se paren en la calle a charlar conmigo cuando me ven. Otros profesores se indignan y se enfadan con ellos. He visto a algunos compañeros pegarles la bronca a los chavales diciéndoles que cuando salen del

colegio no tienen nada que ver con ellos, que es su vida y ellos no pintan nada.

Alejandro dejó el vaso en la mesa. Su rostro indicaba que le ponía de mal humor lo que estaba explicando.

—Supongo que tú eres profesor por vocación. No ocurre eso con la mayoría.

—Supongo —dijo él.

—Entonces tus alumnos tienen mucha suerte.

Nela sonrió y Alejandro borró

el mal humor de su cara.

—¿Sabes qué me gustaría hacer? Ver una película de esas que tiene tu abuelo. ¿Qué te parecería *Casablanca*?

—Que sepas que acabas de arruinar una tarde de trabajo.

—¡Cuánto lo siento! —mintió—. ¿Tienes maíz para hacer palomitas?

—Claro que sí. —Nela abrió la alacena y sacó un saquito de maíz crudo.

—Las haremos en la sartén,

como hacía mi madre cuando éramos niños, ¿te acuerdas?

—Sí que me acuerdo, aquellas tardes viendo la tele en tu casa... Eras un niño muy especial, ¿lo sabías?

—¿Especial en qué sentido?

—Eras muy tranquilo, muy pacífico. Cuando Jaime y yo nos peleábamos y acabábamos a tortas, tú mediabas entre nosotros, te comportabas como si fueses mayor de lo que eras. A veces, me sacabas de quicio porque nunca te alterabas.

—Lo intento.

—¿Nunca te enfadas? —Nela puso un poco de margarina en la sartén y después echó un puñado de maíz.

Alejandro se guardó las veces había tenido que contenerse por su culpa.

—Solías decirme que no tenía sangre en las venas —dijo removiendo el maíz con una cuchara de madera.

—Estoy segura de que no quería decir eso. —Nela se sintió

mal por sacar el tema.

—En parte tenías razón. Sé que me controlo demasiado. No eres la única que me lo ha dicho, si eso te consuela. Eso no significa que no haya sentido rabia, frustración o enfado muchas veces, es solo que procuro no dejarme ir.

—Pues es un ejercicio muy saludable.

—No estoy de acuerdo.

Nela tapó la sartén cuando la primera palomita explotó.

Cuando acabó la película Nela se levantó a encender la luz y luego volvió a su asiento.

—¿Te cuento una anécdota del rodaje? —preguntó al tiempo que se sentaba sobre sus piernas en la butaca.

—Ya sé que no existía el bar de Rick. Y que Humphrey nunca dice «tócala otra vez, Sam». — Alejandro sonreía.

—No es eso, eso lo sabe todo el mundo. Cuando Ingrid Bergman iba a comenzar el rodaje le

preguntó a Howard Koch, uno de los guionistas, a cuál de los dos protagonistas tenía que amar más. Y Howard, que aún no tenía terminada su parte del guión y no tenía clara cuál era la mejor elección, le dijo que a los dos por igual.

Alejandro soltó una carcajada.

—¡Chapucero! —dijo.

—Pues yo creo que eso fue un acierto —siguió Nela—, de ese modo se respira una atmósfera de fatalidad entre ellos durante toda la

película. Ingrid transmitió muy bien esa dualidad. Tienes la sensación de que elija a quien elija, siempre pierde.

Alejandro dejó de reír.

—O siempre gana —dijo entrecerrando los ojos.

—Siempre pierde —repitió ella pensando en Ilsa.

—¿Crees que se puede amar a dos personas a la vez? —preguntó él cambiando de tema de un modo interesado.

—No lo sé. A mí nunca me ha

pasado —respondió Nela, que seguía en la película, sin percatarse de la intensa mirada de su acompañante.

Y después se levantó recogiendo el bol de las palomitas y los vasos, que habían dejado en el suelo. Tenía que cambiarse para acudir a su cita.

—La vida es difícil en la mente. —Nela observaba a su misterioso amigo. Su figura se

recortaba en el cielo, de pie al borde del acantilado—. La mente te hace pensar y preguntarte cosas y ese es el principio del fin. El mono está contento de ser mono precisamente porque no sabe que lo es. Si un día pudiera pensar «soy un mono, vivo en el bosque, trepo por los árboles; aquel es un hombre, vive en la ciudad y viaja en coche», no tardaría mucho tiempo en pensar: «¿por qué no puedo yo ser un hombre, vivir en la ciudad y viajar en coche?» Y entonces el

mono estaría perdido, tendría conciencia de lo que es, querría ser lo que no es y, por encima de todo, querría saber por qué no lo es. — Se giró hacia Nela.

—¿Y tú crees que no debe preguntárselo? —preguntó ella.

—Yo no creo nada. —El pintor respondió rápidamente.

—Siempre me haces lo mismo, me sueltas una idea y después finges que no es tuya.

—Es que a lo mejor no es mía. —Sonrió.

Aquellos días pusieron una expresión poco usual en el rostro de Nela. Nunca lo había pasado tan bien. Alejandro resultó ser un compañero sorprendente, intrépido y decidido. La hizo escalar, la enseñó a tirarse de cabeza al agua, a bucear, cosas que siempre había querido hacer, pero nunca se había atrevido. Fueron a pescar con una de las barcas de Mateo e hicieron una excursión al faro y a las Islas

Sisargas.

Alejandro se había sentado en el suelo y apoyaba la espalda en una roca. Le hizo un gesto a Nela para que se sentase delante de él y ella apoyó la espalda en su pecho, relajada.

—Eurídice y Orfeo se amaban. —La voz profunda del profesor le sonó a Nela como un mantra—. Era un amor profundo e intenso, de esa clase que todos queríamos encontrar. Faltaba un día para su boda y ella corría por

un prado disfrutando de la espera, con tan mala suerte que la mordió una serpiente y la envenenó. Orfeo sintió un dolor tan grande por la pérdida que durante mucho tiempo no dejó de llorar su desgracia. De su lira surgieron sonidos tan tristes que conmovió a toda Tracia con el eco de su pena. Día tras día, suplicaba a los dioses del Olimpo que le devolviesen a su amada, pero era inútil, los dioses no podían o no querían hacer nada por él. Al final, desesperado, decidió ir a

buscarla al mundo de ultratumba. No le importaba lo que le ocurriese allí. Así consiguió fascinar con su música a Plutón y a Perséfone, que conmovidos al fin, aceptaron devolverle a su amada.

Nela se acurrucaba entre los brazos de Alejandro, perturbada ante la idea de que alguien descendiese a los infiernos para buscarla a ella. La voz de Alejandro, suave y profunda, le estaba calando hasta los huesos.

—Le concedieron lo que

pedía, pero pusieron una condición: Eurídicie caminaría tras él, pero Orfeo no debía volverse para comprobarlo hasta que estuviesen fuera del Hades. Si se volvía a mirarla antes de eso, la perdería para siempre. Orfeo comenzó a ascender el áspero sendero que conducía al exterior, sin poder comprobar si su amada le seguía. Tan ansioso estaba por verla, por tocarla, que apenas podía soportar la tentación. Faltaba muy poco para acabar el camino, podía ver la luz

del exterior. Plutón y Perséfone estaban ya muy lejos... Su deseo de ver a la persona amada fue demasiado insoportable para él. — Hizo una pausa consciente y dramática —. Y se giró.

—No —susurró Nela con un estremecimiento, y Alejandro la apretó un poco más fuerte contra su pecho.

—Fue un impulso inevitable, pero lo que vio le heló la sangre en las venas: su querida Eurídice desaparecía entre las sombras

adentrándose de nuevo en el inframundo, esta vez para siempre. De nada sirvieron sus dolorosas y apasionadas llamadas, nadie escuchó sus súplicas y la mujer fue engullida por las tinieblas. Orfeo siguió vagando y sus dolorosas melodías se escucharon eternamente. —Acarició el pelo de Nela—. A veces es mejor renunciar a lo que se desea, si con ello evitas el riesgo de perderlo para siempre.

Nela se emocionó con la historia y se quedó inmóvil tratando

de que Alejandro no se diera cuenta. Pero él se inclinó por uno de sus lados y vio lágrimas en sus ojos.

—Estás llorando —dijo divertido.

—Déjame —dijo ella sacudiéndose.

Alejandro rió y la abrazó.

Visitaron A Coruña y cenaron en una pequeña cala, al calor del fuego. Allí hablaron de sus respectivas experiencias

románticas. Alejandro le habló de Susana, una estudiante con la que había mantenido una corta y estrambótica relación hacía diez años. Una chica muy complicada.

—Estaba obsesionada por la dieta, pero de una forma divertida. Por ejemplo, cada dos por tres empezaba un régimen, la preparación del cual duraba una semana, mientras que el régimen en sí duraba dos días. Siempre iba con fotocopias en el bolso que le había dado no sé quién con un método

infalible para perder cinco kilos en tres horas. Recuerdo que una vez fue a un dietista que le hizo un estudio a fondo, no la conocía el pobre, y le proporcionó una dieta personalizada. Era divertidísimo, tenía que comer cincuenta gramos de pan para desayunar y sus bocadillos eran más grandes que los míos. Siempre tenía una respuesta preparada, «este pan no pesa nada, lo he puesto en la báscula y marcaba cincuenta gramos». —Alejandro la imitaba en

sus movimientos, lo que hizo reír a Nela.

—¿Qué fue de ella? — preguntó riendo.

—Lo que me hacía gracia al principio acabó por agobiarme. Vivía un personaje de ficción que nada tenía que ver con ella misma. Era una buena chica, pero no quería aceptar quién era y así es muy difícil que otros te acepten.

—No habrías bajado al Hades a buscarla.

Alejandro negó con la cabeza.

—Solo una vez encontré a alguien que pensé... —Se sentó y escribió un nombre en la arena, *Isabel*—. La conocí hace cinco años, en el instituto en el que trabajo, vino a hacer una sustitución por baja maternal. Me enamoré, fue fácil. Era una chica guapa y muy segura de sí misma, decidida y emprendedora, siempre dispuesta a divertirse. Me deslumbró que fuera tan diferente a mí, he de reconocerlo.

—¿Qué pasó? —Nela encogió

las rodillas.

—Al año siguiente ella se marchaba a otro instituto, así que tomé una decisión arriesgada y le pedí que viniese a vivir conmigo.

Con el mismo palito que lo había escrito, borró el nombre de la arena.

—No tardamos en darnos cuenta de que éramos demasiado diferentes, solo lo pasábamos bien juntos cuando estábamos en la cama. A ella le gustaban las fiestas, las discotecas, la multitud. A mí,

bueno, no es que me guste mucho todo eso, me sentía raro y fuera de lugar. Al principio ella salía poco y yo salía demasiado. Pero el tiempo va pasando y la personalidad de cada uno va empujando para hacerse sitio. Ella empezó a salir sola y yo a quedarme solo. El sexo seguía funcionando, pero con el tiempo dejó de ser suficiente. Un día hizo las maletas y se fue. Durante días estuve nervioso por si volvía —sonrió—. Tenía un caos mental intentando ser lo que no era

y no podía aguantar más.

—Quizá el amor profundo, la entrega sin reservas, no existe. ¿Te contó Jaime algo de Nico Reverter?

—Algo.

—Espero que comprendas que no es muy cómodo saber que sabes cosas que no te he contado yo.

—Podemos hacer como si no las supiese.

—No, no podemos. —Nela hacía dibujos concéntricos en la arena—. Él volvió con su mujer y

creo que fue lo mejor para todos, aunque al principio me dejara hecha polvo.

Alejandro no dijo nada y ella levantó la vista un instante para mirarle. Luego volver a sus dibujos en la arena.

Cuando volvían a casa solían ver una película. Nela nunca había compartido esas cosas con nadie y se sentía extraña. A Jaime le gustaba el cine independiente y los hermanos Cohen. Y a Clara las

historias de amor, sobre todo aquellas en las que salía Channing Tatum. Los primeros días, después de cenar, daban un paseo por los alrededores y Alejandro se metía en la biblioteca a leer cuando ella se acostaba. Pero, a partir del tercer día, la rutina cambió y no se separaban hasta que se iban a dormir. Escuchaban música, leían en la biblioteca, retrasaban la película a después de la cena y hablaban. Hablaban mucho y de todo.

Alejandro tenía muchas historias que contar sobre sus alumnos, buenas y malas, como la vez que hizo una sustitución a un profesor en un instituto de un barrio conflictivo y un grupo de alumnos le rayaron el coche y le amenazaron con romperle las piernas por expulsar de clase a uno de la banda. Eso había sido antes de ganar la plaza que ahora ocupaba. También le explicó muchas historias sobre mitos griegos, que le fascinaban y conocía bien. Nela también habló

de muchas cosas, incluso de Nico. De cómo se habían conocido, de sus cuadros. También le contó la fiesta en casa de su padre, cómo se había presentado hecha un diciomo y cómo había terminado la noche.

Pero había una cosa que no se atrevía a mencionar en ninguna de aquellas conversaciones: sus encuentros. Era tan diferente a ella que estaba segura de que la tomaría por loca. Le daba miedo lo que pudiese pensar. Y es que Alejandro tenía un extraño ascendente sobre

ella. Por un lado le daba seguridad, pero al mismo tiempo era capaz de hacerla encogerse como un ratoncito.

—¿Por qué crees que la gente se complica tanto la vida? — preguntó Nela mientras escogía el color del siguiente Lacasitos que se metía a la boca.

Estaba acurrucada en el sofá de la biblioteca, tenía puesto su pijama de ositos, unos calcetines tipo Pipi Calzaslargas, un montón de Lacasitos en la mano y dos

trenzas bien apretadas.

—¿Me estás preguntando por qué no todo el mundo es bueno? — Alejandro sonrió. Se había puesto un pijama que no utilizaba para dormir y apoyaba un brazo en el respaldo del sofá para estar de cara a Nela—. No quiero ofenderte, pero la culpa de todo la tenéis las mujeres.

—¿Queeeeé?

—Ya conoces a Pandora.

—La que abrió una caja — dijo ella comiéndose otro

Lacasitos.

Alejandro soltó una carcajada.

—Sí, eso —dijo—. Zeus ordenó que formaran a Pandora a partir de arcilla húmeda, qué empeño tienen los dioses con la arcilla, ¿verdad? Por aquel entonces no existía ninguna mujer, no me preguntes cómo lo hacían, que te veo venir. Zeus la quería para esposa de Prometeo, que era un semidiós, medio hombre, medio dios —aclaró.

—Hasta ahí llego —le interrumpió Nela sin dejar de comer Lacasitos.

—Es que con la facha que llevas me resulta difícil no confundirte con una de mis alumnas. —Sonrió cuando Nela le sacó la lengua—. Bueno, ¿sigo?

—Sigue, profe —puso voz de niña pequeña.

—Zeus no lo hacía porque se preocupase por él, sino para debilitarlo, porque Prometeo no era santo de su devoción. El dios había

hecho encadenar al semidios ordenando a un águila que le royera el hígado cada día, pero así no acababa nunca con él, ya que el órgano volvía a crecerle por la noche. Así que, dándole vueltas a la cabeza, se le ocurrió mandarle a Pandora. Prometeo, que no era tonto, la rechazó, y ella entonces se casó con su hermano Epimeteo.

—No era muy exigente la tal Pandora.

—Solo cumplía órdenes, pobrecilla. Zeus, el muy zorro, le

dio a Pandora un jarrón, en el que había metido todos los males, diciéndole que no lo destapara nunca.

—¡Qué capullo el que se inventó esa historia! Da a entender que Zeus se aseguraba así de que haría lo contrario. ¡Machista asqueroso!

—Parece que hay cosas que no cambian, y en el tiempo en que se crearon los mitos tenían una opinión de las féminas que aún hoy perdura en algunos hombres.

—Pues se engañan a sí mismos. Si Pandora hubiese sido un hombre, habría hecho lo mismo.

—La cuestión es que la curiosidad pudo con todos los demás dones que los dioses habían regalado a Pandora, a saber: belleza, sabiduría, encanto, don de la palabra... —Se encogió de hombros como si se disculpase—. Cuando levantó la tapa, todos los males escaparon y, aunque se apresuró en tapar la vasija de nuevo al darse cuenta de su metedura de

pata, solo pudo conservar la esperanza, que Zeus había metido en el fondo.

—La esperanza no es ningún mal.

—Depende de cómo se mire. En fin, ya ves que en la mitología, al igual que en la Biblia, la mujer es la causa de todos los males. ¿Por qué crees tú que es así?

Nela acabó con las chucherías y se limpió las manos.

—Estas historias fueron pensadas y escritas por hombres y

denotan un complejo de inferioridad con respecto a la mujer. Los hombres siempre os habéis sentido amenazados por nosotras. En el fondo os sentís en peligro porque creéis que somos superiores a vosotros. Lo que no se comprende da miedo. Pero el hombre no puede vivir sin una mujer, así que debía doblegarla y tenerla bien sujeta para que no «sacase los pies del tiesto». Sabéis que somos más inteligentes y os aterroriza pensar que algún día

podamos llegar a ser autosuficientes.

—No veo cómo. No creo que estés promoviendo los implantes masculinos en el aparato reproductor femenino.

—No me refiero a eso.

—Pues es una cuestión importante, ¿no crees?

Alejandro cambió de posición y estiró las piernas. Nela se abrazó a sus rodillas.

—¿Qué tal una mujer capaz de procrear, capaz de engendrar por sí

misma? —siguió ella.

—Pasas por alto un «acto» muy placentero.

—No es imprescindible un hombre para tener placer.

—Tampoco una mujer, pero lo convierte en algo mucho más excitante y agradable. La sorpresa, la interacción, las reacciones en cadena...

—Estamos de acuerdo. Pero quizá, si la mujer fuese hombre y mujer a la vez, podría sentir algo mucho más sublime.

—¿Cómo hemos llegado de Pandora a la pobre Hermafrodita?

—*Hermafrodita* pensaba que era una definición, no un personaje.

—Pues ya ves y, por lo que cuentan, lo de estar los dos en un mismo cuerpo no era tan satisfactorio como podría parecer.

—¿Ves? Seguro que otra vez un hombre escribió la historia en su beneficio. Cuéntame ese mito, anda.

—Salmácide era una ninfa que se enamoró de Hermafrodito, que como era hijo de Afrodita era

sumamente atractivo. La chica se moría de ganas de montárselo con él, pero ese deseo no era mutuo. — Hizo un gesto que Nela captó como una indirecta y no comprendió muy bien—. Así que a la despechada no se le ocurrió otra cosa que pedir a los dioses que los unieran en un abrazo perpetuo. Y ellos se lo concedieron.

—¿Y Hermafrodito? ¿Él no opinó al respecto?

—Los dioses son así.

—No es justo. Un abrazo,

aunque no sea perpetuo, siempre es cosa de dos.

—Si tuvieras hilo directo con los dioses, ¿no habrías pedido que te dieran a Nico incluso contra su voluntad? —La mirada de Alejandro era casi hiriente.

—No. —Nela empezó a sentirse incómoda—. ¿Tú sí?

—¿Para qué quiero yo a Nico?

—No seas tonto. ¿Pedirías a la mujer que quieres, contra su voluntad?

Alejandro se quedó un rato en silencio, como si valorase realmente esa posibilidad.

—Sería como tener un cuerpo muerto.

La mirada de Alejandro hizo que se estremeciese.

## XIX

### Encadenados

«—... no será fácil invitarte, cree que estás enamorado de mí.

— Pues dile que si me invita a tu casa y veo lo feliz que eres a su lado, se me pasará la pasión que siento por ti.»

(Alicia y Devlin,  
*Encadenados*, 1946)

Se apresuró a vestirse para su

cita. Había llegado el último día que habían fijado en el trato. El juego había acabado y había sido una terapia muy efectiva. Nela llegó a pensar si no sería un psicólogo, haciéndose pasar por un pintor misterioso, enviado por Jaime para ayudarla. Fuese quien fuese, hoy lo sabría, había llegado el momento de quitarse las máscaras. Y si algo había sacado en claro es que lo quería en su vida. Después de esa noche tendría un nombre, una dirección y un teléfono que ella

escribiría en su agenda de la gente que importa.

—¿Te marchas ya? —

Alejandro la miraba pensativo.

—Sí, ya es la hora.

—Hoy tampoco querrás contarme a dónde vas...

—La curiosidad mató al gato

—dijo abriendo la puerta.

Alejandro la vio salir y se asomó a la ventana para ver la dirección que tomaba.

La noche se presentaba

espléndida, ninguna nube en el cielo y una espléndida luna llena. Nela llegó al acantilado y el joven pintor ya estaba allí, mirando como siempre al horizonte dibujado en el fin del mundo.

—Hola, está claro que da igual a qué hora llegue.

—Vengo pronto —sonrió.

—Siempre dices lo mismo.

—Es que es cierto.

—Por un lado tenía ganas de que llegase este día, pero por otro...

—confesó Nela.

—A mí me ocurre lo mismo.

—El joven se giró y caminó hacia ella, que acababa de sentarse en su roca. Parecía triste.

—¿Sabes? Alejandro está resultando ser todo un descubrimiento. Es curioso, conoces a alguien de toda la vida y en realidad resulta que no le conoces en absoluto.

—Explícame eso.

—Verás, Alejandro me intimidaba. Tenía la impresión de que no me soportaba, creía incluso

que me despreciaba. Y luego, cuando le veía con Jaime y Teresa, era tan divertido y cariñoso...

El pintor la miró frunciendo el ceño sin comprender.

—Me hacía sentir celos de lo que tenían.

—¿Qué ha cambiado? — preguntó él.

—Estos días he descubierto a una persona totalmente distinta — dijo Nela con una enorme sonrisa —. ¡Es tan divertido! Tiene un humor muy particular, una fina

ironía capaz de hacerme soltar una carcajada en el momento más inoportuno. Se ha comportado de un modo encantador. Es delicado y caballeroso. Pasamos horas hablando de cualquier cosa y parece no cansarse nunca de estar conmigo. Y ya no me mira de ese modo.

—¿De qué modo?

—Con desprecio.

—¿Por qué crees que te miraba así?

—Supongo que me

despreciaba. —Se encogió de hombros—. A veces me hacía sentir pequeña como una mota de polvo.

—¿Hiciste algo que mereciese ese desprecio?

Nela trató de esconderle su mirada.

—Quizá es que él también ha descubierto a otra Nela —dijo el pintor sin tratar de sonsacarle.

Durante un rato ninguno de los dos habló. Nela necesitaba pensar en lo que había dicho. Tenía razón, ella también era distinta en aquella

casa. Era como si allí pudiese olvidarse de lo que había sido su vida e imaginar que todo había sido distinto.

—Hoy es el día —dijo él de pronto, sentándose a su lado y mirándola con atención.

—Ya ha pasado una semana —confirmó ella.

Estaba nervioso. La noche anterior no había podido dormir y sabía perfectamente lo que le estaba pasando, ya no era un chaval para

andar engañándose. No debería haber hecho ese viaje, en el fondo lo supo desde el primer momento. ¿Por qué nos empeñamos en hacer aquello que sabemos positivamente que no conseguiremos concluir? Necesitaba aclarar las cosas de una vez para siempre. Cogió las llaves y salió de la casa.

—¿Qué piensas ahora? — preguntó el pintor.

Nela le miró, no entendía bien a qué se refería.

—¿Cómo te sientes?

—Bien, tranquila —suspiró—

y muy agradecida.

—¿Agradecida?

—Sí, hace una semana estaba deshecha. No encontraba ninguna salida, me sentía... bueno, ya lo sabes, te lo expliqué. Ahora soy completamente distinta.

—¿Estás segura?

Nela asintió con la cabeza y se levantó.

—Estoy bien.

—¿Cómo de bien?

—Bien como no había estado nunca antes. Bien conmigo misma. Ahora sé que estaba equivocada al pensar en eso —señaló el borde del acantilado.

Se sentó en el suelo delante de él y le miró a los ojos.

Alejandro oyó su voz y tuvo un momento de duda. Se giró dispuesto a irse, pero se detuvo al oír su nombre. Prestó atención y se dio cuenta de que aquella conversación era muy extraña.

Parecía ir en una sola dirección. Lentamente se acercó y, cuando la tuvo dentro de su campo de visión, se quedó observándola. Escuchando lo que decía.

—Mi vida no ha sido muy buena que digamos, pero ahora puede serlo. Tengo tranquilidad, un lugar maravilloso donde vivir, al menos una temporada. Estoy descubriendo cosas de mí misma que no sabía, personas que había creído conocer y que se están transformando ante mis ojos...

Hasta la última gota de sangre abandonó el rostro de Alejandro.

—Tienes razón, y mi madre no debió hacerlo, no debió saltar por aquella ventana. Pero lo hizo y sus motivos solo ella los sabía. Eso no tiene nada que ver conmigo, no en realidad. Quizá fue una mujer maravillosa que sufrió mucho y se quedó sin amor para dar, o quizá fue una bruja sin escoba, no lo sé. Pero aquella fue su vida, no tengo nada que decir y no hay nada que pueda hacer.

Nela frunció el ceño, había algo extraño en la mirada del pintor. ¿Dolor, quizá?

—Un diario es algo muy íntimo. Seguro que aquella era tu auténtica madre.

—Sí, pero en su diario solo puso una parte de la historia, lo que a mí me atañe no está escrito en ninguna parte.

El pintor se miró las manos.

—Encontré también una carta en su vestido de novia —siguió Nela.

—¿Dónde? —Nela no tenía duda, era dolor lo que veía en aquella mirada.

—Estaba enganchada a su vestido con una alfiler —dijo desconcertada.

—¿Y nada más? ¿No dejó nada más?

—Nada más —dijo ella frunciendo el ceño.

Alejandro se acercó a ella, pero estaba tan concentrada en su «conversación» con aquella piedra que no se dio cuenta de su

presencia hasta que estuvo allí mismo.

—¡Alejandro! —exclamó sorprendida.

—Perdona, Nela —dijo de un modo extraño.

—¡Nos has descubierto! — Nela sonrió y miró al muchacho que seguía sentado en la piedra—. Ahora tendrás que decirme tu nombre para que pueda presentaros.

El joven pintor negó con la cabeza.

—Lo siento, Nela.

Ella hizo un gesto, sorprendida ante la expresión de su rostro. Se volvió a Alejandro, que estaba pálido como la luna.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué tenéis esas caras? —Luego se giró al pintor— ¿Qué pasa?

El artista se levantó. La miró con dulzura y Nela se preguntó por qué aquellos ojos negros le resultaban tan familiares. De pronto sentía deseos de llorar.

—Mi nombre es Sebastián —dijo.

Estiró la mano como si quisiera acariciarla y después se fue. Nela sintió un extraño revoltijo de emociones que la atacaban desde distintas partes de su cuerpo. Se quedó inmóvil, como la roca en la que se había sentado a diario desde que aquel joven pintor la salvó de lanzarse al mar. Intentaba aceptar algo que había sentido desde el primer día. Una conexión intangible que la vinculaba emocionalmente con aquel desconocido.

—Sebastián —susurró.

Se cubrió el rostro con las manos tratando de asimilar que había estado hablando con su padre. Intentaba digerir aquel acontecimiento como un regalo. No debía sentirse triste. Le había dado la oportunidad de conocerle, de hablar con él. ¿Qué importaba que Alejandro la estuviese mirando como a alguien que ha perdido la razón? Sebastián había estado con ella en aquellos momentos tan difíciles. ¡La había salvado!

—Nela, por favor... —la voz

de Alejandro le sonó extraña.

—Piensas que he perdido la cabeza —dijo caminando hacia el precipicio.

Él sintió que se aceleraban los latidos de su corazón y se acercó a ella muy despacio.

—Hace una semana vine aquí dispuesta a acabar con todo —confesó Nela—. Si yo no estaba, todo desaparecía. Nela hubiese sido una pobre desgraciada a la que la vida no le había dado muchas oportunidades.

Alejandro estaba lo suficientemente cerca como para que solo tuviese que estirar el brazo para agarrarla.

—Y entonces apareció él — siguió hablando Nela y señaló al camino—. Ya, ya sé que no le has visto. Lo he sabido cuando he visto cómo me mirabas. Hace una semana se presentó aquí, justo cuando iba a saltar, y después de unos minutos de charla me hizo una proposición: debía venir cada día a este lugar para verme con él. Si después de

esa semana seguía pensando y sintiendo lo mismo, él se marcharía y dejaría que me lanzase al mar.

—Nela, ¿de quién estás hablando?

—De Sebastián.

—¿Qué Sebastián?

—Mi padre. Mi verdadero padre.

—Tu padre está muerto — dijo Alejandro, cada vez más asustado.

—Lo sé.

Nela se apartó del borde y fue

a sentarse en la roca, él la siguió y permaneció de pie ante ella, mirándola desconcertado.

—Hace muchos años que tengo estos «encuentros».

Alejandro frunció el ceño.

—No puede ser que me estés diciendo esto. —Alejandro se frotó la cara como si quisiera despertar de un sueño.

—No estoy loca, aunque no te culpo por pensarlo. Yo también tuve mis dudas sobre eso. Al principio pensaba que era fruto de

mi imaginación; después, que los golpes de mi padre me habían estropeado algo aquí dentro —se señaló la cabeza—. Pero no es nada de eso.

Alejandro se agachó frente a ella para mirarla a los ojos.

—Nela, aquí no había nadie. Estabas hablando sola.

—Está bien —dijo ella poniéndose de pie y apartándole—. Olvídalo, ha sido una niñería. Hablo sola, es una manera como cualquier otra de enfrentarme a... ¡a

todo!

Alejando la agarró del brazo y ella se sacudió su mano enrabietada.

—Déjame. Estoy loca. ¿Es eso lo que crees, no? Pues, ya está. ¡Estoy loca y se acabó!

—No creo que estés loca.

—¿Ah, no? ¿Y esa expresión con la que me miras? Eres demasiado transparente, Alejandro, siempre dejas ver lo que piensas. Y haces mucho daño —susurró al final.

—¿Yo te hago daño? —  
preguntó incrédulo.

Nela le miró sorprendida.

—Muchas veces —dijo.

Él sintió como si le hubiesen  
dado un puñetazo en la boca del  
estómago.

—¿Cuándo te he hecho daño?  
—preguntó dolido.

—Cuando me miras con  
desprecio.

—Nunca te he mirado con  
desprecio.

Nela abrió la boca

sorprendida y volvió a cerrarla dándose un golpe en la pierna. Se dio la vuelta tratando de recuperar la serenidad, pero Alejandro la sujetó del brazo e hizo que se volviese a él de nuevo.

—¿Cuándo te he tratado con desprecio?

Nela estalló.

—¿Cuándo? ¡Siempre que iba a tu casa a refugiarme de...!

—¿De qué? —Alejandro elevó el tono sin darse cuenta—. ¿De qué ibas a refugiarte?

Nela sacudió la cabeza y no contestó.

—¡Dilo! —gritó él.

—¡Déjame en paz! —Nela se apartó e inició el regreso a casa, pero Alejandro se lo impidió sujetándola del brazo.

—¡No me toques! —le gritó fuera de sí.

Alejandro la soltó al ver aquella mirada desquiciada.

—Nela, por favor —le suplicó.

Ella le miró un segundo con

los ojos llenos de lágrimas y después echó a correr hacia la casa.

El día amaneció nublado, como el ánimo de Nela. Cuando se levantó, Alejandro había salido. Le resultó raro desayunar sola. Tampoco fue a comer, y Nela dedicó la tarde a trabajar para tratar de ocupar el tiempo en algo práctico que la ayudase a no pensar.

Alejandro, se pasó el día deambulando por el pueblo, se

acercó hasta el puerto y estuvo observando las barcas. Quizá alguna de aquellas mujeres era la tía de Nela. Hubiese querido hablar con ella, pero no tenía ningún derecho a inmiscuirse. Además necesitaba pensar, estar solo. Comió en una taberna y siguió recorriendo los paisajes de aquella tierra, entre melancólico y deprimido. Cuando empezó a oscurecer, sus pasos le llevaron hasta los acantilados y desde allí llamó a su hermano.

—¿Tú lo sabías? —le preguntó después de ponerle en antecedentes.

—Sí. —Jaime estaba cenando y Samuel le miraba frunciendo el ceño, no le gustaba que hablase por teléfono en la mesa—. Hace mucho que me lo contó.

—¿Mucho? ¿Cuánto es mucho? ¿Meses?

—Años, hace muchos años.

—¿Y no has hecho nada para ayudarla? —Alejandro estaba conmocionado.

—¿Algo como qué? —dijo su hermano pequeño saliendo de la cocina.

—Algo como buscarle ayuda, imbécil.

Jaime sonrió al otro lado.

—Claro, porque está loca, ¿no? —Se metió en el despacho y cerró la puerta.

—No he dicho eso —respondió Alejandro rápidamente.

—No, pero seguro que eso es lo que Nela ha escuchado.

—Jaime tú eres consciente de

que Nela no habla con muertos, ¿verdad? —Alejandro se sentó en una piedra, agotado.

—Yo soy plenamente consciente de que Nela sí habla con muertos. Pero ya veo que tú no puedes aceptar algo así.

—¿Por qué os empeñáis en comportaros como si fuese yo el que tiene un problema?

—Alejandro, Nela habla con los muertos. No sé si ellos están físicamente con ella o están en su cabeza, no tengo ni idea de cómo

funciona eso en realidad. Pero sé que ella los ve y le hablan. Le cuentan cosas que ella no sabría de otro modo. —Se sentó en el sillón junto a la librería—. Vio al hijo de Nico. El niño hizo que le pintara un retrato y lo tiene colgado en la pared junto al de Rodri. Ella no sabía nada de ese crío, era algo que Nico Reverter guardaba en secreto, de una época en la que nadie le conocía. Él se puso como un basilisco cuando se enteró de que ella lo sabía...

—¿Qué quieres decir con que se puso como un basilisco? — preguntó desconfiado.

—Nico es... ¿cómo decirlo? Un poco violento. —Jaime no sabía cómo tocar ese tema con su hermano, así que lo dijo y esperó.

Al otro lado del teléfono, Alejandro miraba hacia el mar oscuro y embravecido sintiendo la misma furia en sus tripas.

—No me digas que él... — dijo entre dientes.

—No te montes una película,

no he dicho que la maltratase. —  
Jaime comprendió la evolución que  
estaba haciendo su hermano.

Alejandro se frotó la cara.

—¿Cómo puede enamorarse  
de alguien así? Nela no piensa  
como una persona normal, está  
claro —dijo desbordado—. Y  
ahora esto... Es irracional.

—Sé que es muy difícil para  
ti aceptar algo así...

—¿Para mí? ¿Es muy difícil  
para mí? Sería difícil para  
cualquier homo sapiens con un

cerebro de más de medio kilo —  
dijo a punto de perder su  
autocontrol.

—Si no eres capaz de  
entenderla, la perderás para  
siempre.

—No se puede perder lo que  
no se tiene —dijo Alejandro con la  
boca seca.

—Ya sabes lo que quiero  
decir.

—¡Dios! Me va a estallar la  
cabeza.

—Habla con ella, tienes que

sacar lo que tienes dentro, Alejandro. —Jaime hizo un gesto con la cara para descargar la tensión que le suponía sacar ese tema e intentar que no se reflejase en su voz—. Es una conversación que habéis aplazado demasiado tiempo. Ella te lo debe.

—Hasta luego, Jaime.

Alejandro colgó. Había algo con lo que no podía, siempre que tenía un problema no paraba hasta encontrar la solución. No importaba lo difícil que esta fuese, ni lo que

tuviese que arriesgar para superarlo. Lo único que no podía soportar era no tener una solución, una salida. Y con Nela nunca la había.

—Maldita sea —dijo mirando hacia la nada—, si estás ahí manifiéstate, haz lo que quiera que hagáis los fantasmas. ¡Dame un motivo para creerla!

Nela se asomó a la escalera como la primera noche que

Alejandro pasó en aquella casa. La luz de la biblioteca estaba encendida, pero a pesar de que lo deseaba, no se atrevía a bajar. Volvió a su habitación y paseó nerviosa de un lado a otro durante una hora. Al final se rindió y bajó corriendo y, como si tuviese miedo de acobardarse antes de atravesar la puerta, entró como una exhalación.

—Hola —dijo.

Alejandro levantó la vista del libro cerrado, que tenía en las

manos, y la miró de arriba abajo. Nela siguió su mirada hasta los pies y vio que había bajado sin las zapatillas. El suelo estaba helado. Avanzó rápidamente y se colocó sobre la mullida alfombra.

—Hola —dijo Alejandro dejando el libro sobre la mesilla.

—No te he visto en todo el día. —Nela se sentó en el suelo frente a él con las piernas dobladas, abrazada a sus rodillas.

—No te sientes ahí —dijo él como si le molestase.

—Me gusta —respondió ella sin moverse.

Él negó con la cabeza.

—¿Dónde has estado? — preguntó ignorando su desaprobación.

—Por ahí —dijo evasivo.

—¿Quieres que me vaya? — dijo Nela al fin viendo que la cosa no salía como esperaba.

Alejandro se la quedó mirando sin responder. Nela sintió cómo el calor le subía por el pecho hasta la garganta y después se

alojaba en sus mejillas para quedarse allí.

—Háblame de esos «encuentros» —dijo.

Ella negó con la cabeza.

—Por favor, Nela —le pidió.

Durante unos segundos se resistió, no iba a poder soportar que la mirase de nuevo como si estuviese loca. Si lo hacía, se iría de allí y no volvería a intentarlo. Apretó los brazos alrededor de sus piernas, mientras Alejandro subía un pie al sofá y se recostaba

apoyando la cabeza en la mano.

—La primera vez fue mi abuela y en un primer momento pensé que me había vuelto loca. Su muerte me había golpeado como un martillo en la cabeza y cuando la vi de pie junto a su cadáver, hablándome, creí que mi cerebro se había roto. —Nela se encogió de hombros—. Pero no me importó. Ella estaba allí para mí y mi padre no iba a poder separarnos. Poco a poco la cosa fue ampliándose —sonrió con cinismo—. Ya no venía

solo mi abuela, también me visitaban otras personas...

—¿Para qué? —interrumpió Alejandro.

—¿Para qué venían? —Nela se encogió de hombros—. No lo sé. Vienen me dicen cosas y se van.

—¿Qué clase de cosas?

—Cosas. No sé. —Nela se removió incómoda—. Creo que quieren ayudarme.

Alejandro la miró fijamente analizando cada gesto.

—Deja de mirarme así —dijo

ella molesta al tiempo que se ponía de pie.

—¿Cómo te ayudan? —Él también se levantó.

—Me cuentan cosas, me dan consejos...

—¿Ellos estaban contigo cuando...?

Nela negó varias veces con la cabeza.

—No vamos a hablar de eso.

—¿Por qué no, Nela? ¿No es eso el origen de todo? ¿No es lo único que de verdad importa? —

Alejandro trataba de controlarse, pero la tensión le estaba haciendo un agujero en el estómago.

—Será mejor que me vaya.

Nela dio un paso hacia la puerta, pero él la sujetó por el brazo.

—No, no vas a ir a ninguna parte. Vas a quedarte aquí y vas a hablar conmigo, porque quiero ayudarte, quiero entenderte y...

La atrajo hacia él y la besó en la boca. Fue un beso urgente que la pilló por sorpresa y frente al que no

supo reaccionar. Después de unos segundos, Alejandro la soltó despacio sin dejar de mirarla a los ojos.

—Perdona... —susurró avergonzado, más por el resultado que por el gesto.

Nela sacudió la cabeza varias veces, como si quisiera quitarle importancia. Y sin decir nada, salió de la biblioteca tan rápidamente como había entrado.



## XX

### Noche y día

« Nighth and day, you are the one...  
»

(Cole Porter, *Noche y día*,  
1946)

Nico aparcó la moto delante de la casa de su hermano y cogió la bolsa que traía con regalos para su sobrino. Llamó al timbre y se quedó muy sorprendido cuando Jaime le abrió la puerta. Claro que su

sorpresa no fue nada comparada a la del otro.

—¡Samuel! —llamó ladeando un poco la cabeza, sin dejar de mirar al visitante—. Hola, Nico.

—¿Jaime? ¿Eres Jaime? —De repente se le iluminó el rostro—. ¿Está Nela aquí?

—Nico... —Samuel apareció detrás de Jaime y rápidamente abrazó a su hermano—. ¡Qué sorpresa!

—Y que lo digas. —Jaime se apartó para dejarles pasar.

—Samuel, ¿está Nela aquí?

—Nico entró en la casa, detrás de su hermano y seguido por Jaime.

—Tenemos mucho de qué hablar. Ya verás cuando Iván salga del colegio y te vea. Te hemos echado de menos.

Después de un par de tazas de café y algunas confidencias, Nico estaba al tanto de todas las novedades.

—Así que estamos ante un romance. Me parece tan raro que seas tú.

—¿Por qué? —Jaime estaba a la defensiva—. ¿No te parece bien?

—¿Por qué piensas eso? —dijo mirando atentamente al amigo de Nela.

—¿Has pintado mucho, últimamente? —Samuel cambió de tema tratando de aliviar un poco la tensión.

—He estado muy ocupado.

—¿Qué tal Charlotte? —Samuel no sabía cómo preguntarle.

—Muy bien. ¿Qué sabéis de Nela?

—¿Por qué lo preguntas? —

Jaime dejó la taza de café sobre el plato muy lentamente—. Eso ya no es de tu incumbencia.

—Jaime, creo que será mejor que nos dejes un momento. — Samuel quería evitar la batalla que se estaba fraguando en su cocina—. Es mejor que yo...

—No, Samuel —Nico le interrumpió—, creo que lo mejor es que nos dejes tú. Jaime y yo tenemos que hablar de algunas cosas.

—Sí, Samuel —corroboró Jaime—. Tenías que ir a comprar, ¿no? Este es un buen momento.

Jaime y Nico se retaban con la mirada. Samuel dudó si sería buena idea, pero estaba claro que él solo era el padre de uno de los tres niños de la casa, justamente el que estaba en el colegio. Aquellos dos eran ya mayorcitos para saber lo que hacían, así que cogió su cartera y se marchó.

—Ante todo quiero que quede claro que mi relación con tu

hermano no ha variado en nada mi amistad con Nela. —Empezó Jaime.

—No era necesaria la aclaración. —Nico se cruzó de brazos apoyándose en el respaldo de la silla.

—Entonces entenderás que no esté entusiasmado con tu repentino interés por ella.

—Pues no, no lo entiendo. Explícamelo.

—Dejaste a Nela para irte a Londres, con tu esposa.

—Vamos a divorciarnos.

Jaime trató de disimular el desconcierto.

—Eso no es lo importante, ¿no te parece?

—Lo que me parece es cosa mía. —El pintor no iba a recular ni un paso.

—¿Sabes lo que parece? Pues que Charlotte te ha largado y por eso buscas a Nela.

—Eso no deja en muy buen lugar tu opinión sobre tu amiga.

—Mi opinión sobre Nela no podría ser mejor —dijo Jaime

molesto—. ¿Por qué os vais a divorciar?

—¿Desde cuándo tengo que explicarte mis decisiones?

—¿Desde cuándo tengo que informarte sobre Nela? —Jaime se irguió en la silla.

—Desde que tienes una relación con mi hermano.

—Pues va a ser que no, mira por dónde.

—Quiero a Nela —Nico lo dijo como si aquel argumento fuese capaz de derretir los polos.

—Tienes un modo muy dañino de querer.

—Había cosas en mi pasado que necesitaba solucionar.

—Seamos sinceros, Nico. Tú fuiste a Londres a intentar arreglar las cosas con Charlotte y no ha resultado como esperabas.

Nico se mantuvo un rato en silencio sopesando si debía contestarle.

—Supongo que tienes más información de la que yo desearía —se replegó—. Nela me hizo

comprender lo injusto que había sido con mi mujer. Nuestra historia se merecía un último esfuerzo por mi parte.

—Y para eso, la dejaste a ella.

—No fue así exactamente.

—¿Ah, no? No me da la impresión de que te hayas preocupado mucho por Nela últimamente. Podría haber muerto y tú ni te habrías enterado.

—¿De qué estás hablando? Tuvimos una discusión y

desapareció. —El pintor estaba empezando a hartarse—. Fui a su casa muchas veces. La esperé, ella sabía dónde estaba yo, pero yo no tenía ni idea de dónde se había metido ella.

—Podrías haberla buscado.

—Es posible —dijo tratando de recuperar la calma—. Mi relación con mi esposa fue algo muy profundo, Jaime. Quizá algún día puedas entenderlo.

—No te ofendas, Nico, pero me importa una mierda.

Nico se quedó en silencio de nuevo. Los dos hombres se retaban con la mirada y cada vez era más evidente que no llegarían a un acuerdo.

—¿Dónde está? Solo quiero verla. Ya es mayorcita, si de verdad no quiere saber nada de mí, ella misma me lo dirá.

—No pienso decírtelo.

—La quiero, Jaime, te juro que la quiero.

—Lo siento por ti. —Jaime se puso de pie y Nico le imitó—.

Mira, lo único que me gustaría sería pegarte un puñetazo. Me importa un rábano si estas sufriendo y todas esas jodidas mierdas que dices. Sé que le pegaste y eres un cabrón por ello. No hay nada más que decir.

—Vaya, también sabes eso — dijo entre dientes—. Fue un impulso imperdonable, lo sé, pero te aseguro que no quería hacerle daño.

—Tienes un modo de no hacer daño muy curioso. ¿Qué pasaría si tu hermano te dijese que le sacudo

cuando me pongo nervioso?

—Que lo sentiría por ti, mi hermano te saca la cabeza.

Nico se arrepintió en cuanto lo dijo.

—Lo siento, no debería haber dicho eso, ha sido una respuesta estúpida. Jaime, te juro que no sé lo que me pasó, pero jamás he querido hacer daño a Nela.

—Pero se lo has hecho.

—Solo quiero hablar con ella

—Nico estaba haciendo verdaderos esfuerzos—. ¿Nunca has hecho nada

de lo que tuvieses que arrepentirte?

—Entraste en su buhardilla —

Jaime lo dijo con el rencor saliendo de todos sus poros.

—¡Acabáramos! ¡Es eso! —

El pintor dio una palmada—. Estás celoso porque yo he visto sus pinturas y tú no.

Jaime le miró con desprecio antes de responder.

—Eres tan estúpido que no te enteras de nada. Lo que no puedo entender es que, sabiendo lo que fue la infancia de Nela, no se te cayese

la mano al suelo antes de levantarla contra ella.

—Se te va la pinza, chaval. ¡Solo fue una bofetada! Lo que le hizo su padre no tiene nada que ver con eso.

—¿Solo fue una bofetada? ¿Solo? ¿Te parece poco?

—Ella me empujó, me di cuenta de que podría haberme roto la muñeca y perdí el control. ¡Pero solo fue por un instante! —El cansancio estaba acabando con su paciencia.

—¿No te das cuenta de que no hay nada que lo justifique? Tienes un problema que deberías resolver, sé que no es la primera vez que pegas a una mujer. ¡Siempre habrá una excusa! —exclamó Jaime furioso.

Nico perdió todo su aguante al comprender que Samuel le había traicionado contándole cosas de su vida que solo le incumbían a él.

—Mira, imbécil, que te acuestes con mi hermano no hace que tu opinión me importe.

Encontraré a Nela y te aseguro que, en cuanto esté delante de ella, se olvidará de todo lo que ha pasado. —Le señaló con un dedo amenazante—. Y ni se te ocurra intentar prevenirla contra mí, porque entonces sí que voy a perder los papeles.

—Este es el auténtico Nico. —Jaime sonrió con desprecio, había conseguido exactamente lo que se proponía.

—La encontraré, si no es con tu ayuda será sin ella, pero la

encontraré. Nela es mía, acéptalo —cogió la cazadora de la silla y salió de la casa dando un portazo.

Jaime sacó el móvil del bolsillo.

—Todo va bien, Jaime, es solo que estoy algo cansado, no he dormido bien esta noche. Nela está trabajando, si no es importante mejor llama luego.

—Es importante, Alejandro. Nico ha vuelto.

Se hizo un silencio.

—¿Me oyes? Quiere hablar con ella, en realidad quiere verla. No le he dicho dónde está, pero no estoy seguro de que Samuel se resista a decírselo.

—Quizá sea mejor así. —La voz de Alejandro sonaba distraída.

—Alejandro, no me jodas, creía que estabais bien juntos. Estás muy raro. ¿Has oído lo que te he dicho?

—Sí, Jaime, lo he oído y creo que Nela debe saberlo.

—¿Qué estás diciendo?

—No es una niña, es una mujer. Ella toma sus decisiones.

—Pero ese tío es un cabrón.

—Eso no cambia nada, Jaime.

¿Quieres que se lo ocultemos y después, cuando lo descubra, nos corte las pelotas? Es cosa suya.

—Le pegó.

—¿Queeé? —La exclamación de Alejandro salió directamente de sus tripas—. Dijiste que no...

—No quería que le dijese algo a Nela que la apartase de ti —

se excusó su hermano.

—¡Será hijo de puta!

—¿Qué hay de su decisión y todo ese rollo?

—Nela tiene un grave problema. Debería ver a un psiquiatra. ¿Cómo puede querer a alguien así? ¿Después de todo lo que ha vivido? ¿Es que le gusta que la maltraten?

—Alejandro, no le digas nada. Yo intentaré que Samuel mantenga el tipo.

Cuando colgó estaba furioso,

furioso consigo mismo, con Nela, con Jaime, con todo el maldito mundo. Nela oyó el portazo y se asomó a la ventana. Le vio salir corriendo y se le encogió el corazón. Cerró los ojos y se mordió los labios, nerviosa y cansada. Pensó en echarse un rato, pero al pasar junto a la habitación que ocupaba Alejandro no pudo evitar la tentación y entró. Era una estancia impersonal que sus abuelos utilizaban para las visitas. Abrió el armario y encontró la ropa del

profesor colocada ordenadamente. Sobre el escritorio situado frente a la ventana había un ordenador portátil y una libreta. Al otro lado, varias carpetas amontonadas, Nela las hojeó, eran trabajos de sus alumnos. Cogió la libreta y la abrió. En una de las páginas había escrito su nombre una y otra vez, junto a un dibujo de las Islas Sisargas, Nela, Nela, Nela. Ella la cerró de golpe, y contuvo la respiración. El corazón le latía muy deprisa y parecía dispuesto a seguir acelerando cada

vez más. Al mirar por la ventana le vio allí parado, mirándola. Soltó la libreta, como si le quemase en las manos, cuando le oyó subir las escaleras corriendo.

—No me lo esperaba —dijo al entrar, visiblemente alterado.

—Perdona, no quería... Estaba... —Los nervios de Nela le impedían acabar una frase.

—¿Querías hurgar en mis cosas? ¿Qué quieres ver? Dímelo y te lo enseñaré.

Se acercó a ella lentamente,

había mucha tensión en su mirada.

—Lo siento, de verdad, no entiendo por qué lo he hecho.

La miraba con aquellos ojos transparentes...

—Solo tienes que preguntarlo y te diré cualquier cosa que quieras saber.

—Me has malinterpretado. No pretendía...

—Pero tú ya lo sabes, ¿verdad? —la voz de Alejandro había bajado dos tonos.

Se acercó más, hasta casi

tocarla, pero sus manos no se movieron. Sentía su propia excitación como un dolor físico, pero no hizo ningún gesto hacia ella. Se mantuvo quieto, respirando fuerte y en tensión. Nela le hacía el coro y respiraba con la misma dificultad. Ni siquiera la rozaba, pero ella se sentía en sus brazos con la misma potencia que si la tuviese sujeta por un apretado abrazo.

—¿Por qué mentiste aquel día, Nela? ¿Por qué? —dijo dolido

— Me atacaste delante de todos diciendo cosas que no eran ciertas...

Nela empalideció y comenzó a negar con la cabeza muy despacio.

—Tenemos que hablar de ello, si no lo hacemos no podremos avanzar. —Alejandro trataba de que su voz sonase tranquila.

Nela cerró los ojos un momento y respiró hondo varias veces.

—Tuve que hacerlo —dijo

abriéndolos de nuevo.

Su mirada impresionó a Alejandro. Recordaba perfectamente aquel día, aunque llevaba muchos años fingiendo haberlo olvidado. Recordaba incluso qué había motivado la reacción de Rodrigo.

*Nela subió las escaleras a toda velocidad, rezando porque su padre no la hubiese visto. Entró en casa como una exhalación y sin pensar, se dejó la puerta abierta. Cuando entró en el salón le vio*

*con la fotografía en la mano y su cuerpo empezó a temblar.*

*—¿De dónde la has sacado?*

*—su mirada era la más aterradora que la niña había visto hasta entonces.*

*—Yo...yo... —Nela apenas podía articular palabra.*

*—Te he hecho una pregunta —dijo Rodrigo acercándose a ella.*

*Nela sintió el líquido caliente que bajaba por sus piernas, pero no se movió. Estaba tan aterrada que no se atrevía ni a*

*respirar.*

*—¿Sabes quién es? —  
preguntó.*

*Rodrigo estaba frente a ella  
y a la niña le pareció un gigante  
oscuro y siniestro.*

*—Es mi hermano. —Cogió a  
la niña del pelo y lo enrolló en su  
mano para que no se le escapara  
—. ¿Sabes cómo murió?*

*Nela intentó negar con la  
cabeza, pero no podía moverla.*

*—Se ahogó. Le gustaba  
saltar al mar desde las rocas y*

*aquel día se golpeó antes de caer... y se ahogó.*

*Su sonrisa perversa estremeció aún más a la niña.*

*—Ahora está en el infierno, ese al que irás tú cuando te mueras. ¿Sabes por qué? Porque quería que mi madre me metiese en un manicomio. Ellos pensaban que estaban solos, pero yo estaba escondido detrás de las cortinas y escuché todo lo que decían. No me gusta que me oculten nada. —  
Apretó la mano sujetándola bien*

*del pelo. La sacudió a uno y otro lado, con toda la fuerza de que era capaz, hasta que la niña perdió el equilibrio y cayó al suelo—. Sabía que tenías esta fotografía.*

*Nela trataba de no gritar, sabía que si lo hacía le metería la cabeza en el agua y eso le aterraba mucho más que el dolor. Rodrigo escuchó entonces un ruido en la puerta y arrastrando a la niña por los pelos, salió al pasillo. Nela se agarraba la cabeza tratando de mitigar el dolor, con*

*la sensación de que le arrancaría el cuero cabelludo. Su padre se detuvo en seco y la soltó de golpe. La niña no se atrevía a moverse por si eso era motivo de más castigo, pero inclinó la cabeza lo suficiente para poder ver qué había hecho que su padre la soltase. Alejandro estaba parado en la entrada mirándoles horrorizado. Rodrigo se recuperó de la sorpresa y, dando varias zancadas, se acercó a la puerta y cerró. Cuando su padre volvió*

*junto a ella, Nela se arrimó a la pared como un perro asustado. El cirujano se agachó frente a la niña que le miraba con sus enormes ojos muy abiertos.*

*—Alejandro le va a contar mentiras a sus padres —dijo muy tranquilo—. ¿Y qué pasará si tú no me ayudas?*

*La niña susurró algo ininteligible.*

*—No te oigo, cariño —dijo Rodrigo apartando el pelo de su cara.*

—Nos iremos de aquí para siempre —dijo temblando.

—Eso es. Y entonces no podrás verles nunca más —su padre puso cara de payaso triste—. Ahora dejo que vayas a su casa y que Jaime sea tu amigo. —Negó varias veces con la cabeza—. Pero yo soy tu padre y puedo hacer contigo lo que quiera. Nos iremos muy lejos y entonces estaremos tú y yo solos para siempre.

No había nada en el mundo que pudiese producirle mayor

*terror a la niña que perder a los únicos seres que hacían que su vida fuese soportable.*

Nela miró a Alejandro de nuevo en el presente.

—Tuve que hacerlo —repitió.

—Yo lo vi, Nela. Te arrastraba por el pasillo agarrada del pelo. Lo que dije era cierto.

Los ojos de Nela se llenaron de lágrimas al recordar cómo le traicionó.

—Tuve que hacerlo —sollozó—. Eráis lo único que tenía...

Alejandro frunció el ceño.

—Mis padres te hubiesen ayudado —dijo confuso.

—No sabes lo que dices. Mi padre era un hombre muy poderoso. Hacía operaciones de corazón a gente con mucho dinero. Estaba muy bien considerado, muy bien situado. Hubiese salido airoso de cualquier denuncia. Y entonces me habría alejado de vosotros para siempre.

—Nela... —Alejandro no podía verla así. Estiró los brazos y la atrajo hacia él. Ella recostó la

cabeza en su pecho y se dejó acunar.

—Pero entonces, además, yo creía que era el mismo Demonio. ¿Y cómo ibais a poder protegerme del Diablo si me llevaba al Infierno? —Empezó a sollozar—. Perdóname, Alejandro. Tuve que hacerlo.

—Deja de decir eso. —La apartó para poder mirarla—. No eres tú la que habla, es aquella niña pequeña. Ahora eres una mujer, puedes afrontar lo que ocurrió.

Ella negó varias veces.

—Debes decirlo en voz alta, debes sacarlo fuera para poder borrarlo para siempre.

Nela respiró hondo y se dio la vuelta para irse, pero Alejandro se puso delante de ella y no se lo permitió.

—¿Por qué le dejaste hacerlo?

Los ojos de Nela se abrieron horrorizados.

—¿Por qué no pediste ayuda después? Cuando fuiste lo

suficientemente grande para saber que el Demonio no existe. Nosotros estábamos allí, mi padre también era alguien muy respetado.

—No sabes lo que dices.

—Pues explícamelo —dijo metiéndose las manos en los bolsillos para evitar tocarla.

—La primera vez que me hizo daño acabábamos de regresar del entierro de mi madre. Se sentó en el sillón y yo creí que estaba llorando —Nela empezó a temblar—. No lo pensé, me acerqué para abrazarle...

Miraba a Alejandro a los ojos con una frialdad que heló la sangre de su amigo.

—Me agarró del pelo y me llevó a rastras hasta mi cuarto. Me gritó que no volviera a tocarle nunca y me prohibió salir de aquella habitación hasta que él me diera permiso.

Nela se abrazó para darse calor; una vez que abrió las compuertas ya no iba a poder parar.

—A veces no me dejaba dormir. Se sentaba a mi lado y me

pinchaba con una aguja cuando caía rendida. Me metía la cabeza en el agua una y otra vez, hasta que perdía el conocimiento. Pero, sobre todo, me martirizaba hablándome del infierno y de que allí era donde iría cuando me muriese. Me decía que él era médico y podía saber cuándo alguien va a morir y que yo moriría pronto. Me iba a la cama convencida de que me despertaría en el infierno y allí me arrancarían la piel a tiras.

Alejandro no pudo más, sacó

las manos de los bolsillos y la abrazó apretándola contra su cuerpo. Sentía una angustia tan insoportable que no sabía cómo contenerla.

—¡Dios, Nela! —susurró entre dientes.

—Me ponía la mano en el pecho y me decía: «Lo siento latir, si cogiera un gran cuchillo y lo clavase en este punto exacto, lo partiría por la mitad».

Alejandro gimió apretando los dientes.

—Pero yo os tenía a vosotros —siguió hablando Nela, abrazada a él—. Eráis lo que me mantenía cuerda. Iba a vuestra casa y allí todo era real y limpio. No había maldad, no había dolor, solo personas que se querían.

Nela se agarró a su camisa como si temiera que podía caerse si la soltaba.

—Me habría muerto si me hubiese separado de vosotros. Y esa era un arma demasiado poderosa en sus manos.

Puso las manos en su pecho y le empujó con suavidad para que la soltase.

—Podía aguantar que me odiases. Sabía que podía resistirlo cuando vi cómo me mirabas. No importaba, si podía seguir estando con vosotros. De nada me servía tu aprecio si mi padre me llevaba lejos. —Tenía los ojos llenos de lágrimas, pero sonreía—. No me entiendas mal, Alejandro, pero perder tu amistad fue un sacrificio que tuve que hacer.

Él también tenía lágrimas en los ojos y asintió mordiéndose el labio.

—Lo entiendo, pero tienes que saber que no lo hubiésemos permitido —dijo.

Nela sonrió con tristeza.

—No podía arriesgarme. Estoy segura de que si viviera mil vidas volvería a hacer lo mismo. Sé que tú crees que lo entiendes, pero no es así. Por muchas cosas que te cuente, por mucho que te horrorice con el relato de mi infancia, nunca,

nunca podrías entender ni un ápice de lo que sentía cuando me quedaba a solas con él.

—Dejarte ir a nuestra casa era una tortura más —Alejandro se limpió los ojos—. Lo hacía para que vieses lo que no tenías. Y al mismo tiempo lo utilizaba como chantaje.

Nela asintió.

—Pero eso también me mantenía viva. En aquel piso hay muchas ventanas y mi madre me había enseñado el camino —dijo

sincera.

Alejandro se quejó como si le hubiesen dado un golpe. Soltó el aire de golpe y trató de serenarse.

—Y cuando crecí lo suficiente para comprender lo que pasaba, simplemente paró. Me dejó vivir en un rincón de su casa. Me trataba con el mayor desprecio, pero no me tocaba. Un día tu madre me ofreció vivir en vuestra casa. — Nela negó varias veces con la cabeza—. Estoy segura de que él habría encontrado la manera de

destrozaros la vida. No sé por qué, pero siempre tuve la impresión de que necesitaba tenerme cerca. Era como si él también tuviese miedo de algo...

—Es un verdadero monstruo —dijo Alejandro con una furia desconocida en él—. ¿Cómo voy a soportar saber que está vivo?

Nela se sintió extraña al verle en ese estado.

—Solo te he visto perder los nervios una vez...

—Dijiste cosas horribles

sobre mí. —Una expresión dolida cruzó los ojos de Alejandro.

—Tuve que hacerlo —repitió ella por enésima vez.

Esta vez él asintió.

—¿Ahora puedes perdonarme? —preguntó Nela recuperando la calma.

Alejandro volvió a asentir.

—Pero hay algo más que quiero que me expliques —dijo cambiando de actitud.

Nela frunció el ceño.

—¿Es cierto que Nico te

pegó? —lo dijo con un tono neutro y quizá fue eso lo que hizo que Nela recordase aquella mirada que le había dedicado tantas veces.

—Solo ocurrió una vez —dijo y se arrepintió.

—¿Solo una vez? —Él no pudo disimular el tono cínico—. ¿Crees que esa es una manera sana de amar?

—No. Pero no puedo dejar que mis experiencias traumáticas marquen mi vida —dijo a modo de disculpa.

—¿Qué no puedes qué? —  
Alejandro estaba a punto de perder  
la paciencia—. ¡Eso es lo que has  
hecho toda tu vida!

—Quiero decir que no puedo  
descargar sobre Nico los actos de  
mi padre. Él me pego una vez, sí,  
pero primero yo le empujé.

—¡Empújame! —exclamó  
Alejandro muy serio.

—¿Qué dices? —Nela frunció  
el ceño.

—¡Empújame, vamos! —  
repitió él cogiendo sus manos y

colocándolas en su pecho.

—Alejandro, ya sé que tú nunca... —lo dijo con dulzura.

—¿Que yo nunca qué?

—Que tú nunca me harías daño.

Tenía la respiración agitada y sujetaba sus manos en su pecho como si se estuviese agarrando a ella.

—Me llamó Jaime. —La voz era tensa, como la situación—. Quería que supieses que Nico ha regresado.

Nela sintió que se cerraba el telón y una laxitud repentina invadió su cuerpo. Dejó caer sus manos y el hechizo se rompió.

—Quiere verte —sentenció Alejandro.

—¿Nico ha vuelto? —la voz de Nela sonó en un susurró.

—Jaime no quiere decirle dónde estás, pero no cree que Samuel se lo calle. Yo le he dicho que eso debías decidirlo tú.

Nela no dijo nada.

—¿Aún le quieres? —

preguntó tratando de esconder el terror que le producía hacer esa pregunta.

—Pero, Charlotte... —dijo ella sin responder.

—Se van a divorciar. —¿Por qué tenía que ser tan honesto? ¿Por qué era tan extraordinariamente gilipollas?

Nela le interrogó con la mirada, pero él no dijo nada.

—¿Te vas mañana? —preguntó ella sin dejar de mirarle.

Alejandro asintió.

—Tengo aquello con mis alumnos —dijo ambiguo.

Nela se dio la vuelta y caminó hacia la puerta.

—Nela —la llamó antes de que cerrase tras de sí—. Ya no eres una niña, solo tú puedes decidir cómo quieres que sea tu vida. Pero, por favor, no dejes que nadie te haga daño.

Nela cerró la puerta sin volverse. Alejandro abrió la libreta que ella había estado hojeando y vio la página en la que había escrito

su nombre repetidas veces. Cerró los ojos. Sentía una rabia profunda, un dolor intenso y desesperante. Había perdido sin ni siquiera tener la opción de luchar. Se sentó agotado. Tenía mucho que pensar. No podía rendirse tan fácilmente.

Nela le vio aparecer sonriente en la cocina, después de una ducha.

—¿Qué vamos a comer hoy?  
—Se acercó a la cazuela de barro  
—. ¡Mmmmh, paella!

—¿Te gusta la paella marinera? —dijo ella incómoda.

—Me gusta la paella como sea. Nela, ven un momento.

La apartó del fuego y la llevó hasta la mesa, donde se sentaron sin que le soltara la mano.

—Quiero que sepas que han sido unos días fantásticos, aunque las últimas horas no han estado a la altura. No quiero irme así, no es justo. Somos buenos amigos. —Sonrió—. Bueno, al menos podríamos serlo. He pensado que

merecemos una buena velada de despedida, así que esta noche, si estás de acuerdo, había pensado preparar una cena especial.

Nela asintió y se levantó.

—Tengo que mover la comida —se excusó. No quería que la viese llorar.

Él fingió no darse cuenta y siguió hablando.

—También me gustaría ver el desván. ¿Querías enseñármelo esta tarde? Me has contado que esconde secretos, y no quiero irme sin

haberlo visto. ¿Lo harás?

Nela asintió de nuevo. No le salían las palabras.

—Nico, no estoy seguro de que sea buena idea. —Samuel movía la cabeza, dudando—. ¿Estás seguro de lo que vas a hacer?

—Claro que estoy seguro. Nela y yo hemos tenido algunos problemas, pero es que había muchos cabos sueltos en mi vida.

—No quiero que Nela sufra.

Esa chica está muy tocada. Su aguante tiene un límite y no me gustaría que ese límite lo cruzaras tú.

—La quiero, Samuel. De verdad. Cuando estuve con Charlotte, no podía quitármela de la cabeza. Es como una obsesión.

—Espero no equivocarme. Jaime no me lo perdonaría.

—No te equivocas. Esta vez haré las cosas bien, no perderé esta oportunidad. Voy a comprar aquella casa para ella y la haré feliz, te lo

juro.

—Esta es la dirección —dijo su hermano—. Espero que sepas lo que haces.

Nela sonreía al ver el entusiasmo de Alejandro ante un montón de libros viejos.

—¿Tú has visto esto? ¡Son libros de texto de hace mil años! Tienes que dejar que me lleve alguno para enseñarlos en clase.

—Llévate los que quieras. —

Nela reía—. Si con eso te conformas...

—¿Estarías dispuesta a darme algo más? —dijo con ironía.

Nela había sacado el vestido de novia de su madre y se lo había colocado por encima.

—¿Qué te parezco?

Alejandro la miró muy serio y volvió la vista a los libros sin decir nada. Nela se quitó el vestido y lo dejó a un lado. Había más cosas en el baúl, cosas que no había visto la otra vez cuando encontró la carta de

su madre. Tres diarios de tres años distintos, 1977, 1978, 1980. Los hojeó por encima y los dejó a un lado, se los llevaría para leerlos. También encontró recuerdos de la comunión de Gabriela, los guantes, un librito y la cruz. Unos zapatos de charol negro, del número treinta y seis, y un sujetador de la talla setenta y cinco. Nela se sintió conmovida al tocar aquellas cosas. Levantó la vista y se encontró con los ojos de Alejandro.

—Debe ser muy emocionante

para ti. Me alegro de estar aquí para verlo.

—Esto fue de mi madre. Cuando era joven y tenía toda la vida por delante.

—¿Qué hay en este baúl? — Alejandro señaló un gran arcón arrinconado.

—No lo sé.

—¿Lo abrimos?

Los dos corrieron, se sentían como niños abriendo el cofre de Pata de Palo en La Isla del Tesoro; el baúl chirrió. La pesada tapa de

madera crujió después de tan largo sueño. Ante ellos aparecieron un montón de ropas antiguas metidas en bolsas al vacío. Nela sacó un vestido que parecía de los años veinte, tipo charlestón, y entonces recordó algo que había leído en el diario de su madre. Contempló el vestido, de un color amarillo brillante, y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿Qué pasa? —Alejandro la observaba con atención.

—Cuando mi madre cumplió

veinte años, sus padres organizaron una fiesta años veinte. Este fue su vestido. —Se lo colocó por encima—. ¿Qué le parece, caballero? ¿Estoy elegante para asistir a la cena de esta noche?

El hombre se quedó mirándola pensativo y su rostro se iluminó con una sonrisa.

—¿Quieres que hagamos una fiesta de disfraces? —Y pensando en voz alta dijo—: En boca de mi hermano no habría sonado tan gay. Está bien, yo me encargo de la

comida y la ambientación y tus abuelos ponen el vestuario.

Nela soltó el vestido y dio palmas como una niña. Nunca había tenido una fiesta, nunca se había disfrazado y nunca antes se había sentido tan feliz como en ese momento.

—Será divertido. —

Alejandro sonreía viendo el efecto que aquello estaba causando en Nela.

—Date la vuelta, escogeré un vestido y saldré de aquí sin que lo

veas, así será más emocionante — dijo ella entusiasmada.

—De acuerdo, quedamos al pie de la escalera a las diez de la noche.

—¡Síiii! —exclamó Nela.

Alejandro sonrió, se giró de espaldas y la dejó escoger tranquilamente.

—¡Ya lo tengo!

Escuchó sus pasos saliendo del desván y se volvió cuando la puerta se cerraba.

Se quedó en su habitación trabajando hasta la hora prevista, no quería ver nada, aunque no pudo evitar oír el trapicheo de Alejandro, incluido algún alarido, que la hizo salir a toda prisa.

—¿Qué ha pasado? —gritó desde arriba de la escalera con los ojos cerrados.

—¡Nada! Me he quemado con la plancha, solo eso.

—¿Te has hecho daño?

—No, ese es el ruido que hago cuando algo me gusta. ¿Por

qué gritamos tanto? —dijo.

Nela se rió.

—No lo sé, es que tengo los ojos cerrados.

—Aaah... Eso lo explica todo. Con los ojos cerrados se oye mucho peor. Si no te importa, baja el tono, no es necesario que se enteren en el pueblo de que soy un manazas que no sabe planchar.

—De acuerdo, entonces procura no gritar tan fuerte la próxima vez.

—Descuida, la próxima vez

me quemaré en silencio.

Nela volvió a su habitación riendo. Tenía el vestido preparado encima de la cama. Lo primero que había hecho había sido abrir el agua caliente del baño y rociar la bañera con sales. Puso el vestido en una percha y la colgó de una alcayata que había en la pared. Cerró la puerta y lo dejó allí dos horas impregnándose del olor a rosas. Después, se sentó frente al tocador para peinarse y se hizo una trenza en la que engarzó un falso collar de

perlas. Mientras se miraba al espejo y trazaba una raya sobre el párpado superior de su ojo, le vino a la mente una imagen de su infancia. Le gustaba sentarse en una silla que había en la habitación de su madre para verla pintarse. En su ritual diario, Gabriela no obviaba ningún detalle. Ocultaba su rostro tras una espesa capa de cosméticos, siempre del mismo modo. Unas veces con pulso firme, otras, tembloroso. Bajo su maquillaje guardaba momentos vividos la

noche anterior de los que Nela entonces no compartía más que los sonidos: golpes, crujidos y sollozos.

Se miró detenidamente en el espejo y pudo ver a la niña oculta bajo aquel rostro de adulta. Ella nunca había podido esconderse, aunque lo había intentado. No hay lugar donde ocultarse de un psicópata, ni intención más absurda. El corazón se le aceleró y la angustia le creció en el pecho como una mancha de aceite. Allí se había

sentido a salvo, por fin había encontrado un lugar donde esconderse. Pero no se puede vivir permanentemente engañado. Aquel juego debía terminar, de nada servía cerrar los ojos e imaginar que nadie te ve. La vida estaba ahí, delante de ella y sabía que sin riesgo no hay aventura. Podía hacerlo, sabía que podía, solo tenía que decidir sin miedo. No importa lo expuesto que estés en la batalla. Lo único que necesitas es tener las armas adecuadas para defenderte.

Al subir la cremallera del vestido oyó los primeros compases de *Serenade in Blue*, de Glenn Miller, y sonrió. Se dio un último vistazo en el espejo, miró el reloj que marcaba las diez en punto, respiró hondo y salió. Se acercó a la barandilla sujetando el vestido para no tropezarse y caer. Sería patético rodar escaleras abajo mientras Alejandro la esperaba.

Y allí estaba él, con su elegante frac y el pelo rubio bien engominado, observándola

sonriente.

—Estás preciosa.

Eran muy evidentes los sentimientos que salían de sus ojos y Nela no pudo evitar que la excitación del momento la hiciese volver a tener quince años.

—Sabía que elegirías el vestido de novia de tu madre —dijo ofreciéndole el brazo para que se agarrara a él.

El vestido le iba como un guante. Nela sonrió feliz, respirando el aroma a sueño que se

había extendido por toda la casa. Glenn Miller tocaba con su orquesta en el jardín. Alejandro lo había decorado con velas y flores, consiguiendo crear un ambiente propicio a su sensibilidad.

Junto a la mesa había un carrito con todo tipo de canapés, patés y quesos. Las pequeñas tostadas se alineaban en el centro de la bandeja, dispuestas para ser preparadas. En la mesa esperaba un cóctel de gambas.

Nela apenas pudo comer

nada, estaba tan nerviosa y emocionada que el estómago se le había cerrado. Hablaron de lo que habían encontrado en el desván. Alejandro le advirtió de que había cogido algunas cosas de recuerdo, y ella sonrió encantada.

—¿Qué ha sido lo que más te ha gustado estos días? —Nela intentó sonsacarle.

—Todo ha sido estupendo.

—Ya, pero algo te habrá gustado especialmente. No sé, las Sisargas, los Acantilados. —Hizo

un gesto señalando la casa—. O quizá La Casa Grande.

Él no contestó, la miró por encima del tenedor que se llevaba a la boca en ese momento.

—Pensaré en ello.

Nela dudó un instante antes de decir lo que llevaba pensando todo el día.

—Voy a echarte de menos — soltó al fin.

El hombre bajó la cabeza y se limpió la boca con la servilleta sin decir nada.

—¿Por qué no me explicas una última historia? —dijo ella cogiendo una tostada de paté.

—¿Qué clase de historia? —preguntó él mirándola divertido.

—De amor, pero que acabe bien.

—Lo siento, Nela, ahora mismo no se me ocurre ninguna que acabe bien.

Nela se sonrojó y bajó la vista al plato.

—Si quieres te explicaré la historia de Eco y Narciso, pero te

advierto que es muy triste.

Alejandro apartó el plato y sirvió un poco más de vino, después se apoyó en el respaldo de la silla fingiendo una actitud relajada. Puso su mejor voz, consciente de la atención de Nela, y comenzó el relato.

—Eco era una de las ninfas Oréadas, habitantes de los montes, los valles y los barrancos. Vivía a las orillas del río Céfeso, que era el padre de Narciso. Cuando vio al bellissimo joven, se enamoró

perdidamente de él. Pero Narciso la rechazó sin compasión porque ella no le pareció lo suficientemente hermosa para él. Eco, al verse despreciada, vagó por valles y bosques, deshaciéndose en lamentos, rota por el llanto, hasta consumirse de amor y dolor. Sus huesos se transformaron en rocas y lo único que se conservó de ella fue su voz. Afrodita se indignó al ver la dureza de corazón del joven y decidió castigarle duramente, para lo que planeó una condena terrible.

—Alejandro bebió un trago de su copa y continuó—. Narciso se acercó a beber a la fuente Ramnusía y allí escuchó la preciosa voz de Eco repitiendo una triste melodía que tenía el poder de hacer que, quien la escuchara, se enamorase de la primera persona que viese. Al inclinarse para beber, Narciso vio su imagen reflejada en la superficie del agua y se sintió invadido por un sentimiento profundo y apasionado, un enamoramiento instantáneo e irresistible. Intentó abrazar aquella

imagen, cayó al agua y, como no sabía nadar, se ahogó víctima de su inmensa vanidad.

—Qué historia tan triste para una despedida. —Nela tomó su copa.

—No puede ser de otro modo.

—¿Brindamos? —Nela

levantó la copa y su acompañante la imitó.

—Discúlpame un momento — dijo Alejandro poniéndose de pie.

Nela le observó mientras entraba en la casa. Miró al cielo, la

noche era oscura y las estrellas parecían haber caído en su jardín en forma de velas titilantes. Alejandro regresó mientras se oían los primeros compases de *Moonlight Serenade*. Nela se levantó al ver su mano extendida.

—¿Quieres bailar conmigo?

Ella no dijo nada, se acercó a él, que la tomó en sus brazos y la guió por la pista. Las luces del local brillaban como las estrellas y todos les miraban. Hacían una hermosa pareja y se les veía muy

enamorados. Estaba claro que acababan de conocerse aunque ya se habían visto antes. Tenían el corazón expuesto a todas las miradas, pero para ellos no había nadie más. La joven apoyó la cabeza en el pecho de su acompañante, oyó los latidos de su corazón y le pareció que bombeaba al mismo ritmo que el suyo. El hombre elevó la mirada al cielo y cerró los ojos acercándola más a su pecho, seguro de que, durante los minutos que durase la canción, ella

era suya. Solo suya. Se movían como un solo cuerpo. La mujer se dejaba guiar suavemente esperando que la música no acabase nunca, esa música que se metía en su cuerpo y se movía por él como si buscase un sitio donde quedarse.

Y Nela sabía que así sería, se quedaría allí para siempre, junto con el recuerdo mágico de aquel momento. Se miraron dejando que hablasen sus ojos. La mujer no pudo evitar el gesto y su mano acarició dulcemente el rostro del hombre

que agarró aquella mano con la suya. La atrajo hacia él y lentamente acercó sus labios a los de ella enviando la avanzadilla de su cálido aliento. Entonces se detuvo, dándole la oportunidad de huir, pero mirándola con ojos que suplicaban su rendición. Nela respondió entreabriendo los labios para acoger aquel beso. Él dejó su boca caer sobre la de ella, primero suave, como si tan solo quisiera sentirla, y después intenso. Se aventuró a investigar cada rincón,

sabedor de que nunca más podría poseer aquel dulce regalo. Nela correspondió aquel beso sin pensar, dejándose llevar por el momento, por todos los momentos que habían compartido.

Cuando Alejandro se desligó de ella, abrió los ojos y le miró como si le viese por primera vez. Él se apartó suavemente y, cuando estuvo seguro de que hacía pie en tierra, dio dos pasos y le tendió de nuevo la mano. Esta vez el baile al que la invitaba era mucho más

íntimo y Nela lo sabía.

Alejandro quería alargar el momento. La contemplaba ansioso. Su cuerpo enardecido se estremecía ante la certeza de que solo tenía que extender una mano para tocarla. Nela respiraba con dificultad, esperando que en cualquier momento lo hiciese. Se humedeció los labios entreabriéndolos ligeramente. Eran unos labios bien dibujados, carnosos y apetecibles que Nela se moría por sentir en su

piel. Alejandro se acercó más, hasta que sus cuerpos casi se rozaron. Suavemente comenzó a acariciarle los brazos de abajo arriba, sin apenas tocarla, hasta llegar al cuello. La observaba, la sentía estremecerse, leía el deseo en sus ojos y en sus labios. Dibujó con un dedo el collar de huesos y bajó por el esternón hasta la separación entre sus pechos. Cuando su mano se deslizó suavemente y cubrió el pecho izquierdo, Nela sintió que ya se

había contenido bastante.

Cuando se despertó, Alejandro no estaba. Bajó a la cocina deseando que se desvaneciesen sus temores con el vapor del café recién hecho. Sobre la mesa de la desierta estancia encontró una foto que él le había hecho cuando fueron a las Islas Sisargas, y escrito con rotulador: «Tú eres lo que más me ha gustado».

## XXI

### Tú y yo

«—El invierno debe ser muy  
frío  
para los que no tienen cálidos  
recuerdos... »  
(Terry, *Tú y Yo*, 1957)

Abrió la puerta y encendió las  
luces. Las persianas estaban  
bajadas y no se veía nada. Soltó la  
maleta en medio del salón y se dejó  
caer en el sofá, exhausto, había sido

el viaje de avión más agotador que había hecho jamás. No tenía fuerzas ni para darse una ducha. Miró el reloj. A esas horas Nico ya debía haber llegado. Se tumbó en el sofá, con el brazo apoyado en la frente, mirando a ninguna parte. Estaba en casa, pero ya nada era igual. Él ya no era el mismo.

Se levantó y fue hacia la habitación. Al atravesar el pasillo, se vio reflejado en el espejo colgado en la pared. Se quedó quieto mirando su imagen. Sentía un

intenso dolor, una fría sensación de soledad que nunca antes había sentido. Apoyó la espalda en la pared y los sollozos llegaron. No pudo controlarlos. Resbaló lentamente hasta llegar al suelo y una vez allí dejó que sus sentimientos afloraran, que el dolor que sentía corriese por todo su cuerpo. Sintió que formaba parte de los despreciados, de los rechazados y olvidados, de los estúpidos a los que advierten que el fuego quema y aun así no dudan en meter la mano

para comprobarlo. Se sintió solo, sin haber tenido compañía y abandonado, sin haber pertenecido a nadie. Y se quedó allí, llorando y compadeciéndose por haber perdido lo que nunca fue suyo, imaginándola en otros brazos, dejando que el águila de Zeus le royese el corazón, sin saber si durante la noche podría rehacer los pedazos.

Le llevó toda la mañana

ordenar las cosas de la cena de la noche anterior. Según iba recogiendo, su ánimo decaía. Entró en la habitación de Alejandro y cogió el frac. Lo devolvería al baúl. Si aquellas ropas pudieran sentir, seguro que estarían muy felices de haber salido de allí por una noche. El vestido de su madre corrió la misma suerte y eso le hizo recordar los diarios que había encontrado.

Se tumbó en la cama y comenzó el primero, pero cuando

había leído unas diez páginas se quedó dormida.

Estaba en una isla. No podía ver más que el océano rodeando la roca. Sentada en un baúl y con una enorme llave entre las manos. Gabriela estaba de pie ante ella y la miraba sin decir nada. Nela sentía el peso de la enorme llave y deseaba soltarla, pero sabía que, si la dejaba ir, ella sola se introduciría en la cerradura y abriría el cofre. No sabía lo que podía encontrar allí dentro, pero le

daba mucho miedo.

Despertó de repente y la nube se evaporó en su pensamiento junto con todo lo demás. Se encontró tumbada en la cama, rodeada por los antiguos diarios de su madre muerta. Y de pronto todo le pareció extraño e irreal.

Salió de la habitación y recorrió toda la casa como un fantasma, buscando algo pero sin saber el qué. Esa no era su casa, su casa estaba en un pueblecito de la costa catalana. Había esperado

descubrir en alguno de aquellos rincones a la madre que debió haber tenido. Había soñado «encontrarse» con ella y recuperar un pasado que no le pertenecía.

Una tras otra, recorrió todas las habitaciones para acabar donde había empezado: en la de su madre, la que ella había ocupado durante los últimos meses, intentado impregnarse de su esencia, de su recuerdo. Había intentado demostrarse a sí misma que formaba parte de aquello. Por eso

se quedó en aquel lugar e intentó hacerlo suyo. Conocer el pasado no lo cambia, no lo hace diferente. Pero el presente sí podía escogerlo ella, podía decidir qué hacer con su vida. Una nueva oportunidad se abría camino poco a poco, quizá a partir de ahora podría escribir ella su propio diario sin que nadie guiase su mano.

Recogió los cuadernos de su madre y subió con ellos al desván. Volvería a guardarlos donde habían estado todos aquellos años. Antes

de meterlos los hojeó por última vez; quería ver aquellos trazos escritos por una desconocida a la que iba a dejar descansar para siempre, antes de devolverlos a su lugar. El cartón de la contratapa de uno de ellos, en su parte interna, tenía el papel despegado. Nela se fijó mejor. Su madre lo había separado expresamente con un objeto afilado, un abrecartas seguramente. ¿Para qué?, se preguntó. Cogió otro de los cuadernos y comprobó que en aquel

también ocurría lo mismo. Se quedó pensativa, intentando desvelar el secreto. Era evidente que había utilizado esa parte de la contratapa para guardar algo. Quizá cartas de amor que después había sacado, dejando el papel levantado, sin nada en su interior. Y entonces una idea se abrió paso en su mente.

Cuando cogió el último diario de Gabriela, le temblaban las manos. Miró la contratapa en su parte interna y comprobó que estaba

bien pegada, pero al pasar los dedos por encima notó un ligero abultamiento. Buscó en el escritorio un abrecartas y lo utilizó para despegar el forro con mucho cuidado. Y allí estaba, un delgado papel de carta doblado en cuatro partes. Nela lo desdobló temblando, temiendo que las letras escritas saltaran a su cara como cuchillos y acabaran hiriéndola.

*«Si lees esta carta es que estoy muerta...»*

Se sentó en el suelo antes de caer. Apenas podía ver las letras que titilaban como las luces de una vela a causa de las lágrimas. Nela cerraba y abría los ojos en un intento por aclarar su visión, pero en cuanto unas caían, otras lágrimas venían a sustituirlas. La angustia ante lo que adivinaba, el dolor por el descubrimiento y la desesperación, fruto de la impotencia. Esos eran los sentimientos que llenaron su

cansado corazón hasta desbordarlo por completo. Cuando terminó de leer se tumbó en el suelo. Sentía un dolor físico oprimiéndole el pecho y sus hondos sollozos recorrieron todas las habitaciones de aquella Casa Grande. De lo que aún no se había dado cuenta era de lo que aquel dolor estaba haciendo por ella. Ese dolor la redimía.

Es difícil comprender el alma humana que puede encontrar consuelo en su propia desgracia,

pero el ser humano es un animal complicado. Nela acababa de descubrir por qué había vivido en aquella casa durante esos meses. Había sido tiempo de espera, preparación para su entrada en la realidad, entrada a lo bestia, pero sin sorpresas.

Se levantó y se contempló en el espejo que su madre había hecho colocar sobre el tocador. Se miró fijamente, como si se viese por primera vez; en cierta manera, así era. Observó cada rasgo de su

rostro, cada detalle, cada diferencia, y se sintió orgullosa. Borró las lágrimas con la mano. «Ya has llorado bastante», se dijo.

Nico llegó cuando empezaba a esconderse el sol y su encuentro no fue como había imaginado. Lo primero que vio fue que Nela había cambiado. Estaba más hermosa, pero tenía una mirada distinta de la que él recordaba.

—Nela. —Quería besarla, pero algo en ella le hizo contenerse.

—Hola, Nico. —Se apartó el pelo de la cara y le observó. Es curioso, pensó, lo mucho que cambian las personas en poco tiempo.

—¿Cómo estás? —pregunta obligada.

—Bien. —Sonrió—. Estoy bien. ¿Vamos? Tengo el coche fuera.

—Vamos.

Salieron del aeropuerto y caminaron hasta el coche. Nico se preguntaba si aquello que percibía

era serenidad o frialdad, pero prefirió no contestarse, al menos de momento. Durante el camino, solo hablaron de trivialidades. ¿Qué tal el tiempo? ¿Qué te parece lo de Samuel y Jaime? Y cosas por el estilo. Nico quedó impresionado al llegar a la Casa Grande, verdaderamente impresionado, dijo.

—Es magnífica.

—Sí, lo es. Dicen que una casa se parece a sus dueños. Pues así eran mis abuelos, impresionantes.

Entraron y Nela le acompañó a la habitación que le había preparado.

—Espero que estés bien aquí —dijo—. Prepararé algo de cena. Mientras, puedes echar un vistazo por ahí, hay mucho que ver.

—Nela, lo que quiero es hablar.

—¿No prefieres esperar a después?

Nico negó con la cabeza, así que Nela le indicó que la acompañara. Le llevó hasta la

biblioteca y no pudo evitar una punzada en el corazón al entrar allí. Nico dio una vuelta observando la estancia, visiblemente complacido.

—Impresionante, repito — dijo terminando su escrutinio.

Después se acercó a ella y la miró con atención.

—Has cambiado —dijo.

—Ha pasado mucho tiempo y han ocurrido muchas cosas desde que te marchaste.

—Tú me echaste, ¿recuerdas?

—Por supuesto, no era una

crítica. —Sonrió con tristeza.

—Nela, no he podido olvidar ni un segundo del tiempo que estuvimos juntos.

—Si te dijera que yo sí, te mentiría. —Le hizo un gesto para que se sentara—. He pensado mucho en ti.

—Tenía que acabar con el pasado —se excusó él—. Lo entiendes, ¿verdad?

—Claro que lo entiendo. Durante años no hice otra cosa que intentar acabar con mi pasado. Pero

no ha sido hasta hoy que lo he conseguido. Y ahora ya puedo dejarlo atrás.

—¿Qué quieres decir? —  
Nico no sabía muy bien de qué estaba hablando.

—No quiero hablar de ello ahora.

—Quieres decir que no te apetece hablarlo conmigo.

—¿Por qué has vuelto? —  
preguntó ignorando su comentario —. ¿Qué ha cambiado, Nico?

—Volví a Londres, después

de esperarte durante un tiempo.

—Con Charlotte, lo sé.

Nico asintió.

—Intenté limpiar mis errores del pasado, y nos hemos perdonado el daño que nos hicimos.

—Eso es mucho.

—Pero durante todo el tiempo que estuve allí, no dejé de pensar en ti. Era imposible borrar tu imagen de mi cabeza.

Nela asintió, sin decir nada.

—Recordaba cada detalle de tu rostro, cada pedazo de tu piel, tu

olor...

—Aquella ya no soy yo.

—Nela...

—Durante este tiempo me he preguntado por qué me enamoré de ti, y no he encontrado una explicación que me convenciese. Supongo que es algo que no puede explicarse.

—Nela, no digas nada aún, escúchame antes.

—¿Por qué? ¿Porque has venido a decirme que me amas? ¿Porque de pronto te has dado

cuenta de que soy la mujer de tu vida?

—¿No vas a darme ni siquiera la oportunidad de decirlo? —Nico apretó la mandíbula. Las cosas estaban siendo más difíciles de lo que había previsto.

—Vine aquí, me refugié en esta casa como si de un fuerte se tratase. Creí que aquí estaría a salvo de todo y de todos, pero sobre todo de ti. Y entonces, un amigo me enseñó que mi peor enemigo habitaba dentro de mí.

Nela se reclinó en el sofá.

—En mi vida me han pasado muchas cosas, y ahora sé que alguna podría habérmela evitado. Una de ellas eras tú —dejó salir un suspiro—. Eras tan evidente. ¡Un artista! Tu seguridad, tu dominio de la situación, tu edad en contraste con tu inmadurez, todo te hacía el perfecto candidato para Nela.

—¿Qué me estás queriendo decir?

—Nico, dime una cosa: ¿qué excusa se pone aquel que hace daño

a quien quiere? —Se inclinó hacia delante—. Me refiero a un daño físico.

—¿A qué viene eso? —Nico se puso de pie, molesto.

—¿No puedes contestarme?

El pintor miraba fijamente a la mujer que tenía delante e intentaba calmar los latidos que empezaban a rebotar en su pecho.

—No quise hacerte daño, Nela.

—Me vas a perdonar, pero eso es mentira.

—Quizá sea cierto que no controlo bien mis emociones.

—¿Quizá? —Ella sonrió cínicamente—. Pues eso, quizá.

—Cambiaré.

Nela movió la cabeza.

—¿Sabes una cosa curiosa? De un hijo maltratado suele salir un maltratador. Pero una hija maltratada suele evolucionar como mujer maltratada. Mi padre me pegaba porque me odiaba. No era porque yo lo mereciese, aunque toda mi vida he creído que sí. Él

fue mi maestro, me enseñó a vivir humillada y a aceptar que quien tuviese poder sobre mí lo ejerciese sin compasión.

—Yo no soy como él.

—Ya lo sé. —Nela cambió el tono de voz—. Tú eres peor.

Nicolás Reverter se puso pálido.

—Mi padre nunca me dijo que me quería. Él siempre me dejó muy claro el profundo odio que sentía hacia mí. Eso me permitió escapar cuando tuve edad para hacerlo.

Pero ¿qué me habría pasado contigo? Cuando hubiese aceptado ser tu compañera, ¿qué habría sido de mí? ¿Me hubiese convertido en tu sparring siempre que las cosas no saliesen como querías?

Negó con la cabeza tratando de borrar el escenario que había creado para él.

—Te quiero, Nela —lo dijo derrotado.

—Yo a ti no. —Dura, pero sin rencor.

Quería acabar con el lastre,

dejar caer la mochila de su espalda y empezar un nuevo camino.

—¿Serviría de algo que te jurase que jamás volveré a pegarte?

Nela negó con la cabeza.

—Si realmente no quieres volver a pegar a una mujer que te ame, busca ayuda.

—¿Por qué me has dejado venir hasta aquí? —preguntó dolido.

—No preguntaste.

—¿No hay ninguna cosa que pueda hacer para que cambies de

idea? —Esperó a que Nela negase con la cabeza antes de seguir—. Tenía un montón de planes para nosotros, había pensado comprar esta casa para ti...

—Esta no es mi casa y no la quiero. Pienso volver a la mía en cuanto arregle unos cuantos asuntos.

Nico se levantó y la obligó a hacer lo mismo cogiéndola de la cintura. Nela no se resistió, conocía bien sus juegos sexuales, cómo le gustaba forzar la situación, y no iba a jugar nunca más. Dejó que su

boca se acercase.

—Estoy seguro de que me deseas. Sé muy bien lo que te gusta...

—Te equivocas, no te deseo —dijo lo más serena que pudo.

—Puedo forzarte. —Trató de sonar sensual.

—¿Y qué conseguirías con ello? Ya me he acostado contigo antes, podría soportarlo. ¿Qué vendría después?

Él la apartó enfadado.

—Estás dolida —susurró—.

Solo quieres castigarme.

—Te equivocas.

Nela notaba su forzada respiración, veía los músculos del cuello tensos como cuerdas.

—Quiero a Nela, a mi Nela —dijo.

—Lo siento, Nico, pero ella no volverá jamás.

—¿Qué te ha pasado?

—Por fin sé quién soy y lo que quiero.

Nela se giró y abriendo la puerta salió de la habitación. No

corrió, sabía que si quería hacerle daño, la alcanzaría. Estaban solos en una enorme casa llena de recuerdos. Ahora también había dejado los suyos.

Cuando subía la escalera, oyó la puerta de la calle cerrarse. Se giró sintiendo cierta tristeza, no por lo que había ocurrido sino por lo que pudo ocurrir. Continuó subiendo y fue a su habitación a preparar su equipaje.

Nico se alejó de la casa con

los dientes apretados, intentando controlar la rabia. Sabía que había perdido una nueva oportunidad de rehacer su vida. La sombra que le acompañaba no pensaba dejarle fácilmente. Pensó en lo que Nela le había dicho, sabiendo que tenía razón. Había pegado a Charlotte muchas veces. Pero entonces ella siempre le perdonaba, porque él la amaba y ese amor le había servido de cojín, de apoyo, de excusa. Hasta que Javier... Entonces casi la mata.

—¿Vendrás a vernos?

Tía Marta, Mateo y los niños se habían despedido doce veces, pero a Nela le costaba arrancar definitivamente, sin importar que tuviese un taxi esperando en la puerta con la bandera levantada.

—Por supuesto. Y vosotros vendréis a verme a mí. —Hizo un gesto de que no admitiría excusas —. Mi casa es muy pequeña, pero Laura ya te dijo que estará

encantada de recibirlos en la suya.

Su tía asintió sonriendo.

—He dejado una caja con algunas cosas para que me las enviéis. Son solo recuerdos. Si quieres puedes mirarla y ver lo que he escogido.

—Tonta, puedes coger lo que quieras. Cuando tengamos un comprador te avisaré.

—Iremos a visitarte, pronto.  
—Los ojos de Mateo brillaban como los de Nela cuando le abrazó.

—Pobres de vosotros como

no lo hagáis. Tío, no me canso de llamarte así —sonrió—. Os voy a echar muchísimo de menos.

—No digas tonterías, seguro que tienes a alguien esperándote —dijo Mateo soltándola.

—Ojala fuese cierto. —Besó de nuevo a los niños—. Acordaros de vuestra prima Nela.

Los apretó muy fuerte y se limpió la lágrima que amenazaba con caer en cualquier momento.

—Podría haberte llevado yo. —Marta la acompañó hasta el taxi

—. ¿Es que no te gusta cómo conduce tu tía?

—Marta, gracias por buscarme... —Nela ya no pudo contener las lágrimas y su tía tampoco.

Marta la sujetó del brazo y se quedó un instante mirándola. Se parecía mucho a Gabriela, pero en Nela veía la fuerza que le había faltado a su hermana para luchar.

—Este no es tu sitio. Vuelve a tu vida. Y, sobre todo, sé muy feliz.

—Te lo prometo.

Las dos se abrazaron durante unos segundos y después Nela se apresuró a meterse en el taxi.

—Al Aeropuerto de Alvedro.

El taxi se alejó ante la triste mirada de Marta. Por un tiempo había recuperado a la hermana que perdió.

Alejandro cogió el teléfono y marcó el número por enésima vez. Estaba decidido a esperar a que Nela descolgara. Cinco tonos.

Podría estar en el jardín o en el desván. Diez tonos. Estaría de excursión con Nico, enseñándole el lugar como hizo con él. Se apartó el pelo de la cara con nerviosismo y colgó con más fuerza de la necesaria.

¿Qué tenía que hacer él ahora? Hacía tres días que había regresado y estaba como un gato enjaulado. No hacía más que dar vueltas por la ciudad, intentando encontrar el sosiego que había perdido, buscando la manera de

caer rendido en la cama por las noches para poder dormir.

El día que llegó, quedó con Jaime en un café de la Rambla para explicarle su viaje. No había podido disimular ante la perspicaz audacia de su hermano pequeño, que no tardó ni dos minutos en comprender lo que había ocurrido.

—¡Ostras, Alejandro! —había sido su comentario.

El susodicho había cogido su vaso y había brindado.

—¡Por la estupidez

personificada! —en voz demasiado alta.

Jaime se había tapado la boca, tenía deseos de decir algo demasiado fuerte. Intentó asimilar la noticia para que le resultase más fácil contener el río de vocablos que le acudían a la boca.

—Puedes decir lo que piensas. No será nada comparado con lo que me he dicho yo un montón de veces.

—Alejandro, conoces a Nela desde que era una niña.

—¿Y?

—¿Siempre has estado enamorado de ella?

Alejandro miró a una anciana que intentaba vender un paquete de pañuelos a todo el que pasaba. Llevaba un bolso enorme por el que asomaban bolsas blancas de supermercado. Su ropa era muy antigua, hacía mucho tiempo que no renovaba su vestuario. Sintió deseos de saber qué la había llevado a aquella Rambla concurrida, llena de gente bajando y

subiendo sin detenerse. ¿Cuál era su historia? ¿Alguien la amó alguna vez? ¿Cómo era cuando tenía veinte años?

—Alejandro...

—Perdona, Jaime, me he distraído. No lo sé —respondió a su pregunta anterior.

—¿Has necesitado una semana para enamorarte de alguien a quien conocías desde hacía años? Alejandro, no me jodas.

—¿Qué quieres que te diga? Yo mismo me he dicho eso

doscientas veces. ¿Cuánto tiempo se necesita para enamorarse? Yo apenas he necesitado unas cuantas horas para saberlo.

Jaime le miró entrecerrando los ojos y, después de unos segundos, negó con la cabeza una y otra vez. Casi le había engañado.

—Siempre has estado enamorado de ella —dijo—. Maldito cabrón, nunca confiaste en mí...

—No tiene sentido seguir hablando de esto. Nico ya debe

haberla hecho la mujer más feliz del mundo. ¿Qué puede hacer un soso profesor de instituto frente a un soberbio y afamado pintor?

—No me seas gilipollas, por favor.

—¿No es eso lo que soy? Llevo toda la vida enamorado de una chica y se me ocurre lanzarme cuando mi rival es invencible.

Hizo un gesto de rabia contenida y cerró los ojos tratando de contener la angustia que le atenazaba la garganta. Estaban en

medio de la Rambla, no podía ser tan patético.

—Vamos a otra parte. —  
Jaime se dio cuenta de lo incómoda que era aquella situación

Alejandro negó con la cabeza. Había dicho más de lo que quería decir. Se sentía fatal y no era el momento de sacarlo fuera. Había intentado tomar el tema con humor, pero es que por dentro estaba hecho polvo y no podía más. Se levantó y dejó un billete sobre la mesa.

—Ya nos veremos, hermanito.

Ahora no soy buena compañía.

Jaime le sujetó del brazo.

—Vamos, Alejandro.

Hablaremos de otras cosas.

Pero su hermano le miró con una mirada que no admitía discusión y Jaime le dejó ir. Le contempló Rambla abajo y se sintió triste por él, pero sobre todo por Nela.

Alejandro estaba en la cocina preparándose una tortilla. No había

comido mucho en los últimos días. Seguro que su madre se daría cuenta cuando le viese. Sonó el móvil. Qué oportuno, se dijo. Apartó la sartén del fuego y respondió.

—¿Diga?

—Alejandro.

—Nela... —Se apoyó en la encimera.

—¿Estás ocupado? ¿Te interrumpo?

—No, no, preparaba una tortilla.

—Ah... —dijo nerviosa.

—¿Cómo estás? ¿Va todo bien por ahí? —Alejandro jugaba con el cable intentando desahogar la tensión.

—Bien. ¿Y tú? —le temblaba la voz.

—Bien —mintió.

—Estupendo.

Los dos permanecieron en silencio durante unos segundos.

—¿Te gustaría dar un paseo por la playa? —dijo ella por fin—. Sé que estás de vacaciones y hace

una noche preciosa.

—No entiendo. —Alejandro se giró y miró por la ventana. Era de noche. Las luces en el edificio de enfrente estaban encendidas.

—¿Qué es lo que no entiendes?

—¿Dónde estás? —Alejandro escuchaba de fondo la voz de Diana Krall.

—En mi casa.

—¿En tu casa, casa? —Los conceptos iban llegando poco a poco.

—He llegado hace un momento, solo he tenido tiempo de ducharme. —Nela acariciaba el teléfono con un dedo.

—¿Estás sola? —Alejandro sentía la sangre correr frenética por sus venas.

—Qué pregunta más rara —dijo ella sonriendo—. ¿Te apetece que nos veamos?

—¿Ahora?

—Sí, ahora.

—¿Por qué? —Alejandro estaba desconcertado.

—Te marchaste sin despedirte.

Silencio al otro lado.

—No te apetece —sentenció ella al fin.

Alejandro parecía haberse quedado mudo.

—Está bien, Alejandro, no pasa nada. Buenas noches.

Colgó sin más y al girarse se encontró a Mamanela sentada en el sillón.

—Mamanela. —Se acercó y, arrodillándose frente a la anciana,

apoyó la cabeza en su regazo.

—¡Ay, hija! ¡Qué camino tan largo has hecho!

—Abuela... ¿Puedo seguir llamándote abuela?

—¿Y cómo ibas a llamarme? Para mí siempre fuiste mi nieta. Aunque yo sabía que aquellos ojos huérfanos no llevaban mi sangre, imaginar que eras hija de Rodrigo le daba sentido a su existencia.

Nela levantó la vista y miró a la anciana.

—Mi corazón se detuvo el día

que supe lo que estaba haciendo contigo —dijo su abuela con tristeza—. Sabía que era malo, pero nunca imaginé que su maldad te hubiese tocado tan de lleno.

—Si no te hubieras quedado conmigo, mi corazón tampoco habría resistido.

—Eso ya no importa. —Le acarició el pelo con su etérea mano—. Veo que ya no llevas la mochila a la espalda. Me alegro.

Nela se incorporó sentándose sobre sus pies y la miró fijamente.

—Mamanela, hay algo que quiero saber y solo tú puedes explicarme.

—Los muertos no aceptan preguntas —respondió la anciana mirando a su nieta con una dulce sonrisa.

—Pero yo necesito saber qué le pasó a mi madre. Y ella no va a venir nunca a verme. Lo sé.

—El que todo lo sabe no necesita ir a la escuela. ¿Y a qué crees tú que venimos aquí sino a aprender?

Nela supo que no le diría lo que quería saber y suspiró decepcionada. Alguien llamó a la puerta de fuera. Se levantó y fue a mirar tras los cristales.

—Es... —se giró, pero su abuela se había ido.

—Has venido —dijo.

—¿Damos un paseo? —

Alejandro la miraba con las manos en los bolsillos.

Nela salió cerrando la puerta

tras ellos.

## XXII

### Carta de una desconocida

«Cuando leas esta carta,  
puede que ya haya muerto... »

(Lisa, *Carta de una  
desconocida*, 1948)

—He vuelto.

—Ya veo.

—Me refiero a que he vuelto  
para siempre.

Alejandro no dijo nada.

—Aquel lugar es maravilloso,  
pero yo no pertenezco a él.

—¿Qué pasó? —Alejandro se detuvo.

—La casa se quedó desierta cuando te fuiste. —Nela se acercó al mar y dejó que las olas le mojaran los pies.

Él solo escuchaba. Con todos los poros de su piel y todos sus sentidos, escuchaba.

—Guardé los trajes, leí los diarios de mi madre, los que encontramos, ¿recuerdas? Me quedé dormida y, al despertar, todo había cambiado. Yo había cambiado.

Se apartó del agua y se sentó en la arena. Alejandro la imitó. Entonces Nela le contó todos los sucesos de ese día hasta la llegada de Nico. Le enseñó el papel cuadriculado que encontró en la contraportada del diario, aunque él no pudo leerlo porque no había luz suficiente.

—Y de repente me di cuenta de que ya no tenía nada que hacer allí.

Se miró las manos.

—Este papel borró de un

plumazo un montón de años de mi vida. Fue como si hubiese entrado en el ojo de un huracán y me hubiese devuelto al punto de origen totalmente cambiada.

—¿Y Nico? —la voz de Alejandro sonó hueca.

—Estaba convencido de que volvería a tenerme. Lo que ocurrió entre nosotros permanecía en un compartimiento estanco fuera de su realidad con Charlotte. Yo era una imagen en su cerebro, la imagen distorsionada que yo misma había

alimentado durante el tiempo que estuvimos juntos. La misma imagen que mantuve para mí. Resignación, paciencia, aguante... —A pesar de la oscuridad Alejandro podía ver el brillo de sus lágrimas—. Pero llegaste tú y lo cambiaste todo. Me había convertido en una extraña para él. No puedo culparle de nada. Se mostró tal cual era desde el primer momento.

Se limpió las lágrimas esperando alguna palabra de Alejandro. Desde que se habían

encontrado, mantenía una actitud distante que se parecía mucho a la relación que habían tenido desde niños.

—Estás raro conmigo.

—¿Ah, sí? ¿Te lo parece? —

Alejandro se puso de pie y se alejó un poco, pero al momento volvió y agarrándola del brazo la hizo levantarse.

—¿Qué es exactamente lo que me estas tratando de decir? ¿Que ya no le amas?

—Pensaba que era evidente lo

que estaba pasando entre nosotros.

—No dijiste nada, ni una palabra, dejaste que creyera que solo fue sexo.

—Eso no es cierto.

—Sí, sí lo es, Nela.

—Creí que tú... No pensé que te marcharías, creí que seguirías allí por la mañana.

—¿Qué pasa, te han cortado el teléfono?

—Cuando te fuiste pasaron cosas.

—¡Vaya, hombre, qué mala

suerte tengo!

Nela intentó cogerle la mano pero él la rechazó.

—Te amo, Alejandro. Te amo como no sabía que podía amar. Me has enseñado lo que es sentirse segura, protegida, lo que significa querer a alguien con la absoluta certeza de que jamás te hará daño. Tu mirada es limpia y sincera, tus manos son dulces. En ellas he encontrado mi hogar, después de estar vagando por un bosque oscuro y aterrador durante años.

Alejandro la atrajo hacia él como si le doliese tan solo tocarla, ella se abrazó a su cintura y permanecieron así durante mucho rato.

—Durante años fuiste la pobre niña que su padre se esforzaba en destruir, la que lloraba a escondidas cuando creía que nadie la veía porque no había podido salvar a su hermano, dejando que la destrozasen sin oponer resistencia. Te odiaba por permitirlo, quería que me pidieras

ayuda, estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por ayudarte. Sentí tanta rabia cuando negaste lo que había visto con mis propios ojos. Le escogías a él aunque te hiciese daño. Aquellas noches me dormía agotado por las lágrimas. —Le inclinó la cabeza para que le mirase y susurró—: Este será tu castigo por haberme hecho sufrir. Y voy a castigarte por el resto de tu vida.

Se inclinó para besarla y Nela sintió que por fin había encontrado lo que tanto había deseado.

Alejandro notaba la tensión que los rodeaba y sentía un cosquilleo en el estómago. Nela tenía la mano en el pomo de la puerta y el corazón le latía con tanta fuerza que hacía daño. Sabía que lo que hacía era algo simbólico, una declaración, y no estaba segura de si Alejandro era capaz de entender su profundo significado.

Encendió la luz e hizo un gesto para que él entrase en la

habitación.

—Te esperaré abajo —dijo y se volvió bajando las escaleras.

Alejandro inició aquel recorrido, macabro y siniestro, mirando cuadros colgados, cuadros apoyados en las paredes, amontonados unos sobre otros. Cada uno de aquellos lienzos explicaba una experiencia, una terrible y dolorosa experiencia en la que siempre había una misma protagonista. Él creía saber muy bien lo que había sido la vida de

Nela. Pero, ante aquellas horrendas imágenes, no podía menos que aceptar que jamás se había hecho una idea real.

Nunca había deseado con tanta fuerza causar dolor a alguien como en ese momento. Cogió el cuadro en el que aparecía la niña dentro de una botella de cristal, podía sentir los esfuerzos que hacía para respirar. El color azul de su piel evidenciaba que no lo conseguía y la mirada, sobre todo la mirada de auxilio, aunque sabía que

nadie acudiría para responder a esa súplica. Alejandro se sentó en el suelo, la mirada perdida entre tanto dolor. Aquella buhardilla era una sala de los horrores, una exposición de la tortura de una mente enferma, la manifestación en colores de lo que puede resistir el ser humano en su versión más frágil. Enlazó cada escena con momentos de su propia vida y se vio a sí mismo abriendo los regalos de un día de Reyes cualquiera, mientras Nela lloraba rodeada de los pedazos de su

muñeca. Él, en una cena familiar cuando eran muchos alrededor de la mesa, mientras Nela, acurrucada en un rincón, trataba de protegerse con sus frágiles brazos de la enorme sombra que la amenazaba.

La rabia le golpeó con tanta fuerza que tuvo que hacer un gran esfuerzo para no gritar, y las lágrimas que empezaron a caer de sus ojos eran el único escape que se podía permitir. Se obligó a mirar cada uno de aquellos momentos, solo así sería capaz de ponerse

frente a ella y seguir respetándose. Entonces lo vio. En un rincón apartado. Se acercó muy despacio como si temiese que el cuadro le llevase de vuelta a aquel preciso momento. Nela estaba en el suelo y su padre la arrastraba por el pelo. Y frente a ellos estaba él, mirando la escena con una expresión horrorizada.

Preparaba café cuando Alejandro apareció frente a ella. Le sostuvo la mirada valiente.

—Ahora sé que las pinté para ti, para que pudieses entenderme. Ya no las necesitaré más, puedo destruirlas y con ellas todo lo que representan. Y esa será mi manera de aceptar que ha empezado una nueva vida para mí, lejos de todo aquello.

Alejandro extendió los brazos y la niña, la adolescente y la mujer se refugiaron en ellos.

—Si me aprietas tanto acabará por ocurrirnos lo que a Hermafrodito y Salmácide —dijo

ella, levantando la cabeza para verle los ojos.

—No me importaría fundirme contigo en este momento, aunque se me ocurren formas mucho más placenteras de hacerlo.

Alejandro acercó su boca a la de Nela, y todo lo demás dejó de existir.

Hacía un día de verano de esos que necesitan las agencias de viaje para que todo el mundo

reserve su trocito de playa. Alejandro se había levantado y tomaba su café, mientras Nela dormía plácidamente. Sobre la mesa, la carta que Nela había encontrado en el diario de su madre. La había dejado allí para que él la leyese. Cumpliendo con el compromiso, se sentó en el sofá y desdobló el papel, no sin cierta emoción.

*«Si lees esta carta es que estoy muerta.»*

*Hoy es el día de mi boda. No quiero entristecerte, pero esta boda no es fruto del amor, sino de la desesperación, porque mi amor pertenece a otra persona, a alguien que ya no podrá compartir conmigo sus besos y caricias. Sebastián ya no está. Él me lo robó, y sé que esta agonía que sufro me arrastra hacia la muerte. Cómo amo a Sebastián, está en las páginas de mi diario; cómo me amó él a mí, solo lo sé yo y morirá conmigo.*

*Ya estabas en mi vientre. Tú fuiste su último recuerdo hermoso, antes de morir. Hablábamos de cuánta felicidad podía caber en un ser tan pequeño, porque nos habías traído toda la alegría.*

*Tu padre era un hombre sensible y especial. Mi vida no habría tenido sentido si no le hubiese encontrado aquel día. La suya, habría sido más larga. No le oímos llegar, como no le habíamos oído ningún día, aunque ahora sé que nos espió muchas veces.*

*Apareció como una flecha directa al corazón y se abalanzó sobre él, que estaba muy cerca del borde. Su grito de horror resonará para siempre en mis oídos. Aquel grito desconectó mis neuronas y me dejó tirada en el suelo como un muñeco de trapo.*

*Dicen que no podemos experimentar la muerte porque cuando ella llega nosotros ya no estamos. No es cierto, hija mía. Aquel día morí y, sin embargo, mi corazón siguió latiendo como si no*

*se hubiese dado cuenta. ¡Qué dulce sosiego habría sido la muerte completa! ¡Qué paz habría de darme! Pero tú estabas dentro de mí y no podías sobrevivir a mi muerte. Rodrigo me habló en susurros diciendo que si me suicidaba él mataría a toda mi familia. Primero a mi hermana, después a mi madre, y lo haría delante de mi padre, que sería el último. Y yo ya sabía de qué era capaz.*

*Mi mente era un charco*

*espeso, una superficie lisa y brillante en el que las ideas resbalaban como por una pendiente acerada. Su creatividad para el mal era irrefrenable. Con una voz aterradoramente suave fue dibujándome una a una todas las atrocidades que estaba dispuesto a cometer por mí. Solo yo podía detenerle. Le supliqué que me dejase morir y él me acarició el cabello con dulzura y después me violó. Mi alma gritó aunque ningún sonido salió de mi boca.*

*Me ultrajó cuando mi hija se alimentaba en mis entrañas.*

*No tengo fuerzas para luchar contra él, aún no. Una muerta en vida. Ese es su trofeo. Me iré con él para proteger a los míos y, cuando tú hayas nacido, le mataré. Tengo que asegurarme de no ponerte en peligro. Es lo único que puedo hacer por Sebastián, por el amor que me tuvo y que le costó la vida. Mientras tanto, para Rodrigo solo habrá un cuerpo inerte que jamás saciará su hambre de amor,*

*que lo pudrirá por dentro y lo llevará a la muerte en vida hasta que mi mano pueda ejecutar su sentencia.*

*¡Rodrigo Cabanyes, te maldigo a ti y a toda tu descendencia! Con mi sangre firmo este veredicto culpable, que todos los años venideros sean tu calvario, que busques y no encuentres jamás, que tus entrañas se sequen en soledad y el dolor que nos has infligido convierta en vacío tu existencia.*

## *Gabriela.*

Alejandro sintió náuseas al pensar que Nela había vivido con aquella bestia, con aquel ser inmundo durante años, completamente sola.

—La has leído. —Nela se sentó en el brazo del sofá y le acarició el pelo con dulzura.

—Siento mucha impotencia al pensar que yo estaba allí mientras tú te enfrentabas a este monstruo, sola.

—Aquello ya pasó.

—Nela. —Se giró hacia ella para poder ver bien sus ojos—. ¿Qué recuerdas de aquel día? Del día que tu madre se suicidó.

Se sentó junto a él en el sofá y cogió la carta de sus manos, doblándola de nuevo.

—Oí el grito de mi madre llamándome y corrí a su habitación. Rodrigo estaba en la ventana y me hacía gestos para que me acercase. Cuando lo hice me agarró del pelo y me obligó a mirar abajo. —Nela

sintió un escalofrío.

—Después de leer la carta y el diario creo que tu madre se comportó contigo del modo que lo hizo para protegerte. Estoy seguro de que pensó que Rodrigo te utilizaría para hacerle daño si hubiese visto que te amaba.

—Quizá al principio fue así...

—De hecho, funcionó.

Mientras estuvo viva él no te tocó.

—Es cierto. Pero estoy segura de que al final mi madre se comportaba conmigo con aquella

indiferencia, porque me hacía responsable de todo lo malo que le había pasado.

—¿Qué quieres decir? —

Alejandro cogió una de sus manos y la acarició.

—Con las piezas que tengo de aquel puzle, he podido hacerme una imagen aproximada de todo lo que ocurrió —dijo ella—. Después de lo que pasó en aquellos acantilados a manos de Rodrigo, mi madre perdió la razón. En los días que estuvo catatónica en una cama trató

de encontrar una salida. Pero la única que se le ocurría era matarle y no debía tener fuerzas para ello. Él amenazó con hacer daño a los que amaba y temió que, si fallaba, él cumpliría sus amenazas. Así que aceptó casarse y marcharse de allí para siempre. El único modo de alejar a los suyos era hacerles creer que eso era lo que ella quería. Y después de leer las cartas de sus padres y de hablar con tía Marta, sé que lo consiguió.

Alejandro se fijó en que Nela

hablaba con gran contundencia. Estaba serena y sus ojos miraban hacia ninguna parte. Era como si no fuese ella la que hablaba.

—Luego nació yo y Rodrigo tuvo alguien con quien seguir amenazándola. Ella debió imaginar durante años mil maneras de matarle, pero siempre se acobardaba temiendo que, en el último momento, fallase y eso me pusiese en la picota. Yo fui creciendo y nació Rodri. Y entonces se sintió completamente

perdida. Era como si su condena se fuese haciendo más y más irremediable.

Nela cerró los ojos unos segundos.

—Tener a Rodri debió ser espantoso para Gabriela — intervino Alejandro—. Era el hijo del hombre que había convertido su vida en un infierno y al que debía odiar con todas sus fuerzas. Pero también era su hijo y lo había maldecido.

Alejandro señaló la carta y

Nela asintió al recordar el párrafo final.

—Eso era lo que debía pensar cuando me vio subida al árbol, que yo era la ejecutora de su sentencia.

Se acurrucó en los brazos de Alejandro.

—Entonces algo se rompió definitivamente en su cabeza. Si me hacía responsable de todo lo malo que le había pasado, conseguiría las fuerzas para arriesgarse.

—Gabriela no se suicidó — dijo Alejandro comprendiendo la

evolución de su pensamiento.

Nela negó con la cabeza.

—Finalmente, lo intentó. Intentó matar a Rodrigo aquel día. Él comprendió que ya había perdido su poder sobre ella y que volvería a intentarlo.

—Y la tiró por la ventana. — Alejandro la apretó entre sus brazos —. Por eso Gabriela gritó tu nombre.

—Quizá quiso advertirme en el último momento —dijo ella con tristeza.

—Fuese como fuese, todo eso ya no importa. Lo único importante es que ya nunca volverás a estar sola. —Le acarició el pelo con dulzura—. Te ayudaré a olvidar y te abrazaré cuando vengan las pesadillas. Rodrigo no volverá a hacerte daño jamás. Su alma no tardará mucho en pudrirse en ese infierno con el que te torturó.

—Quiero deshacerme de todas esas pinturas —dijo Nela de pronto.

Fue hasta su habitación y

volvió con un paquete que colocó sobre la mesita de centro.

—¿Qué es? —preguntó él.

Nela no contestó. Con cuidado arrancó la cinta adhesiva y sacó el objeto de su envoltorio. Alejandro la observó colocar el lienzo sobre una de las estanterías y se acercó por detrás, rodeándola por la cintura. Ambos contemplaron el rostro, feliz y sonriente, de Gabriela, que Sebastián había pintado en aquel acantilado.

—Mamá, te perdono —

susurró sin dejar de mirar aquella imagen.

Después se volvió a su futuro.

—Tienes que contarme más historias de aquellas que me explicabas. —Se dirigió a las escaleras—. Como la de Eco y Narciso.

—Está bien —respondió él siguiéndola a la buhardilla.

—Pero no seas tan dramático —pidió.

—Entonces es que no te gustan —le dio una palmada en el

culo.

—¡Eso es mentira!

Rodrigo, sentado en su butaca, la vio venir. La había visto otras veces y por eso no se sorprendió. Nunca le explicaría a nadie todas las cosas que había visto en su vida, le tomarían por loco. Nela había sido una pobre herramienta que él utilizaba para martirizar a los muertos. Esos que le perseguían y le torturaban cuando dormía. Pero

parece que los muertos no sufren y por más daños que infligía en la tierna carne de la niña, no obtenía ningún resultado, seguían viniendo. En algún momento creyó que se volvería loco, pero había sobrevivido todos aquellos años. Ahora se preguntaba para qué había servido. ¿Qué había tenido que mereciese la pena? Gabriela había sido un cuerpo sin vida junto al suyo. En la cama la poseía y en lugar de calma conseguía desesperación. Entonces la

golpeaba, pero con ello solo obtenía un alivio momentáneo. Ella jamás despertó de su letargo.

La primera vez que la vio fue después de ahogar a su hermano. Les había oído hablar, y sintió la más terrible de las traiciones, la que proviene de una madre. Su hermano quería librarse de él haciéndole pasar por loco. Y su madre gemía, pero no salió una palabra de su boca para defenderle.

Lo dejó allí sabiendo que las olas lo llevarían hasta la orilla y

esperó en casa a que vinieran a buscar a su madre. Nadie se percató de su buen humor, a pesar de que no era muy habitual. Cuando fueron hasta la playa, junto al cadáver de su hermano estaba ella. Su cabello, serpientes desgredadas, los ojos llameantes, los dientes rechinando y en la mano una antorcha encendida. Volvió a verla unos cuantos años después, cuando se libró de Sebastián, y más tarde cuando mató Gabriela. Y también cuando se deshizo de una madre, vieja y

achacosa, que le amenazó con quitarle a Nela.

Durante años Gabriela intentó hacerle creer que la niña no le importaba. Se rió como un demente. ¡Estúpida! Sabía que aquella niña era su talismán, que por ella aguantaba cada golpe, cada humillación. Hasta aquel día. Al intentar matarle, aquella zorra firmó su sentencia de muerte. Pero, antes de lanzarla al vacío, le anunció lo que le esperaba a su pequeña bastarda y el grito de desesperación

que salió de su boca mientras caía lo consideraba Rodrigo como su mejor premio.

Hubiera sido muy fácil acabar con la pequeña, un veneno, una inyección paralizante y después a la bañera. Pero no era eso lo que quería para ella, la necesitaba viva. Creyó que así le dejarían en paz, pero no dejaban de visitarle, de torturarlo con espantosas pesadillas. Los muertos le perseguían desde niño y tuvo que aprender a ignorarlos, a no

escuchar sus amenazas. Aunque hasta ahora nunca le habían tocado. Nela era su amuleto y en ella se vengaba de esa tortura. No sabía por qué, pero ellos la protegían y cuánto más daño hacía a la niña, más le torturaban.

Cuando la dejó marchar, ellos se fueron. Un tiempo. Pero habían vuelto. Sonrió con un gesto torcido al pensar en Carol. La había pillado desprevenida y a pesar de su debilidad, la había dejado hecha unos zorros. Aquel ser que le

observaba haciendo rechinar sus dientes se acercó a él, esta vez no venía con una antorcha como las otras veces, venía con un puñal y lo utilizó para clavárselo en el corazón.

—¿Te he hablado de las Erinias? —Nela negó con la cabeza, mientras con una cuchilla cortaba el lienzo por la parte de detrás—. Eran divinidades infernales que habitaban en el

Erebo, la parte más profunda del mundo de ultratumba. Se las consideraba vengadoras implacables del orden natural quebrantado.

—¿El qué? —Nela arrugó la nariz haciendo reír a Alejandro.

—Los delitos familiares de sangre y cosas así —aclaró el profesor—. No les pasaba inadvertido ningún delito y, cuando alguien manchaba sus manos de sangre, se colocaban junto a él hasta que su presencia implacable

arrastraba al infeliz a la locura o la muerte.

—¡Qué miedo! —Un escalofrío recorrió su espalda.

—Se representaban con cabelleras formadas por serpientes, ojos llameantes y rechinando los dientes. Y llevaban una antorcha o un puñal en la mano. —Alejandro se acercó a Nela en actitud amenazadora—. Uuuuh, voy a comeerte.

—No seas tonto, no me gustan las historias de miedo, no te atrevas

a contarme ninguna más. —Soltó el cúter y se abrazó a su cuello—. Prefiero las historias de amor.

—Conozco alguna, pero en lugar de contártela, ¿qué tal si te la escenifico?

Rodrigo Cabanyes fue encontrado muerto, por múltiples heridas de arma blanca. Los vecinos alertaron a la policía, asustados por los espantosos gritos que se escuchaban en el domicilio

de la víctima. La esposa del cirujano, Carol Guzmán, les abrió la puerta. Tenía la mirada perdida y el vestido manchado de sangre. Los agentes pensaron que se encontraban ante un caso de violencia de género al ver que la cara de la joven mostraba múltiples golpes y sangre coagulada. Tras ella la seguían las marcas de pisadas rojas que dejaban sus zapatos...

Rodrigo Cabanyes fue incinerado por deseo expreso de su

única hija y los restos le fueron entregados a ella.

La esposa fue temporalmente ingresada en un sanatorio a la espera del informe médico del especialista ante una primera hipótesis de enajenación mental, producida por el maltrato sistemático al que había sido sometida por su marido. Tortura, fue la definición escogida por su abogada.

Nela tenía la vasija metálica en las manos y miraba fijamente al horizonte. Alejandro estaba junto a ella, un paso atrás. Ambos sentían la presencia de otros tras ellos y, aunque el hombre no podía verles, sabía que estaban allí. El rugido del mar parecía pedirles que se dieran prisa, estaba impaciente. Nela bajó la vista y miró el recipiente cerrado. Había pedido que lo sellaran, no quería que le ocurriese lo que a Pandora.

Volvió la vista un instante.

Estaban todos. Ella también. Con aquel aspecto feliz con el que la había visto en las fotografías de la Casa Grande. Y junto a él. Los dos, testigos mudos de ese momento.

Nela se acercó al borde del acantilado y lanzó con fuerza el recipiente. Durante una milésima de segundo pareció quedarse suspendido en el aire. El tiempo se volvió espeso, lento. Ella parpadeó y la urna cayó a toda velocidad contra el mar, desapareciendo en el fondo marino. Se quedó inmóvil

con la mirada clavada en el agua que se lanzaba con fuerza contra las rocas. Respiró hondo, muy hondo y lágrimas de alivio cayeron de sus ojos. Aquellas serían las últimas que derramaría por el pasado.

Alejandro la abrazó.

Estaban solos.

Ellos se habían marchado para siempre.

---

[1]

Población de Barcelona, que

cuenta con el Hospital “Sant Joan de Déu en Salut Mental”.

# Contenido

## Contenido

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX

XX

XXI

XXII